

TOÑI FERNÁNDEZ

Olvida
EL PARA
siempre

TOÑI FERNÁNDEZ

EL PARA

siempre

Título: Olvida el para siempre.

© 2019, Toñi Fernández.

De la edición y maquetación: 2019, Roma García.

De la composición de la cubierta: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso .

A él, por regalarme su sonrisa cada día.

Por vivir cada día nuestro para siempre.

Mejor olvida el para siempre

y lo dejamos en nos vemos.

Leroy Sánchez

1 - Adam

No entiendo por qué los profesores se empeñan en dar la lata hasta el último día de clase. Como si no tuviéramos suficiente con escucharlos durante todo el curso.

Recuerdo la alegría e ilusión que tenía el primer día que pisé la universidad. Ahora ya no queda nada de ambas. Y es que pasar cinco horas encerrado entre cuatro paredes, escuchando una y otra vez el mismo cuento, cansa hasta a un muerto. Todas nuestras expectativas al empezar la etapa universitaria se veían machacadas meses más tarde gracias a aburridas clases, interminables apuntes, agobiantes trabajos y un horario pésimo. ¿Y por qué? Porque después merecerá la pena. O al menos eso es lo que me repito cada día para intentar reconfortarme. ¿Funciona? No, pero aún sigo necesitando ese empujón para no acabar sin pelo del estrés.

Aquellas personas que dicen que las universidades no están tan mal, no han estudiado allí en su vida. Supongo que estamos acostumbrados a las escenas peliculeras donde en el campus todo son risas, con fiestas de tres pares de narices, personas salidas de una revista de moda y sobresalientes sin estudiar... ¡MEC! Primer error. Las universidades son lugares sobrios, o al menos la mía, donde todo el mundo va a su bola, sin chicos con una carrera futbolística en camino, ni chicas destinadas a conseguir la corona en el baile de invierno. Aquí no hay de eso, ni lo habrá. ¡Dios me salve!

Lo más divertido que he encontrado en estos dos años de carrera fue cuando uno de mis compañeros volcó la botella de agua del profesor sobre su mesa y acabó mojando todos sus libros y apuntes. Obviamente, a él no le hizo ninguna gracia. Y a nosotros dejó de hacérsela en cuanto vimos su cara endemoniada. Reconozco que fue una verdadera putada pero ¿qué culpa teníamos los demás? La misma que el chico que tiró la botella, al parecer. Mi aprobado raspado en la evaluación final da fe de ello.

Salgo de la clase con prisa, son las dos y media del mediodía y mi estómago ruge, no he comido nada en toda la mañana. Se suponía que hoy no había clase por ser el día antes del examen pero el profesor Martín envió anoche un correo electrónico para avisar de que se reanudaba por “temas estrictamente importantes”, palabras textuales. Era de esperar que no estuviera atento al correo porque a la una y media de la noche uno está haciendo cosas más importantes como dormir, por ejemplo. Pero bueno, doy gracias de que una compañera me avisó por mensaje, sino me habría perdido una clase pesada pero succulenta para el examen.

El problema es que me avisó esta mañana a las ocho y media cuando la clase comenzaba a las nueve. El resultado es el estómago vacío junto a un calcetín distinto en cada pie. ¡Benditos pantalones largos! Al menos en eso sí acerté.

—¡Adam! ¿Vendrás a la paella de mañana?

Observo a mi compañero que grita a unos metros de mí. Está con su novia Becks caminando hacia la puerta de salida. Esta le abraza por la cintura y él sonríe como un niño. Se conocieron el primer día de clase y pocos meses más tarde ya eran pareja. En clase ya nos hemos acostumbrado a verlos hacer arrumacos bajo la mesa, aunque admito que al principio era un poco... extraño.

—¡Claro! —Mi respuesta suena demasiado efusiva pero me da igual porque me muero de

ganas de que llegue mañana para hacer el último examen. Lo mejor de terminar el curso es, sin duda, que toda la clase se reúne para comer una buena paella y tomar algo bien frío.

Tengo mucha suerte de tener compañeros de clase tan simpáticos. Resulta muy sencillo ponernos de acuerdo en los exámenes: si queremos que sea un test o preguntas largas, que nos ayudemos con los apuntes, etc. Se ha creado un vínculo entre todos que está genial. Incluso el año pasado se propuso hacer una paella entre todos. Pusimos dinero para comprar lo necesario y nosotros mismos cocinamos. Las risas estuvieron aseguradas y es que aunque el arroz se nos pegó un poco en la paellera, al final no estuvo nada mal. Eso sí, mejor que no se le ocurriera aparecer al jurado de MasterChef por si las moscas. El “León come gamba” sería plato estrella en comparación con nuestro intento de paella.

—Genial, mañana nos vemos.

Alzo mi mano para devolver el saludo cuando choco contra alguien.

—Oh, vaya...

La chica con la que he chocado se agacha con rapidez para recoger algunas cosas que se le han caído. Instintivamente le ayudo pero cuando estoy en el suelo, ella ya se está levantando.

—Lo siento, me he distraído y... —murmura sin mirarme.

—¡Camila, vamos! Que se van sin nosotras —grita otra chica cerca de nosotros.

Ella gira la cabeza en su dirección y me doy cuenta de que tiene una pequeña cicatriz que cruza su cuello. Carraspeo intentando disimular para que no me pille observándola.

—No te preocupes, si yo tampoco...

—Lo siento de nuevo —musita antes de marcharse con prisa.

Mientras veo cómo se marcha hacia la salida, su pantalón llama mi atención. Es un vaquero ajustado con unas palabras escritas en el trasero. Intento averiguar qué pone pero su camiseta las tapa un poco.

Mis tripas rugen de forma descontrolada y llevo mi mano al estómago mirando hacia todos lados. Ha sonado muy fuerte. ¿Lo habrá oído alguien? Entonces recuerdo a la chica y miro dónde se encuentra. Está justo en la puerta, seguro que no lo habrá oído. Un ruido semejante no es digno de ser escuchado por nadie.

Ella empuja la pesada puerta para salir y su camiseta se levanta un poco dejando al descubierto la misteriosa palabra. <<¿Y tú qué miras?>>. ¿En serio? Si mi amigo Drew lo viese, le encantaría.

Me carcajeo y varios chicos que pasan por mi lado, me miran como si estuviera loco. Vale... Creo que es hora de irme. Doy un paso para marcharme pero le doy una patada a algo. Por suerte no me ha hecho tropezar. Ya solo faltaba caerme en mitad de la universidad para completar el día.

Cojo el objeto que he pateado que no resulta ser otra cosa que un bolígrafo de color rosa y morado con una frase: <<Mereces lo que sueñas>>. Es probable que se le haya caído a la chica cuando ha chocado contra mí. En cualquier caso, lo guardo en mi mochila como si fuera un tesoro que acabara de encontrar y me marchó a casa para dar de comer a mi hambriento estómago.

2 - Adam

—Me he perdido.

—¿Qué dices? ¿Dónde estás? —contesta mi amigo Drew a través del teléfono móvil.

—Si supiera dónde estoy, no estaría perdido. —Suspiro profundamente en un intento por tranquilizarme—. He seguido el camino que me has dicho. Tres calles a la derecha y una a la izquierda después de la rotonda con flores. Y ya sigo tres kilómetros hacia adelante.

—¡No! La rotonda de las flores no, la anterior. Y era un kilómetro, no tres. Te has pasado tres pueblos...

Además, literalmente. Cuando mi amigo me propuso que fuese a su nueva casa de campo para tomar algo y ponernos al día, no imaginaba que terminaría perdido en mitad de la nada. Sí, esto es la nada. Árboles y matorrales me rodean y lo peor es que la oscuridad de la noche me hace recordar todas aquellas películas en las que aparece un asesino en mitad del campo con una hoz enorme — y oxidada, siempre lo está—, mientras la arrastra creando un sonido escalofriante. Y algo me dice que hoy tengo pinta de uno de los protagonistas; seguro que soy el chillón al que matan primero.

—Da igual, me voy a casa. Si es que consigo encontrar la salida.

—¿Por qué narices no pones el GPS?

—¡Porque mi móvil no tiene de eso! —alzo la voz y esta rebota en el interior del coche.

—Deberías cambiar de móvil, lo digo en serio. No puedes ir con algo así, necesitas...

Mi mente desconecta de la conversación en el momento que comienza con el mismo tema de siempre. Esto ya se convierte en una pesadilla. Mi móvil es antiguo, de esos que no tienen pantalla táctil ni Internet, sino botones. ¿Qué es eso de los mensajes instantáneos? Puede que sean cómodos pero ¿por qué nos privamos del lujo de hablar directamente con esa persona? O encontrarse para ponerse al día cara a cara en lugar de hacerlo a través de un aparato. No hay color, digan lo que digan.

Mi amigo me llama antiguo, aunque yo prefiero decir que no me gusta la tecnología que nos priva de algunos placeres de la vida. Prefiero charlar cara a cara en lugar de *Whatsappear*, salir a disfrutar en vez de quedarme en casa jugando a los videojuegos, ver una película sin importar las pulgadas de la televisión porque lo que interesa verdaderamente es el contenido y la compañía. Digamos que me conformo con muy poco. Si por ello me quieren mirar de forma diferente, que lo hagan.

—¿Me estás escuchando? —La voz frustrada de mi amigo me devuelve a la conversación.

—La verdad es que no, Drew. Quedamos otro día, ¿vale?

Cuelgo y arranco el coche para salir de este lugar tan siniestro. Doy marcha atrás para regresar a la carretera por la que he venido y así salir de este infierno cuando una de las ruedas traseras golpea contra algo. Me alarmo y acelero un poco para regresar a la posición inicial.

Tengo la respiración agitada. Mierda, seguro que es una trampa para que salga del coche a ver qué ha pasado y me matan. Aunque bueno, matarme limpiamente es lo más bonito que pueden hacerme. Malditos directores de cine de terror y sus imaginativas mentes.

Cojo una gran bocanada de aire mientras miro en la guantera. No hay nada con lo que pueda

defenderme. Genial. Como último y penoso recurso, me quito el zapato izquierdo y lo agarro con fuerza mientras abro la puerta del coche. En el exterior se escucha el sonido de varios búhos y las hojas de los árboles moviéndose.

Con extrema lentitud, avanzo hasta la parte trasera del vehículo, expectante ante lo que pueda encontrar. Cuando llego, creo que por lo menos he perdido diez años de vida. Me asomo con cuidado para darme de bruces con una enorme... roca. ¿Pero qué narices hace una roca en mitad de la carretera? <<No, Adam, no estás en mitad de la carretera sino en mitad de la nada. Una nada con rocas, por supuesto>>, mi mente me regaña y bufo.

Pero mi sorpresa no acaba ahí, una de las ruedas traseras se ha pinchado. ¡No puede ser! Me pongo el zapato para revisar el maletero, debo tener una rueda de repuesto por ahí aunque lo que no tengo es un gato para cambiarla. ¿Qué se supone que hago ahora? Ni siquiera sé dónde estoy para llamar a alguien y que me ayude. Cojo el móvil, la cartera y las llaves, cierro el coche y camino sin dirección. Aunque sea una carretera desierta, alguien pasará alguna vez ¿no? Si no, no estaría aquí.



Quince minutos después, me he perdido. Otra vez. Lo mío no es normal. ¡Dos veces! ¡Me he perdido dos malditas veces! Tras caminar otros diez minutos y solo ver algunas naves que parecían abandonadas —ni rastro de seres humanos—, decidí dar la vuelta. Mientras miraba el suelo pensando cómo salir de esta, me he desviado por una calle sin salida donde, al fondo, hay una especie de local.

Y aquí estoy, inmóvil frente a la puerta. Si entro, ¿qué encontraré? ¿Mafiosos jugando al póker? ¿Chicas ligeras de ropa bailando sobre la barra? Dios, todo esto es una locura.

Cansado de la situación, decido darle más emoción y entrar. Al fin y al cabo, parece que la noche va a ser emocionante. Para mi sorpresa, me encuentro ante un bar espacioso, nada que ver con la miniatura que parecía desde el exterior.

Lo primero que llama mi atención es la decoración. Las paredes de color celeste están desconchadas pero lo mejor son los posters de varias películas taquilleras de los años 90: Forrest Gump y su mítica escena de los bombones, Ghost, Pulp Fiction, Eduardo Manostijeras y hasta Titanic. Me quedo embobado mientras las miro una a una. Cuando termino, recorro con la mirada el resto del bar. Tiene varias mesas redondas ocupadas por varios clientes y una barra a la derecha cuya camarera está tras ella. Me acerco para pedir ayuda, seguro que alguien de aquí tiene un gato para poner la rueda.

—Disculpa. —La chica está de espaldas y no puedo evitar fijarme en su pelo castaño; es bastante largo—. ¿Podrías ayudarme?

Ella se da la vuelta con una gran sonrisa y me quedo impactado cuando la veo. Es la chica de la universidad, aquella a la que se le cayó el bolígrafo. No parece reconocerme o si lo hace, disimula muy bien pues su expresión no cambia lo más mínimo. Sin embargo, mi respiración está tan agitada que las palabras se han quedado atascadas en mi garganta. Vamos, tío, espabila.

—Hola —la chica comienza a hablar mostrando una hilera de dientes blancos y perfectos—. ¿Qué necesitas?

Que sigas sonriendo así, por favor. Aunque eso no lo voy a decir en voz alta, claro. ¿Cómo se llamaba? Era algo con C... ¿Cecilia? ¿Celia? Mi memoria y yo a veces no vamos de la mano.

—Hola, verás... Se me ha pinchado la rueda del coche a unos metros de aquí, creo. El caso es

que necesito ayuda para ponerla. ¿Crees que alguien de aquí puede hacerlo?

—Claro. Ben es mecánico, te podrá ayudar, aunque no estará aquí hasta dentro de media hora. Puedes esperar en el bar, si quieres. Está bastante oscuro para que te quedes fuera, hace unos días se rompieron varias farolas y aún no las han arreglado.

—Ya... —Menuda zona para tener un bar. Desértica y oscura. Un diez para el empresario, por favor—. Sí, me quedaré aquí a esperar. ¿Podrías decirme dónde está el baño, por favor?

Sin abandonar su sonrisa, me indica una puerta que da a unas largas escaleras. Al bajar me encuentro con varias habitaciones. Me recuerda a aquel juego en el que hay varias puertas y tienes que elegir una para escapar. En una hay leones, en otra hay serpientes... Vale, ya estoy desvariando otra vez. Miro dubitativo cada una de ellas y me decido por la más próxima. Agarro el pomo con cuidado y empujo lentamente, no quiero llevarme más sorpresas esta noche.

Ante mí se encuentra una habitación no muy grande con un billar en el centro y un sillón viejo a un lado. Ambos están llenos de polvo y a diferencia de la planta de arriba, esta no está decorada en absoluto. Sus paredes de color blanco le quitan vida a la habitación y me estremezco solo de pensarlo. Necesita luz.

Cierro la puerta con cuidado y abro la siguiente. Es otra habitación parecida pero esta tiene varias mesas recreativas. Una de ellas tiene un mantel de póker, otra de dominó y otra de las damas. Su aspecto es igual a la anterior. Me temo que las demás habitaciones serán iguales.

La tercera puerta que abro es el cuarto de baño, pero como mi curiosidad es más grande, abro la que falta. Lo que encuentro dentro tampoco me sorprende. El sótano del bar parece no tener vida y es una pena porque en esas paredes se podrían crear verdaderas obras de arte. Observo al detalle la última habitación donde hay un mueble con una televisión muy vieja, un reproductor de cintas y un sofá mugriento. En la pared de la derecha hay una gran estantería repleta de películas antiguas, cada una con sus carátulas. ¿Serás originales o simples copias? Me acerco y las acaricio pese al polvo acumulado. Son originales, qué preciosidad.

Supongo que era una especie de sala de cine. Me doy la vuelta e imagino cómo fue, o mejor, cómo sería. Mi mente recrea cada detalle con sumo cuidado; la tonalidad adecuada, la luz que necesita, una imagen reflejada, los colores... Mi vena artista sale a flote y me dejo llevar por las sensaciones que me transmite. Estas paredes podrían tener mucha vida si quisieran. Puede que sean habitaciones viejas y oscuras en el sótano de un bar escondido pero podrían ser verdaderos tesoros. ¿Cómo es posible que nadie se haya planteado cambiarlas?

—Antes eran acogedoras, ahora me parecen frías. Es increíble cómo el paso de los años puede apagar hasta la luz más brillante.

Asustado al oír la voz, me giro con el corazón latiéndome muy fuerte. Frente a mí está una mujer de mediana edad, atractiva pero con aspecto cansado. Se apoya en el marco de la puerta y observa la estancia con tanta atención como yo hace unos minutos.

—Perdona —trato de disculparme, no debí entrometerme en las habitaciones—, estaba buscando el baño cuando las he encontrado y...

—No te preocupes, la mayoría del tiempo están cerradas con llave pero Camila ha querido abrirlas para limpiarlas. Llevaban un año sin abrirse. A veces me da la sensación de sentir su magia.

—¿Por qué dejaron de usarse?

Puedo ver en su mirada la sorpresa por mi pregunta. Me arrepiento de inmediato pues sea lo que sea, no es de mi incumbencia. Es más, debería estar arriba esperando a que llegase... no me acuerdo del nombre, pero aquel hombre que puede ayudarme a regresar a casa. Abro la boca para

disculparme pero ella vuelve a hablar.

—Mi marido enfermó hace dos años. Él era el que se encargaba de estas habitaciones, creaba torneos de póker, dominó, billar. Era quien le daba vida. Pero su enfermedad avanzó tanto que le consumió. Dejó de hacer todas esas cosas y yo no tuve fuerzas para seguir cuando se marchó. — Parece triste y me siento muy mal por haber iniciado la conversación—. A veces me gustaría darles esa chispa que tenían cuando él estaba aquí pero no sé cómo. Cuando entro, mi mente trae todos los recuerdos y no puedo pensar en nada más. Era su sueño, si viese ahora en lo que se ha convertido estaría decepcionado.

Me entristece la historia. Es una verdadera pena porque estoy seguro de que estas habitaciones eran increíbles. Yo también siento esa pequeña magia al imaginarme cómo eran o podrían ser, cómo disfrutaría la gente al estar allí, cómo se divertirían... Espera. ¿Y si...?

—¿Qué le parecería si volvieran a tener vida? No la que tenía antes, por supuesto, pero se podría intentar.

Una idea descabellada cruza mi mente y no puedo frenarla. Tengo que sacarla de dentro de mí. Quizá se niegue o no se sienta capaz de hacerlo, pero si algo me ha enseñado la vida a mis veinte años es que hay que arriesgarse.

—¿Qué propones? —Se acerca sigilosamente y puedo ver cómo sus pupilas se han dilatado de la emoción. En mis adentros, rezo para que le guste la idea.

3 - Camila

La puerta del sótano se abre y aparece el chico del coche roto. Estaba empezando a creer que le había pasado algo después de estar abajo alrededor de los veinte minutos. Se dirige a paso ligero hacia una de las mesas y comienza a sacar de sus bolsillos varios objetos. Los coloca de forma ordenada sobre ella para finalmente sentarse y ponerse manos a la obra con algo. ¿Qué estará haciendo?

—Camila, cielo —Sofía interrumpe mis pensamientos—, sírvele un refresco al muchacho de allí.

Hace un gesto con la cabeza pero no hace falta que siga su movimiento para saber de quién se trata. Es el único chico joven que hay en el bar. Los clientes que nos visitan son asiduos desde hace años, la mayoría amigos de Sofía y su marido, John, los dueños del local. Ambos compraron el bar como inversión hace muchos años y hasta hace poco había funcionado bastante bien. Se encargaban de animar a sus clientes con una buena cerveza de importación y echando unas partidas a lo que quisieran; póker, billar, dardos... Puede que no suene muy divertido pero lo es cuando se crean torneos entre amigos. Podía pasar tardes enteras animando a John cuando jugaba. Cómo me encantaría regresar a esos años.

Pero desde que se fue, el bar tiene un color diferente. John desprendía alegría por todos sus poros, disfrutaba de la vida y te hacía quererla por encima de todo. Así que el día que murió, lo dejó todo sumido en la más absoluta oscuridad. El bar, Sofía... Todo.

Conozco a Sofía desde que era una niña, es la mejor amiga de mi tía, tanto que se consideran hermanas. Aquel día que la vi a la salida del colegio acompañando a mi tía, me pareció un ángel. Incluso cuando se dio la vuelta miré su espalda para comprobar si tenía alas escondidas tras la camiseta. Su pelo rubio con ondas, sus ojos azules tan grandes como el océano, su sonrisa y su dulce voz me cautivaron.

Cuando comprendí que no era un ángel supe que el destino me había enviado otra hada madrina en mi vida. Como aquella de las películas que conceden deseos, solo que en lugar de desear muchos juguetes o ropa nueva, lo que yo quería era cariño y tanto ella como mi tía supieron dármelo. Y con creces. Ellas me enseñaron a soñar y a sonreír de nuevo, son mis ángeles de la guarda.

Dejo a un lado mis pensamientos y me acerco a la mesa con el refresco y un vaso con hielo en la bandeja. Está tan concentrado que no se da cuenta de mi presencia hasta que dejo ambas cosas sobre la superficie lisa. Entonces alza la cabeza de la hoja donde está dibujando algo y me mira con fijeza. Sus ojos de color chocolate están brillantes, ilusionados y me pregunto qué habrá sucedido allí abajo para que su actitud haya cambiado tanto.

—Gracias. —Sonríe con timidez sin apartar sus ojos de los míos.

Su gesto remueve algo en mi interior. Me gustan mucho los pequeños hoyuelos que se marcan en sus mejillas. Es un chico atractivo, de esa belleza tímida y dulce que atrapa.

Inquieta por el cosquilleo que empiezo a sentir, desvío la mirada hacia la mesa y su bolígrafo llama mi atención. Tenemos el mismo. Cuando lo vi en aquella famosa tienda del centro, no dudé

en comprarlo para que su frase me diese fuerzas cada día. Más aún en esta época tan complicada donde lo que más necesito es creer en mí misma.

—Es tuyo. —Frunzo el ceño al no saber a qué se está refiriendo—. El bolígrafo, es tuyo. Chocaste conmigo en la universidad y se te debió caer. Me lo quedé porque... —parece dubitativo—, me gustó la frase.

Lo recuerdo. Estaba de visita en la universidad con el grupo de clase, me despisté un instante y cuando me quise dar cuenta, había chocado con alguien. Apenas pude reaccionar porque ya era la hora de marcharnos y si no me daba prisa, el autobús se marcharía sin mí. Se me debió caer entonces. Lo extraño es que hasta ahora no supiera que lo había perdido.

—Toma. —Me tiende el bolígrafo pero siento que ya no me pertenece, que ha encontrado un nuevo dueño.

—Quédatelo. Todos merecemos lo que soñamos, ¿no?

Parece dudar ante mi respuesta pero al ver que no cedo, lo vuelve a dejar sobre la mesa.

—Sí, supongo que todos lo merecemos. —Su voz se apaga poco a poco—. Gracias. También por el refresco.

Me marcho cuando Sofía me llama para que le ayude. Sirvo a varios de nuestros clientes con rapidez, queriendo que la noche termine pronto. Necesito descansar un poco. Las últimas noches están siendo muy difíciles para dormir. De vez en cuando mi mirada se dirige a un punto en concreto, al nuevo cliente. Ben ha llegado hace más de una hora pero no me atrevo a interrumpir lo que quiera que esté haciendo el chico para avisarle, parece bastante concentrado. Tanto que su refresco está intacto. Ni siquiera ha alzado la cabeza del papel desde que se ha puesto manos a la obra.

Me quedo absorta mirando sus dedos moverse sobre el papel hasta que estos se paran. Espero su siguiente movimiento pero se queda quieto, lo que me obliga a mirarle a la cara. Sus ojos chocolates me observan con intensidad y no sé si me siento más avergonzada porque me haya pillado mirándole como una boba o porque sea capaz de ver más allá de mi piel.

Le sostengo la mirada hasta que sus ojos se dirigen a un punto cerca de mí; hace una señal con la cabeza y Sofía comienza a caminar hacia él. Está nerviosa, lo siento por sus pasos torpes. Arrastra un poco los pies mientras avanza y sus manos se mueven por su cuerpo, primero quitando las arrugas de su camiseta, después por su pelo para finalmente pasar por su rostro. Sus hombros están caídos, como si un enorme peso los obligase a estar así.

Suspiro de resignación. Sé que nunca volverá a ser la de antes, ninguno lo somos después de la pérdida de un ser querido. Pero necesito que rescate de su interior esa luz que antes la llenaba, o aunque sea parte de ella. Necesito que sonría, que llore, que viva; que lo saque todo de dentro y vuelva a ser feliz.

Y entonces sucede. No sé cómo ni por qué, pero el chico del coche lo ha conseguido.

Sofía ha vuelto a sonreír.

4 - Adam

Un atronador ruido me despierta. Viene de la cocina. No tendría por qué asustarme pero sabiendo que mi madre está de viaje, no es normal que haya movimiento en casa. Me levanto con sigilo y voy descalzo hacia allí. Si hay un ladrón, no quiero alentarlos con mis pasos. Pero me quedo de piedra cuando veo a mi madre. No solo está en casa sino que además parece cocinar algo. Si no lo veo, no lo creo.

Entro mientras doy los buenos días, a la espera de que conteste y así saber de qué humor está hoy.

—Ayer llegaste tarde. —Ni siquiera da los buenos días. Hogar, dulce hogar.

—Se me pinchó una rueda en mitad de la carretera y tuve que esperar a la ayuda.

Omito lo relacionado con el bar y mi nuevo trabajo en él gracias a Sofía. Por primera vez en muchos años me siento de nuevo ilusionado y sé que si le contara algo, ella se encargaría de chafarlo todo.

Frunce el ceño mientras da un sorbo a su humeante taza de café.

—¿El coche está bien?

Y ahí está su preocupación por mí, por su hijo. Sangre de su sangre. Podrían haberme asaltado en mitad de la carretera desierta y ahora mismo no solo estaría mi coche camino a Afganistán sino que, además, mis órganos estarían repartidos en el mercado negro. ¿Dramatismo? No creo. ¿Acaso no ve las noticias? Esas cosas pasan. Quizá no en esta mini ciudad perdida en la mano de Dios, pero quién sabe. Aquí siempre pasa algo aunque después salgamos en la televisión diciendo: <<Parecía una buena persona, siempre me daba los buenos días al bajar la basura. Nunca imaginábamos que fuese un asesino en serie y tuviese cuatro cadáveres en el frigorífico>>.

—Está bien, mamá. Solo es una rueda. —Suspiro mientras me sirvo una taza con leche y *Cola Cao*.

—Madura, hijo. No es una rueda, es una responsabilidad. Cuando ganes tu propio dinero verás cómo cada cosa que rompas, te dolerá.

Qué curioso que sea ella quien diga precisamente eso cuando todo lo que tiene es gracias a mi padre. Se conocieron en la universidad pero solo fueron compañeros de clase hasta que años más tarde coincidieron en una fiesta y saltaron chispas. A los dos años se casaron y en la primera crisis me tuvieron a mí. Jamás entenderé por qué las parejas arreglan sus crisis con un bebé. El caso es que tras esa crisis vinieron otras más hasta que finalmente se divorciaron. Por suerte fue antes de cometer la locura de tener otro bebé.

Digamos que tuvieron una separación amistosa donde mi madre se quedó con la casa, el coche y unos miles de euros en la cuenta corriente para costearse su actual vida de lujo. Y mi padre... Él es feliz con lo que tiene.

Vuelvo a la realidad donde ignoro sus últimas palabras y me concentro en el desayuno que tengo delante, aquel que he completado con unos cereales azucarados. Mi madre los mira frunciendo el ceño y sé que está pensando que, de seguir así, pronto será una masa redonda llena de grasa a la que nadie querrá. Es la reina de las calorías y las grasas saturadas.

Llevo a mi boca una cucharada repleta de cereales y la miro fijamente mientras mastico. No es que me guste retarla pero quiero que se dé cuenta de una vez por todas que el día que me muera, estaré satisfecho de haber hecho y comido lo que me diera la gana. Finalmente se marcha de la cocina y puedo disfrutar de un tranquilo desayuno.



Una hora más tarde sigo en mi habitación concentrado en los bocetos. Esta noche debo acercarme de nuevo al bar para entregar el resto a Sofía y saber si está de acuerdo antes de comenzar. Cada vez que pienso en ello, la adrenalina invade mi cuerpo. Estoy deseando ponerme manos a la obra, sentir las brochas en mis manos, empaparme de los colores, del olor característico que desprende la pintura. Imaginar, soñar, hacerlo realidad...

Por fin podré dar rienda suelta a mi creatividad sin miedo a que me miren con recelo y me digan que no valgo para esto o que lo mejor es buscar un trabajo de verdad. ¿Qué sabrán ellos sobre el arte? Nada. Jamás entenderán la sensación de crear, de imaginar y de plasmar todo aquello que sientes por el simple hecho de darle vida. Porque para mí eso es el arte, es vivir.

Estoy trazando una línea en el papel cuando escucho que se acercan pasos de unos tacones. Guardo rápidamente los bocetos dentro de una carpeta y simulo que estoy leyendo un libro. Suerte que no lo he cogido al revés, parecería idiota.

Al entrar en mi habitación, mi madre mira que todo esté en orden con sus ojos cargados de maquillaje. Después me mira y frunce los labios. Que no le guste mi habitación tampoco es nada nuevo. Aunque ¿qué le gusta realmente de mí?

Mis ojos se desvían a sus labios pintados de rojo. Parecen más gruesos, estoy seguro de que hace poco visitó a su amigo cirujano. ¿Cuántas veces van ya? Empiezo a contar mentalmente cuando habla.

—Me voy unos días de viaje, solo vine esta mañana para coger algunas cosas. —Revisa sus perfectas uñas con indiferencia—. Ya sabes, nada de fiestas mientras yo no esté.

Es estúpido que diga algo así, sabe que nunca he hecho ninguna ni la haré. No me van mucho y menos sabiendo que después me tocaría a mí limpiar todo el estropicio. Aun así, asiento con la cabeza.

—Bien. Nos veremos pronto. Cuídate.

Una vez escucho la puerta de casa, suspiro y suelto el libro sobre el escritorio. Resignado, me froto la cara para evitar perder la cordura. No debería extrañarme que mi madre se comporte así. Desde pequeño siempre ha sido una persona muy distante y altiva. Al principio pensaba que era con todo el mundo pero cuando salíamos de casa, su comportamiento era diferente. Sonreía más, se mostraba cariñosa e incluso abrazaba a los hijos de sus amigos. Entonces me di cuenta de que el problema lo tenía yo.

La primera vez que me sentí culpable por ello tenía ocho años. Creía que estaba haciendo algo mal para que mi madre no me mirase con ojos brillantes como hacía con los demás. Cada día me esforzaba con la intención de que se sintiera orgullosa de mí pero nunca pasó. Ni siquiera cuando gané el concurso nacional de dibujo y lo publicaron en uno de los periódicos más importantes del territorio. Siempre recordaré cuando me dijo que no perdiese el tiempo con tonterías y me dedicase a estudiar para no ser un don nadie en la vida.

Con el tiempo crecí y aprendí dos cosas muy importantes. La primera fue que no hay nada más doloroso que la indiferencia de una madre. Y la segunda que no se puede ser quien los demás

quieren que seas, sino quien tú quieras ser. Por suerte tenía el apoyo incondicional de mi padre, aquel que aún sigo teniendo.

¿Y por qué no vivo con él, entonces? Porque a diferencia de mi madre que pasa su vida viajando aquí y allá, conociendo a hombres de todo el mundo, mi padre volvió a rehacer su vida y ahora es tan feliz que no me gustaría estropear su burbuja.

Además, cuento con la tranquilidad de pasar la mayor parte del año a solas así que es mejor vivir aquí. Al fin y al cabo, ya me he acostumbrado a su indiferencia.



Me aseguro de que el coche está en un lugar lejos de “rocas pincha ruedas” y entro en el bar. A diferencia del día anterior, hoy solo hay cuatro clientes. Uno de ellos es Ben. Lo saludo con un movimiento de cabeza antes de ir hacia la barra. Menos mal que el hombre pasa muchas horas aquí, sino no sé cómo habría cambiado la rueda de mi coche la noche anterior. Tan concentrado estaba en el boceto que no me di cuenta de la hora que era. Llevaba aquí más de dos horas. El tiempo y su capacidad de volar...

Al llegar a la barra, Camila está de espaldas a mí. Es muy fácil reconocerla por su larguísimo pelo, además de ser la única chica joven del bar. Su pelo hoy está recogido en una trenza infinita que baila con sus movimientos. Parece agitada mientras intenta abrir una botella.

—¿Necesitas ayuda? —Mi voz le hace sobresaltar y la botella cae al suelo.

Camila se da la vuelta con el ceño fruncido y se lleva una mano al pecho.

—Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento, no pretendía...

—Por suerte no se ha roto —me interrumpe cogiendo la botella del suelo para enseñármela después. No tiene ni un rasguño—. ¿Necesitas algo? ¿Tu coche se ha vuelto a estropear?

—No, vengo a ver a Sofía.

Durante unos segundos, me mira con desconfianza. Debería sentirme incómodo pero le sostengo la mirada con seguridad para que sepa que no me voy a marchar hasta que hable con ella, aunque intente impedírmelo. Pero entonces, sus ojos se suavizan y asiente con la cabeza.

—Está abajo.

Dicho esto, se da la vuelta y sigue con su trabajo. Comienza a servir varias bebidas y antes de que el baile de su trenza vuelva a hipnotizarme, voy a buscar a Sofía.

Al bajar las escaleras, una de las puertas está abierta. Me asomo y allí está, sentada sobre uno de los sofás con un álbum de fotos en la mano. Lo ojea mientras acaricia las fotografías con los dedos. Intento darme la vuelta para no molestarla pero se da cuenta y me llama.

—Adam —Sonríe con melancolía—, perdona, a veces me pongo a recordar y... En fin, ¿qué te trae por aquí?

—Vine a traerte los bocetos.

Su cara refleja sorpresa pero también ilusión. Imagino que creía que me echaría atrás con el trato que hicimos. No puede estar más equivocada. La pintura es mi sueño y tengo la corazonada de que esto es solo el comienzo.

Se levanta y guarda el álbum en una de las grandes estanterías. No me pasa desapercibido cuando acaricia la película *Desayuno con diamantes*. Debe significar mucho para ella.

—Veamos.

Le doy los bocetos y comienzo a sentirme nervioso. ¿Y si no le gustan? ¿Y si me dice que no?

De repente, todos los momentos en los que me han dicho la palabra “no” golpean mi mente y me crean náuseas. Por instinto, llevo una mano a mi estómago. Por favor, no quiero vomitar. Aquí no.

Los minutos pasan mientras ella observa con atención cada detalle que he dibujado. Su cara es inexpresiva y eso me aterra. Pasa las hojas hasta llegar a la última, aquella que será la imagen de la habitación donde estamos. Contengo el aliento cuando se lleva una mano al colgante en forma de diamante que cuelga de su cuello. Lo acaricia y finalmente sonrío.

—Todo esto es... —Ahora es cuando me dice que es demasiado y que no quiere saber nada de mí. Es como si la estuviera escuchando antes de hablar—, asombroso.

Abro los ojos con rapidez. Ni siquiera era consciente de que los había cerrado cuando ha comenzado a hablar. Sus ojos, brillantes por las lágrimas que está conteniendo, se muestran soñadores, ilusionados. Lo sé porque los míos están igual en este momento. ¿De verdad ha dicho que es asombroso? Ojalá lo repita para estar seguro de que no he escuchado mal.

—Tienes mucho talento, hijo. Si has sido capaz de hacer esto en un solo día...

—Gracias.

Sé que estoy quedando como un estúpido pero no se me ocurre otra cosa que decir. Me he quedado mudo de la impresión. ¿Eso significa que seguimos adelante?

—¿Cuándo quieres empezar?

Mi sonrisa se amplía. ¡Es real! Me contengo de dar un saltito como si estuviera en una película americana y me acaban de dar un puesto en la mejor compañía de todo el país. Jo-der. ¡Voy a pintar!

—Cuando me digas, estoy preparado —contesto con convicción. No pienso perder esta oportunidad.

—Puedes comenzar mañana mismo si quieres. —Asiento repetidas veces con la cabeza, ansioso—. Pero antes querría saber cuánto cobras por cada habitación.

Frunzo el ceño. Ni siquiera había pensado en eso. Lo único que quiero es libertad y Sofía me la ha dado. No voy a cobrarle.

—No lo hago por dinero, Sofía —intento no sonar brusco—, lo único que necesito son materiales. No son muchos, tengo algunos en casa pero otros...

Me interrumpe para decirme que ella se encarga de todo, no sin antes insistir en pagarme por el trabajo o pagar la gasolina pues tendré que venir bastante a menudo. Acordamos que serán tres días a la semana, los que yo quiera y en el horario que me venga mejor.

Cuando llego a la primera planta del bar para tomar un refresco antes de marcharme, no puedo creer que el trabajo sea mío. Es lo que he querido siempre y ahora, por fin, se va a cumplir. Solo espero que Sofía no se arrepienta de la oportunidad que me está dando, por favor.

5 - Camila

El vaso resbala de mis manos y acaba en el suelo, rompiéndose en pequeños trozos. Menos mal que llevo unos *leggings* largos y mis deportivas, sino me habría cortado.

Cierro los ojos con fuerza, a la espera de que Sofía se acerque y me diga algo. Sé que no tardará en hacerlo pues es el tercer vaso que rompo en apenas unas horas. Eso sin contar la bebida que he volcado encima de un antiguo cliente o la botella que se me ha caído del susto al escuchar al chico del coche.

—¿Otro vaso? Camila, cielo, no puedes seguir así. ¿Por qué no dejas de ser tan cabezota y te vas a casa? Hoy apenas hay clientes, puedo encargarme yo sola —dice mientras entra tras la barra y mira el estropicio que he formado.

No puedo irme porque necesito distraerme para no pensar en lo que tengo que hacer mañana, por eso. Pero no puedo decírselo. Bastante preocupadas están ya tanto ella como mi tía como para que la situación empeore.

—Lo siento, se me ha resbalado.

Cojo el cepillo y el recogedor para barrer los trozos de cristal pero unas manos fuertes y decididas me los arrebatan. Miro a Sofía sorprendida por su brusquedad y su mirada me taladra, está enfadada.

—O te tomas un respiro o te echo del bar. ¿Me has oído?

Me da un empujón para que salga tras la barra y voy a la puerta sin pensarlo. Quizá si me tomo unos minutos de descanso me deje volver. No la creería capaz de echarme del bar aunque viendo su cara de enfado, puedo esperarme cualquier cosa.

El aire fresco golpea mi cara y cierro los ojos, agradecida por el contacto. Inspiro profundamente como me enseñaron cuando era pequeña. Cojo aire durante tres segundos y espiro otro tres, así hasta alcanzar los cinco segundos en cada movimiento.

Logro tranquilizarme por un instante, pero rápidamente reaparece en mi cabeza lo que me espera mañana. No sé si podré enfrentarme a ello, es solo pensarlo y me bloqueo. Me gustaría decir que todo esto es muy complicado pero me estaría equivocando. En realidad no lo es, soy yo quien lo está complicando todo. Maldita mente humana y su capacidad para fastidiarlo todo.

—¿Estás bien? —Me sobresalto al escuchar su voz—. Perdona, otra vez. No lo hago a propósito, palabra de *Boyscout*.

El chico se sitúa a mi lado y me permito mirarlo. Me regala una sonrisa tímida como disculpa pues es la segunda vez que casi me mata del susto. Debería saber que mi corazón es demasiado débil para este tipo de cosas. O quizá yo esté demasiado susceptible hoy.

—Solo estoy algo cansada. He tenido un día duro.

Suspira mientras se lleva ambas manos a los bolsillos de su pantalón. Comienza a balancearse sobre sus pies y por un momento dejo de pensar en nada que no sea él. Sofía me contó que ambos estaban pensando hacer unos cambios en el bar, pero que no era nada seguro pues dependía del trabajo del chico. No sé qué estarán tramando pero por la ilusión que vi en sus ojos, seguro que merecerá la pena.

—¿Sabes qué es lo mejor cuando tenemos un día duro? —Presto atención a sus palabras—. Normalmente las personas piensan que lo mejor es estar haciendo cosas todo el rato para despejar la mente, ya sabes. Y además así acabamos rendidos y por la noche no nos da tiempo a pensar cuando ya estamos dormidos. Pero están totalmente equivocadas.

—Porque no dejas de pensar en ello a pesar de todo —susurro. Tiene razón, aunque no es algo que no sepa.

—Cierto.

No dice nada más. Me quedo expectante a la espera de que me cuente cuál es su truco para olvidar un día duro, pero no lo hace. Sigue balanceando su cuerpo mientras mira el cielo.

—¿Y cuál es tu truco?

—No es un truco ya que todos lo sabemos hacer: sonreír. Puede que tengamos un día malo, que nos hayamos peleado con alguien o suspendido el examen de esa asignatura para la que tanto hemos estudiado, qué sé yo. Pero no debemos olvidar que el mundo no va a dejar de girar porque estemos tristes o frustrados. No —hace una pausa—, los días continúan y somos nosotros los que decidimos si queremos que pasen sin haber sonreído ni una sola vez, o por el contrario demostrar que somos más fuertes que cualquier otra cosa.

—No todos los días se puede sonreír —suspiro, frustrada. Ojalá la vida fuese tan fácil—. No todos los días podemos enfrentarnos al mundo.

—¿Por qué no? ¿Quién dice que no podemos hacerlo? —Deja de moverse y clava sus ojos sobre los míos—. La vida es demasiado corta como para perderla con frustraciones innecesarias. ¿Algo no ha salido bien? Pues se vuelve a intentar. Sin rendirse, sin dejar de luchar.

—Me gustaría pensar como tú, es liberador.

—Solo tienes que creer en ti misma.

—Y sonreír cada día —sonríó con timidez, siguiéndole el juego y él me responde con el mismo gesto.

—Sí, no hay que olvidarlo. Déjame que te cuente algo. Un día estaba cabreadísimo con mi madre porque no me dejaba salir con unos amigos. Teníamos planeada una escapada a la montaña desde hacía meses y en el último momento, mi madre decidió que ese fin de semana debía pasarlo con mi padre. Así que cuando llegué a su casa, estaba tan furioso que ni siquiera saludé a las personas que estaban allí y corrí a mi habitación dando un portazo.

>>>Unos minutos después, empezaron a golpear la puerta sin parar. Llegué hasta ella y cuando estaba preparado para gritar, la persona que estaba detrás me miró y me sonrió. Era una niña demasiado pequeña abrazando a un pingüino de peluche. Su aspecto daba miedo, estaba muy delgada y su piel era tan pálida que podía confundirse con las paredes.

Permanece en silencio y me abrazo instintivamente, tratando de imaginar el resto de la historia.

—Esa niña estaba enferma y seguía sonriendo. ¿Sabes lo que es eso? Tan solo tenía unos años de vida y probablemente estaba destinada a... —Se calla de golpe—. Pero ahí estaba, mostrándome lo feliz que era con su peluche. Ella hizo que me diera cuenta del poder que tiene una sonrisa y de las cosas que nos perdemos si cerramos los ojos. —Intenta reponerse y me mira con los ojos brillantes de la emoción—. Por eso jamás olvides sonreír porque no sabes a quién puedes ayudar.

Me quedo callada con los sentimientos a flor de piel. Nos observamos y en sus ojos percibo varias emociones. Sinceridad y esperanza. Por un instante me contagio de todo ello y sonrío. Sonríó después de un largo día; sonrío porque sé que puedo hacerlo; sonrío porque me merezco hacerlo.

—Gracias —digo con sinceridad. Hablar con él me ha tranquilizado un poco.

—No me las des. Me conformo con que sonrías todos los días —me guiña un ojo y se marcha dejándome a solas.



Unas horas más tarde, cierro la puerta de casa y apoyo la espalda durante unos segundos. Estoy agotada mentalmente y necesito descansar, pero antes debo darme una ducha para relajar los músculos. Llevo todo el día en tensión y eso no es bueno para lo que me espera mañana. Voy hasta mi habitación y cojo todo lo necesario para darme una ducha rápida.

Bajo la lluvia de agua que cae sobre mí, pienso en la conversación que he tenido con el chico. Qué curioso que ni siquiera nos hayamos presentado como es debido y sin embargo hemos mantenido una conversación tan... íntima. Desde entonces no he dejado de pensar en él, en cómo se ha abierto contándome aquella historia y cómo me ha hablado con tanta familiaridad. Me gusta la sensación. No sé por qué pero hay algo en él que me transmite serenidad. Ojalá nos veamos en más ocasiones.

Cuando salgo de la ducha, mi tía está sentada en el sofá mientras come una ensalada y ve la televisión. Lleva puesto el uniforme de trabajo y tiene el pelo recogido en una cola despeinada. Es una mujer sencilla y atractiva. Se parece tanto a mi padre que cuando la miro, es como si él también estuviera conmigo.

Me siento a su lado y me mira con una sonrisa mientras mastica su cena. Cuando termina, deja el tenedor en la ensalada y pone una mano sobre mi pierna, dándome un ligero apretón.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el día?

—Algo cansado —Omito que casi dejo a Sofía sin vasos de repuesto—. ¿Y el tuyo? ¿No te pones el pijama?

—La mujer de un compañero se ha puesto de parto y tengo que cubrir su puesto. Apenas serán unas horas. —Vuelve a coger el tenedor—. Por suerte la noche está tranquila.

La observo con una mezcla de admiración y adoración. El trabajo de mi tía no es nada fácil, más aún siendo una mujer. Recuerdo cuando me contó cómo reaccionó mi abuelo al contarle que quería ser policía. Pensaba que era un capricho de niña pero cuando vio que su hija estudiaba y se esforzaba por llegar a serlo algún día, se volvió loco. No entendía por qué quería un trabajo que era de hombres. Se encargaba de recordarle cada día lo duro que sería conseguirlo, si es que lo hacía algún día. Y tenía razón, no fue nada fácil.

Los estereotipos por aquel entonces estaban demasiados arraigados —y aún lo siguen estando —, por lo que la lucha constante se multiplicaba. Debe ser muy duro luchar por lo que uno quiere y que te pongan un muro en cada paso que das. Aun así, jamás tiró la toalla por lo que ahora vive felizmente siendo quién es y dedicándose a lo que siempre ha querido. Mi abuelo no termina de llevarlo bien, sobre todo cuando ve esos programas de televisión donde agreden a los policías e incluso los matan; se pone histérico. Muchas veces he intentado evitar que vea ese tipo de escenas pero, lamentablemente, es lo que llama a las masas.

—¿Has cenado? —Su voz me devuelve al presente—. He dejado algunas cosas en la nevera y he traído también pastel de coco.

Vuelvo a sonreír por segunda vez esta noche. Sabe que me encanta el pastel de coco y que haya tenido el detalle de traerlo un día como hoy, me hace inmensamente feliz. Eso y su compañía mejoran la noche y hace que no piense en la pesadilla que me acecha cada vez que puede.

6 - Camila

Obligo a mis piernas moverse aunque lo único que consigo es arrastrar los pies por el suelo. Con cada movimiento levanto la grava que me rodea, creando una escena digna de una película del oeste, de esas donde el hombre vestido con un mono vaquero y con su sombrero típico de *cowboy*, camina lentamente hacia su adversario para enfrentarlo.

Pero ni esto es una película ni el adversario ha sido tan fácil de derrotar. Tengo los músculos del cuello entumecidos y los brazos tensos como cuerdas de guitarra. Siento que voy a romperme en cualquier momento y no sé si quiero que recojan los pedazos. Me siento vacía. Como si todo lo que he estado construyendo día a día, se hubiera desvanecido en el mismo instante que he subido al coche.

Se supone que no iba a ser difícil. ¿Cómo serlo si llevaba preparándome demasiados meses para ello? Pero las pesadillas acechan cuando menos lo esperas, se convierten en tu aliado y no te abandonan por mucho que te empeñes en echarlas. Malditas sean.

Abro la puerta del bar y veo a Sofia tras la barra. En cuanto escucha el sonido de la puerta al cerrarse, vuelve su mirada y clava sus ojos azules en mí. Me mira de arriba abajo con expresión preocupada. Quizá esperaba que me volviera loca o que estallara de furia, pero en realidad no tengo ganas de nada. Reconozco que cuando terminé el examen quise gritar, patear y llorar de frustración, aunque sé que no hubiera servido de nada. Por el contrario, me siento terriblemente derrotada y sin fuerzas.

Sofia viene hacia mí con paso ligero y cuando me alcanza, me lanzo a sus brazos. Me aferro a ella volcando todos mis sentimientos. Mis ojos se llenan de lágrimas pero evito derramarlas, quiero ser más fuerte que ellas.

—Cariño. —Se separa de mí un poco y agarra mi cara entre sus manos—. Ya está, ya pasó.

Asiento con la cabeza, agradeciendo su apoyo. Cuando terminé el examen de conducir, decidí ir al bar porque sabía que ella estaría allí. De lo contrario, me habría quedado en casa recordando cada uno de los errores que había cometido esta tarde, cada palabra del examinador. Y no, no necesito eso. La necesito a ella porque es la única que no me dice lo que quiero escuchar. No me dice que está segura que lo conseguiré a la próxima porque puede que no haya solo una segunda vez, sino también una tercera, una cuarta, una quinta... Ni tampoco que me diga que si quiero, puedo, pues está sobrevalorado. Es de ese tipo de personas que no dice nada y a la vez, lo dice todo.

—Vamos, ve a llevar un refresco frío al chico nuevo. —Sonríe con dulzura y se aparta, dejándome espacio suficiente para reponerme—. Lleva abajo todo el día. Está en la última habitación.

Se marcha a atender a unos clientes y me deja sola. Un suspiro se escapa de mis labios, estoy agotada mentalmente. Voy hacia la barra para soltar la pequeña mochila azul que siempre me acompaña y cojo un refresco para el chico.

Cuando entro en la habitación donde está, me quedo sin palabras. Lo que tengo delante de mí no es más que un reflejo de lo que se convertirá en algo alucinante. Los muebles de la sala están

apartados hacia un lado, cubiertos por un plástico. El suelo está lleno de periódicos para evitar que se ensucie con todo el material que hay; botes de pintura, lápices, *spray*, pinceles...

Mis ojos dejan de prestar atención a lo que hay a mi alrededor y me quedo de piedra cuando veo la pared que tengo en frente. Hace unos días era completamente blanca y lisa y ahora...

—Vaya —susurro impresionada.

El chico me escucha y se da la vuelta aún con el carboncillo en la mano. Por primera vez, he sido yo quien lo ha sorprendido. Cuando se da cuenta de que soy yo, se sonroja. Lo he pillado *in fraganti*. Dejo el fresco sobre la pequeña mesa llena de materiales y presto más atención a lo que tengo delante. Apenas es un leve boceto. La pared está cubierta por pequeños trazos de carboncillo que dan forma a Audrey Hepburn con la mítica vestimenta de *Desayuno con diamantes*.

—Es Audrey Hepburn. —Alzo la mano para tocarla pero la retiro antes de llegar a hacerlo. No quiero estropear el boceto. La llevo a mi pecho y me abrazo.

—La primera vez que entré en esta habitación vi la película de *Desayuno con diamantes* en aquel mueble. —Lo señala. Su voz es suave y tranquila—. Me sorprendió ver la edición tan antigua y me recordó a mi abuela, era su película favorita.

—También la de Sofía y John. —Recuerdo cuántas veces la veía de pequeña acurrucada entre ambos en el sofá—. Ni siquiera recuerdo cuántas veces la he visto.

—Podría decirte lo mismo, estoy seguro de que me sé todos los diálogos de memoria.

—*Somos un par de seres que no se pertenecen* —comienzo a citar una de sus famosas frases —, *un par de infelices sin nombre, porque soy como este gato, no pertenecemos a nadie...*

—*Nadie nos pertenece, ni si quiera el uno al otro* —termina por mí.

Nos miramos fijamente, sintiendo cómo nos atrapa de nuevo esa conexión inexplicable. Es como si una fina capa de electricidad nos cubriese y por un instante nos permitiese ser nosotros mismos, sin máscaras, sin apariencias, sin nada que nos impida ser auténticos. Y me gusta. Me gusta demasiado esta sensación, no quiero dejarla escapar.

—Por cierto, creo que aún no nos han presentado. Soy Adam. —Tiende su mano para saludarnos formalmente pero la retira al darse cuenta que la tiene manchada de carboncillo.

—Yo soy Camila, aunque también puedes llamarme Cami. —Esta vez soy yo la que tiende la mano sin importarme que la suya esté manchada.

Adam la observa y finalmente la agarra transmitiéndome seguridad. Su dedo pulgar acaricia el dorso de mi mano y un extraño escalofrío me recorre. Retiro la mano y aparto los ojos de los suyos para centrarme en la futura obra de arte que tengo ante mí.

—¿Harás lo mismo con el resto de habitaciones?

—¿No te lo ha contado Sofía? —Imita mi movimiento, quedando a mi lado.

—No. Últimamente he tenido la cabeza en otro lado, supongo que no me lo ha contado por eso.

—El día duro, ¿no? —Asiento con la cabeza—. Tengo bocetos para las tres habitaciones. El día que se pinchó la rueda de mi coche no encontraba el baño y abrí todas las puertas. En cada una de ellas me imaginé cómo serían de no estar inutilizadas. Eran solo imaginaciones, pero entonces Sofía apareció y me contó la historia de John. Le propuse un cambio y al parecer aceptó.

—¿Al parecer? Lo estás haciendo. —Señalo la pared que tengo en frente.

Parece dudoso e inseguro de su trabajo.

—Lo sé, es solo que a veces no me lo creo —suspira—. ¿Conoces la sensación de querer hacer algo con lo que siempre has soñado, pero que no has podido hacerlo porque siempre te han frenado? Eso es lo que me pasa. La pintura es algo que me ha llenado desde pequeño. Veo una

pared blanca y me imagino qué podría cubrirla, veo una hoja de papel y me tiemblan los dedos al imaginarlos sobre ella. No me creo aquello que dicen de <<blanco o negro>>. ¿Por qué tiene que ser así? La vida está llena de matices. —Lo miro con atención, su respiración se ha agitado mientras hablaba—. Cuando pinto, me siento completo. Y solo quiero que me den la libertad de hacer lo que más quiero, de poder transmitir lo que siento con cada trazo.

—Es precioso. No solo lo que dices sino también por lo que eres capaz de crear con tus manos. ¿Quieres ser pintor? Tienes talento de sobra para hacerlo y eso que ni siquiera he visto el resultado de esto.

—En realidad no quiero ser pintor, sino maestro de pintura. Desde pequeño han chafado mis ilusiones, me han dicho que no debía pintar porque no me iba a dar de comer, incluso mi madre dejó de comprarme materiales para que no lo hiciera. Y yo me pregunto cada día ¿por qué el arte tiene que significar tan poco? ¿Por qué se tiene que considerar un hobby y no una pasión? —Su voz comienza a alterarse con el movimiento de sus manos—. Si a eso le unimos que quiero ser maestro, me toman por loco. ¿Te lo puedes creer? Estoy harto de que menosprecien profesiones que lo único que hacen es embellecer la vida. Un maestro es como un jardinero, planta pequeñas semillas en los niños el primer día de clase y las riega cada día hasta que se convierten en un árbol grande y hermoso. ¡Estamos aquí en gran parte por ellos! No creo que sea tan difícil de entender. —La última frase la dice con furia mientras aprieta sus puños.

Me quedo impresionada ante el discurso. Y tras reflexionar sobre sus palabras, me quedan claras dos cosas. La primera es que le encanta hablar y expresar lo que siente, algo que envidio y admiro; y la segunda es que le apasiona lo que hace. Cada palabra que sale de su boca transmite fuerza pero también miedo y rabia. Entiendo lo que dice y aunque no lo he vivido en primera persona, a mi tía le sucedió lo mismo. Nadie creía en ella pero jamás se rindió. Adam me recuerda a ella, ambos tienen la misma tenacidad y valentía.

—Lo siento. Me he dejado llevar. A veces hablo sin parar.

—Entiendo lo que quieres decir —contesto con sinceridad—. Quieres ser maestro para dar a esos niños lo que tú no tuviste: esperanza.

Su arrebatadora mirada me taladra y estoy tentada de retirar la mía pero no puedo, es como si algo me agarrase la cara y me impidiese moverla para no mirar otra cosa que no sean sus ojos.

—Sí. No quiero que jamás escuchen la frase “*No puedes*”. Sé cuánto duele, más si viene de personas que quieres.

—A veces las personas que más quieres son las que más te harán llorar —recito una frase que leí hace tiempo y se quedó marcada a fuego en mi piel.

Tras terminar la frase, comienzo a sentir calor. La conversación ha tomado un giro inesperado, de pronto la intimidad nos ha rodeado sin haber sido llamada. La inquietud se sostiene en una balanza donde el deseo de continuar hablando se encuentra al otro lado.

—Bueno —carraspea Adam, cortando la tensión—, ¿y tú? ¿A qué quieres dedicarte?

La inquietud toma fuerza en la balanza y desborda al deseo. Siento ganas de salir corriendo pero está claro que quedaría como una loca.

—Psicóloga —susurro.

—Vaya... Por un momento pensé que dirías tanatopractora.

¿Qué? ¿Tengo pinta de querer tratar con cadáveres? Aunque pensándolo mejor, ¿qué pinta tiene una tanatopractora? Nunca he conocido a una pero quizá él sí y ve el parecido.

—¿Por qué? —pregunto con el ceño fruncido.

—Lo has dicho con miedo, como si esperaras que me escandalizara. No eres una “mata

gatitos”, ¿verdad? —Niego con la cabeza un tanto desconcertada—. Entonces tranquila, no voy a asustarme por nada que me digas.

Comienza a sonreír poco a poco y me contagia. De nuevo lo está haciendo. Está consiguiendo que me relaje a su lado, charlando de cualquier cosa. Me gusta la forma que tiene de transformar un tema delicado en una conversación cómica. Eso hace que me anime a continuar.

—Quiero ser psicóloga clínica —digo esta vez con más convicción—. Desde hace unos años quiero saber por qué las personas hacen algunas cosas. Qué les lleva a actuar, pensar o hablar de una forma u otra. Por qué, aún sabiendo que se harán daño a sí mismas o a alguien importante, lo hacen.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Sí.

En realidad, desde hace unos años no pienso en otra cosa que no sea en lograrlo.

—Sabes que puede que nunca encuentres la respuesta que buscas, ¿verdad?

Lo sé, siempre lo he sabido pero es un riesgo que quiero asumir. Así que asiento con la cabeza.

—Bien, pero no dejes que la búsqueda te convierta en lo que no querrías ser.

Sus palabras me aturden. Jamás permitiré que suceda algo así, jamás.

7 - Adam

Cojo los materiales y cierro el maletero del coche con fuerza, evitando que se caigan. Ya se me ha roto la bolsa donde llevaba los pinceles y han acabado repartidos por todo el maletero. Un desastre. Menos mal que no ha sido un bote de pintura mal cerrado, sino me habría dado algo. O más bien se lo habría dado a mi madre al ver el estropicio del coche. Ya la estoy imaginando...

Abro la pesada puerta del bar y busco a Sofia con la mirada. Me resulta fácil dar con ella pues tan solo hay dos personas en el bar. Me he dado cuenta durante los días que he estado viniendo que no suele ser un bar concurrido. Cliente por aquí, cliente por allá, pero siempre los mismos. Ojalá que la reapertura de las habitaciones atraiga a más personas.

—Hola, Adam—me saluda—. ¿Qué haces aquí? Ya has cubierto tus tres días.

Frunce el ceño como si fuera una madre preocupada por su hijo. Ayer me ofrecí a venir hoy también y avanzar un poco más en el mural pero ella se negó en rotundo diciendo que necesito descansar. Me gusta que se preocupe por mí, me hace sentir un cosquilleo agradable en el pecho.

—Lo sé, solo he venido a traer estos materiales. El lunes tengo una comida familiar y cuando termine vendré directamente, así no tengo que parar en casa.

En realidad lo que no quiero es que mi madre comience a preguntarme qué son esos materiales y para qué los quiero. Los compré hace unas horas y he estado tentado de dejarlos en mi habitación pero sé lo que causaría si mi madre los viese. Se empeñaría en que me deshiciera de la idea de pintar como ha hecho tantas veces. Sé que ya soy mayorcito para hacer lo que quiera, pero la conozco lo suficiente como para llegar un día a casa y ver todo en la basura. Los materiales son muy costosos y no pienso permitir que lo arruine todo.

—Está bien pero después te vas. No te quiero en la planta de abajo más de cinco minutos. De lo contrario, iré yo misma a sacarte de allí.

Sonrío como un bobo. Estoy segurísimo de que sería capaz de hacerlo. Aún recuerdo el primer día que comencé a trazar los bocetos en la pared. Era la una de la madrugada y Sofia estaba cerrando el bar. Cuando se dio cuenta de que seguía pintando, casi me mata. Sin duda, es una gran mujer.

Voy al sótano para dejar los materiales y salir corriendo antes de que venga a por mí, pero cuando estoy cerrando la puerta para marcharme, escucho la voz frustrada de Camila en el cuarto de baño. Sé que no debería hacerlo, que se trata de algo privado, pero mi vena cotilla es más fuerte que yo y no puedo evitar acercar un poco, solo un poquito, la oreja a la puerta.

—¡Pero necesito más! No puedo hacerlo si no las tengo, no lo conseguiré.

El silencio nos rodea y quiero apartarme antes de que me pille, pero su voz desesperada me detiene.

—Dos o tres, no pido más. Por favor—suplica. Adivino que está hablando por teléfono porque solo se escucha su voz al otro lado de la puerta—. Está bien, adiós.

Me aparto con rapidez antes de que la puerta se abra y me descubra con las manos en la masa pero en cuanto doy unos pasos hacia atrás, un grito y el sonido de un fuerte golpe me paralizan. ¿Se habrá caído? El miedo se apodera de mí mientras deshago mis pasos y sujeto el pomo de la

puerta para abrirla.

Pero la puerta se abre antes de que yo llegue a hacerlo. Su pecho golpea contra el mío y para evitar caer, Camila se agarra con fuerza a mi camiseta. Nuestras respiraciones se agitan y cuando alza la cabeza, se da cuenta de que soy yo. Su mirada se alterna entre mis ojos y sus manos, y cuando se da cuenta de que casi va a romperme la camiseta al estilo *Camarón de la Isla*, me suelta como si quemase. El movimiento me desestabiliza pero recobro la compostura unos segundos después.

—¿Estás bien? —La miro esperando ver alguna señal del golpe que se ha dado—. He escuchado un golpe.

Sus mejillas enrojecen y sus ojos evitan mirarme. Está avergonzada. ¿Tan ridícula ha sido la caída?

—Le he dado una patada a la puerta.

Espera... ¿qué?

—¿Qué te ha hecho la pobre?

Se encoge de hombros mientras retuerce el bajo de su camiseta con los dedos de forma nerviosa. Ha tenido que pasar algo importante para que reaccionara golpeando lo primero que tenía delante. Por suerte no me ha pillado a mí que sino... quién sabe.

—¿Problemas con el camello? —Intento relajar el ambiente. Lo que quiera que le haya hecho reaccionar así, seguro que tiene solución. Solo tiene que creer en ello.

—¿Cómo dices?

Bien, he captado su atención.

—Digamos que he pegado un poquito la oreja y he escuchado que necesitabas dos o tres más. ¿Tu camello está de vacaciones? —Su cara es todo un poema—. Lo digo porque conozco a alguien que vende lo que necesitas a un precio muy económico. Puedo llamarlo para que lo pruebes —saco el teléfono de mi bolsillo para darle más credibilidad a la conversación—, así compruebas que es de calidad. Es algo así como mi camello de confianza.

Una sonrisa empieza a asomar en mi rostro. Sé que es estúpido reírse de la gracia que hace uno mismo pero su expresión no me lo está poniendo nada fácil.

De pronto, me imita y lo que comienza siendo una curva en su boca termina en unas sonoras carcajadas. Juntos nos reímos y ni siquiera cuando aparece Sofía mirándonos con cara de haber perdido la cabeza, podemos parar. Finalmente se marcha dándonos por perdidos.

Terminamos exhaustos y con dolor de barriga de las carcajadas. Dicen que reír alarga la vida así que esto debería convertirnos ahora mismo en inmortales.

—No pueden darme más clases de conducir —dice Camila con voz tímida—. Mi profesor está de vacaciones y los demás no tienen hueco. Tengo el examen dentro de dos semanas y va a ser imposible que apruebe.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque ya he suspendido una vez. Necesito más práctica y no pueden ayudarme. Estoy perdida.

Así que era eso lo que suplicaba. Dudo que no haya alguien que pueda ayudarla, al fin y al cabo cuantas más clases dé, más dinero gana la autoescuela, ¿no? Sería de tontos no ayudarla, por no decir que verdaderamente lo necesita. Cualquiera lo podría ver en sus ojos.

—No pierdas la esperanza, seguro que te buscan un hueco —comento tratando de animarla.

Sonríe con tristeza y esta me pellizca el corazón. Me gustaría borrarla y que volviese a carcajearse conmigo.

—Gracias.

Con esa última palabra se marcha, dejándome a solas con mis pensamientos. Ya es hora de que yo también me vaya.



Durante todo el fin de semana no he podido quitarme de la cabeza la sonrisa triste de Camila, ni tampoco la resignación que había en su voz. He estado pensando mil formas para ayudarla pero al final he descartado la que más me apetecía: presentarme en la autoescuela montando una buena escena hasta conseguir que le diesen unas cuantas clases. Pero estaría fuera de lugar, ¿cierto? Aunque es una idea tan tentadora...

—Adam, ¿estás bien? —La voz de mi padre me saca de mi ensoñación.

Observo las personas que rodean la mesa y me doy cuenta de que apenas he probado bocado mientras que los demás están a punto de tomar el postre.

—Sí, perdona, tengo la cabeza en otra parte.

Mi padre frunce el ceño. Está preocupado. Llevo tres semanas sin verlo porque ha estado de viaje de negocios en un caso muy importante. Desde muy joven se ha tomado su trabajo muy en serio, se ha dejado la piel en cada caso por lo que ahora es un abogado de prestigio. Es un claro ejemplo de que con sudor y lágrimas, todo se puede conseguir.

—De acuerdo, pero recuérdale que vuelva antes de que se pierda demasiado. —Siempre dice la misma frase cuando me nota disperso.

Intento prestar más atención a la conversación pero me resulta imposible. Ahora tengo en mente otra cosa y lo único que quiero es llegar al bar para ponerla en marcha.



Una hora y media más tarde atravieso la puerta del local y busco desesperadamente a Camila con la mirada. La encuentro tras la barra secando unos vasos, absorta a lo que sucede a su alrededor. Me dirijo hacia ella con pasos seguros.

—Hola, Adam.

—Hola —respondo ansioso—. ¿Has solucionado lo de las clases?

—No.

Aparta sus ojos de los míos para mirar el trapo que sostiene. Intenta esconder lo mucho que le afecta la situación.

—Entonces no tienes nada que hacer esta tarde, ¿verdad?

—Pues... —duda— hay gente en el bar. Seguro que Sofía necesita...

—¿Alguien ha dicho mi nombre? —La aludida aparece a nuestro lado—. Hola, cielo.

El cariño que transmite su saludo hace que se me acelere el corazón. Lo que daría porque mi madre fuese como ella, aunque sea un poco.

—Le preguntaba a Camila si tiene que hacer algo esta tarde, cuando termine de la sesión de pintura.

Sofía alterna la mirada entre Camila y yo varias veces hasta que agranda los ojos y sonrío con complicidad. A saber qué estará pensando esa cabecita suya.

—No, claro que no —Camila la mira con sorpresa, apuesto a que no esperaba esa respuesta—. Está libre.

—Bien. ¿Te apetecería ir conmigo a un lugar cuando terminemos? —Duda de nuevo—. No tienes por qué hacerlo si no quieres.

Tras unos segundos interminables de silencio cuyo único sonido es el martilleo de mi corazón, acepta y me siento muy feliz. Una pequeña parte del plan está saliendo de maravilla. A ver qué tal va la siguiente fase.

8 - Camila

Observo cómo al sol tan solo le quedan unas horas para desaparecer un día más. A su lado, el cielo es tan azul que resplandece. Me gustan los días de verano donde se puede ver con claridad el aleteo de un pájaro durante el día o las estrellas por la noche. A veces, cuando salgo de noche del bar, me quedo en el porche sentada, observando el cielo. Lejos de la ciudad, puedo contar tantas estrellas como quiera. Es precioso.

—Ya estoy listo —dice su voz a mi espalda—, siento que hayas tenido que esperar.

Adam sonrío y yo alzo mis hombros con desinterés; tan solo llevo unos minutos esperando.

Uno al lado del otro, caminamos hacia su coche y un sudor frío comienza a recorrerme el cuerpo. Siento cómo los músculos del cuello comienzan a tensarse uno a uno y tengo que hacer un gran esfuerzo por intentar relajarme. Sin que se dé cuenta, lo muevo lentamente a un lado y al otro.

Cuando llegamos, mis manos están sudadas y al abrir la puerta del copiloto, se me resbala. Él sube al coche con fluidez y aprovecho que no me ve para secarme las manos en el pantalón e intentar abrirla de nuevo. Respira, Camila, respira.

—¿Cuánto hace que conduces? —pregunto mientras abrocho el cinturón y me aseguro de que se mantiene sujeto al anclaje del sillón.

—Un año y medio. —Me mira con intensidad antes de arrancar—. ¿Estás bien?

Frunce el ceño al ver que no respondo y me obligo a sonreír un poco para restarle importancia a lo que acaba de pasar. Debe pensar que estoy loca por cómo he actuado. Qué vergüenza. Aparto la mirada para que no vea que seguro tengo enrojecidas hasta las puntas de mi pelo.

Cuarenta minutos más tarde, llegamos a un recinto rodeado de una frondosa vegetación y un enorme lago de agua cristalina. En él hay varias barcas sin usar y muchos patos. Me recuerda a la mítica escena de la película *El diario de Noa*, cuando se suben a la barca y los patos comienzan a rodearlos.

Observo maravillada la magia del recinto mientras el sol cae lentamente sobre el horizonte. La imagen es tan perfecta que por un momento quiero sacar el teléfono móvil para hacer una foto pero opto por disfrutar de primera mano esta belleza.

Adam me pide que nos sentemos en un banco de piedra frente al lago. Está vacío y tiene las mejores vistas. ¿Cómo es posible que estemos solos? ¿Cómo es que no hay personas paseando y disfrutando del paisaje?

Ya sentados, nos quedamos en silencio unos minutos, respirando la paz que transmite este lugar. Cuando me preguntó si quería salir con él, no imaginaba encontrarme con algo así.

—Descubrí este lugar cuando tenía quince años —comienza a hablar en voz baja. Es como si tuviera miedo de romper el clima tranquilo que nos rodea—. Estaba en casa de un amigo a tan solo unos minutos de aquí. Nos habíamos reunido para pasar el rato cuando todo comenzó a complicarse y salí corriendo sin importarme nada ni nadie. Entonces me encontré con este sitio y me transmitió una paz que antes no conocía —suspira—. Desde entonces, venía cada vez que necesitaba respirar.

Esta vez soy yo la que toma una gran bocanada de aire mientras una sensación extraña me

recorre. ¿Por qué ha querido compartir conmigo este lugar tan importante para él?

—Y me pasaba bastante a menudo —continúa con la historia—. Cada semana venía para recibir mi dosis de tranquilidad.

—¿Y funcionaba?

—Lo hacía mientras estaba aquí. Pero cuando volvía a casa o a clase, la realidad era otra. Cuando el infierno es más grande que tú, es difícil salir de él. Y eso me pasaba a mí. No importaba cuántas veces me decía que todo pasaría, que no debía darle importancia, porque por más que lo repitiera una y otra vez, nada cambiaba. Cada día era lo mismo. El mismo infierno.

La curiosidad puede conmigo y estoy a punto de preguntarle qué sucedió para que se sintiera de esa forma. O bien si sigue pasándole. Pero él se adelanta y se abre a mí mostrándome sus miedos sin dudar.

—¿Alguna vez has sentido que tu existencia no tiene sentido? Que estás aquí y ahora porque el destino lo ha querido pero no le encuentras sentido por mucho que lo busques.

—Sí —susurro. Lo sé muy bien, por desgracia. Y me entristece saber que él también se ha sentido igual.

—La primera vez que me sentí así tenía trece años. Una edad temprana, ¿no crees? —Sonríe con amargura—. Un día tenía todo y al día siguiente nada. Mi madre echó a mi padre de casa y no entendía nada. Él solo lloraba mientras que ella se ponía una máscara de frialdad y se encerraba en su habitación. Estuvieron así durante meses y no sabía a quién culpar. Necesitaba hacerlo, ¿sabes? Necesitaba encontrar al culpable del por qué mi familia se había desmoronado.

Hace una pausa. Su voz poco a poco toma un tono duro con cada palabra.

>>Nunca habíamos sido una familia perfecta. Teníamos nuestros problemas y mis padres habían pasado por muchas crisis pero nunca habían llegado a ese punto. Meses más tarde, me enteré que se habían separado hacía un año pero convivían juntos por mí, aunque tenían vidas paralelas. —Clava su mirada en mí y el dolor se refleja en sus ojos brillantes—. Él encontró a alguien especial y mi madre no lo aceptó. Y no fue porque lo siguiera queriendo sino porque se enamoró de un hombre.

Vaya... Eso sí que no lo esperaba. Debe ser difícil pasar por una situación así siendo tan solo un niño. ¿Cómo se logra entender que tu familia se desmorone y tu padre se enamore de alguien de su mismo sexo?

—La noticia corrió como la pólvora al viento. Mi casa era un lugar sin vida y el instituto, el propio infierno. Perdí a mis amigos porque tenían miedo que siguiera los pasos de mi padre y me enamorase de uno de ellos. ¿Te lo puedes creer? Y los pocos chicos que se acercaban a mí lo hacían para reírse a mi espalda. Durante años culpé a mi padre de todo lo que pasaba; mi madre aportaba su granito con multitud de argumentos que me hicieron odiarlo.

—Debió ser muy duro.

—Lo fue. Pero el tiempo me enseñó que no podía culparlo por amar. ¿Qué más da quién fuera? Él era feliz y con mi madre no lo era. Y lo sigue siendo, él y su pareja todavía están juntos, algo que me alegra muchísimo.

—Me alegro que sea feliz después de todo, no tuvo que ser fácil tampoco para él.

Adam asiente con la cabeza y curva una pequeña sonrisa. Me quedo absorta observando sus labios y admito que está empezando a gustarme demasiado que sonría de esa forma.

—Entonces —carraspeo—, ¿por qué has querido venir hoy aquí? ¿Algo está mal?

—Por ti.

Sus ojos me taladran con tanta profundidad que temo que me atravesara el cuerpo. Aparto la

mirada con brusquedad. ¿Por mí?

—Estás teniendo muchos días duros últimamente. He pensado que este sitio podría ayudar a relajarte. Pero, oye, no se lo enseñes a nadie más porque comenzará a llenarse y tendremos que buscar otro sitio secreto —bromea.

Sonríó de verdad por primera vez en todo el día. Me sorprende lo fácil que es hacerlo cuando estoy con él.

—Has sonreído —comenta devolviéndome el gesto—. Bien.

Nuestras miradas se entrelazan y de nuevo siento esa conexión pero esta vez es distinta. La siento en la boca del estómago que da un vuelco, en mi piel al estremecerse y en mis mejillas sonrojándose.

—Mi padre murió en un accidente de coche cuando tenía ocho años —suelto a bocajarro, sorprendiéndolo.

No le culpo pues yo también estoy sorprendida de haberlo dicho en voz alta. Pocas personas lo saben de mi alrededor. No acostumbro a hablar de lo sucedido ya que prefiero olvidarlo aunque sea imposible. Pero Adam tiene algo que me anima a continuar y contarle el secreto que me crea pesadillas por las noches.

—Volvíamos a casa después de celebrar su cumpleaños en casa de mis abuelos cuando un coche nos sacó de la carretera —mi voz comienza a romperse. Si cerrara los ojos, estoy segura de que lo vería todo con total claridad—. Yo estaba en el asiento trasero y mis padres ocupaban los de delante. Mi padre intentó estabilizar el coche pero fue imposible; caímos por un terraplén y chocamos contra varios árboles.

Me estremezco al recordar el golpe al chocar. En mi mente está tan vívido que no parece haber pasado diez años de aquella noche.

—Lo último que recuerdo es la imagen de mis padres inconscientes y un profundo dolor en el cuello. —Por instinto, acerco mi mano allí y siento la rugosidad de la cicatriz bajo la yema de mis dedos. El cinturón me protegió de algo peor pero me dejó un gran corte—. Cuando desperté en el hospital, mi padre había muerto y mi madre estaba en shock. Jamás volvió a ser la misma, aquella noche me quedé huérfana de ambos padres. Dos años más tarde encontré una nota donde se despedía. Decía que no podía vivir en un mundo donde no estuviera mi padre. —Una lágrima cae por mi mejilla y la aparto bruscamente con los dedos. No se merece que lllore por ella—. Se suicidó. Desde entonces he vivido con mi tía. Tanto ella como Sofía han sido como una madre para mí.

—Muchas veces he pensado que la vida es una mierda, ¿sabes? Pero jamás se me ha ocurrido dejar este mundo. He pasado por momentos duros en los que no quería levantarme de la cama y dar la cara. Pero he tenido que hacerlo. ¿Y sabes por qué? Porque creo en la esperanza. Estoy seguro de que la vida nos compensará esos recuerdos dolorosos con algo buenísimo. Nos lo merecemos.

—¿Y si nunca llega? ¿Y si la vida no nos compensa?

—Entonces seremos nosotros los que hagamos que llegue —contesta muy seguro de sí mismo—. Conviértamos las lágrimas en sonrisas, hagamos los momentos inolvidables. Riámonos de la vida, gritemos a los cuatro vientos que nos importa una mierda lo que nos tenga preparado porque somos mejores; enamórenos y soñemos como si cada día fuese el último. Joder, sí —exclama en voz alta con entusiasmo—. Nos lo merecemos.

—Sí —sonríó por su impulsividad—, nos lo merecemos.

En cuanto nuestras miradas se encuentran de nuevo, comenzamos a carcajearnos y por un

instante, perdemos la noción del tiempo. Nada más importa que el sonido de nuestra propia risa.



—Entonces ¿no pueden darte más clases de conducir? —pregunta con el ceño fruncido mientras se acomoda en el banco para quedar frente a mí.

Tras un rato charlando sobre nuestras vidas, di un paso más y le conté el motivo por el que he suspendido el carné del conducir. Desde el día del accidente, me pone muy nerviosa subirme a un coche, más aún cuando conduce alguien que no conozco.

Pero tanto mi tía como Sofia pensaron que debía superar mi miedo y ponerme frente a un volante. Si no confío en la persona que conduce, qué mejor que lo haga yo. Al principio me sentí totalmente aterrorizada pero tras muchísimas clases —más de las que me gustaría admitir—, me sentía preparada para hacerlo. Y suspendí. Me puse muy nerviosa y no lo conseguí. Aún necesito un poco más de práctica antes de la segunda oportunidad aunque ya me temo lo peor dadas las circunstancias.

—No. Los profesores están muy ocupados y no tienen un hueco para mí. El examen es dentro de casi dos semanas y volveré a suspender.

—No, no lo harás.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque yo te ayudaré. —La idea parece emocionarle, aunque yo no estoy tan segura de ello—. ¿Tres días a la semana te parece bien?

—Sí, pero...

—Nada de peros —me interrumpe—. Déjame hacerlo, por favor.

Si una cosa me ha enseñado Adam en los pocos días que lo conozco es que no hay que pensar demasiado las cosas antes de hacerlas porque la oportunidad puede desaparecer. Así que acepto su propuesta, aunque una parte de mí sabe que no solo lo hago porque necesito su ayuda, sino porque también quiero que lo haga.

9 - Adam

Llevo la mano a mi boca para mordirme las pocas uñas que me quedan en los dedos cuando recibo un manotazo por parte de Sofía. Estoy tan nervioso que no se lo tengo en cuenta y guardo rápidamente las manos en los bolsillos antes de hacerlo de nuevo. A este paso me comeré hasta los dedos.

—¿Quieres parar? —Me regaña mientras pone sus manos sobre las caderas. ¿Cómo puede estar tan tranquila? La envidio—. Te necesito con los diez dedos para pintar. Además, no querrás que ella te vea así, ¿verdad?

Cierto. Si al final no ha aprobado, debo ser fuerte por ella y transmitirle que no pasa nada porque ya habrá más oportunidades. No debe rendirse por nada del mundo. En eso consiste la vida, en jamás hacerlo.

—Vale, ya paro. —Miro mi reloj. Han pasado tres horas desde que tuvo el examen—. ¿Dónde se ha metido?

Sofía me mira con una sonrisa pícaro y desvío la mirada para no desvelarle cómo me siento realmente. Estoy eufórico y a la vez nervioso. Hace dos semanas que comenzamos las clases de conducir y desde entonces, Camila y yo nos hemos hecho amigos. O algo así... Siento que estamos más unidos y que sus victorias son las mías, al igual que sus derrotas. Es una buena chica y se merece que le pasen cosas buenas, más aún después del pasado que carga en su espalda.

La veo aparecer por la puerta con la cabeza gacha y me levanto con tanta fuerza del taburete que lo tiro al suelo. El ruido llama su atención y cuando alza su mirada y observa la que he liado, no puede esconder la sonrisa. ¿Está sonriendo? ¿Eso quiere decir... lo que creo que quiere decir?

Me acerco unos pasos para acortar la distancia, atento a cada uno de sus movimientos. Ella avanza poco a poco mientras su sonrisa se hace cada vez más grande. Entonces lo sé, lo ha conseguido.

Nos encontramos a medio camino y cuando estamos de frente, ella se lanza a mis brazos con efusividad. La abrazo con fuerza, cubriendo su cuerpo con mis brazos y acercándola tanto que no queda un centímetro de su piel sin tocar la mía. Siento cómo todos los nervios que tenía dentro de mí van desapareciendo de golpe. ¡Lo ha conseguido! ¡Lo sabía!

Acercó mi cara a su pelo e inhalo su dulce olor, me fascina. Desde que comenzamos a ser amigos, nos hemos acercado poco a poco con pequeños roces mientras le enseñaba a manejar el volante con seguridad, pero nada se asemeja a la sensación de tenerla entre mis brazos. Es reconfortante y me gusta. Me gusta tanto que no quiero soltarla.

Nos quedamos en la misma posición unos minutos hasta que ella rompe el contacto y me sonrío abiertamente. Joder, es preciosa.

—¡Lo he conseguido! —Grita emocionada.

Entonces se da cuenta de que nuestro alrededor permanece en silencio. Estamos en mitad del bar, muy cerca, y nos hemos abrazado de una forma muy íntima por lo que no es de extrañar que tengamos público.

Los clientes habituales nos miran con una sonrisa pensando Dios sabe qué pero no me importa.

Ahora mismo solo tengo ojos para ella y el adorable sonrojo que aparece en sus mejillas.

—¡Enhorabuena, cariño! —Sofía aparece a mi espalda y Camila se separa de mí para lanzarse a sus brazos. Las miro con adoración pues jamás conoceré a dos mujeres tan maravillosas como ellas. Son increíbles.

Cuando deshacen el abrazo, me acerco para escuchar cómo ha sido su examen. No ha cometido ni un error y su profesor se ha sorprendido mucho. Seguro que esperaba que hiciera algo mal para tener más oportunidades de ganar dinero con sus clases. Pero se acabó porque lo ha conseguido.

Satisfecho y contento por la noticia, me marchó al sótano para seguir con mi trabajo. La tercera habitación está por la mitad y me gusta mucho cómo está quedando. Estoy deseando terminarla y ver el resultado.



Media hora más tarde, Camila viene a traerme un refresco. Lo deja sobre la mesilla y se apoya contra la pared contigua al boceto. Me doy cuenta que desde que entró en el bar, su sonrisa no ha desaparecido en ningún momento y espero que jamás deje de hacerlo.

—Está quedando precioso.

Doy un sorbo a mi refresco para que no se dé cuenta de mi sonrojo mientras siento que la habitación empequeñece poco a poco con su presencia.

—Quería darte las gracias —continúa diciendo.

—No tienes que dárme las. Tu logro es mi recompensa. —Doy otro sorbo al refresco. Su profunda mirada me penetra a cada segundo.

—Quiero hacerlo. Creíste en mí aun cuando ni siquiera yo lo hacía. Significa mucho para mí.

El ambiente de la habitación comienza a volverse más intenso con cada palabra suya. La electricidad nos envuelve y siento un latigazo en mi pecho. Es una sensación extraña y no sé si asustarme o alegrarme por ello.

—Estaré aquí siempre que lo necesites —comento con total sinceridad—. Ahora somos amigos, ¿no?

—Sí, amigos.

—¿Se lo has contado ya a tu tía? —Cambio de tema rápidamente. Asiente con emoción—. ¿Y a tus amigas?

—No he podido hablar aún con ellas. La conexión allí va fatal pero les he dejado un correo electrónico para que lo lean cuando puedan.

En una de nuestras clases de conducir me contó que tiene dos mejores amigas, Sara y Alma. Son gemelas y se conocieron en el primer curso del instituto cuando tenían doce años. Sus compañeros se metían con ellas por ser iguales y se aislaron durante un tiempo hasta que encontraron a Camila. Ella también se refugiaba en la soledad por la pérdida de sus padres y juntas salieron de esa etapa ayudándose entre ellas.

Pero ahora están de viaje con su familia en el extranjero durante una parte del verano por lo que hablan entre ellas el tiempo que les permite la conexión a Internet del hotel. Lo que se resume en una o dos veces cada dos semanas. Camila está deseando que regresen para abrazarlas. Las quiere muchísimo.

—Seguro que se alegran y corren a llamarte aunque sean las tantas de la madrugada.

Camila se ríe dándome la razón hasta que el sonido de mi teléfono móvil la interrumpe. Está encima de la mesa y al acercarme para ver de quién se trata, frunzo el ceño. Es mi madre. Pensaba

que estaba de viaje. ¿Qué querrá?

—Perdona —lo cojo y me dirijo a Camila—, es mi madre.

Ella asiente con la cabeza antes de marcharse, dándome intimidad. Tomo una gran bocanada de aire y descuelgo.

—Hola, mamá —mi voz es plana, sin emoción alguna.

—*Adam.* —Ella me responde con frialdad—. *Acabo de volver a casa y no te veo. ¿Dónde estás?*

—Estoy haciendo unas cosas. ¿Qué necesitas?

—*No quiero cenar sola, te espero aquí en unas horas. Pediré algo de comida japonesa, no llegues tarde.*

Tras esas palabras, cuelga. Dejo el teléfono móvil de nuevo sobre la mesa y lo fulmino con la mirada, como si él fuera el causante del comportamiento de mi madre.

No esperaba que volviera hasta dentro de tres días. Mucho menos que quisiera cenar conmigo. Eso me recuerda las demás ocasiones en las he tenido que cenar con ella porque su pareja la ha dejado y necesitaba compañía. Es duro que tu madre solo te necesite para sustituir a otra persona. Me pregunto qué habrá pasado esta vez.

—¿Todo bien? —Sofía llega a la habitación con dos botes de pintura.

—Sí.

—Parecía que querías asesinar a tu móvil.

—Tranquila, está todo bien. —Me acerco y le ayudo para ponerlos en el suelo, junto al resto de materiales. Ya tengo todo lo necesario para terminar la habitación.

—Esta noche cerraré antes; iremos a celebrar el aprobado de Cami y nos gustaría que vinieras.

—Me encantaría —siendo totalmente sincero, preferiría estar con ellas que con mi madre—, pero mi madre ha vuelto de viaje y quiere que cenemos juntos. Lo siento.

—No te preocupes, la familia es lo primero. Espero que puedas venir a la próxima.

Me guiña un ojo antes de marcharse. Al cerrar la puerta a su espalda, suelto el aire contenido en los pulmones. Desearía poder salir con ellas y celebrar la noticia pero sé que no puedo dejar sola a mi madre. No sé cuándo volveré a verla porque seguro está planeando ya su nuevo viaje, así que deberíamos pasar un rato juntos. Al fin y al cabo, una noche no nos hará daño, ¿no?

10 - Camila

—¿Y es guapo?

Me froto la cara con mis manos mientras observo a mis dos mejores amigas sonreír con picardía a través de la pantalla del ordenador. En cuanto leyeron mi correo electrónico al día siguiente del examen, me dejaron claro que esa misma noche buscarían una red de Internet lo bastante buena como para que les diese todos los detalles.

—¿Os estoy diciendo que he aprobado el carné del coche y me preguntáis si Adam es guapo? Deberíais alegraros por mí —intento sonar indignada aunque en realidad sabía que reaccionarían así.

—Y lo hacemos —alega Sara—, más aún si has conocido a un chico guapo.

—Ni siquiera os he dicho si es guapo. ¿Qué pasa si es feo? Lo que importa es que me ha ayudado sin apenas conocerlo. Y sin pedir nada a cambio.

—¿Entonces es feo?

No pienso contestarles aunque mi respuesta es una negativa total. Adam no es feo y está lejos de serlo. Su piel blanca hace un buen contraste con su pelo oscuro y su flequillo desenfrenado. Sus ojos color chocolate me fascinan al igual que esos hoyuelos que aparecen en sus mejillas cada vez que sonrío. Por no hablar de esos labios no muy gruesos pero sí destacables en su rostro. En cuanto al resto del conjunto, es alto y delgado. Aunque no es de esas bellezas que destacan, es muy atractivo.

—Tu silencio te delata, querida —la voz de Alma me saca de mi ensoñación.

Cambio de tema para preguntarles cómo van sus vacaciones. Se lo están pasando bien aunque sus padres se empeñen en visitar museos y monumentos todas las mañanas. Por las noches tienen la libertad de hacer lo que quieran, pero siempre con precaución.

Envidio mucho el vínculo que tienen los cuatro. Son una familia muy unida que se respeta y se quiere por encima de todo. Y no es que yo no esté a gusto con mi tía, al contrario, le debo todo lo que tengo. Pero en muchas ocasiones echo de menos a mis padres. A veces recuerdo cuando mi padre se iba a trabajar cada mañana y se despedía de mí con un beso en la frente, o cuando mi madre y yo pasábamos largas tardes viendo películas tumbadas en el sofá. Pensar que ya no viviré más esos momentos es muy triste. Y duele demasiado, aunque trate de encerrarlo todo en lo más profundo de mí.

En cuanto terminamos de hablar, me voy directa a la ducha. En apenas quince minutos, ya estoy lista para ir al bar. Estoy deseando llegar y encontrarme con él.



—¡Hola! —Alzo la voz con alegría y del susto, Adam suelta la brocha que tenía en la mano. Por suerte no estaba pintando en este momento, sino habría creado un estropicio por mi culpa.

Se da la vuelta asustado, y cuando me ve, se queda quieto. Sus ojos reflejan sorpresa pero también emoción. Mira mis manos en busca del refresco que siempre le traigo pero esta vez no

hay nada. No he venido hasta aquí para traerle una bebida. Al menos no ahora.

—Cuánta energía por la mañana. ¿Qué has tomado? —Pregunta sonriente—. Quizá podrías darme algo a mí también, hoy estoy dormido.

Restriega las manos por sus ojos enrojecidos como si fuese un niño pequeño. Tal vez no sea el mejor día para proponerle la cena.

—Nada. —Me encojo de hombros—. Hoy estoy feliz.

Adam clava su intensa mirada en mí e inclina la cabeza hacia un lado.

—Vaya... Me alegra mucho oírte.

El silencio nos rodea y estoy tentada a no comentarle nada sobre la cena. Pero si algo he aprendido estos días es que hay que arriesgarse para conseguirlo. Así que, Camila, allá vamos...

—Me preguntaba si... —Camino hasta quedar frente a él y cuando sus ojos chocan con los míos, me quedo sin habla. De cerca son aún más llamativos y bonitos—. Querrías..., bueno si no quieres no pasa nada —comienzo a hablar de forma precipitada—. Entiendo que tienes otras cosas que hacer así que tranquilo. Lo dejamos para otro día, ¿te parece?

Él comienza a reírse a carcajadas y yo me sonrojo. ¿Tan mal ha ido? Ha sido una estupidez invitarlo. Seguro que tiene mejores cosas que hacer que salir conmigo.

—No sé a qué crees que diré que no pero mi respuesta es sí. —Mantiene su profunda sonrisa y siento cómo cada vez que lo hace voy cayendo aún más presa de ella—. La curiosidad puede conmigo.

Entonces me doy cuenta que el nerviosismo ha hecho que me comiera la mitad de la frase. Ni siquiera he dicho que lo invitaba a cenar cuando ya estaba balbuceando. Soy un desastre.

—Cenar —digo con vergüenza—. Me refería a cenar esta noche. ¿Te apetece? Tú y yo. Después podemos ir a tomar algo.

—Me encantaría.

—Genial. ¿Qué te parece a las nueve en el restaurante que acaban de abrir en el centro? He oído que no hace falta reservar, solo llegar pronto.

—Perfecto. Nos vemos allí a la nueve.

Asiento con la cabeza antes de marcharme con los sentimientos a flor de piel. Y es que una pequeña parte de mí esperaba que dijera que no.



Adam ya está en la puerta cuando llego. Miro el reloj de mi muñeca, son las nueve menos cinco. Por suerte no he llegado tarde. Cuando llegué a casa estaba indecisa sobre si ponerme pantalón o vestido. Normalmente suele parecerme una estupidez pues cojo lo primero que encuentro y me lo pongo, pero hoy es diferente. Quería vestirme para la ocasión sin llegar a ser cargante. Al final he optado por un vestido celeste de tirantes que queda a la altura de la rodilla. Lo compré hace unos meses pero no he tenido ocasión de ponérmelo. Es sencillo, cómodo y fresco para la noche calurosa que nos espera.

Él aún no se ha dado cuenta de mi llegada. Está retorciéndose las manos con nerviosismo, como si fuese la primera vez que estamos a solas y aunque compartimos muchos momentos en el bar y en su coche cuando me enseñaba a conducir, esta es la primera vez que salimos porque sí, porque nos apetece.

Aprovecho que está distraído para mirarlo de arriba abajo. Va vestido con una camiseta blanca con algo en el centro que no alcanzo a ver y unos vaqueros oscuros que se ajustan a sus caderas.

Aparto la mirada antes de que me pille y le saludo.

—¡Hola! ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Su mirada me recorre por completo y siento como si estuviera acariciándome. Cuando sus ojos regresan a los míos, sus mejillas se sonrojan y comienza a rascarse la nuca todavía más nervioso que antes.

—Hola — su voz es ronca—. No, solo llevo unos minutos.

—¿Entramos?

El restaurante está muy tranquilo a esta hora. Lo abrieron hace unos días y desde entonces está consiguiendo hacerse un hueco en la ciudad. Por suerte para el dueño, no hay muchos locales de este estilo por lo que no es de extrañar que todo el mundo hable de él.

El camarero nos da una mesa en la terraza donde una suave brisa nos refresca. Una vez nos acomodamos y tras unos largos minutos decidiendo qué pedir en una variada carta, nos decantamos por la recomendación de la semana.

Lo curioso del restaurante es que todos los platos que tiene son muy económicos y cada semana tienen una temática distinta. Elaboran un surtido especial para los clientes donde pueden comer desde comida india hasta española, dependiendo de la semana. Los carteles promocionales ayudan mucho a lo hora de decidirse a venir o no.

Esta semana la temática es la comida italiana. Adam y yo pedimos un surtido donde nos sirven pequeños platos de ensalada caprese, *burrata*, *piadina*, pan Genovés con aceitunas y un poco de lasaña.

—Madre mía — comenta él cuando ve llegar tantos platos—. ¿Estás segura de que vamos a poder con todo esto?

Me encojo de hombros pues tampoco sé la respuesta. A simple vista parece demasiada comida pero somos dos personas, una con mucha hambre porque con los nervios de la cena, apenas he probado bocado a la hora de comer.

Cenamos mientras charlamos de todo un poco. De nuevo me pregunta qué tal fue el examen y le cuento todo con detalles, al igual que la reacción de mis amigas al enterarse. Aunque omito las preguntas que me hicieron sobre él. Me moriría de vergüenza si se enterase de que estuvimos hablando de si era guapo o no.

—Entonces, ¿cuándo te dan oficialmente el carné?

—En realidad ya puedo conducir porque me han dado un papel provisional pero tardará un mes en llegar a casa. ¿Quieres que demos una vuelta cuando lo tenga?

—En realidad... —Sonríe de medio lado y comienzo a marearme. Creo que debería dejar de beber el líquido ese italiano que está tan bueno antes de que siga pensando más en su boca—. Ya te he visto conducir, ¿recuerdas? Lo que quiero es que un día, cuando te sientas preparada, cojas el coche y me lleves a tu lugar.

—¿Mi lugar? — Sus palabras me desconciertan.

—Cuando estabas mal, te enseñé el lago. Ese es mi lugar, aunque ahora es de los dos. Me gustaría que me enseñaras el tuyo.

—No tengo algo así.

Cojo de nuevo la copa y la llevo a mis labios para disimular mi inquietud pero su mirada está atenta a cada uno de mis movimientos y casi derramo el líquido sobre mi barbilla.

—Por eso digo que lo hagas cuando te sientas preparada.

Bajo la mirada hasta mi plato, me ha dejado sin palabras. Adam consigue leerme cuando yo ni

siquiera sé hacerlo. Sabe que tengo “mi lugar” cuando ni yo misma lo he definido así. Conoce exactamente mis pensamientos y no los exige cuando se quedan en mi cabeza, como haría cualquier persona.

Pero es que él no es cualquier persona. Adam es algo inesperado, como los cometas que pasan cada muchos años y no vuelves a ver. Simplemente, dejan su rastro para que recuerdes que estuvieron allí. Para recordar que un día, iluminaron el cielo oscuro.

Adam es un cometa. Y me pregunto cuánto tiempo tardará en marcharse porque su huella ya la ha dejado en mí. Como lo hizo papá, como lo hizo mamá.



—¿Dónde vives? — Comenta a mi lado mientras damos un paseo.

Terminamos de cenar hace unos quince minutos y tras pagar la cuenta, pensamos que nos vendría bien andar un poco para bajar la comida. No me he sentido tan llena en toda mi vida, el tiramisú de postre nos ha rematado

—A unos veinte minutos de aquí. — Miro el cielo encapotado. Cuando he salido de casa no había ninguna nube y ahora parece que se va a derrumbar—. ¿Y tú?

—En esa calle. — Señala un alto edificio en forma de torre pintado en tonos oscuros.

—Oh... —Ya entiendo, quizá quiera despedirse ya—. Ha sido una cena fantástica.

—Lo mismo digo.

Dejamos de caminar y nos ponemos uno frente al otro, expectantes. Para ser sincera, no me gustaría que la noche terminase. Me lo he pasado realmente bien y apenas son las once y media. No es demasiado tarde.

Bajo la mirada a su camiseta. Es lo más original que he visto en toda mi vida. En el centro tiene el dibujo de un reloj antiguo, como el que llevaba el conejo blanco en *Alicia en el País de las Maravillas*, y está rodeado por una frase que me ha hechizado. Esta dice <<No busques el momento perfecto...

—... elige un momento y hazlo perfecto —Adam pone voz a mis pensamientos y sonrío como una boba—. Este es nuestro momento perfecto y no quiero que termine.

—Ni yo.

Alzo el rostro hasta que nuestras miradas se encuentran. Sus brillantes ojos me piden algo, pero no logro descifrar qué. Lo único que quiero es pegarme a él muy fuerte y no separarme en toda la noche.

Mis pies se mueven solos, acercándose hasta que nuestros pechos están a tan solo unos centímetros de distancia. Levanto mi mano para sentirlo. Al tocar su pecho, siento cómo su corazón martillea tan fuerte que es como si lo tuviera en la palma de mi mano, fuera de su cuerpo.

Un suspiro entrecortado escapa de mis labios y cuando los abro para decir algo, lo que sea que nos haga estar presentes en este instante, una fuerte lluvia cae sobre nosotros.

Ambos miramos al cielo desconcertados. Maldigo en voz baja mientras que mi fuero interno está preguntándose qué demonios estaba haciendo hace un momento. Adam es mi amigo. ¿De verdad iba a...? ¿A qué? Ni siquiera lo sé.

Él comienza a carcajearse mientras mira el cielo como si fuese un milagro del señor en un día de sequía o algo por el estilo. Me encantan los días de lluvia, pero cuando estoy en casa y no en medio de la calle con un vestido que se me pega como una segunda piel.

—Ven, corre. — Adam agarra mi mano con fuerza y comenzamos a correr en dirección a su

edificio.

Apenas tardamos unos minutos en llegar pero son suficientes para terminar calados hasta los huesos. Intenta sacar la llave del bolsillo pero se le resbala de sus manos mojadas y acaban hasta dos veces en el suelo.

El interior del portal es pequeño y acogedor por lo que el calor no tarda en envolvernos. Adam apoya su cuerpo contra la pared que tiene a su espalda y yo hago lo mismo en la pared contraria, quedándonos de frente. Mi vestido comienza a empapar el suelo y el pelo se pega a mi frente de forma angustiada. Aunque él no parece tener mejor aspecto que yo. Su camiseta se pega a su torso como... Vale, rectifico. Sin duda tiene mejor aspecto que yo.

—La lluvia te sienta bien — doy voz a mis pensamientos y comienzo a reír.

Nuestras risas se entremezclan con el sonido de la lluvia. Permanecemos así unos minutos hasta que la luz del portal se apaga y la oscuridad nos arropa.

Mi mano tantea la pared de mi espalda en busca del interruptor, juraría que estaba ahí hace un momento. Pero cuando giro la cabeza para dar con él, me paralizó al sentir su mano acariciar la mía. Cierro los ojos con fuerza al sentir su aliento rozar mi cuello. Sé que con un solo movimiento por mi parte nos tocaríamos, nos sentiríamos; un movimiento de mi cabeza y nuestros labios quedarían tan cerca que...

—¿Tienes novia? — La pregunta sale de mis labios en un susurro. Mi corazón golpea tan fuerte mi pecho que temo que los vecinos lo escuchen y descubran nuestro escondite.

—No. — Él no titubea al responder con otro susurro.

Decidida, giro la cabeza hasta que nuestros rostros se alinean. Su cercanía impide que lo mire a los ojos con facilidad por lo que desvío mi mirada hasta sus labios. <<Un claro error, Camila. Porque no sé cómo saldrás de esta ahora>>, pienso.

Su aliento roza mis labios. Estamos tan cerca que lo único que deseo en este instante es besarlo. Quiero absorber las gotas de lluvia en sus labios y descubrir a qué saben, acariciarlos con los míos hasta quedar exhaustos y que su aliento se convierta en mi refugio.

—Bien — acierto a decir, tragando con dificultad—. Porque quiero besarte.

Adam contiene la respiración mientras acerco mis labios a los suyos muy despacio. Cuando encuentran su destino, siento su cuerpo temblar ligeramente hasta que lleva sus manos hasta mis caderas. Sus dedos se hunden un poco en mi piel con cada roce de nuestros labios. Su suavidad me cautiva y me hace desear más.

Profundizo el beso y nuestras lenguas se acarician al momento, como si llevaran un tiempo buscándose y por fin se han encontrado. Mis manos se dirigen a su pelo mojado y lo acerco aún más a mí. El choque de nuestros cuerpos nos hace jadear aunque eso no impide que continuemos saboreándonos.

Perdemos la noción del tiempo y cuando nos apartamos con la respiración agitada, no dejamos de tocarnos. Sus manos siguen en mi cintura y las mías están ahora entrelazadas en su cuello. Juntamos nuestras frentes hasta acompasar nuestros alientos.

—Tenías razón — susurro—, este es nuestro momento perfecto.

—Sí — se aparta un poco y me mira con emoción—, pero falta algo.

Da un paso atrás liberando mi cintura, se coloca bien la ropa aunque sigue pegada a su cuerpo y tiende una mano hacia mí con una enorme sonrisa.

—¿Bailarías conmigo?

—No hay música —le devuelvo la sonrisa tomando su mano. Jamás la rechazaría.

—No importa.

Nos abrazamos mientras nos movemos al ritmo de su suave voz, que comienza a cantar una canción preciosa.

<<Baby, I'm dancing in the dark with you between my arms. Barefoot on the grass, listening to our favorite song. When I saw you in that dress, looking so beautiful. I don't deserve this, darling, you look perfect tonight>>. [📄](#)

Y es en este instante cuando las noches de lluvia se convierten en mis favoritas.

11 - Camila

Cojo un bote de cristal lleno de aceitunas a las que me he vuelto adicta desde hace una semana y lo pongo dentro de la cesta de la compra. Desde que las probé en casa de Sofia, no he parado de buscarlas en todos los supermercados hasta dar con ellas. ¡Están buenísimas! Son de esas gordas que están rellenas de pepinillos agridulces pero que tienen una salsita que me chifla. Se me hace la boca agua de tan solo pensarlo.

Cojo algunas cosas más y voy hacia la caja cuando escucho su voz. O quizá es una voz que se parece mucho a la de él porque está a miles de kilómetros de distancia. Porque no puede ser él, ¿verdad?

Me doy la vuelta despacio con el estómago revuelto y me encuentro con su alta figura. Parpadeo con rapidez por si acaso es un espejismo pero no consigo que desaparezca. No me equivocaba, es él.

Liam se acerca a mí con paso seguro y planta dos fuertes besos en mis mejillas. Cuando se separa, estoy tan aturdida que pierdo el equilibrio y su enorme brazo tiene que sostenerme para no hacer uno de los mayores ridículos de toda mi vida.

—¡Cuánto tiempo! — exclama con alegría.

Abro la boca tratando de decir algo, cualquier cosa, pero la voz se atasca en mi garganta y lo único que consigo soltar es una especie de gruñido. Carraspeo y lo intento de nuevo.

—Ho... ho... la — tartamudeo.

—¿Cómo estás? No has cambiado nada.

Cuando alguien dice esa frase tan clásica, no sé si en realidad está haciendo un cumplido o no.

Hace once meses desde que Liam y yo nos vimos por última vez. Once largos meses donde mis pensamientos han viajado allá donde estuviese. Lo recuerdo como si fuera ayer. Estábamos en el apartamento que él había alquilado para pasar unos días apartados de la ciudad. Necesitábamos recuperar la conexión que teníamos antes de que todo sucediese, pero fue imposible.

Ese día pusimos fin a nuestra relación oficialmente, aunque por desgracia había muerto meses antes. A veces, sin darnos cuenta, nos aferramos a lo que fuimos y no dejamos ver en lo que nos hemos convertido tras todas las batallas. Eso nos ocurrió a nosotros. Nos queríamos tanto que teníamos decirnos adiós aun sabiendo que era lo que más necesitábamos.

—Tú estás... —titubeo al recorrerlo con la mirada. Él sí ha cambiado—. Distinto.

—Ya ves. —Alza sus brazos y se señala haciendo un recorrido por su cuerpo. Puede que físicamente no sea el mismo pero su personalidad no ha cambiado.

Observo su sonrisa y siento un ligero cosquilleo dentro de mí. No me había dado cuenta de que la echaba de menos hasta que la he vuelto a ver.

Tras unos segundos en silencio, me invita a tomar un café para ponernos al día así que termino mi compra y vamos a una pequeña cafetería situada en la calle de enfrente. Liam pide un café con hielo para él y un café bien caliente con un toque de caramelo para mí. Admito que mi yo interior se ha emocionado cuando ha recordado cómo me gusta el café.

—Bueno... —trato de romper el hielo—, ¿qué te trae por aquí?

—Mi representante cree que necesito unas vacaciones y volver a mi hogar era una buena opción. — Se encoje de hombros, restándole importancia.

—¿Y qué crees tú?

Liam duda mientras clava su intensa mirada en mí. Sé que está recordando todas las veces que me contaba lo que su representante, su director o cualquier otra persona del mundillo le decía lo que sería conveniente hacer, y yo siempre le preguntaba qué opinaba él. Quería saber su opinión, no la de los demás porque era la única que importaba.

Conocí a Liam en el instituto. Por aquel entonces ya era un chico resuelto y divertido que se llevaba bien con todo el mundo. Era increíble y me lo pareció aún más cuando me invitó a su fiesta de fin de curso con las mejillas teñidas de rojo. Fue la primera vez que lo vi sonrojarse. La segunda fue en esa misma fiesta cuando su amigo me acusó de acaparar toda su atención, pues no se había despegado de mí desde que llegué, y él salió en mi defensa delatando su atracción por mí.

Tenía dieciséis años cuando nos besamos por primera vez, y después de eso hubo muchas otras primeras veces juntos. Nos convertimos en uno solo y allá donde iba él, iba yo, y viceversa. Recuerdo quererlo tanto que hasta dolía, así que cuando se marchó, me quedé destrozada.

Con tan solo diecisiete años, las compañías de teatro bailaban a su alrededor ofreciéndole lo más parecido al cielo. Liam tenía un talento innato para emocionar con cada actuación y sabía que algún día llegaría lejos. Hasta que ese día llegó un año más tarde. Acabábamos de cumplir un año juntos cuando recibió la llamada que lo cambiaría todo. Le ofrecieron un contrato en una prestigiosa compañía donde explotar su talento y darse a conocer al mundo entero. La noticia era maravillosa y sin duda era una oportunidad que no podía desperdiciar.

Pero había un problema. Siempre lo hay, ¿verdad? La compañía estaba en otro país y no uno cualquiera, sino el más lejano. Ese fue el primer punto de sutura que tuve que darle a mi corazón. Liam se marchó pero nuestra relación continuó tras largas y largas noches sopesándolo. Estábamos a dieciséis horas de avión, miles de kilómetros de distancia, pero eso no evitaba que nos siguiéramos queriendo como antes. Aprovechábamos cada descanso que tenía para poder llamarnos y no perder la conexión. Sentía que nos necesitábamos y quería creer que si lo lográbamos superarlo, podríamos con cualquier cosa.

El segundo punto de sutura y el más profundo llegó en su tercera visita. Hacía seis meses que no lo veía y mis ganas por abrazarlo me tenían más nerviosa que nunca. Mi tía me ayudó a preparar una deliciosa cena de bienvenida antes de marcharse para darnos intimidad. Pero en cuanto llegó y vi su expresión neutra, sin emoción al verme, supe que se avecinaban problemas.

—¿Qué pasa? — lo abracé con fuerza, con miedo de lo que pudiera decirme.

—El director cree que viajar tanto no es bueno. Ya es la tercera vez en menos de un año y teme por mi rendimiento. — Al separarse de mí, vi el cansancio en sus ojos—. Le he dicho que es mi problema pero insiste. Cree que debería dejar de hacerlo.

—¿Y qué crees tú? — pregunté con esperanza.

Liam era un chico que se dejaba llevar por los demás, más aún tratándose de su trabajo, de su sueño.

—Creo que... —dudó y comencé a temblar—, echo demasiado de menos mis orígenes como para hacerle caso.

Su respuesta me hizo feliz y tras esa conversación, disfrutamos de la cena íntima que tanto había estado esperando. Pero él ya no era el mismo, su sonrisa era una combinación entre dulce y triste, y en cada caricia se aferraba a mí como si fuera la última vez que me tocaba.

Finalmente, nuestra relación terminó en la cuarta visita. Siempre recordaré el frío que hacía en aquel apartamento, cómo me envolvió entre sus brazos y después me miró con ojos de arrepentimiento. La obra de teatro en la que trabajaba estaba revolucionando el mundo y la gira ocupaba todo su tiempo. Nuestra relación había llegado a un punto de inflexión y no podía continuar.

También recuerdo llorar y que él no derramase ni una lágrima. Mientras yo estaba rota, él solo parecía... perdido. Durante meses lo llamé por teléfono para que retomásemos la relación; esperaría el tiempo que hiciera falta. Él lo merecía, nuestra relación lo merecía. Hasta que dejó de atender mis llamadas y me hice amiga de su contestador.

Finalmente claudiqué en el intento de continuar con algo que estaba perdido y me centré en ayudar a Sofía en el bar. Aunque jamás dejé de seguir sus pasos en Internet; estaba triunfando y se lo merecía.

—Creo que es la primera vez que mi representante y yo coincidimos en algo — vuelvo al presente con su respuesta.

—Me alegro. — Sonríó al escucharlo—. ¿Cómo está tu familia?

—Mis padres siguen viviendo de crucero en crucero mientras que mi hermana es un caso perdido. Ya sabes cómo es Lily, es...

—Un caso perdido — termino la frase por él.

—¿Y qué hay de ti?

—He aprobado el carné de conducir. — Me siento orgullosa de decirlo en voz alta.

—Vaya. — Parece sorprendido—. Enhorabuena.

Nunca me han gustado los silencios incómodos, menos aún cuando surgen entre personas con las que jamás creías perder la voz. Pero supongo que aunque no nos demos cuenta, el tiempo nos cambia.

—Has cambiado. — Lee mis pensamientos y me estremezco. Se me había olvidado cuánto me conoce.

—Tú también.

Ambos bebemos de nuestros cafés sin saber cómo continuar la conversación. Por un instante quiero levantarme e irme pero algo me retiene y quiero descubrir de qué se trata. No sé si lo que necesito ahora es aferrarme al recuerdo de lo que fuimos pero cada minuto que pasa, en lo único que pienso es en todos los besos que nos dimos, todas las canciones que escuchábamos en su coche o todas las llamadas a altas horas de la noche para saber qué tal fue nuestro día.

—Cam. — Mi nombre en sus labios resquebraja mi corazón. Jamás pensé que volvería a escucharlo. Es la única persona que me llama así—. No sé si lo merezco después de terminar lo que tuvimos de aquella forma. Si te sirve de algo, me quedé destrozado y...

—¿Por qué lo hiciste entonces? — lo interrumpo. No quiero escuchar su arrepentimiento de algo que él solito causó.

—Porque creía que era lo que necesitábamos.

—No hables en plural, no me incluyas en lo que hiciste — espeto, dolida—. Durante meses estuve llamándote pero dejaste de responder. Por el contrario comenzaste a salir con tu compañera de obra apenas dos meses después. ¿Cómo crees que me sentía?

Liam aparta la mirada agachando la cabeza. Me sentí muy dolida cuando me enteré de aquella noticia por las redes sociales. Mientras yo lo llamaba pidiendo una oportunidad, él estaba de gira con su nueva novia recorriendo el mundo. Ni siquiera sabía qué pensar al respecto, estaba

bloqueada.

—Lo siento, mi representante creía que...

—Estoy cansada de lo que crea o no tu representante. Tú eres el artista, no deberías dejarte llevar por lo que los demás crean conveniente y por el contrario permitirte sentir — me desahogo —. Te he seguido desde entonces. Y en todas las noticias que he leído sobre ti y sobre tu éxito me ha dado la sensación de que estás viviendo tus personajes, no tu propia vida.

Él sopesa mi parrafada. Una vez he empezado, no he podido parar. Sé que me he metido donde no me llaman pero llevo once meses conteniendo todo esto dentro de mí. No sé cuánto tiempo pasará hasta que nuestros caminos se vuelvan a encontrar por lo que necesito decir todo aquello que no pude; todo aquello que él no me dejó decir.

—Puede que a veces así sea — susurra—. Me aterra que sigas conociéndome tan bien, Cam.

—Debería aterrarte más que algún día no puedas encontrarte. — Al terminar la frase recuerdo algo—. ¿Qué crees que no te mereces?

—¿Qué? — Se sorprende de mi pregunta.

—Antes has empezado a decir que no sabes si lo mereces después de lo que pasó.

Se rasca la nuca en un gesto incómodo antes de volver a hablar. Es extraño verlo inseguro cuando por fuera, parece todo lo contrario.

—No sé si aceptarás después de todo lo que me has dicho pero ahí va — respira profundamente—. Me gustaría que tuviéramos una cita.

—¿Una cita?

—Sí. Me gustaría que fuésemos amigos. Fuiste una de las personas más importantes de mi vida y me encantaría que retomásemos el contacto. ¿Mañana por la noche te parece bien?

—Los amigos no tienen citas. — Comienzo a ponerme nerviosa nada más pensar en una cena íntima con él.

—Entonces será una cita entre tú y yo, sin etiquetas. Te he echado de menos.

Su mano alcanza la mía sobre la mesa y nuestros dedos se entrelazan. Los observo por un instante mientras su calidez me envuelve. No me disgusta y creo que eso es un problema.

En mi cabeza aparece Adam y su sonrisa. Es una de las personas más especiales que he conocido nunca. Recuerdo su beso y mi corazón comienza a golpear mi pecho con fuerza. ¿Por qué siento que si digo que sí a la cita con Liam estoy traicionando a Adam?

Las dudas golpean mi cabeza provocándome una sensación parecida al vértigo. Estoy entre la espada y la pared. Por un lado quiero salir con Liam y descubrir si todavía queda dentro de mí algún sentimiento hacia él. Pero por otro lado, no quiero que vuelva a sacudir mi vida para después marcharse.

Él siente mi inquietud y retira suavemente su mano de la mía.

—No te preocupes, lo entiendo. — Remueve en los bolsillos de su pantalón hasta dar con una tarjeta—. Aquí tienes mi número, llámame si aceptas mi invitación. Me ha alegrado volver a verte, Cam.

Con esas últimas palabras, se marcha dejándome sola e inquieta. Cojo la tarjeta que ha dejado sobre la mesa y la miro con atención. No me ha apuntado su número personal sino que me ha dado el profesional. El que le da a cualquier persona que se interesa por su trabajo. Genial.

Sin saber si esto puede ir a peor, decido hablar con la única persona que puede darme la respuesta a una de mis dudas.

12 - Adam

—Así que por esto tienes a tu amigo tan abandonado...

Drew observa la habitación con atención. Ya queda muy poco para terminarla y estoy ansioso por ver el resultado. Retuerzo mis manos mientras mira todos los detalles. Mi mejor amigo es muy crítico y sincero. Si algo no le gusta, no se limita a decirlo sin más sino que argumenta como si fuese un experto por lo que al final no queda otra que replanteárselo todo.

—Te felicito, tío. Es genial.

Suelto el aire contenido en mis pulmones. Jamás se irá esa sensación de creer que no estoy haciendo bien las cosas. Supongo que es uno de mis mayores defectos, no creer a veces en mí mismo.

—Gracias. Viniendo de ti es todo un cumplido.

—¿Y cuánto te pagan?

—Nada. — Drew gira el cuello en mi dirección con tanta rapidez que me recuerda a la niña de *El exorcista*—. ¿Qué? No quiero dinero, solo dejar mi huella en estas habitaciones. Deberías de haber visto cómo estaban antes. Probablemente alguna escena de las películas de *Los Warren* se grabó en estas habitaciones. Además, me ofrecen todos los materiales que necesito.

Mi amigo frunce el ceño sin creer que lo hago porque me apetece, aunque tampoco lo culpo. ¿Quién hace hoy en día algo gratis? Pocas personas.

—Tiene que haber algo más.

Niego con la cabeza a la vez que suenan unos golpes en la puerta. Esta se abre y aparece Camila con una tímida sonrisa. Hace dos días que no nos vemos, desde la noche que salimos a cenar. Desde entonces no he podido quitármela de la cabeza. Fue una noche inolvidable, de principio a fin.

Camila mira a mi amigo y abre los ojos, sorprendida. Parece que Sofía no le ha comentado que hoy tendríamos una breve visita.

—Oh, lo siento —t rata de disculparse, nerviosa—. No sabía que tenías compañía. Mejor vuelvo más tarde.

—Tranquila — Drew interviene. Miedo me da lo que vaya a decir—. Yo ya me iba. Por cierto, soy Drew, un amigo de Adam. ¿Y tú eres...?

—Camila, la camarera.

Tras un breve saludo, mi amigo coge sus cosas para marcharse mientras ella se queda rezagada a un lado de la habitación.

—Sabía que había algo más. — Con una sonrisa triunfante y la esperanza de que le dé explicaciones tarde o temprano, Drew se marcha con chulería.

Camila me mira con curiosidad ya que también ha escuchado su ingeniosidad. No voy a negar que me gusta su compañía, pero no es el motivo por el que estoy aquí.

—No le hagas caso — le resto importancia—. Por cierto, si algún día se pasa de la raya y quieres devolvérsela, llámale Andrés. Es así como se llama pero como no le gusta se ha bautizado

como Drew, el diminutivo de Andrew. Él y el glamur.

—Lo tendré en cuenta — suelta una sonrisilla.

Cojo los pinceles y los meto en el cuenco de agua que tengo sobre la mesa, evitando ponerme nervioso por su presencia. Tengo la sensación de que la habitación ha empequeñecido y ahora el espacio que nos distancia es mucho más pequeño. Siento su respiración y escucho cada movimiento que hace con las manos antes de hablar.

—¿Qué tal? — rompo el hielo, mirándola.

—Bien, arriba está tranquilo — comienza a mordisquearse el labio inferior.

—Me refería a ti. ¿Qué ha pasado?

Por algún motivo está muy inquieta y quiero que se tranquilice, solo soy yo. Simplemente yo.

—El otro día... — comienza pero se detiene mirando en otra dirección.

Me quedo callado para que termine la frase. No soy de esas personas que se adelantan a los acontecimientos y al final acaban metiendo la pata. Ya lo he visto en muchas ocasiones no solo en los libros y películas sino también en la vida real. Uno quiere decir una cosa pero el otro lo interrumpe y el caos se desata.

Quizá diga que fue un error, o bien que le gustó. En cualquiera de los casos, prefiero escuchar y después contestar. Así al menos me da margen de tiempo para asimilarlo y preparar mi respuesta.

—Quiero decir, la noche que salimos —suspira—. Fue increíble.

—Para mí también. Podríamos repetirlo algún día.

—Sí, algún día.

—Escucha, Camila. Si lo que ha hecho que vengas aquí como un flan es el beso que nos dimos, te diré que no tienes de qué preocuparte. — Le enseño mi mejor sonrisa pero ella frunce el ceño.

—No es eso, es solo que... ahora es raro.

—¿Por qué? Yo no lo siento así. — Me encojo de hombros—. La vida se rige por impulsos y a veces escogemos el camino correcto y otras el incorrecto, aunque en cualquiera de los casos aprendemos algo. Desde hace años me dejo llevar por lo que me pide... ¿qué sé yo? ¿El corazón, el alma, el cuerpo, la vida? Simplemente siento que lo que hago es lo que realmente quiero e intento no perder la oportunidad.

Sus ojos me observan con una mezcla de emoción y algo más que no logro descifrar. En ocasiones, mirarla se asemeja a ser absorbido por un huracán de sensaciones.

—La otra noche fue increíble. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien y nos dejamos llevar por el momento. ¿Y qué?

—Eres mi amigo, Adam. No quiero que nada influya en eso.

—Entonces te doy mi palabra de que no ha influido ni influirá, lo prometo. Eres increíble, Camila. Me siento bien contigo.

—Yo también. — Se sonroja y es lo más bonito que he visto jamás—. Gracias.

—No me las des. ¿Recuerdas que te dije que sonrieras todos los días? — Asiente con la cabeza—. Pues a riesgos de que me mandes a la mierda con los consejos, te daré otro: déjate llevar. A veces es mejor hacerlo que estar dándole vueltas a la cabeza una y otra vez sin encontrar respuesta.

El ambiente se relaja y ella sale de la zona de confort en la que se había instalado. Se acerca y se sienta sobre el sofá cubierto aún por un plástico donde seguimos charlando durante un rato hasta que Sofía aparece necesitando su ayuda. Antes de marcharse, la detengo sujetándola

suavemente de la muñeca. Ella se da la vuelta y me mira interrogante.

—Gracias por contarme qué te pasaba.

Sonríe asintiendo con la cabeza y se marcha. Cojo los pinceles del agua y los seco con un paño mientras pienso cuál será mi siguiente paso en el mural que tengo en frente.



Tres horas más tarde, meto la llave en la cerradura de casa y me inquieto al verla girar en una sola vuelta. Juraría haber echado la llave antes de salir. Quizá sea mi madre que ha regresado antes de su viaje. En cualquiera de los casos, me preparo mentalmente para lo que pueda encontrarme.

Camino sigiloso por el pasillo hasta que un ruido me hace dar un respingo. Viene de la cocina. ¿Acaso ha entrado un “ladrón roba comida”? Porque puede llevarse todo lo que quiera menos mis cereales.

Asomo la cabeza por el marco de la puerta y lo veo de espaldas. Está frente a la nevera abierta mientras busca algo dentro. Cuando coge un trozo de queso, veo su sonrisa. Maldito ratón.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Mi voz lo asusta y consigo que se dé un golpe en la cabeza con el frigorífico. Le está bien empleado, eso pasa por entrar en mi casa y robar queso. Mi queso, por cierto.

—Joder. —Se frota la cabeza con la mano que tiene libre mientras se da la vuelta—. Me has dado un susto de muerte.

—¿Desde cuándo tienes llaves de mi casa?

—Desde que dejaste una copia por si algún día las perdías.

—No recuerdo haberlas perdido. Mira. —Alzo el manojito de llaves y las balanceo de un lado a otro.

—Venga ya, tú puedes entrar cuando quieras en mi casa. He pensado que yo podría hacer lo mismo.

—Ya pero tú no tienes una madre que aparece cuando le da la gana. ¿Qué hubiera pasado si llega a aparecer?

—Me escondo. —Se encoje de hombros mientras camina hacia el salón. Sigo sus pasos y nos sentamos en el sofá.

—¿Esconderte? ¿Esa es tu estrategia? Te recuerdo que mi madre tiene un espray de pimienta en el bolso.

—Vale, vale. Ya está bien la regañina. —Hace un ademán con la mano, restándole importancia.

A veces me pregunto por qué es mi amigo. Después recuerdo que de pequeño me salvó de comerme una seta venenosa durante una excursión en el colegio y se me pasa. Pero qué infinita paciencia debo tener con él, señor.

—Cuéntame — continúa hablando—, ¿quién es la camarera?

—La camarera tiene nombre y te lo ha dicho. —Sigue comiendo trozos de queso, aunque más bien podría decir que sigue engullendo como un animal. Menuda forma de comer.

—Qué pesado. ¿Me vas a decir ya qué te traes con ella?

—¿Para qué? ¿Me creerás si te digo que somos amigos?

—No. Sabes lo que pienso de la amistad entre un chico y una chica.

Drew puede ser muy moderno en algunos aspectos pero en otros es un auténtico carcamal. Está

convencido de que la amistad entre un hombre y una mujer no puede existir porque siempre hay una de las partes que quiere algo más y al final se estropea todo. Afortunadamente, yo no pienso igual.

Sé que en el fondo piensa así porque salió escarmentado de una experiencia durante el instituto. Amanda, Drew y yo éramos inseparables a los doce años. Nos sentíamos como los caballeros de brillante armadura cuidando de su reina. Ella era una niña con sordera y el punto de mira de los gamberros de turno. Los niños pueden llegar a ser las personas más crueles del mundo si se lo proponen. Así que ni Drew ni yo consentimos que se atrevieran a mirarla mal siquiera, mucho menos a tocarla.

Al principio ella se sentía reticente pero en el fondo sus ojos la delataban. Sentía miedo. Hasta que aceptó que no nos marcharíamos y comenzó nuestra amistad. Pasábamos las clases juntos y también las tardes en casa.

Unos meses antes de que terminase el curso, Drew estaba raro. Al menos más de lo normal. Miraba fijamente a Amanda mientras estudiaba, se sonrojaba cuando le sonreía y se ponía nervioso cuando le tocaba. Le gustaba, por mucho que se negara a reconocerlo. Y cuando se sintió preparado para confesárselo, ella le dejó claro que lo quería como amigo y que jamás podría verlo de otra forma.

Así que no le culpo por pensar que es imposible que funcione una amistad semejante, pero no todas tienen por qué ser iguales.

—Ella es diferente —comento.

—Como todas.

—No me refiero a eso, imbécil. Es fácil ser su amigo. Es algo natural, como respirar.

—Haz lo que quieras. Después no digas que no te lo avisé.

En ocasiones me gustaría abrirle la cabeza y cambiar algunas cosas como por ejemplo que no sea tan testarudo o que deje de cerrarse a los maravillosos momentos que tiene la vida. Le rompieron el corazón, sí, pero ¿acaso no nos lo han roto a todos alguna vez? No por ello hay que tirar la toalla. El ser humano es vulnerable de nacimiento y quien diga lo contrario, miente. La fortaleza es algo que se adquiere con el tiempo pero es tan efímera que escapa de nosotros cada vez que puede. Así que cuando eso sucede, solo hay que invocarla para que reaparezca, no enterrarla para siempre.

Eso le ha pasado a Drew. Ha enterrado la fuerza para volver a enfrentarse al amor. Algo que es estúpido porque aún no se ha dado cuenta de que por muchas puertas que cerremos, el amor siempre encuentra la manera de entrar.

13 - Camila

Aliso las arrugas inexistentes de mi camiseta de vuelo rosa palo mientras que Liam y yo esperamos a que Lily llegue.

Cuando terminé de hablar con Adam, no lo pensé y marqué el número de Liam para aceptar su invitación. Adam y yo somos amigos, nos besamos porque quisimos y me gustó muchísimo pero necesito descubrir qué siento por mi ex después de once largos meses. Y eso me asusta. Me asusta más de lo que pensaba en un principio.

Nuestra cita iba a ser en un conocido restaurante de la zona, pero hace una hora aproximadamente nuestros planes se han ido al garete y lo que pretendía ser una comida íntima, se va a convertir en una cita doble. Lily, la hermana de Liam, se ha empeñado en organizarlo de esta forma porque era la única manera de que su ex novio aceptase la invitación.

—Siento lo de mi hermana. —Liam se disculpa por cuarta o quinta vez, ya he perdido la cuenta—. Ya sabes cómo es de insistente.

—No te preocupes, lo pasaremos bien —le aseguro.

No sé qué margen me da eso para esclarecer mis sentimientos hacia Liam. Una cita doble es lo menos conveniente para ponernos al día, más aún con la alocada de Lily.

Y hablando de la reina de Roma...

—¡Holi! —Su voz aguda y cantarina se cuele en mis oídos—. Cuánto me alegro de verte, Camila. Estás guapísima.

Me da un abrazo tan fuerte que me quedo sin respiración durante unos segundos. Cuando nos separamos, me inspecciona como si fuera una científica y yo, su próximo experimento.

—Gracias, tú igual.

Ambos hermanos comparten una belleza especial gracias a sus orígenes ingleses. Su madre viajó a España en una de sus giras —es escritora— y conoció a su padre, uno de sus grandes lectores. Saltaron chispas y se enamoraron locamente. Poco después tuvieron a Lily en primer lugar y dos años más tarde a Liam, los hermanos “L”. Ambos tienen el pelo rubio dorado, ojos verdes y tez blanca. Su complexión es envidiable, se mantienen delgados pero fuertes y por mucho que coman hasta reventar, no engordan un gramo.

—¿Dónde está tu cita? —Liam, impaciente, mira el reloj frunciendo el ceño.

—Está aparcando, gruñón. Es difícil encontrar un hueco en esta zona. Esto está llenísimo.

Su hermano gruñe como si fuera un animal y nos quedamos callados a la espera de que llegue el ex novio de Lily. Voy a preguntarle su nombre cuando le veo. Está metiendo la llave del coche en el bolsillo del pantalón, absorto a lo que sucede a su alrededor. Lleva puesta una camiseta oscura, esta vez sin ningún estampado, y unos vaqueros del mismo tono. Lo acompañan sus famosas *Converse* azul marino.

—Ahí está. —Lily comienza a caminar hacia él en cuanto lo ve.

Al llegar a su altura, le susurra algo al oído y ambos dirigen la mirada hacia nosotros. Pues sí, es Adam. Lily se cuelga de su brazo mientras nos alcanzan.

—Adam, este es mi hermano Liam — comienzan las incómodas presentaciones y yo intento estabilizar mi respiración agitada por la sorpresa.

—¿Qué hay? — Saluda el aludido a lo que Adam responde de forma escueta.

—Y ella es Camila, una amiga.

Él me mira con curiosidad, como si temiera que fingiese que no nos conocemos. No tiene sentido, al fin y al cabo solo somos dos amigos que han coincidido para comer, ¿no?

—Nos conocemos. — Sonríe fugazmente y su expresión cambia a una más relajada.

—¿De qué os conocéis? — Espeta Liam.

—Somos amigos — comenta Adam, tranquilo.

—¿Qué tipo de amigos?

El ambiente comienza a tensarse y antes de que todo se vuelva aún más incómodo, sujeto a Liam por el brazo y entramos en el local. Nos dan una mesa cerca de la puerta con unos sillones unidos por lo que no deja mucho espacio entre Liam y yo, que se sienta a mi lado.

Adam se sitúa frente a mí y al observarnos, sonreímos con complicidad. Y yo que esperaba que fuese una buena noche...



—¿Y tú a qué te dedicas, Adam? — Comenta Liam tras un silencio de varios minutos en los que nos sirven la comida.

—Estudio Magisterio.

—¿Sigues pintando? — Recuerda Lily.

—Sí, siempre que puedo.

—¿Eres pintor? Mi madre también es artista, no pinta pero escribe y a veces se vuelve loca mientras lo hace. Ha llegado a echarnos de la casa porque necesitaba plasmar una idea y quería estar sola — comenta Liam mientras se come un palito de queso rebozado—. Está loca. Tú no serás igual, ¿no?

Me remuevo incómoda ante sus palabras mordaces. Sé lo que pretende, desprestigiar lo que hace Adam, a él. Y no lo entiendo, no lo conoce. ¿Cómo puede juzgarlo?

—Reconozco que todos estamos un poco locos, el problema es que cada uno lo expresa de una forma.

—Pues yo soy un actor reconocido y estoy muy cuerdo.

—Curioso que digas eso cuando la mayoría de los actores necesitan ayuda psicológica alguna vez en su vida para enfrentar la fama — rebate mi amigo con seguridad.

Lily y yo alternamos la mirada entre uno y otro como si fuera un partido de tenis. Dudo mucho que salga algo bueno de esta conversación. Liam a veces es muy impulsivo y Adam demasiado tranquilo. Son polos opuestos y eso me preocupa.

—Yo no. A mí la fama no me afecta, al contrario. La fama me quiere y yo la quiero a ella. Cuando salgo a la calle y me reconocen, o cuando estoy en una fiesta rodeado de famosos, me doy cuenta de que no necesito nada más.

—¿Entonces qué haces aquí? —Espeto con furia. Su superioridad me está sacando de mis casillas—. ¿Qué haces perdiendo el tiempo con gente corriente como nosotros?

Los cuatro nos quedamos en silencio. Liam se gira para clavar sus intensos ojos verdes sobre los míos, pidiéndome alguna explicación sobre mi ataque. Pero ya he dicho lo que tenía que decir,

ahora quiero una respuesta. Y sé que ni Lily ni tampoco Adam tienen la culpa pero es que tenemos varios asuntos pendientes y no me lo está poniendo nada fácil.

—Porque somos importantes para él, ¿verdad? —Lily intenta salvar la situación con su impresionante sonrisa pero no funciona. No tengo ganas de seguir aquí con él. Lástima que sea educada porque sino ya estaría lejos del restaurante.

—Por supuesto. Lo sois todo.

Por un instante quiero creerle pero desecho la idea al recordar que esas palabras ya las he escuchado antes. Las escuché cuando se marchó la primera vez, incluso cuando rompimos. Supongo que a veces no es suficiente con serlo todo. Hace falta que la persona que lo dice, se lo crea. Y Liam no es una de ellas.

La noche transcurre con simples monosílabos y al llegar las despedidas, la sensación de alivio me inunda al pensar que en unos minutos estaré en casa. Liam apaga el motor de su coche al llegar a mi portal y antes de que mi mano roce la puerta, comienza a hablar.

—Lo siento. Me he portado como un imbécil. No sé qué me ha pasado.

—Esta noche, durante cada segundo que ha pasado, no te he reconocido, Liam —susurro—. Y me hace plantearme si alguna vez llegué a conocerte realmente porque ya no lo recuerdo. ¿Dónde está el chico sociable y humilde? El que disfrutaba de cada momento y era capaz de empatizar con todo el mundo, en lugar de creerse superior por ir a fiestas y conocer famosos.

—La gente cambia.

—Es una excusa muy pobre.

—Es la verdad —frunce el ceño, parece molesto—. Antes era un niño que no tenía idea del mundo real; ahora soy un adulto y quiero otras cosas. No puedes criticarme ni juzgarme por lo que hago porque ahora soy así, te guste o no te guste.

—No lo hago. Es tu vida.

—¿Entonces? ¿A qué viene todo esto? ¿Por qué te comportas como una niña?

—Por los recuerdos. Una vez estuve enamorada de un chico que amaba a su familia, a sus amigos, a su novia y a su vida por encima de todo. Le miraba a los ojos y sabía descifrar lo que sentía sin siquiera abrir la boca. Ahora lo miro y no descubro nada.

—Déjame seguir mirándote para que encuentres lo que buscas, por favor. Esta noche se me ha ido de las manos. Te prometo que la versión adulta no es tan mala. Dame una oportunidad.

Envuelve mis manos entre las tuyas y deposita un beso en ellas. Su contacto me transmite calidez pero no siento esa chispa que creía que sentiría al tocarme sino una sensación desconocida. Y, a pesar de la noche que hemos pasado, sigo queriendo descubrir de qué se trata.

14 - Adam

Bostezo por quinta vez en tan solo diez minutos. No recuerdo haber dormido tan mal desde hacía tiempo.

Anoche, después de la desastrosa cena, llevé a Lily a su casa. Como siempre, ella es experta en hacer como si nada hubiera pasado. Estaba alegre y feliz por la cita doble y hablaba sin parar sin darse cuenta de que, en realidad, hacía rato que había dejado de escucharla. Fue una mala noche, se mire por donde se mire.

Subo las escaleras del sótano y voy a la barra. Necesito un poco de cafeína para mantenerme despierto. Si no, corro el riesgo de quedarme dormido sobre los botes de pintura. Busco a Sofía con la mirada pero en su lugar me encuentro con Camila. Debe de haber llegado hace poco.

—Hola. ¿Podrías darme algo con cafeína, por favor? Me voy a quedar dormido en cualquier momento. — Intento reprimir un bostezo pero seguro que al hacerlo he debido de parecer un pez globo.

Camila asiente con la cabeza mientras sirve unos hielos en un vaso y lo rellena de *Coca-Cola*. Al dejarlo sobre la barra, observo su aspecto. Parece que ella tampoco ha pasado una buena noche. Su usual coleta alta ahora está baja y despeinada; su expresión es seria, tiene unas leves ojeras marcadas y se ha puesto el mandil al revés.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunta.

Asiento y vamos al sótano, concretamente a la habitación donde estoy trabajando. Dejo el vaso del refresco después de darle un largo sorbo y me acomodo en el sofá. ¿Por qué está tan seria?

—Siento lo de anoche. Fueron las horas más incómodas de toda mi vida — comienza a decir.

—Tranquila, hubieran sido incómodas aunque Liam y tú no hubieseis estado.

—¿Por qué fuiste si no querías?

—Conoces a Lily, ¿verdad? — Asiente—. Sabes lo insistente que puede llegar a ser.

—Cuando me dijeron “cita doble” eras el último chico al que creería ver — admite acomodándose a mi lado en el sofá.

—Coincidió contigo. ¿Liam es tu novio? — Anoche no parecían muy unidos que digamos. Espera... ¿se habrá enterado de que nos besamos? ¿Por eso actuaba así conmigo? Joder, la he liado.

—Ex novio, en realidad. — Obligo a mi corazón que siga latiendo tras oír su respuesta. Por un momento casi me da un infarto. No me gustaría hacer daño a nadie por culpa de un impulso. Por mucho que ese impulso estuviera muy bien; más que bien, en realidad—. ¿Y tú? ¿Lily es tu ex novia?

—Sí. ¿No te parece curioso haber salido con una pareja de hermanos y no conocernos? ¿Ni siquiera coincidir?

—Quizá no salimos a la misma vez. Quiero decir, ¿cuánto hace que rompisteis?

—Dos años. ¿Y vosotros?

—Hace once meses, aunque lo nuestro terminó antes de hacerlo oficialmente.

—Entiendo... —Sopeso su respuesta—. Las relaciones son complicadas.

—Lo complicado es cuando dejas de conocer a la persona con la que sales .

—Supongo que en eso Lily y Liam se parecen bastante. — Me animo a contarle qué fue de nosotros hace unos años—. Conocí a Lily en una biblioteca pública cerca de mi casa cuando tenía diecisiete años. Estaba preparándose para los exámenes finales, aunque en realidad se estaba peleando con la goma de borrar. Frente a ella había el único sitio libre de toda la biblioteca así que cuando me senté, vi que su hoja tenía un enorme agujero. Llegué a pensar que lo había hecho con la mirada por la forma que miraba el papel. — Sonríó al recordarlo—. Le ofrecí ayuda y la rechazó. Así estuvimos durante dos semanas. Me sentaba en el mismo sitio y alternaba el estudio con mirarla. No solo me pareció una chica muy guapa sino que además tenía una forma curiosa de estudiar: cada hoja que estudiaba, la rompía después en dos. Después descubrí que lo hacía para escribir más tarde lo mismo y así memorizarlo mejor.

Camila sonríe ante la ingeniosidad de Lily. Siempre me ha parecido una chica de lo más peculiar. O al menos me lo pareció hasta que todo se fue... ni siquiera sé adónde.

—¿Cómo comenzasteis a salir? — Camila se pone de lado y acomoda la cabeza sobre el sofá, apoyándose en el brazo. Me giro para quedar de frente y continúo con la historia.

—Fue el último día de estudio. Estaba tan nerviosa que derramó su bebida sobre la mesa y manchó todos mis apuntes. Se sintió tan mal que se ofreció a invitarme a tomar algo al día siguiente, cuando terminasen los exámenes. Acepté. Quería tener la oportunidad de conocerla y ahí estaba. — Dirijo la mirada hacia la pared recordando algunos detalles de nuestra relación—. Tras algunas citas más comenzamos a salir. Estuvimos un año juntos. Nos compenetrábamos muy bien, lo pasábamos genial. Era una chica divertida, dulce y tierna.

—¿Qué pasó para que rompierais?

—La universidad. Un día estaba conmigo y al siguiente me había dejado. Afirmaba que me quería pero que la experiencia universitaria era algo que se vivía una sola vez y quería disfrutarla al máximo. Me dejó sin darme opción a elegir.

—Tal para cual.

Pone los ojos en blanco y sospecho que Liam pudo hacer algo semejante pero ¿por qué?

—¿Cuál es tu historia?

—Él también se marchó. Estuvimos juntos varios años hasta que una compañía internacional lo contrató y se fue del país. Nos costó mucho seguir con la relación a distancia. Fue duro, pero un día él se cansó y en una de sus visitas rompió conmigo.

—Tiene que ser duro estar lejos de la persona que quieres.

—Sí. Y no le culpo por terminar la relación si la distancia hubiera sido el motivo principal. El error fue dejarse llevar por lo que su representante creía conveniente: dejarme. — Sus palabras suenan con fuerza y están salpicadas con un toque de ira—. Dos meses más tarde estaba saliendo con su compañera de reparto. A veces pienso que todo fue una treta para conseguir más fama.

Vaya. Eso sí que no lo esperaba. Jamás entenderé por qué las personas anteponen los deseos de los demás a los sentimientos de uno mismo. Menos aún cuando los beneficios se los lleva otra persona. No es justo. Camila se merece a alguien que la quiera, sea en la distancia o no, eso es lo de menos. Liam no lo hizo bien, como tampoco lo hizo Lily. Sin duda son tal para cual.

—¿Y por qué crees que ha vuelto? ¿Se arrepiente? — pregunto con cautela.

—Siendo sincera, una pequeña parte de mí desea eso. Me gustaría saber si me ha echado de menos en algún momento.

—¿Y la otra parte?

—Quiero que se marche porque sé que no es el mismo chico que quise hace unos años. Lo vi anoche en la cena. Él jamás se hubiera encarado contigo, ni hubiese actuado como un auténtico idiota. Se hubiera interesado por tus pinturas, incluso vendría a ver tu trabajo. Era esa clase de chicos, ¿sabes? Ahora mismo me siento como una balanza donde mi corazón y mi cabeza están en los extremos y no sé qué lado ganará.

—Espero que lo descubras pronto.

Ella asiente con la mirada perdida y se levanta para irse, dando por zanjada nuestra conversación. Sus últimas palabras me inquietan y me gustaría decir que no sé el motivo pero estaría mintiéndome. El hecho de que se sienta como una balanza con respecto a Liam hace cuestionarme cuáles son mis sentimientos hacia ella.

Quizá sea ese afán protector que quiere evitar que vuelva a sufrir, más aún después de conocer el carácter del chico. O tal vez sea porque me gusta y temo perderla. En cualquiera de los casos, no me gusta la sensación agri dulce que tengo en el cuerpo cada vez que lo pienso. Solo espero que pronto deje de aparecer.

15 - Camila

Liam entrelaza sus dedos con los míos mientras entramos en la fiesta donde no cabe un alfiler.

Hace dos días me llamó para invitarme a una fiesta que organiza un amigo y no pude negarme. No porque me gusten las fiestas, al contrario, sino porque me prometió que pasaríamos un rato juntos. Aún sigo tratando de averiguar cuáles son mis sentimientos hacia él.

Nada más llegar al enorme salón, nos encontramos con un *mix* de personas. Unas bailan al ritmo de la música mientras que otros aprovechan la amplitud de la mesa para jugar al póker. Al fondo hay un chico que nada más vernos, sonrío con emoción.

—Ven conmigo, te voy a presentar.

Liam tira de mi mano y me dejo llevar.

—¿Qué hay, tío? —Liam se despega de mí para abrazar a su amigo—. Cuánto tiempo.

—La culpa es tuya, ya no te dejas caer por aquí —comenta Julio, el chico sonriente y el organizador de la fiesta—. ¿Cuánto hace desde la última vez? Por lo menos cinco meses.

¿Cinco meses? Creía que Liam no había vuelto a pisar la ciudad desde que rompimos. Y de eso hace once meses, no cinco. Eso quiere decir que volvió y no me buscó. Ni siquiera trató de ponerse en contacto conmigo.

—Te presento a Camila, una amiga íntima.

La noche va mejorando por momentos. No puedo creer que haya dicho eso. O peor, que lo diga de esa forma tan indiscreta. Sus amigos pueden pensar mil significados de la palabra “íntima” cuando en realidad se refiere a que soy, no sé, una amiga a secas. O una antigua novia. Vale, no, eso suena mil veces peor.

—Acabas de llegar y ya tienes una amiga. —El chico golpea su espalda como si fueran dos machos de las cavernas y Liam sonrío como si estuviera muy orgulloso.

—En realidad somos amigos desde antes de que tú aparecieses —digo con sorna.

Liam deja de reír al escuchar la sequedad de mis palabras. A estas alturas debería saber que no me va el rollo de macho alfa que hacen babear a las chicas. Sigo siendo yo y espero seguir siéndolo por mucho tiempo.

Me disculpo con la excusa de tomar un refresco y voy a la cocina. Por el camino tengo que sortear a varias parejas que no saben lo que es una cama o algo que se llama intimidad pues no tienen pudor a la hora de montárselo contra una pared si es necesario. Recuerdo cuanto hace que no voy a una fiesta de este estilo. La última fue con Sara y Alma el año pasado. Insistieron en que debía ir porque sería la fiesta del año y acabamos vomitando después de jugar varias veces al juego de los chupitos. Asqueroso.

Me sirvo un poco de refresco con mucho hielo en el vaso y cojo una cerveza para Liam. Al final, consigo llegar a su lado sin derramar una gota al suelo a pesar de haberme chocado con varios bailarines.

—Gracias. —Coge la cerveza sin mirarme y continúa hablando efusivamente con su amigo. Me concentro en la conversación para tratar de adaptarme.



Dos horas más tarde, estoy aburrida de estar sentada en el mugriento sillón del salón escuchando una y otra vez la misma música. ¿Es que no hay más canciones en el repertorio?

Me levanto para ir al baño cuando la siguiente canción me detiene. Los primeros acordes de “*Cuando me enamoro*” comienzan a sonar y sonrío. Es nuestra canción. Busco a Liam con la mirada hasta que doy con él y me acerco con paso decidido. Quiero que bailemos nuestra canción como siempre, como si nada hubiese cambiado. Recuerdo todas las veces que la hemos bailado y cantado juntos entre besos y carcajadas.

<<Si pudiera bajarte una estrella del cielo,

lo haría sin pensarlo dos veces

porque te quiero>>.

Tarareo la canción siguiendo el ritmo con la cabeza mientras camino. Liam está de espaldas a mí, riendo con sus amigos así que no me ve. Levanto la mano para llamar su atención pero lo que dice me frena de golpe.

—Es cojonuda, tíos —explica emocionado—. En serio, hace unas cosas que me vuelve loco. Es empezar a besarla y no parar. La mejor hasta ahora.

Sus amigos rompen a carcajadas y mi estómago se revuelve. No puede ser que Liam esté aireando sus ligues.

—Tienes que presentarnos a esa modelo. ¿Por qué no te la has traído?

—A la próxima la traeré.

Ya he tenido más que suficiente. Interrumpo las carcajadas de los machos de la fiesta llamando su atención. Él se da la vuelta con la sonrisa aún en su cara.

—Liam, es tarde.

—Vale, ten cuidado por el camino.

Y así, sin más, regresa a la conversación. Qué tonta fui al pensar que pasaríamos un rato juntos. Por el contrario, no solo me ha dejado sola en un lugar donde no quería estar sino que además tiene la poca vergüenza de comentar sus ligues delante de mí y dejar que me marche sola. Pensaba que de regreso a casa podríamos estar un rato a solas y charlar. Incluso una pequeña parte de mí esperaba un beso de despedida. Pero me equivocaba.



Cuando llego a casa, estoy sola. Mi tía todavía está trabajando. Me ducho y hago una videollamada con mis amigas. Las echo muchísimo de menos. Estoy deseando que pasen las dos semanas que quedan para que regresen.

—¡Hola, hola! —Saludan con alegría y me contagian la sonrisa.

—¿Qué tal estáis, chicas?

—Bien. Nuestros padres han salido a tomar algo y nos han dejado solas en la habitación —comenta Sara—. Alma está resfriada.

—No estoy resfriada, solo tengo la nariz taponada.

—Estás resfriada, cabezota —afirmo—. Tienes la voz tomada.

Alma hace un ademán con la mano restándole importancia al asunto. Qué cabezota es.

—¿Y tú qué tal? Hace muchísimo que no hacemos una videollamada. ¿Qué tal con el chico nuevo?

—Bien, él es genial.

—Oh, oh. —Sara se lleva las manos a la cabeza de forma dramática—. ¡Ha pasado algo! Cuenta, cuenta.

Estoy tentada a contarle el beso que Adam y yo nos dimos pero sé que me harían muchas preguntas a las que no tengo respuesta. Ahora mismo todo lo que ocupa mi mente es Liam y su nueva personalidad. Estoy tan confusa...

—Liam ha vuelto.

—¿Cómo? —Mi amiga suelta un profundo grito, asustándose—. ¿Cuándo? ¿Qué te ha dicho? ¿Se ha declarado? Sabía que ese maldito regresaría con el rabo entre las piernas.

Alma y Sara estuvieron a mi lado durante la relación y también en la ruptura. Saben cuánto me dolió que me dejase y también las miles de llamadas que hice. Incluso en varias ocasiones llegaron a esconderme el móvil para no caer en la tentación. Estaba bastante desesperada, lo reconozco. Por lo que Liam no es santo de su devoción.

—Me lo encontré en el supermercado...

Les cuento de forma detallada la conversación que tuvimos, así como la horrible doble cita y la fiesta de esta noche. Ambas se extrañan por su comportamiento. Me alegra saber que no soy la única que cree que Liam ha cambiado mucho.

—Si antes no me caía bien, ahora me asquea —comenta Alma mordiéndose la uñas.

—Vale, eso ya lo sabemos. —Sara pone los ojos en blanco—. Lo que me resulta extraño es que te haya invitado a la fiesta y que no te hiciera caso. Él no es así. Jamás lo he visto despejarse de ti en ningún momento.

—Eso no es lo peor. Cuando me he acercado a él, estaba comentando con su grupo de amigos que había besado a una modelo.

—¿Y qué? Ese habrá besado a todo lo que tenga vagina —Alma y sus pocos pelos en la lengua.

—Ya pero les estaba diciendo que ha sido la mejor hasta ahora, conmigo delante. ¿Sabes dónde me deja eso? He sido su novia durante años, duele escucharlo.

—¿En todos estos días que os habéis visto no te ha besado?

Niego con la cabeza. A mí también me resulta raro. Liam no perdió la oportunidad de besarme en la segunda cita que tuvimos y desde entonces lo hacía cada vez que podía. Decía que mis besos eran su momento favorito del día y yo siempre se los devolvía encantada. ¿Se habrá cansado de mis besos? ¿Será que no le gusto tanto como quiere aparentar?

Alma siente mi inquietud y cambia de tema contándome su experiencia haciendo surf. Se ha caído tantas veces que le duele todo el cuerpo pero mañana repetirá porque le gustan los retos. Aunque la versión de Sara dice que en realidad está colada por el profesor de surf, un rubio “madurito” con una tableta de infarto.

Media hora más tarde, nos despedimos y me voy a dormir. Ha sido un día muy cansado.

A media noche, una horrible pesadilla me despierta. Tengo la frente sudorosa y el corazón está a punto de salir de mi pecho. Me gustaría decir que alguien quería asesinarme en el sueño pero no, se trata de algo más vergonzoso. En él estaba Liam en una fiesta como la de esta noche. Se besaba con todas las chicas de su alrededor, una por una y cuando llegaba mi turno ponía cara de asco y se largaba corriendo para evitar hacerlo.

Menos mal que solo ha sido una pesadilla...

16 - Camila

Anoche, después de recuperarme de la pesadilla que tuve, intenté retomar el sueño pero lo único que conseguí fue dar vueltas y más vueltas sobre el colchón. ¿Cómo es posible que algo que no es real pueda dejar tan mal sabor de boca?

Aprovecho la mañana para escuchar un poco de música mientras ordeno mi habitación. Necesito despejar la mente.

Hace unos días estaba vistiéndome con prisa para llegar a tiempo al bar cuando me tropecé contra el escritorio de mi habitación y rompí una de sus patas. Llevaba años con él; era de esos que utilizas de niña para hacer los deberes del cole. Ese mismo. De color blanco y lleno de pegatinas del estilo de *Winnie The Pooh* o *Pokemon*, lo que estuviera de moda en el momento y vinieran dentro del *Bollycao*. Así que cuando lo rompí, por una parte sentí pena pero, por otra, deseé que no tuviera arreglo para poder comprar otro. Al fin y al cabo tengo dieciocho años, va siendo hora de despedirme de las pegatinas.

Observo el hueco del antiguo mueble y comienzo a desenvolver el nuevo. Mi tía y yo fuimos hace unos días a Ikea a elegir uno. Al final escogí el más sencillo, uno de madera blanca con dos cajones. Espacioso y práctico. Además es ligero por lo que no nos costó nada llevarlo hasta el coche.

Una vez que tengo todo en el suelo, voy en busca de las herramientas necesarias al ritmo de la canción del momento que suena en la radio. Siempre me ha gustado montar muebles. Muebles sencillos, claro. Las dos últimas estanterías de la salita de casa las monté yo, al igual que la mesa pequeña del salón. Es algo que me relaja y me distrae muchísimo.

No tardo mucho en montarlo y colocarlo en el hueco libre. Observo el resultado y sonrío. Me gusta, es bonito. Ya solo queda colocar el ordenador portátil y un cuenco con flores aromáticas para decorar. ¡Y listo!



—¡Hola, Sof! —le saludo con un leve movimiento de cabeza.

Sofía está tras la barra limpiando unos vasos. Las últimas semanas hemos estado muy tranquilas así que no es necesario que venga pero me gusta estar aquí. El bar es mi segundo hogar, no podría pasar mucho tiempo alejado de él.

—Hola, cielo. ¿Qué haces aquí? Hoy no hay trabajo.

—Lo sé. ¿Está Adam abajo?

Asiente con la cabeza mientras sonrío con picardía. Pongo los ojos en blanco y la ignoro. Es probable que esté pensando mil cosas sobre nosotros pero lo cierto es que no me importa. Menos aún cuando lo que tengo en la cabeza no para de sacudirme una y otra vez.

Voy al sótano y abro la puerta de la tercera habitación pero no hay nadie. Está vacía y huele mucho a pintura. Cierro con cuidado y espero impaciente a que Adam aparezca. Seguro que está en el cuarto de baño.

Cruzo los brazos sobre mi pecho y alterno el peso de un pie a otro mientras espero. Pero Adam no sale del baño. Sofía me dijo que estaba aquí. ¿Se habrá ido? Subo el primer escalón para regresar a la primera planta cuando escucho un ruido de la primera habitación, la del billar.

Toco suavemente la puerta con los nudillos y su voz me invita a entrar. Aquí está. La habitación está igual que hace unos meses, aún no ha empezado a trabajar en ella. Es fría y opaca, nada en comparación con la habitación del cine.

—¡Hola! He ido a la otra habitación y no estabas. Creía que te habías ido.

—Estoy esperando a que se seque la última capa de pintura. He pensado que mientras tanto podría coger las medidas de esta habitación.

—¿Qué piensas hacer? —Me acerco hasta la vieja mesa de billar y me siento sobre ella dejando las piernas colgando.

Adam observa cada uno de mis movimientos y cuando me siento, posa sus ojos sobre mis piernas desnudas. Hoy hace mucho calor así que llevo una camiseta blanca de tirantes y un short vaquero. Cuando su mirada llega a mis ojos, carraspea fijando la vista en la pared de al lado.

—No estoy seguro, tengo varias ideas pero no sé.

—Siempre dudas y no deberías, tu trabajo es fantástico.

—Gracias. —Suelta la libreta que tiene sobre las manos y observo su camiseta.

Es de color negra y en el centro tiene varias frases de color blanco. Fijo la atención y leo qué dice: <<Puedo hacerlo en: la cama, el sofá, el escritorio, la mesa, la silla, el coche, ¡hasta en el suelo!>>. Me empiezo a sofocar con cada palabra que voy leyendo hasta que al final aparece la última frase en un tamaño diminuto. Agudizo la vista y comienzo a carcajearme cuando comprendo a qué refiere: <<¡La cuestión es dormir!>>.

Él me observa sorprendido por mi ataque de risa sin comprender a qué se debe. Mi respiración se agita con la risa y soy incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Debe pensar que estoy loca. Señalo su camiseta y cuando se da cuenta, se une a mis carcajadas.

—¿De dónde sacas esas camisetas? Me encantan. —Seco las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

—Me las regala Drew. Son originales. —Se encoge de hombros restándole importancia aunque lo cierto es que me fascinan. Estoy deseando ver la siguiente—. No siempre las llevo.

—Hazlo. Me gusta.

Gracias a la ingeniosa habilidad de Drew de regalar camisetas, consigo alejar un poco el nerviosismo que tengo dentro de mí. De pensar algo a hacerlo, hay un tramo muy largo. Y sé que me voy a morir de la vergüenza pero al fin y al cabo es solo Adam, ¿no? No conozco a nadie que pueda responderme con tanta sinceridad como él.

—Adam —tomo una gran bocanada de aire antes de soltar la bomba—, ¿crees que beso mal?

Ya no hay marcha atrás. Quizá debería de haber tanteado un poco el terreno...

Su primera reacción es mutar a piedra. Su pose es rígida y está muy quieto. Tiene la boca abierta por la sorpresa. Unos segundos después, carraspea y comienza a pestañear de forma rápida, como si no creyese que pudiera preguntarle algo así.

—¿Cómo dices? —Pregunta en un hilo de voz.

—No tienes por qué responder si no quieres, es una chorrada. —Pierdo la voz al terminar la frase y agacho la cabeza avergonzada. No debería de haberlo preguntado, qué tonta soy.

—No soy el más indicado para responderte, Camila. ¿Sabes a cuántas chicas he besado?

Niego ligeramente con la cabeza y no sé si es porque no tengo idea de cuántas han sido o porque no quiero saber la respuesta.

—Tres. Lily, tú y una chica del instituto que podría no contarla porque fue por un estúpido juego de la botella. En mi defensa diré que fue baboso y asqueroso.

Me sorprende su sinceridad. Cualquier chico hubiera alardeado de sus conquistas o en su lugar, habría rellenado la lista cual pavo de Navidad. Estoy decidida a contestarle cuando alza una mano para detenerme.

—Ya sé lo que vas a decir. Es triste. ¡Tengo veinte años! A mi edad algunos tíos son el propio *Christian Grey*. Así que no soy el más indicado.

—No iba a decir eso.

—¿Entonces?

—Iba a decir que besas bien —me atrevo a decir finalmente.

—¿Cómo lo sabes? —Frunce el ceño, es adorable—. ¿Cómo puedes saber si alguien besa bien cuando tú misma acabas de preguntarme lo mismo?

—Lo sé por lo que me hace sentir. Para mí, uno no besa bien porque tenga más práctica. Lo importante son las sensaciones que me transmite la otra persona; si me estremece, me gusta y me hace temblar con tan solo el roce de sus labios.

Su mirada se oscurece y no decimos nada más. Yo solo venía a por una respuesta de “sí o no” y al final he terminado hablando más de la cuenta. Me sorprende que Adam, siendo un chico que tiene respuestas para todo, no diga nada más. ¿Estará recordando nuestro beso? Porque yo sí. Aquel día apenas estaba cerca de mí y mi cuerpo ya temblaba.

Justo como está comenzando ahora a temblar mientras camina hacia mí. Sus pasos son seguros y firmes. Al alcanzarme, se queda frente a mí rozando mis rodillas con su cintura. Recorre de nuevo mis piernas con la mirada y termina posándola en mis ojos. Los suyos están brillantes, ardientes, expectantes. Su cercanía me seca la garganta y trago con dificultad a la espera de su próximo movimiento.

No se hace mucho de rogar pues alza sus manos para ponerlas sobre mis rodillas y asciende muy despacio hacia arriba, acariciándome como si fuera el tesoro más preciado del mundo. Cierro los ojos de forma instintiva recreándome en la placentera sensación.

—¿Y qué significa que tiembles cuando te toco? —susurra acariciándome también con su aliento.

—Que me gustas. —La valentía toma las riendas de mi mente y respondo sin pensar demasiado. No hace falta. Me gusta muchísimo pero he estado ciega hasta ahora. Hasta que me ha tocado de nuevo.

—Entonces te gano. —Una de sus manos llega a mi cintura, quedándose allí mientras que la otra toma mi mano para ponerla sobre su pecho. Abro los ojos sorprendida al sentir el ritmo frenético de su corazón. Late desbocado y tembloroso, aún más que el mío—. Porque a mí me encantas.

Me quedo sin aliento por la intensidad de su mirada y la firmeza de su mano sobre mi cintura. Un cúmulo de emociones comienza a revolver mi interior y no quiero frenarlo. Necesito besarlo. Ahora. Aquí. Sin más. Solo él y yo.

Deslizo la mano sobre su pecho hasta llegar a la nuca y lo impulso con cuidado hacia mi boca. Nuestros labios se encuentran otra vez y en esta ocasión su sabor es distinto. Saben a deseo contenido, a esperanza y a pasión. Agarro su labio inferior con mis dientes y tiro ligeramente de él provocándole un jadeo. Sus manos me acercan más a su cuerpo y abro las piernas para que se acomode entre ellas. En este instante somos como dos bolas de fuego a punto de arrasarlo todo. Y no me importa mientras sus labios sigan besándome de esa forma.

Adam le da una tregua a mi boca y reparte un reguero de besos por mi cuello hasta llegar al hombro. Jadeo en busca de aire. Mis manos se adentran en su camiseta y mis uñas se clavan en la piel de su espalda cuando recibo un pequeño mordisco. Ascendo llevándome conmigo la camiseta. Él se aparta para sacársela por la cabeza pero se queda atascada cuando escuchamos un ruido.

La puerta. Alguien está tocando la puerta.

Apenas le da tiempo a bajarse la camiseta cuando la cabeza de Sofía aparece tras ella. Nos ha pillado con las manos en la masa.

Me remuevo incómoda y trato de apartar un poco a Adam que todavía sigue entre el hueco de mis piernas, pero no se mueve. Se ha quedado petrificado.

—Siento interrumpir, chicos. —Sofía sonríe con complicidad. Sabía exactamente lo que estábamos haciendo—. Arriba hay una chica que pregunta por ti —señala a Adam—. Se llama Lily.

Un jarro de agua fría cae sobre mi cabeza alejando el calor que mi cuerpo desprendía hace unos minutos. Adam parece reaccionar y se aparta de mí unos segundos más tarde. Me mira con temor, esperando ver mi reacción y por un instante ni siquiera yo misma sé cómo me siento, mucho menos qué decir.

—Joder —susurra. Toma mi rostro entre sus manos acariciando mis mejillas sin importarle que Sofía aún siga en la puerta, mirando la escena—. Ahora mismo vuelvo. No te vayas, por favor.

Se marcha con paso agitado y Sofía cierra no sin antes guiñarme un ojo. Permanezco sentada en el billar, dudo mucho que mis piernas reaccionen justo ahora. Así que hago lo que Adam me ha dicho. Lo espero aquí. ¿Dónde iría, sino?

17 - Adam

Subo los escalones hacia la primera planta de dos en dos. Estoy frustrado, muy frustrado. ¿Qué hace Lily aquí? ¿Cómo sabe dónde trabajo? Y lo peor... ¿qué quiere esta vez?

La última vez que nos vimos le dejé claro que no me interesaba, no como ella quiere. Hace dos años que nuestra relación terminó y ahora de repente aparece y quiere ponerlo todo patas arriba. ¿No tuvo suficiente con la doble cita? Fue un auténtico desastre. Y también lo fue el camino de vuelta a casa. Es recordarlo y producirme escalofríos.

Está sentada en uno de los taburetes frente a la barra. En cuanto llego hasta ella, se levanta y se lanza a mis brazos. Joder, empezamos bien.

—¡Adam! —Grita con euforia—. Te he estado llamando.

Me deshago de su abrazo con cuidado, una cosa es que no quiera que me abrace y otra herir sus sentimientos siendo brusco.

—Se me ha roto el móvil. —Me encojo de hombros.

Es cierto. Ayer se me cayó en un bote de pintura y ha muerto. Literalmente. Tengo que comprarme otro.

—Vaya, no importa. ¡Aquí estoy! —Alza las manos llamando la atención de Sofia que ha vuelto a la barra para limpiar unos vasos. Aunque si hubiera cogido el trapo y no solo el vaso, sería más creíble. Cotilla.

Agarro con suavidad el brazo de Lily hasta llevarla a una de las esquinas del bar y cojo aire antes de hablar.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a invitarte a una fiesta.

Niego con la cabeza con rapidez. Las fiestas y yo no nos llevamos bien. Ella lo sabe, yo lo sé. Cualquiera persona que me conoce lo sabe.

—Escucha. Solo estaremos un rato, lo pasaremos bien —aclara con voz dulce.

—Sabes que no me gustan las fiestas.

—Lo sé pero esta es diferente. Es más tranquila. —A pesar de mi negativa, ella insiste—. Hagamos un trato. Si vamos a la fiesta y no lo pasas bien, te dejaré en paz. Lo prometo.

—¿Lo prometes?

—Sí, eso he dicho. Es esta noche a las diez en la última casa de la colina. Nos vemos allí. — Me da un beso en la mejilla y se marcha contoneando las caderas.

Restriego las manos sobre mi cara con resignación. Todo sea para que me deje en paz. Sin pensarlo un minuto más, bajo al sótano donde he dejado a Camila con la esperanza de que aún esté allí.

Abro la puerta y me relajo al verla en el mismo sitio que antes. Es como si se hubiera quedado petrificada. Voy para allá y me siento a su lado sobre el billar.

—Estás aquí.

—No pensaba irme.

—Lo siento —susurro—. No sé cómo ha averiguado dónde trabajo. Me ha invitado a una fiesta

esta noche. No me gustan pero me ha prometido que me dejará en paz.

—¿No es más fácil decirle que no?

—Ya lo he hecho. Y no solo ahora sino desde que apareció hace unas semanas. Parece que la palabra “no”, no está en su vocabulario. Es agotador.

—Lo entiendo.

—¿Quieres venir conmigo? —Espero que diga que sí. Con ella, la fiesta puede ser diferente. Podemos charlar y tomar algo hasta que llegue la hora de irnos.

—Anoche fui a una fiesta con Liam.

Liam. Por un momento me había olvidado de él. ¿Habrá descubierto ya lo que siente por él? ¿Se habrán besado? ¿Le habrá hecho temblar como yo hace unos minutos? Las preguntas se acumulan en mi cabeza y no me dejan pensar con claridad.

—Me fui. Tampoco me gustan las fiestas. —Se encoje de hombros, restándole importancia.

—¿Por eso has venido a preguntarme si besas mal? ¿Por Liam?

—No te enfades, por favor. —Su mano acaricia mi brazo con suavidad, transmitiéndome su calor y angustia.

—No me enfado, Camila. —Alcanzo su mano y entrelazamos nuestros dedos. Nuestras manos encajan a la primera como dos piezas de puzle—. Contigo no podría enfadarme aunque lo intentara.

—Escuché a Liam contarle a sus amigos que había besado a una modelo y que era la mejor hasta ahora.

—Liam es idiota y no sabe dónde empieza la cara y termina el culo.

Camila suelta una carcajada y me sorprende memorizando cada reacción de su rostro. La forma en que sus mejillas se sonrojan, el brillo de sus ojos o cómo intenta taparse la boca con la mano que tiene libre, aguantando la risa. Es perfecta.

—Lily también es idiota.

—¿Por qué?

—Por dejarte escapar.

Tras esas palabras, suelta mi mano y se baja del billar hasta quedar frente a mí. Me regala una sonrisa tímida y me dan ganas de atacar su boca de nuevo.

—¿Dónde es la fiesta?

—En la última casa de la colina. Comienza a las diez, espero que no se alargue mucho.

—Está bien. Nos vemos allí.

Besa mi mejilla antes de marcharse, dejándome completamente hechizado. Me pregunto cuándo se ha convertido en alguien tan imprescindible en mi vida. Tal vez sea su forma de sonreír, la manía de morderse el labio inferior cuando está nerviosa, su olor tan dulce o su timidez lo que me incita a acercarme más a ella. Lo único que sé es que no quiero que termine.



Son las diez y media. Le dije a Drew que debía ser puntual pero le encanta entretenerse. Se presentó en mi casa a las ocho cuando acababa de salir de la ducha y empezó a contarme no se qué historia con su compañera de trabajo. Es monitor de actividades extraescolares en un colegio, debería estar más atento a los niños y menos a sus “atractivas” compañeras. Menudo maestro está hecho...

Como consecuencia, he llegado tarde. No quiero ni imaginar lo que estará pensando Camila de

mí. Le invito a una fiesta y ni me presento.

Al atravesar la puerta busco con desesperación a mi chica. Espera, espera... ¿Desde cuándo Camila es mi chica? Por el amor de Dios, no soy de los que ponen ese tipo de posesivos a las chicas. Mi subconsciente le acaba de bautizar de esa forma y admito que en el fondo me gusta. Vale, puede que utilice ese término de vez en cuando en mi cabeza. No creo que haga daño a nadie.

La encuentro en la cocina, sirviéndose un refresco. Su largo cabello está recogido en una trenza y me recuerda a Elsa de *Frozen* pero en versión morena. ¿Qué? Tengo una hermana pequeña, estoy harto de ver esa película. Admito que soy fan de Olaf pero si me lo preguntan en voz alta, lo negaré todo.

—¡Chico de edición limitada! —Escucho su voz y mi cuerpo se estremece. Es increíble la capacidad que tiene sobre mí.

Mientras sorteo varios cuerpos para alcanzarme, observo su aspecto. Lleva puesto un precioso vestido veraniego de color rojo que conjunta con sus labios y unas sandalias sencillas de color negro. Una de las cosas que más me gusta de ella es que no suele usar maquillaje para salir, pero hoy lleva máscaras de pestañas y me parecen infinitas. Casi creo perderme en ellas cuando llega hasta mí y me da un beso en la mejilla.

—Me gusta tu camiseta.

—Gracias —alzo la voz para que me escuche sobre la música—. Tendrías que haber visto la que me ha regalado Drew esta tarde.

Esta noche pensaba ponerme una camiseta normal, sin ninguna de las típicas frases que suelo llevar, pero entonces me he acordado de cuánto le gustan a Camila así que he escogido una que, personalmente, me gusta mucho. Es de color blanco y en el centro está escrito en letras negras: <<*No soy raro, soy una edición limitada*>>. Drew me la regaló cuando, tras varios intentos por cambiarme y pasarme a la civilización moderna de móviles táctiles y toda esa tecnología, tiró la toalla llamándome “fuera de serie”. Entonces la encontró y supo que era para mí.

Me sirvo un refresco y caminamos hasta llegar al salón. Nos sentamos en un mullido sofá donde por suerte hay menos personas que en la cocina.

—¿Has visto a Lily?

—Aún no. Prefiero alargar el momento hasta que sea ella quien me encuentre. Al fin y al cabo, ella quería que viniese y estoy aquí, ¿no?

Es cierto que me ha invitado, pero no necesariamente tengo que estar con ella todo el tiempo. Además, tampoco es que la vea buscarme desesperadamente entre los invitados.

—¿Qué decía la camiseta que te ha regalado Drew?

Por un instante me arrepiento de haberlo dicho. De vez en cuando a mi amigo se le va la cabeza y decide regalarme una camiseta que no tiene nada que ver con las sabias o divertidas frases de siempre. Son esas que solo me pondría de pijama si viviera en una casa blindada.

—Pues... verás... —dudo un momento.

—Oh, venga. ¡Me muero por saberlo!

—Es de color naranja y la frase dice: <<*BOMBERO. En caso de emergencia tirar de la manguera*>>, seguido de una flecha que indica las partes nobles. —Señalo con los dedos la zona a la que me refiero y ella rompe a carcajadas. La camiseta no deja de ser graciosa pero jamás me la pondría. ¡Es una locura!

—Quiero conocer a Drew, en serio. ¿Por qué no lo has invitado?

—Lo he hecho. Él ha sido quien me ha traído a la fiesta pero no ha querido quedarse. Tenía

otros planes.

—¿Entonces no conduces esta noche? —Niego con la cabeza—. Yo tampoco, mi tía me ha traído para que pueda divertirme. ¿Te apetece una copa?

18 - Camila

—¿Y ese? ¿A qué crees que se dedica?

—A ver, déjame pensar. —Adam da un nuevo sorbo a su bebida mientras piensa mi pregunta.

Llevamos una hora charlando y me lo estoy pasando muy bien. Al principio comenzamos hablando de su amigo Drew y de mis amigas las gemelas. Adam está convencido de que Drew se moriría de ganas por conocerlas. Y más tarde, cuando estábamos con la segunda copa, hemos empezado el juego de adivinar cosas de la gente de la fiesta. Ahora estamos con un chico que fuma como si fuese una máquina de vapor y baila de una forma un tanto extraña, como si fuera a caerse de un momento a otro, pero no llega a hacerlo.

—Traficante de opio —comenta finalmente—. ¿Tú qué dices?

—Equilibrista de circo.

Me levanto del sofá y lo imito con movimientos torpes y ridículos provocándole carcajadas. Me uno a su risa hasta que una voz a mi espalda nos obliga a parar.

—¡Adam! —Lily me taladra los oídos con su punzante voz. Tiene la capacidad innata de hacerse oír a través de la música hasta con un leve susurro—. ¿Cuándo has llegado? Ven a bailar.

Él me lanza una mirada cargada de culpabilidad pero le tranquilizo con una sonrisa. Sabía que esto pasaría, que Lily vendría para que pasaran tiempo juntos. Es normal, al fin y al cabo ha sido ella quien lo ha invitado. Vuelvo a acomodarme en el sofá observando cómo lo arrastra hasta la improvisada pista de baile. Cuando los pierdo de vista, suspiro. No se merece a un chico como Adam. Es incapaz de ver lo increíble que es. Es divertido, inteligente, simpático, ingenioso... No se imagina cuánto agradezco que aquella noche su coche se estropease. De no haber sido así, me temo que nuestros caminos jamás se habrían cruzado.



—¿Quieres bailar, nena? —niego con la cabeza por sexta vez. No quise bailar antes, no quiero bailar ahora y por supuesto tampoco quiero hacerlo dentro de un rato.

El chico con olor a destilería se marcha haciendo eses. ¿Cuánto tiene que beber una persona para llegar a ese punto? Soy partidaria de tomar unas copas cuando salgo pero no hasta el punto de no saber quién soy a la mañana siguiente. O qué he hecho. Imaginarme en una situación donde no recuerde nada de la noche anterior me preocupa demasiado.

Hace dos horas que he perdido de vista a Adam, desde que Lily lo secuestró, y comienza a molestarme que lo haya hecho. Es como si lo hubiera metido en un bunker y no lo dejara salir. Me estremezco al pensar en ello. ¿Y si quieren intimidad y se han marchado? ¿Y si Adam recuerda lo que es estar con ella? ¿Habría sido su primer amor? Liam fue el mío, aunque ahora todo es diferente. Pero Lily no parece haber cambiado tanto como su hermano, sigue siendo la misma chica divertida y alocada que cuando la conocí. ¿Y si aún sigue queriéndola?

Basta. No puedo pensar en Adam como si fuésemos algo porque no es así. Somos amigos, es cierto. Amigos que se han besado varias veces pero nuestra relación no ha cambiado más allá de

eso. Él es libre de elegir con quién quiere estar.

Me marcho a la cocina asqueada por mis pensamientos. ¿Por qué tiene que gustarme el chico más increíble que he conocido nunca? ¿Por qué eres tan caprichoso, corazón? Tú y tu manía de complicarlo todo.

Con mi diálogo interno, cojo una botella de la primera bebida de alcohol que encuentro sobre la encimera y me marcho escaleras arriba. Sé que debería irme a casa pero no quiero. Porque eso significaría darle vueltas al mismo tema y por una noche quiero olvidar.

En primer lugar, el regreso de Liam me ha azotado tan fuerte que ni veinte huracanes lo conseguirían si se lo propusieran. Una parte de mí está contenta de ello porque así me he quitado esa espinita clavada y me he dado cuenta de que sigo queriéndolo, pero como el recuerdo de mi primer amor.

Pero la otra parte se lamenta de que ese recuerdo se haya empañado con su nueva personalidad. No es el mismo y me temo que nunca volverá a serlo. Aunque la culpa es mía, nunca debí esperar que regresase intacto.

Y en segundo lugar está Adam. Si me llegan a decir hace unos meses que estaría preocupada porque me gusta mi amigo, no me lo creería. Porque hace unos meses no tenía amigos. Porque hace unos meses solo quería aprobar el carné de conducir. Echo la vista hacia atrás y veo que el largo camino se estrechó cuando él apareció en mi vida. Es increíble la capacidad que tiene de transmitir fuerza y esperanza con tan solo su presencia.

Recorro el pasillo en busca de una habitación que esté libre de parejas manoseándose a la vista de todos. Llego a una puerta de color azul oscuro y la abro con cuidado. No hay nadie pero, aún así, miro por todos lados para no llevarme después una sorpresa. Está ordenada. Una gran cama cubierta por un edredón blanco ocupa el centro, en el lado izquierdo hay un enorme armario empotrado y en el derecho, un escritorio. Me sorprende al darme cuenta de que no hay ninguna ventana.

Me acerco al escritorio para husmear entre los papeles que hay encima cuando me tropiezo con una gran alfombra de pelo suave color crema. Me quito una de las sandalias y acerco mi pie a su suavidad. Una sensación de placer me recorre la piel. Me desabrocho el otro zapato y me tumbo sobre la alfombra, dejando a un lado la botella de alcohol que traía.

Entonces me doy cuenta de lo especial que es la habitación. Tiene una ventana en el techo. Al ser la última planta puedo ver el cielo oscuro cubierto por pequeñas luces brillantes. Qué bonitas se ven las estrellas desde aquí. Sonríe con complicidad, como si ellas me estuvieran esperando desde hace horas. Las admiro por su brillo y su belleza. A veces me gustaría ser una de ellas.

¿De quién será esta maravilla de habitación? ¿Y por qué está malgastando el tiempo en la fiesta cuando podría contemplar estas vistas? Daría lo que fuera por poder dormirme cada noche con esta imagen. Es precioso.

Me imagino cómo será la dueña de esta habitación. ¿O será un chico, tal vez? Veamos, la puerta azul, el edredón blanco y la alfombra crema. No me deja mucho margen para pensar. Está ordenada, pero se ha olvidado de cerrar con llave para que nadie pueda entrar. ¿Dónde le deja eso? Probablemente esa persona no esté en la casa y de ahí su despiste. No sabía que habría una fiesta esta noche.

Mis pensamientos se desplazan al piso de abajo. No hay tanta gente como esperaba. En la fiesta de ayer, la que fui con Liam, apenas cabía un alfiler. Resultaba agobiante no poder respirar aire puro ya que estaba viciado por el tabaco, el alcohol y el sudor. ¿Cómo lo hacen? ¿Tienen una especie de truco para aguantar todo eso? ¿O simplemente yo soy demasiado muermo? Por un

instante me imagino cómo sería ser alguien como Lily.

Es inteligente, divertida, atractiva, risueña... lo tiene todo. Es de ese tipo de personas que llama la atención adonde quiera que vaya. Cuando Liam me la presentó hace unos años, la envidié. Envidié su forma de hablar de cualquier cosa sin miedo a ser juzgada, su risa desinhibida, su inteligencia, su estilismo, su valentía para todo.

Éramos polos opuestos. A ella le gustaban las fiestas, a mí el cine. Ella reía a carcajadas, yo me tapaba la boca con las manos para no reír demasiado. Ella era amiga de todo el mundo, yo solo tenía dos únicas amigas. Ella coqueteaba como si hubiera nacido para ello, yo me ponía roja como un tomate cada vez que un chico se acercaba. Auténticos polos opuestos. Incluso estoy totalmente segura de que jamás nos hubiéramos conocido de no ser por Liam. Porque cuando él se marchó no volví a verla. Hasta ahora.

Escucho el sonido de la puerta abriéndose y permanezco inmóvil sobre la alfombra. No quiero que me descubran, se está muy bien aquí. Por suerte, la cama me oculta totalmente. Respiro muy lento, sin hacer el menor ruido. El sonido de mi corazón golpea mis oídos. *Pum pum, pum pum, pum pum.*

—Oh, no, joder —escucho su voz y me pongo en alerta—. ¡Camila, despierta!

Sus brazos agarran los míos con fuerza mientras comienza a zarandearme. El mareo que me produce me obliga a abrir los ojos con rapidez. Frente a mí tengo a Adam con el rostro desencajado. El pánico reflejado en sus ojos me hace reaccionar con rapidez.

—Eh, eh, tranquilo —digo de forma apresurada—. Estoy bien.

—¿Te haces una idea del susto de muerte que acabas de darme? ¡Creía que te había pasado algo!

Está alterado y es la primera vez que lo escucho alzar la voz. Intento calmarlo con una sonrisa y una disculpa. No pensé que sería él, mucho menos que creyera que me había pasado algo. Aunque pensándolo mejor, ¿qué quiero que piense si me encuentra tumbada sobre una alfombra, inmóvil y con los ojos cerrados?

—Me aburría de estar con tanto desconocido. —Me encojo de hombros mientras me incorporo hasta apoyar la espalda contra el lateral de la cama. Adam imita mi movimiento y su muslo roza el mío, transmitiéndome su calidez.

—Lo siento. Lily no me dejaba ir —suspira—. Cuando se daba la vuelta intentaba buscarte pero alguna de sus amigas aparecía y me arrastraba otra vez a la pista.

—No sabía que fueras un buen bailarín.

—Y no lo soy. Te juro que si vuelvo a escuchar otra vez *Despacito* me voy a volver loco.

—¿Qué canción es esa?

Bromeo para bajar la tensión. Me imagino lo que tiene que ser escuchar una y otra vez la canción que todo el mundo escucha desde hace meses.

—Creo que Guantánamo les ha comprado los derechos para utilizarla como un nuevo método de tortura. Surtiría efecto, créeme.

Una risilla floja comienza a brotar de mi garganta y me doy cuenta de que me he pasado con el alcohol. ¿Pero cuántos sorbos le he dado a la botella?

—Toma. —Se la tiendo para no ser la única bebiendo—. Olvida las penas.

Adam la sostiene y bebe un gran sorbo. Pues sí que son grandes sus penas. Me pregunto qué habrá pasado allí abajo. Y me pregunto también por qué estoy tan preguntona esta noche.

—No estaría mal que esta cosa me hiciera olvidar. —Observa el líquido ambarino de la botella—. ¿Qué es? Está asqueroso.

Me encojo de hombros. Ni yo misma lo sé. Cogí lo primero que apareció en mi camino y comencé a beber. Le robo la botella de sus manos y doy otro sorbo. Su mirada me taladra y sonrío abiertamente cuando lo encaro. Él suspira.

—¿Te acuerdas cuando me dijiste que Liam había cambiado? Pues Lily también. Se ha convertido en una chica que solo piensa en ropa, beber y salir con sus amigas. En todo este rato que hemos estado juntos no ha hablado de otra cosa. A veces me pregunto si hice mal al no luchar por ella.

Y ahí está lo que no quería oír. Aún la quiere. Se arrepiente de haberla dejado escapar. Es normal, Lily es increíble. Agacho la cabeza y me entretengo en mirar mis uñas. El color rojo está comenzando a desaparecer. Debería retocarlas pronto o quitármelo directamente. Este color no me convence. Es demasiado llamativo.

—Quizá, de haber estado con ella, ahora no sería así.

—¿La quieres? —Acierto a decir con un hilo de voz.

—Quise a la antigua Lily. La nueva me provoca escalofríos. Me dejó porque quería disfrutar de todo esto. ¿De verdad le mereció la pena perder a su novio por un puñado de alcohol? Podría haber seguido conmigo e ir a fiestas. Jamás le he privado de hacer nada que no quisiera. ¿Tan mal me porté con ella? —Su voz es una mezcla de enfado y frustración.

—El problema no eres tú, Adam.

—Cuando acepté terminar la relación lo hice porque quería que disfrutara de la experiencia universitaria. No creía que se convertiría en lo que es ahora.

—¿Y si vuelve? ¿Y si se da cuenta de que la única forma de recuperarte es siendo la Lily que fue?

—Es tarde. —Suelta un largo suspiro antes de continuar—. ¿Sabes por qué me invitó a la fiesta? Porque pensó que yo también podría cambiar, que podría ser alguien nuevo, alguien como ella. No porque eche de menos lo que soy. ¿Qué clase de pareja trata de cambiarte?

Tiene razón pero lamentablemente la realidad es otra. Las personas cambian continuamente. Lily ha elegido esto y puede que piense que lo ha hecho bien pero cuando todas las fiestas se terminen, se dará cuenta de lo que ha perdido. O quizá no, quién sabe.

—Eres especial, Adam. En todas tus vertientes. No permitas que nadie te cambie porque entonces perderías lo mejor de ti.

—Gracias —susurra mientras me dedica una mirada cargada de ternura—. Bueno ¿y tú qué has estado haciendo?

—Mirar las estrellas.

Me mira extrañado hasta que le señalo la ventana del techo. Parece tan sorprendido como yo hace un momento.

Nos tumbamos sobre la alfombra peluda y contemplamos el cielo que nos cubre.

19 - Adam

Es preciosa. Y no me refiero a las vistas del cielo cubierto de estrellas sino a la chica que tengo a mi lado.

Giro mi cuello y me permito observarla sin disimulo. Algunos mechones de pelo se han escapado de su trenza y acarician mi cuello produciéndome un cosquilleo. Sus mejillas tienen un color rosáceo y en sus labios apenas quedan restos de carmín.

Continúo mi recorrido fijándome en la curva de su cuello, su cicatriz, la palidez de su clavícula y cómo me gustaría besar la zona donde termina. Su piel es tan suave que podría morir entre sus brazos y no me importaría. Ambas manos están sobre su abdomen que sube y baja con su respiración; miro sus delicados dedos y recuerdo la forma que me tocaron hace unas horas, sobre el billar. Sus uñas clavadas en mi espalda, su cuerpo caliente contra el mío y esa boca capaz de hacer suplicar hasta al más culpable.

Joder, mi cabeza no debería seguir por ahí en este preciso instante. Pero toda ella me atrae como un imán.

—Vaya.

Desvío la mirada hacia la ventana del techo y no veo nada. Una pequeña capa de humo cubre el cielo.

—Adiós a las estrellas —comento.

Nos incorporamos hasta quedar en la misma posición que hace un rato, sentados junto a la cama.

—¿Deberíamos preocuparnos de salir ardiendo?

—Lo más probable es que estén haciendo una barbacoa. Estuvieron comentándolo allí abajo.
—Me encojo de hombros.

No es lo más normal ponerse con las brasas cuando la mitad de la fiesta está borracha, pero tampoco creo que suponga un peligro. El jardín es muy amplio.

Camila me ofrece la botella pero la rechazo, apenas he tomado unas copas pero no me apetece beber más. No ahora que estoy con ella.

Acepta mi negativa y deja el líquido ambarino a un lado; ella tampoco bebe. Si Drew estuviera aquí lo más probable es que la botella estuviera vacía desde hace un rato. Es capaz de beber como un maldito vikingo cuando sale.

—¿Estás cansada? —Nuestras manos sobre la alfombra se rozan y alargo la caricia con mis dedos.

—Me gusta estar así.

A mí también me gusta estar así. Y pensar que no quería venir... Estaba convencido de que no lo pasaría bien pero es increíble cómo pueden cambiar las cosas con la presencia de la persona indicada. Camila es como un soplo de aire fresco que agita todo allá donde va. Convierte todo en algo más vívido, más emocionante, más divertido. Pero también en algo tranquilo y sereno. Sé que suena a una tontería pero que una persona sea capaz de manejar ambos extremos, resulta excepcional.

Permanecemos en silencio con la música de fondo. Al menos ya no suena el *Despacito*... Dios me libre de esa canción, por favor. Pero entonces el sonido se mezcla con algo diferente. Voces que pronto son sustituidas por gemidos. Me atrevería a decir que alguien está disfrutando mucho en la habitación de al lado.

Escucho la tímida risa de mi acompañante y la miro. Camila tiene una mano sobre su boca y sé que está intentando contener las carcajadas. La situación es incómoda pero también divertida. Comienzo a reír sin contenerme y nuestras risas descontroladas se mezclan. ¿Qué más puede pasar esta noche?

Cuando dejamos de reír, tratamos de calmar nuestras respiraciones agitadas. Los sonidos que emite la pareja han sido sustituidos por el golpe de la cama contra la pared.

—Me dan envidia —su voz sale en forma de susurro entrecortado y me parece no haber oído bien.

—¿Qué?

—Ellos. —Señala la pared contigua con el dedo, alzando ligeramente el tono de voz—. Me dan envidia.

—¿Por qué?

—Hace algún tiempo que yo no..., ya sabes.

Maldita sea, no puede ser que estemos teniendo esta conversación mientras una pareja está haciendo Dios sabe qué al otro lado de la pared.

—¿Es porque no has tenido la oportunidad o porque no has querido?

—No lo sé. —Se encoje de hombros sosteniendo la mirada al frente—. Solo sé que ahora, al escucharlo, me da envidia. ¿A ti no?

—Joder, sí. Claro que sí.

Hay que ser tonto para no desear estar con alguien en este instante. O mejor dicho, estar con ella. Inhalo profundamente y su perfume nubla mis sentidos. Si supiera por un momento que está a mi alcance... Pero con Camila nunca se sabe. Y no quiero dar un paso que me haga retroceder más tarde. No con ella. Una cosa es dejarse llevar por los impulsos y otra que me mande a la mierda.

Sus ojos se clavan en los míos y una mezcla de necesidad y deseo los hace brillar.

—No se me da bien hacer esto. —Los nervios afloran a través de mi voz mientras su mano acaricia la mía con suavidad—. Coquetear.

—¿Y qué se te da bien?

Que me maten si su voz no es ahora más áspera. Mi respiración se agita mientras mi mente idea varias formas de responder para quedar bien. Algo sexy y atrevido. Pero ¿a quién quiero engañar? No necesito todas esas cosas con ella, solo ser yo mismo.

—Ser sincero.

Sus ojos se sorprenden y resplandecen aún más con mi respuesta. Siento como si su mirada me abrasara mientras recorre cada centímetro de mi rostro.

—Es uno de los motivos por los que me gustas. —La punta de su dedo asciende por mi brazo, provocándome un escalofrío.

—Me estás volviendo loco, ¿lo sabías? Cuando me tocas, es como si mi cuerpo entero ardiese.

—¿Quieres que deje de hacerlo?

—Jamás. Preferiría terminar hecho cenizas antes de que dejaras de hacerlo.

Cierro los ojos con fuerza cuando alcanza mi mejilla. Ni siquiera sé cómo puedo permanecer quieto ante sus caricias en lugar de lanzarme a por ella como deseo hacer desde que la vi esta noche con esos labios rojos y sus mejillas sonrosadas. Mi cuerpo se retuerce ante la necesidad de

tocarla.

—Quiero besarte. —Abro los ojos con rapidez al escucharla.

—Hazlo. Jamás te prives.

Sonríe antes de acercar sus labios a los míos. Cuando estos se alcanzan, una gran descarga de energía se apodera de mí y no puedo contenerme por más tiempo. Mis manos actúan por instinto y se aferran a su cintura. Con un suave movimiento, sus piernas me rodean quedando a horcajadas sobre mí. La necesito cerca. Nuestros cuerpos se ajustan tocándose en todas las partes posibles, lo que me hace soltar un jadeo contenido.

Nuestras bocas hambrientas intentan saciarse sin éxito pues con cada roce el anhelo se incrementa más y más. Mi lengua reclama su sabor, mientras mis manos ascienden a través de sus piernas hasta detenerme en sus suaves muslos. Los aprieto con ligereza y acaricio su interior con los pulgares. Ella jadea ante el contacto alejando su boca de la mía. La adicción a sus labios es tan grande que no puedo evitar quejarme en cuanto se separa de mí.

Quiero alcanzarlos de nuevo pero su abrasadora mirada me inmoviliza. Jamás había visto unos ojos tan brillantes, tan llenos de vida. Miles de emociones se arremolinan en el interior de sus pupilas y me pierdo en ellas.

—Adam —susurra.

Trago con dificultad ante el cúmulo de sensaciones. Dicen que una imagen vale más que mil palabras y siempre he creído que quien dijera eso, tenía razón. Hasta ahora. Por mucho que Camila esté preciosa con su piel roja, los labios hinchados por nuestros besos o esos ojos brillantes como estrellas, escuchar mi nombre de sus labios es lo más fascinante que oiré jamás.

Y no sé qué es lo que quiere el destino esta vez. Si demostrarme que hay alguien para mí o que me rompan de nuevo el corazón. Qué sé yo. Lo único que quiero ahora mismo es sentirla. Necesito acariciar su piel hasta saber cuántos lunares esconde y besar cada una de sus curvas para no encontrar jamás la salida.

Deslizo uno de los tirantes de su vestido con delicadeza ante su atenta mirada. Su pálida piel queda al descubierto y encuentro el primer lunar. Acercó mi boca hasta él y lo beso. Su respiración agitada me invita a continuar. Acaricio con mis labios toda su clavícula llenándome con su olor dulce. Cuando llego a su hombro izquierdo, repito el movimiento ascendiendo por su cuello.

—Quiero besar cada centímetro de tu piel —susurro cuando llego a la altura de su oreja.

—Hazlo.

—No puedo. —Dejo caer mi frente sobre la curva de su cuello y cierro los ojos con fuerza. Nunca antes me había costado tanto decir esas palabras.

—¿Por qué?

Camila intenta moverse para que nos miremos a los ojos pero aferro mis manos a su cintura, con el rostro aún escondido.

—Porque siento que si lo hago, nunca tendré suficiente.

Su cuerpo me abraza. La intimidad que nos rodea se me antoja más intensa que antes. La forma de tocarnos, como si nos aferrásemos al otro, me desborda.

—Sé cómo te sientes —comenta con voz tranquila—. Cuando estoy contigo nada es suficiente, Adam.

—¿Eso te asusta?

—No. Llámame loca pero me encanta. —Su suave risa me hincha el corazón.

—Estás de suerte —esta vez alzo la cabeza hasta alcanzar sus ojos—, porque la locura y yo

nos llevamos genial.

20 - Camila

Un intenso dolor en la espalda me despierta. Abro los ojos con un quejido y me encuentro con un cielo azul despejado de nubes. Aturdida, intento recordar donde estoy mientras me incorporo con tanta rapidez que me provoca un mareo.

Imágenes de la fiesta de anoche llegan a mi cabeza en forma de pequeños martillazos. ¡Dios, no recuerdo haber bebido tanto! Por instinto llevo una mano a mi cabeza, como si con ello hiciera desaparecer el dolor. También recuerdo a Adam, su increíble camiseta y la compañía que nos hicimos horas más tarde. Sonrío al recordar el momento que pasamos. Me gusta muchísimo. Y me hubiera dejado llevar de no ser por él.

De repente, un cuerpo se mueve a mi lado, sobresaltándome. Pensaba que estaba sola. A mi derecha, Adam se gira hasta quedar boca arriba sobre la alfombra.

Tras la breve conversación que tuvimos después de devorarnos a besos, volvimos a tumbarnos sobre la alfombra. Su brazo me rodeaba y mi cabeza descansaba en la curva de su cuello mientras charlábamos. No podría decir con exactitud quién se durmió antes.

Lo observo descansar, siguiendo las líneas de su belleza. Su rostro relajado esconde esos hoyuelos que tanto me gustan y sus labios permanecen entreabiertos. Siento el deseo desenfrenado de acortar la distancia y besarlos. Y así lo hago.

Me inclino hasta quedar muy cerca. Mis labios rozan suavemente los suyos dejando un delicado beso sobre ellos. Adam se revuelve ante el contacto y antes de que se despierte, vuelvo a sentarme sobre mis piernas.

—Buenos días. —Abre los ojos y me muestra ese color chocolate que tanto me gusta. Sonríe incorporándose e imitando mi posición—. ¿Me has dado un beso?

—Buenos días a ti también —digo encogiéndome de hombros. Me ha pillado, ¿para qué voy a negarlo?

—Vale, espera. —Su mano se pasea por su pelo tratando de peinarse un poco. El resultado es aún más desastroso porque las puntas de su pelo están hacia todos lados. Trato de contener la risa mientras presto atención a sus palabras—. Retrocedamos. Yo también quiero darte un beso de buenos días.

Pero no me lo da. En su lugar permanece quieto, observándome atentamente. Su lentitud me impacienta.

—¿A qué esperas?

—¡Eh, tranquila! Estoy asimilando que acabo de despertarme contigo. —Coge uno de los mechones que están fuera de mi trenza y lo pasa tras mi oreja—. ¿Te gusta leer?

Su pregunta me pilla desprevenida y me deja muda. ¿Qué tiene que ver eso con mi beso? Aún así, asiento con la cabeza.

—Entonces que te diga que estás preciosa recién levantada es muy típico, ¿verdad? —Parece frustrado—. Joder, soy una edición limitada. Debería encontrar la forma de decirlo sin parecer una copia de esos tipos *mojabragas*.

—¿Y para qué necesito a esos tipos si te tengo a ti? Eres la persona más ingeniosa que he

conocido.

—No lo creo —suspira—. En realidad, todo lo que digo es lo que aparece en mi cabeza.

—¿Y qué tienes ahora mismo en la cabeza?

—Que quiero darte ese beso de buenos días.

Se acerca y nos besamos con timidez, un poco contenidos. A través de la suavidad de sus labios siento su lengua. Abro la boca para darle acceso pero un fuerte golpe en la puerta nos obliga a separarnos rápidamente. Una voz no muy agradable de escuchar a estas horas de la mañana, nos grita que debemos marcharnos ya.

Adam se levanta y sostiene su mano que no dudo en coger. Y deseo no soltarla en mucho tiempo.



Cruzo la calle sin mirar a ambos lados. Sé que es peligroso pero llego tarde. Además, es una ventaja que en estas calles apenas pasen coches.

Cuando Sofía y John compraron el local hace bastantes años, el tráfico en las carreteras de al lado era inmenso. Cientos de coches pasaban todos los días en dirección a la feria más cercana. Recuerdo que pasaba las horas sentadas en el taburete más cercano a la ventana con vistas a la carretera y vigilaba a los vehículos que pasaban por allí. Había de todos los colores posibles, unos más grandes y otros más pequeños, pero en lo que me fijaba realmente era en la posibilidad de que uno de ellos se parase junto al bar y, al bajar, fuese mi padre. Sabía que era imposible porque estaba muerto pero cada vez que una puerta se abría, mi corazón latía frenético.

Unos años más tarde hubo un gran incendio en la feria que arrasó con varias hectáreas de tierra. Tuvieron que cerrarla, aunque eso no fue un problema porque John acondicionó las habitaciones de la planta baja para que sus clientes siguieran disfrutando. Lástima que una maldita enfermedad se lo llevase...

—*¿Me estás escuchando?* —La voz del teléfono móvil me hace regresar al presente.

—Lo siento, Liam —contesto apurada—. No es un buen momento, llego tarde al trabajo.

—*¿Al trabajo? Sabes que eso no es un trabajo, ¿no? Deberías buscarte uno de verdad.*

La sangre bulle a través de mis venas. No es la primera vez que me dice que ayudar a Sofía con el bar no es un trabajo porque no me pagan un sueldo digno. ¿Qué más dará el dinero? Comencé a ayudar a Sofía cuando John murió. Estaba devastada y solo de pensar en el bar, se ponía aún peor. Pero los clientes querían seguir yendo a su lugar habitual, así que no pudimos cerrar más de unos días.

Llevo desde los doce años considerando aquel lugar como mi segunda casa. Pasaba largas tardes allí, cuando mi tía se reunía con su mejor amiga. Así que no supuso mucho embrollo que volviese a abrir sus puertas. Cuando Sofía fue capaz de volver a tomar el mando, vi en su mirada que necesitaba a alguien allí. No quería estar sola en el lugar donde siempre habían sido dos. Me quedé con ella. Al principio me negué a que me pagase, pues no lo hacía por dinero. Pero insistió tanto que acepté.

Ahora me da un sueldo más que suficiente para pagar mis propios gastos. Pero eso no es bastante para Liam. Aunque ya nada lo es para él, en realidad. Con los años se ha vuelto más exigente y lo que para mí está muy bien, para él es pura miseria.

Tragándome las palabras que realmente quiero decirle, voy directa al grano.

—¿Qué quieres, Liam?

—*Te estaba diciendo que me gustaría tomar algo contigo esta noche. ¿A qué hora te recojo?*

—Agradezco tu invitación pero no me apetece.

—*¿Prefieres salir a cenar? También podemos ir al cine y...*

—Liam —le corto antes de que continúe haciendo planes por su cuenta—, me alegra mucho que hayas vuelto pero creo que deberíamos pasar página y ser solo amigos.

—*No quiero ser tu amigo* —reprocha alzando un poco la voz.

—Es todo cuanto puedo ofrecerte, lo siento.

—*Ni siquiera me has dejado intentarlo, Cam. Lo nuestro era de verdad.*

—Lo sé. Pero tú mismo lo acabas de decir, “era”, en pasado.

Su silencio al otro lado de la línea me hace fruncir el ceño. ¿Qué estará pensando? Cierro la puerta a mi espalda y observo a Sofía tras la barra. Está sirviendo una cerveza, sonriente, pero al mirarme su expresión cambia.

—Liam...

—*¿Podemos tomar algo antes de marcharme? Como despedida* —su voz es neutra.

—Claro. Llámame antes de irte. Hasta pronto.

Cuelgo el teléfono soltando un profundo suspiro. Me acerco hasta la barra para saludar a Sofía y preocupada, comienza a bombardearme con preguntas. Le cuento la situación y cuando termino, se queda en silencio.

—¿Crees que he hecho bien?

—¿Cambiaría algo si te dijera que no? —Me rebate—. Cariño, has hecho lo que tu corazón te ha dicho y quien diga lo contrario, se puede morder la lengua, aunque con cuidado de no envenenarse. No deberías cerrarte puertas por querer dejar abierta a la que más cariño tienes.

—Lo sé. Hasta hace unas semanas estaba convencida de que quería a Liam, siempre lo he hecho.

—Y lo sigues queriendo, Camila. Ese sentimiento estará ahí siempre. La cuestión es que ya no estás enamorada. No intentes construir algo que ya está roto porque es imposible volver a unir todos los trozos de nuevo. Siempre queda un hueco, por pequeño que sea, y ya no vuelve a ser lo mismo.

—Gracias, Sofía. Te quiero. —Le abrazo con fuerza y ella me lo devuelve con cariño.

—Y ahora cuéntame. ¿Qué tal con el muchacho pintor?

—Adam es... —suspiro con una sonrisa pintada en la cara—, no sé muy bien como describirlo.

—Te entiendo. Desde el momento que lo vi dentro de las habitaciones, mirándolo todo, supe que era...

Una carraspeo a nuestras espaldas nos sobresalta. Nos giramos y me sonrojo al sentirlo tan cerca. Adam está de pie al lado de un taburete con el ceño fruncido. Esta vez no lleva ninguna de sus típicas camisetas sino que lleva la que usa para pintar. Tiene tantos trazos de colores que parece un cuadro.

—Eh... —alza su mano para rascarse la cabeza con nerviosismo—, venía a por un refresco. He escuchado mi nombre y no podía darme la vuelta sin llamar vuestra atención así que como no sé si lo que vais a decir es bueno o malo, prefiero avisaros de que estoy aquí.

¡Dios, menos mal que ha avisado! Me moriría de vergüenza si llego a decir algo incómodo como que me gustan sus hoyuelos o la forma que tiene de coger el pincel mientras pinta. Y más aún con las preguntas que, estoy segura, Sofía iba a hacerme después.

—Uf—interviene ella pasándose una mano por la frente con dramatismo—, menos mal que has avisado. Estábamos a puntito de ponerte tan verde como *Hulk*. No queríamos decírtelo a la cara pero ya que estás aquí, nos caes bien gordo. A las dos —nos señala.

La miro, incrédula. ¿Desde cuándo es tan bromista? Adam debe ser un bálsamo para ella porque no solo ha conseguido que vuelva a sonreír sino que hasta bromea con él.

—Vaya —murmura este con una sonrisa—. ¿Debería preocuparme por el refresco?

—Yo soy tú y me preocuparía hasta por el agua de las tuberías. No se sabe lo que uno puede encontrar en ellas.

Suelto una sonora carcajada mientras tomo un refresco y un vaso con hielo para Adam. Bromea para asegurarse de que no tiene nada que perjudique sus órganos vitales y se marcha guiñándonos un ojo.

—Me recuerda a John, siempre tan simpático, tan vivo —la voz de Sofía suena melancólica—. Venga, ve con él. Hoy hay poca gente y puedo yo sola.

21 - Adam

Dejo el refresco sobre la mesa tras darle un gran sorbo. A su lado está mi nuevo teléfono móvil. Aún no puedo creer que tenga un cacharro de esos.

Al día siguiente de la fiesta encontré en casa un paquete envuelto y una pequeña tarjeta. Mi madre, cansada de que estuviese incomunicado, decidió que un móvil de última generación era la solución ideal. Se equivocaba.

Desde que encendí el teléfono móvil, aunque bien podría llamarse un mini-robot porque hasta tiene voz integrada, me he vuelto completamente loco. Y no en el buen sentido. ¿Cómo puede ser tan complicado? Con lo fácil que era antes darle al botón verde y poner el código PIN. Ahora piden hasta correo electrónico. ¡Correo electrónico!

Así que tras varios días peleándome con el móvil hasta llegar a configurar lo básico, que según Drew son un millón de aplicaciones que a mi parecer no sirven para nada, creo que puedo manejarlo.

—¿Tienes móvil nuevo? —La voz de Camila me hace dar un brinco—. ¿Puedo verlo?

—Todo tuyo. —Cojo el aparato y se lo tiendo—. Ojalá pudiera librarme de él.

—¿No te gusta? Es el último modelo. —Su mirada se clava en la mía y se me eriza la piel. La conexión entre ambos es cada vez mayor, solo tiene que mirarme para hacerme temblar.

—Los móviles no son lo mío —me excuso.

—¿Y por qué tienes este?

Suspiro mientras apoyo el peso del cuerpo sobre el billar.

—Mi madre me lo ha regalado. Hace unos días se cayó el mío en un bote de pintura y ha muerto. Era uno de esos antiguos que solo sirven para llamar y enviar SMS. Tanto Drew como ella saben que no me entusiasma la tecnología.

—Y aun así te ha dado el mejor móvil.

—Sí, es difícil de explicar. Mi madre puede llegar a ser muy cabezota cuando quiere, así que acepté el regalo. Drew me ha enseñado más o menos a manejarlo pero siendo sincero, ese cacharro y yo nos odiamos mutuamente.

—Cuando le coges el truco, no es tan difícil.

—Pero no quiero cogerle el truco. No quiero volverme un adicto a él.

—Entonces no lo hagas. Aprovecha las comodidades que te ofrece y nada más, deja el resto a un lado.

—¿Qué comodidades puede tener algo así? —Ella abre la boca para contestarme pero la detengo—. Ya sé que tiene Whatsapp y esas cosas pero prefiero mantener una conversación cara a cara a tener el móvil siempre frente a mí y perderme lo que sucede a mi alrededor. Llámame raro si quieres.

Ella sonrío y por un instante creo que me comprende. Que comprende el dilema que siempre tengo con respecto a la tecnología y lo que supone en la sociedad. Algunos piensan que es un avance y en cierto modo lo es, pero en otros casos resulta ser un verdadero atraso.

—En realidad no me refería al Whatsapp. —Se coloca a mi lado y clava sus ojos en los míos

—. Sino más bien a la cámara. ¿Sabías que este móvil tiene la mejor del mercado?

—¿Por qué usar una cámara cuando puedo revivir una y otra vez lo que quiera en mi cabeza? Sigue sin parecerme útil.

—Lo sé, pero las fotos pueden ayudarnos. —Deja de mirarme y clava sus ojos sobre la pared que tenemos en frente—. En casa tengo una fotografía de mi padre donde salimos juntos en mi séptimo cumpleaños, estábamos radiantes. Cuando un año más tarde supe que nunca volvería tras el accidente, me esforcé por tenerlo siempre en mi mente, por recordar cada momento que viví junto a él. Pero con los años me di cuenta de que hasta el recuerdo más vívido y el más querido, puede diluirse —suspira—. Mi tía encontró esa foto entre las pertenencias de mi madre mucho después de que ella nos dejase. Ahora está en mi habitación y desde entonces no pasa un día sin que la mire. Sé que jamás me olvidaré de quién era, pero me aterra olvidarme de él.

Su confesión me hace enmudecer. No soy muy fan de las fotografías pero después de escucharla, sé que es porque nunca le he encontrado el verdadero sentido.

—¿Has estrenado ya la cámara? —Niego con la cabeza—. Pues hagámonos una foto.

Alza el móvil y nuestros rostros se reflejan en la pantalla. Sonríó al ver su entusiasmo y rodeo sus hombros con mi brazo, acercando nuestros cuerpos un poco más.

Un leve sonido sale del móvil y Camila comienza a tocarlo con rapidez. En unos segundos tenemos delante una fotografía de nosotros. Juntos. Sonrientes. Felices.

—Me gusta —admito con timidez—. Gracias.

—De nada. —Nuestros cuerpos aún permanecen muy juntos tras la foto. Su aliento roza mi boca y sus labios me distraen.

Muevo mi brazo, aún sobre sus hombros, hasta que rozo su cuello con mis dedos. Camila cierra con ojos con suavidad y se acerca un poco más a mí. Nuestros labios se rozan, aumentando mis ansias por besarla.

—Adam... —susurra, volviéndome más loco.

—Me encantas.

Ansioso, me lanzo en busca de su sabor. Ella entreabre la boca pero mi lengua no llega a acariciar la suya. Unos gritos a través del pasillo nos hacen dirigir la mirada hacia la puerta.

—¡Aquí estás!

Lily aparece gritando y mi cuerpo se encoge. ¿Pero qué diablos hace ella aquí otra vez?

Camila se aparta en cuanto ve a mi enfadada ex novia dirigirse hacia mí con fuerza. Esto no augura nada bueno.

—Lily —digo con frialdad—. ¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? ¿Encima tienes la cara dura de preguntarme qué hago aquí? ¡He venido a por una maldita explicación!

Está muy cabreada. La miro sin dar crédito. ¿De qué está hablando?

—Sé que te fuiste de la fiesta con otra, te vieron. ¿Creías que no me iba a enterar? —Intenta calmarse pero no lo consigue—. Cuando nos reencontramos te pregunté si estabas con alguien y me dijiste que no.

—No te mentí —intervengo antes de que empiece a crear su propia historia.

—¿Entonces te acuestas con otra mientras YO —enfátiza la palabra— te invito a fiestas? Estuve buscándote toda la noche, te invité para que pasáramos tiempo juntos.

—Estuvimos casi toda la noche juntos, Lily. Ni siquiera me dejabas marchar.

—¡Porque quiero estar contigo! —grita fuera de sí mientras me empuja con sus manos.

Percibo un movimiento en la habitación. Camila. Por un momento, los gritos de Lily me han

hecho olvidar que está aquí, con nosotros. Agarro a mi ex de las muñecas para evitar más golpes en mi pecho y miro a Camila. Por su ceño fruncido veo que la visita no le resulta agradable, pero también veo furia hacia Lily.

La tranquilizo con la mirada, haciéndole saber que lo tengo controlado. Lily no va a hacerme daño.

—¡Eres el tío más imbécil que he conocido jamás! —Continúa con la retahíla de insultos—. Te lanzo todas las señales que tengo, te invito a comer, a fiestas..., todo para estar contigo. Y tú a cambio te acuestas con otra frente a mis narices. ¿Quién es? ¿Te has cansado ya de tirártela y ya tienes tiempo para mí? ¿O tengo que ponerme en la cola? ¿Dónde tengo que coger número?

Que piense que me acuesto con diestro y siniestro me duele. Y también lo hace saber que, sea como sea, le he creado ilusiones acerca de lo nuestro. Yo no soy así, ni hablar.

—Lily, escúchame.

—¡No, no quiero escucharte!

Consigue zafarse de mi agarre y se da la vuelta para marcharse. Pero se paraliza en cuanto se da cuenta de que no estamos solos en la habitación. Su cuerpo se queda rígido.

—Tú... —dice con voz fría, sin moverse de dónde está.

Camila la enfrenta sin ningún temor, aguantando su mirada y su tono de voz.

—Sabes con quién se acostó, ¿verdad? ¡Dímelo! —Vuelve a gritar.

—¡Deja de gritar! —A pesar de decir eso, esta vez es ella la que grita, dejándome más inmóvil de lo que estoy—. No puedes venir a un bar y ponerte así. Arriba hay personas a las que no les gusta el espectáculo.

Lily enmudece. Está claro que no había pensado en eso.

—Está bien, está bien —susurra. Se da la vuelta, con los ojos llenos de lágrimas. ¿Pero cuándo ha empezado a llorar?

Avanza hasta quedar frente a mí y me pongo en alerta. Puedo esperar cualquier cosa de ella llegados a este punto. Aunque para lo que no me he preparado es para lo que hace a continuación.

Apenas tarda unos segundos en agarrar mi nuca con brusquedad y acercar sus labios a los míos. El contacto me produce tal angustia que me aparto con rapidez. Ella trata de besarme de nuevo pero la retengo por los hombros.

—Lily...

—No te preocupes —me interrumpe, ya no hay rastro de lágrimas—. Te perdono, podemos empezar de cero.

Suelto todo el aire contenido en los pulmones. ¿Por qué me da la sensación de que no hacemos más que volver al principio una y otra vez? Es agotador.

Miro a Camila pero ya no está, se ha ido. Comienzo a ponerme cada vez más nervioso mientras Lily continua hablando sin parar.

—¿Quieres escucharme? —Alzo la voz, alterado—. No podemos empezar de cero cuando ya hemos tocado fondo, incluso más que eso. Márchate, disfruta y enamórate, ahí afuera hay alguien para ti, Lily. Por favor.

Después de varios minutos en silencio, uno frente al otro, asiente y se marcha. Dicen que terminar una relación es difícil y no le quito razón, pero cuando ese viejo amor regresa, resulta más difícil obligarlo a que vuelva a marcharse evitando que con ello, tu corazón vuelva a romperse.

Jamás pensé que podría sucederme con Lily. Que no quiera estar con ella no significa que no la quiera. Ella fue y será una persona muy importante en mi vida, pero no puedo obligarme a intentar

algo que no siento. Mucho menos ahora que está Camila. Ni siquiera sé qué tenemos pero estoy dispuesto a averiguarlo.

22 - Camila

Deslizo la fregona por el suelo con movimientos pausados. Observo cómo el agua cubre la superficie poco a poco, llevándose toda la suciedad a su paso.

Ha sido un día bastante cansado y estoy deseando llegar a casa para relajarme. La visita de Lily me ha hecho pensar en muchas cosas, en especial en Adam. Después del beso, me marché para darles espacio. No quería que mi presencia enturbiase sus sentimientos. Él es un chico increíble y aunque algo se remueva dentro de mí al verlos juntos, sus sentimientos son lo primero. Lily fue su primer amor, aquel que deja huella en nuestra vida para siempre, como lo fue Liam para mí.

Por mucho que nos empeñemos en intentar olvidarlo, es imposible. Así que entiendo a la perfección la situación en la que se encuentra. Esa indecisión de regresar con la misma persona o dejarla ir, siempre será una difícil elección.

Minutos después de darles privacidad, Lily se marchó sin mirar atrás. Las lágrimas que había derramado ya no estaban y sus ojos parecían decididos. ¿Qué había pasado allí abajo? No tengo ni idea porque no volví. Preferí dar la intimidad que sabía que Adam necesitaba. Si quería contarme lo sucedido, aquí estaría. Sin presión, sin exigencias.

Él regresó media hora más tarde con su nuevo móvil en la mano y una mirada triste. Se despidió con una disculpa, comentando que estaba demasiado distraído para concentrarse en nada y sin más, se marchó.

Con la ayuda de Sofía, termino de limpiar el bar y nos marchamos a casa.



—¿Crees que se puede querer a alguien tanto como al primer amor? —pregunto algo que lleva tiempo preocupándome.

Mi tía me observa con curiosidad mientras mastica su porción de pizza. Han pasado dos días desde que Adam se marchó del bar con aspecto cansado y triste y, aunque me ha enviado varios mensajes al móvil donde me asegura que está bien, no puedo quitarme de la cabeza lo que puede estar sintiendo.

Aprovecho para dar el último bocado, terminando la pizza pequeña de cuatro quesos que he pedido. Después de varias semanas sin poder comer juntas, le han dado a mi tía varias horas de descanso y hemos ido a comer a nuestro restaurante italiano favorito. Echo mucho de menos hacer esto más a menudo, pasar un rato a solas, charlar y divertirnos.

—Lo que creo es que el primer amor está sobrevalorado —comenta clavando sus enormes ojos celeste sobre los míos—. Llamamos primer amor al primero de nuestra vida pero ¿qué pasa con los demás? Puede que el segundo nos haga reír más o que el tercero nos aporte más que los anteriores. La primera vez que queremos, lo hacemos con toda nuestra alma. O al menos eso pensamos porque somos jóvenes e inexpertos. Magnificamos nuestros sentimientos, hacemos de ello un mundo y amamos como si fuera el primero y el último.

—Algunas veces pasa, el primero es el último. Hay personas que están destinadas.

—Lo sé. Pero también, muchas veces, nuestro primer amor es nuestra primera lección porque nos enseña que darlo todo no siempre es lo más acertado.

Coge la última porción de pizza y mordisquea los bordes, dándome tiempo para que medite sus palabras.

—Respondiendo a tu pregunta, sí, estoy segura de que podemos querer a alguien incluso más que al primer amor. En cada relación queremos de una forma distinta, aunque pensamos que es siempre lo mismo. En la primera amamos sin media, en la segunda cubrimos un poco más nuestro corazón... y así con cada una, hasta que encontramos la definitiva.

—¿Crees que Lukas es el definitivo?

Mi tía y él se conocieron hace dos años en el trabajo. Estuvieron saliendo durante unos meses hasta que lo trasladaron de ciudad para resolver varios casos importantes. Desde entonces su relación va y viene, si bien no dejan de visitarse. Temo que se conviertan en Liam y en mí, y que su relación se termine. Lukas es un hombre divertido y alegre, me gusta cuando están juntos. Se complementan muy bien.

—Si soy sincera, no lo sé. Con el tiempo te das cuenta de que prefieres que te regalen sonrisas, carcajadas y buenos momentos, a que te prometan amor eterno desde el primer día. Lukas me da todo eso y no necesito más por ahora. —Se limpia las manos con la servilleta y continúa hablando—. ¿Y tú? ¿Esto es por Liam?

—En realidad no —respondo con sinceridad—. He conocido a alguien y su ex novia quiere volver con él.

—¿Y qué quiere él?

—No siente nada amoroso por ella pero sé lo duro que es que un viejo amor regrese.

—Cariño —su mano toma la mía con mimo—, los regresos nunca son fáciles, pero nos ayudan a dejar el pasado atrás. De cualquier forma, ese chico lo estará pasando mal. Sois amigos, ¿no? Pues llámalo, estoy segura de que necesita una amiga.



No es hasta entrada la noche cuando me atrevo a llamarlo. Quizá no necesite una amiga, quizá solo quiera estar solo, pero necesito oír su voz. Necesito saber que está bien más allá de un simple mensaje de móvil.

Pero los tonos pasan dejándome con su buzón de voz. Cuelgo nerviosa y triste, y me tumbo en la cama mirando el techo. Es probable que esté ocupado. ¿Estará con Lily? Un sentimiento de culpabilidad se apodera de mí. No debería llamarlo si está con ella, necesitan tiempo e intimidad.

Unos segundos más tarde, la pantalla de mi móvil se ilumina con su nombre. Espero que no me llame para decirme que tiene compañía, qué vergüenza.

—¿Camila? —Asiento con un susurro—. *Perdona, no me acostumbro al sonido del móvil. ¿Te puedes creer que suena igual que el horno de mi casa? Cada vez que suena voy a la cocina pensando que lo he dejado encendido, es de locos.*

Su voz suena alegre, como siempre. Echaba mucho de menos su peculiar humor.

—Tranquilo. Llamaba para ver cómo estabas, hace varios días que no vas al bar —intento no sonar ansiosa, aunque en realidad lo estoy. Y mucho.

—Lo sé, perdona. *La habitación del cine ya está terminada y aún no tengo claro qué haré en la siguiente. Estos días me han venido bien para pensar.*

—¿Necesitas... hablar? —Titubeo. Quiero que sepa que puede hablar conmigo de lo que sea, no solo de las habitaciones sino también de Lily.

—*En realidad no hay mucho de qué hablar. La visita de Lily me afectó pero mis sentimientos no han cambiado. Lo mejor es que cada uno siga su vida como hasta ahora.*

—Me alegro. —En cuanto salen las palabras de mi boca, me arrepiento. Podrían malinterpretarse—. Quiero decir, me alegro de que ya estés bien, no de que no hayan cambiado tus sentimientos. Aunque por otra parte eso también está bien. Ay, Dios, no me hagas caso. Lo que quiero decir es...

—*Camí* —Adam suelta una risita y me muero aún más de la vergüenza. Menos mal que no lo tengo frente a mí porque mi cara roja deja mucho que desear—. *Entiendo lo que quieres decir. ¿Y tú? ¿Estás bien?*

Hace días que me hago la misma pregunta y sigo sin encontrar respuesta. Pero escucharla de su boca consigue remover algo dentro de mí.

—No lo sé. Todo esto de Liam, Lily, tú y yo comienza a ponerme nerviosa. Últimamente me pregunto por qué el destino ha elegido este momento para que regresen.

—*Porque ahora podemos cerrar esa puerta sin que nadie ajeno salga herido.*

—Pero tú y yo..., cada vez que nos acercamos, alguno aparece.

—*Supongo que los culpables somos nosotros, ¿no crees? Hemos permitido que vuelvan a nuestras vidas para ahora echarlos. No somos mejores que ellos.*

—Lo sé. —Tiene razón. Liam y Lily volvieron y nosotros los dejamos entrar para asegurarnos de nuestros sentimientos. Ahora que sabemos la respuesta, queremos que se vayan. No es justo para ellos, pero tampoco significa que sea justo para nosotros—. Lo único que quiero es que hagan su vida y sean felices.

—*Yo también. Aunque ¿qué pasará después?*

—Creía que vivías el momento y no el futuro.

—*Y eso hago. Contigo he vivido cada momento que hemos pasado juntos sin importarme qué pasará después. Pero que hayan aparecido Liam y Lily en casi todos, me ha dado que pensar.* — Con cada palabra, va cogiendo más carrerilla—. *Para ser sincero, creo que el destino se ha reído bastante a nuestra costa. ¿Cuál es la probabilidad de que los ex de dos personas que se acaban de conocer sean hermanos? ¿Y de que ambos se hayan largado para después regresar pidiendo una segunda oportunidad? Joder, teníamos todas las papeletas del premio gordo sin ni siquiera comprarlas. Lo peor de todo es que no sé qué significa todo esto porque a mí me sigues gustando incluso más que antes de que apareciesen.*

—Quizá sea esa la respuesta —susurro. Sus palabras se han clavado muy dentro de mí.

—*Pues no hacía falta que trajeran a Lily de vuelta* —contesta, calmándose poco a poco del discurso—. *No era así como me imaginaba esta conversación, Camila. Pero ya puestos, necesito decírtelo. No te mentía cuando te dije que me encantas, ni tampoco me estaba dejando llevar por el deseo. Eres una chica fantástica, divertida, inteligente y preciosa. Me encanta cuando sonríes, cuando haces que una aburrida fiesta se convierta en la mejor, o cuando me enseñas lo bueno de tener un móvil de última generación.*

Suelto una carcajada ante eso último. Jamás me cansaré de su ingenio, ni de la sinceridad en cada una de sus palabras. Porque en realidad él no me hace sentir especial, sino que hace que me dé cuenta de que soy especial.

—Eres increíble, Adam. Jamás dejes de ser tú mismo.

—*Eso es lo que más me gusta de ti.*

—¿El qué? —pregunto, confundida.

—*Que respondas lo que sientes y no lo que la otra persona quiere escuchar. Otra persona habría contestado que también le gusto, solo por el hecho de corresponder. Pero tú... tú siempre eres diferente.*

—Que no lo diga no significa que no lo sienta —me excuso, no quiero que piense que no me gusta porque resulta lo contrario. Me gusta demasiado como para expresarlo con palabras.

—*Lo sé, tranquila. Te conozco desde hace poco pero sé cuánto significan tus silencios.*

—Yo diría que empiezas a conocerme muy bien.

—*No todo lo que quisiera, aunque eso tiene arreglo. Estaré unos días más sin pasar por el bar, hasta que me aclare qué quiero hacer en la siguiente habitación. Pero podríamos vernos si te apetece. ¿Tienes planes para mañana por la tarde?*

—En realidad no tengo nada. Sofía cerrará mañana, en las noticias han anunciado lluvias torrenciales por toda la ciudad y teme que nos quedemos encerrados como la última vez.

Sucedió el pasado invierno. Lo que parecía ser una lluvia normal terminó convirtiéndose en un aguacero. No paró durante horas y cuando llegó la hora de cerrar para marcharnos a casa, toda la carretera estaba inundada y ni siquiera podíamos coger el coche. Estuvimos allí durante horas. La lluvia y la noche no son una buena combinación. Así que este año no quiere arriesgarse.

—*Me gusta la lluvia, me trae buenos recuerdos de nuestra primera cena.*

—Y a mí —ríe con timidez—, pero no creo que dar un paseo en canoa bajo la lluvia sea tan divertido.

—*¿Y si vemos una película? El cine de ahora no está muy allá pero podemos alquilar la que más nos guste y verla en casa. Yo pongo las palomitas y la televisión. ¿Qué te parece?*

—Me parece un plan perfecto. ¿Qué tipo de películas te gustan?

—*Me gustan casi todos los géneros, y los que no, estoy dispuesto a darles una oportunidad. Así que escoge la que quieras, lo importante es la compañía, ¿no?*

No puedo evitar sonreír como una adolescente. ¿Cómo es posible que tenga una respuesta para todo? Dudo mucho que aún viviendo cientos de años, conozca a alguien como él. Es único.

Concretamos la hora para mañana y me da la dirección de su casa antes de colgar. Por raro que parezca, no me siento nerviosa ante nuestra... ¿debería llamarla cita? Da igual. El caso es que no estoy nerviosa, aunque sí siento un pellizco en el estómago. Me ilusiona que hagamos más cosas juntos y, en igual parte, también me abruma la naturalidad con la que nos desenvolvemos. Como si supiéramos que debemos ser solo nosotros cuando estamos juntos. Ser nosotros mismos y dejarnos llevar.

23 - Adam

Suelto el boceto segundos antes de que suene el timbre. Desde hace unos días estoy tratando de dar forma a las ideas que tengo en mi mente. Estaba convencido de lo que quería para la siguiente habitación pero al plasmarlo en el papel, no me ha gustado. Así que no paro de dibujar absolutamente todo lo que aparece en mi cabeza. El resultado es que estoy frustrado. No sé muy bien qué hacer y los días pasan sin encontrar nada.

Me levanto de la silla y voy hacia la entrada. Ya son las cinco, he perdido la noción del tiempo con los bocetos.

—Hola —comenta Camila mientras sacude su paraguas mojado—. Vaya, no esperaba que lloviese tanto hasta dentro de unas horas.

—Hola. —Sonríe al verla. Cojo su paraguas para dejarlo en un paragüero, evitando poner todo perdido—. Pasa y ponte cómoda.

Camila entra en mi casa con paso decidido mientras se desabrocha la fina chaqueta que lleva puesta. Cuando se la quita, deja al descubierto un precioso vestido blanco con pequeñas y coloridas flores. Es de manga corta y se ajusta a su cintura, creando un pequeño vuelo a partir de sus caderas. Sus piernas me secan la boca y me apresuro a coger su abrigo para dejarlo sobre la silla.

—Gracias.

Al darme la vuelta, ella ya me está mirando. Su pelo está suelto repartido en leves ondas, sus pestañas me resultan infinitas bajo una capa de rímel, mientras que sus rosados labios me llaman a gritos pidiendo que los saboree. Y su sonrisa... Joder, cuando sonrío me siento perdido.

—He traído esta película. —Saca un DVD de su bolso—. Acaba de salir a la venta, espero que no la hayas visto.

Observo la carátula, no me suena. Reconozco que hace bastante tiempo que no veo una película, por lo que es muy probable que cualquier novedad que traiga, ni siquiera me suene.

—Es un thriller psicológico. Quise verla cuando estaba en el cine pero al final lo fui dejando hasta que la quitaron. Tiene muy buenas críticas.

—Perfecto, pues ya tenemos película. Ven —le ofrezco mi mano que no duda en tomar—, te enseñaré la casa.

Sé que nos hemos tocado varias veces desde que nos conocemos pero aún no me acostumbro a la sacudida de mi cuerpo cada vez que lo hacemos. La electricidad que me transmite podría iluminar una ciudad entera.

Paseamos por la casa hasta llegar a mi habitación. Los papeles de los bocetos todavía están en el escritorio, desordenados. Varios lápices de distintos colores los rodean.

—Estaba tratando de dibujar algo para la siguiente habitación —trato de excusarme por el desorden.

—¿Puedo?

Asiento. Camila se dirige hacia allí y toma varias hojas para observarlas con detalle. Ahora sí me pongo nervioso, no me gusta que evalúen mi trabajo. Es un miedo que tengo desde pequeño. Y

aunque sé que ella no me juzgaría, no puedo evitar sentir un nudo en el estómago.

—Son preciosos, Adam.

—Pero no sirven. No captan la esencia de la habitación. Llevo días tratando de encontrar algo, pero no doy con nada.

—John le daba un uso especial a cada habitación. Veía películas con la mejor compañía, creaba torneos y se divertía cada minuto que pasaba en ellas. Eran como su pequeño paraíso. Cada una tiene un significado distinto. La habitación del cine representa el amor hacia Sofia. La de los juegos de mesa, la amistad. Y la del billar, su infancia. Cuando era niño vivía en una casa a las afueras de la ciudad, siempre me contaba que era mágica porque en la parte trasera había un pequeño lago donde jugaba con sus hermanos mayores. Un día, su padre los sorprendió con un billar. Al principio John era tan pequeño que no alcanzaba las bolas para jugar, incluso se ponía zapatos de tacón de su madre para parecer más alto. —Deja los bocetos de nuevo sobre el escritorio—. Así que cuando creció, jugó día tras día para vencer a sus hermanos, que le llevaban años de ventaja.

—¿Lo logró?

—Sí, lo hizo. —Se gira quedando frente a mí—. Quizá su historia pueda ayudarte a encontrar la esencia.

—Estoy seguro de que sí —sonríó mientras unas cuantas ideas aparecen en mi mente—. Gracias.

—No hay de qué. Bueno, ¿dónde están esas palomitas?

Vamos a la cocina en busca de las palomitas al microondas. Busco en varios muebles hasta que doy con ellas. Es vergonzoso no saber dónde están las cosas en mi propia casa pero cuando a mi madre se le antoja cambiar el orden, incluso el mobiliario, es para volverse loco.

—¿Saladas o dulces? —Pregunto sosteniendo ambos paquetes en la mano.

—¿Desde cuándo venden palomitas dulces para microondas?

—Desde que Drew las vio en el supermercado y decidió que era el mejor invento del siglo. — Me encojo de hombros—. En mi defensa, diré que saben a vainilla. Además, no son de colores. ¿Qué gracia tiene que no podamos comernos el color que más nos gusta? Me encantan las rojas, son las que más sabor tienen.

Camila suelta una carcajada mientras me arrebató el paquete de palomitas saladas de la mano. Buena elección, no creo que pudiera comer ni una sola con sabor a vainilla. Abre el paquete y lo mete en el microondas.

—¿Sabes que ese vestido te sienta de maravilla? —Comento mientras esperamos los tres minutos para que se hagan las palomitas.

—En realidad me hace unas caderas un poco anchas pero me da igual.

—Tus caderas son sexis y también tus piernas.

Ella echa un vistazo a su cuerpo y comienza a reírse.

—Estás de broma. —Intenta cubrirse la boca con sus manos—. Son demasiado pálidas y están llenas de lunares. Parece que llevo medias con topes.

—Tus lunares también me encantan —me apresuro a decir, abriendo el microondas y agarrando el paquete de palomitas—. ¡Joder!

Lo suelto tan pronto como lo he cogido. Me he quemado los dedos. Joder, cómo arde. Soy idiota.

Camila coge mi mano para ponerla bajo el grifo. Un ligero escozor me recorre con el contacto del agua. Sus dedos masajean la zona, calmándola poco a poco.

—Eres un bruto —susurra muy cerca de mi boca.

—Estaba distraído.

—¿Con mis lunares? —Me regala una media sonrisa.

—Son una buena distracción.

—Espero que no te distraigas muy a menudo. Podrías quemar la casa la próxima vez.

—Tranquila. —No puedo apartar la mirada de sus labios que están a unos centímetros de los míos—. Solo me pasa contigo, acaparas todos mis sentidos.

—Me declaro culpable. ¿Cuál es mi castigo?

—Estoy desvalido. —Señalo con mi cabeza la mano aún bajo el grifo—. Te dejo elegir.

Cierra el grifo y me mira con ojos brillantes. Permanezco inmóvil, a la espera de que sea ella quien haga el primer movimiento.

Acerca muy despacio su boca a la mía pero en lugar de besarme como llevo deseando desde que entró por la puerta de mi casa, saca la lengua y acaricia mis labios con ella. Primero el inferior, impregnándose con su sabor, para después repetir el mismo movimiento con el superior.

Gimo por el leve pero intenso contacto. Sin importar que mis manos estén mojadas, las arrastro hacia su cintura, acercando su cuerpo al mío hasta quedar pegados. Ella suelta un jadeo que me bebo gustoso. No pierdo el tiempo y profundizo el beso. Nuestras lenguas pronto comienzan un sensual baile y...

—No sabía que estabas aquí —la voz de mi madre me obliga a separarme de Camila—. Ni que tenías compañía.

Observo a mi madre, nervioso. Pensaba que no volvería de viaje hasta dentro de dos días. Sus penetrantes ojos marrones me taladran, para después hacerlo con la chica que tengo a mi lado.

—Mamá —carraspeo—, esta es...

—Descuida —interrumpe mis presentaciones—, solo he venido a por unos abrigos. Mi vuelo sale dentro de tres horas y no quiero llegar tarde. ¿Eso que huele son palomitas?

—Vamos a ver una película.

—No deberías comer esas porquerías. Engordan y no le conviene a tu metabolismo. —Clava su mirada en Camila y me entra el pánico. La está analizando—. Eso va por ti también, querida. Puede que a los hombres de hoy en día les gusten las caderas anchas pero, créeme, son un fastidio. No pegan con nada.

Mi madre se marcha de la cocina dejándonos como completas estatuas. ¿De verdad ha dicho eso? Joder, joder y joder. No me lo puedo creer. ¿Cómo puede ser así? Que lo haga conmigo, vale, porque estoy acostumbrado. Al fin y al cabo la confianza da asco. Pero ¿con Camila? No se lo merece. No la conoce.

—Camila, yo... —trato de excusarme aunque no hay palabras suficientes para arreglarlo—, lo siento tanto. No sabía que mi madre vendría, mucho menos que dijera esas cosas horribles de ti.

—No te preocupes —sonríe, tímida—. ¿Es siempre así?

Suspiro con pesar. Ojalá pudiera responder que tiene un mal día o que no le gusta que invite a nadie a casa sin avisarle antes. Pero no, lo peor de todo es que ese carácter viene de fábrica.

Asiento con la cabeza, incapaz de emitir ningún sonido.

De fondo, se escucha la puerta cerrarse con fuerza. Se ha ido. Y probablemente no vuelva a verla durante días. O semanas, quién sabe.

—¿Vemos la película? Las palomitas ya están. —Camila recoge el paquete hinchado de la encimera, donde lo he lanzado al quemarme. Las volcamos en un recipiente y nos marchamos al salón.

Diría que es la sala más cómoda y tranquila de la casa. Más incluso que mi habitación donde la mayoría de las veces reina el desorden encima del escritorio. En el salón hay dos sofás pequeños muy cómodos de color blanco, una mesilla de madera del mismo color y una enorme televisión colgada de la pared. En mi defensa diré que no es necesario algo tan grande para ver una película o lo que sea, mi madre fue la que la eligió a pesar de que jamás ve la tele.

Al lado de esta, hay varias baldas de madera que sirven de estanterías. Hay varios libros, los cuales mi madre los puso para decorar, y dos marcos de fotos que me encargué de que estuvieran ahí para no sentirme un extraño en mi propio salón. Quizá ese es el motivo por el que me siento tranquilo en esta parte de la casa.

Camila se acerca hasta ellos y los observa durante varios minutos.

—¿Quién es?

Me acerco hasta quedar a su altura. Cojo el marco de fotos y lo acaricio con la punta de los dedos.

—Es Julia, mi hermana pequeña. —Sonríó al recordar el momento de la foto. Salimos abrazados mientras ella tiene pegada su cara contra la mía con las mejillas llenas de chocolate—. Fue el primer día que hicimos churros con chocolate en casa de mi padre. Hicimos tal cantidad que estuvimos tres días desayunando lo mismo. Cuando mi padre llegó del trabajo, nos encontró casi bañados en chocolate. Jamás le dejes a una niña que remueva el chocolate en la olla para que no se quede frío, es capaz de crear la casa de la bruja de *Hansel y Gretel*.

Camila suelta una carcajada que me hincha el pecho. Julia es increíble y también muy traviesa. Si en el diccionario pusieran imágenes con cada palabra, en “vitalidad”, saldría su foto. Es el mejor regalo que me ha dado la vida.

—Tiene cara de pillina —comenta.

—¡No sabes cuánto! Aunque también tiene el mayor corazón que jamás encontraré.

—¿Vive con tu padre?

Cojo aire antes de responder a su pregunta. Julia es una parte de mi vida que tengo guardada bajo llave. Y no es porque me avergüence de ello, todo lo contrario. Gracias a ella he encontrado el sentido a algunas cosas que ni siquiera sabía que existían. Ilumina mis días con sus sonrisas y me transmite tanta fuerza que, en ocasiones, me siento inmortal.

Pero con Camila no tengo filtro y no quiero tenerlo nunca. Con ella todo es tranquilo y natural. Y, siendo sincero, me encantaría que conociera a Julia algún día.

—Sí. Y con Toni, su pareja. La adoptaron cuando tenía tres años. Su madre biológica la abandonó en un portal cubierta de mantas en pleno sol de agosto con apenas un año de vida. Lucharon muchísimo para conseguir su adopción pero lo lograron. Nos ha cambiado la vida.

—Es la niña de las sonrisas, ¿verdad?

Me alegra que se acuerde de la historia que le conté. Julia tenía tres años cuando apareció por primera vez en mi habitación, sonriendo y abrazando su peluche. Mi padre me había contado su historia y también que estaba enferma pero por aquel entonces yo no pensaba en nada que no fuera yo mismo. Así que verla, sentirla y tenerla cerca, cambió mi vida.

—Sí —susurro—. Estuvo enferma hace unos años. Y es la niña más dulce que he conocido, siempre con una sonrisa en la cara. Aunque mejor no quieras cabrearla, cuando lo hace es una pequeña diablilla.

—Gracias por contármelo, Adam. Sé que es muy importante para ti. —Su mano acaricia mi brazo con suavidad. Echo de menos su tacto a pesar de que llevamos solo unos minutos sin tocarnos.

—Eres tú la que me da confianza para contártelo.
Suelto el marco de fotos en su lugar y cojo la película. ¡Que empiece la sesión de cine!

24 - Adam

El timbre de casa suena con fuerza haciéndome dar un respingo que casi emborriona mi trabajo. Miro el reloj sobre el escritorio que marca las ocho menos diez de la mañana. ¿Quién diablos será? Anoche, mientras dormía, una imagen apareció en mi mente y tuve que levantarme con rapidez para plasmarla en el papel. Creo que eran las cinco de la madrugada por aquel entonces. Han pasado casi tres horas y el boceto está aún sin terminar, me está llevando más tiempo del que esperaba.

El timbre vuelve a sonar y, cansado, me levanto para averiguar de una vez por todas quién puede ser a esta hora.

Camino a través del pasillo pero antes me asomo para comprobar que mi madre no volvió anoche a hurtadillas. No sería la primera vez que me da un susto de muerte apareciendo sin avisar. Por suerte en esta ocasión su cama está vacía.

Cuando llego a la puerta, abro con brusquedad y ante mis ojos aparece una escena que me deja aturdido.

—¡Arriba las manos o aprieto el gatillo! —dice una voz grave.

Un pequeño gato de color naranja maúlla como respuesta mientras sus ojos se fijan en mí. Estamos frente a frente mientras que unas manos lo sujetan en alto, simulando una pistola. No puedo creer lo que estoy viendo.

Drew baja los brazos llevándose a la pequeña criatura a su pecho, abrazándolo mientras sonrío como un bobalicón.

—Siempre he querido decir eso —justifica como si fuera lo más normal del mundo—, pero me faltaba el gato. ¿A que mola?

Aturdido aún por la situación, me carcajeo con ganas. ¿A quién se le ocurre semejante locura? A Drew, sin duda. No podría ser otro.

Cuando la risa cesa y me seco las lágrimas, comienzo a interrogarlo.

—¿Se puede saber de dónde has sacado ese gato?

Sentado en el sofá, Drew mira al animal con devoción. ¿Quién iba a decir que sería un amante de los animales? El pequeño, mientras tanto, ronronea del gusto por sus caricias.

—Me lo he encontrado en la calle —se encoge de hombros—. Estaba en una canastita cubierto de mantas. Me lo llevé a casa pero mi madre casi me mata cuando lo ha visto. La he convencido de que pasara la noche conmigo pero me ha hecho prometer que le encontraría un hogar esta misma mañana.

Me imagino cómo debió ponerse su madre. Lucía, la hermana de Drew, es alérgica a los gatos. Es acercarse a ellos y comenzar a estornudar sin parar. Pero por suerte está de viaje así que no habrá tenido que luchar con su hermano por sacarlo de allí.

Drew me dirige una mirada significativa. Espero que no esté pensando lo que creo que está pensado. Comienzo a negar con la cabeza pero su sonrisa se ensancha.

—No, no. El gato lo has encontrado tú, lo siento.

—Venga, tío. Ya sabes que Lu es alérgica y no puedo quedarme con él. No tengo a nadie más

de fiar con quien dejarlo.

—¿Y has pensado en mí? —Pongo los brazos en jarra, molesto por la situación—. Mi madre me matará si meto un animal en casa, ya le molesta algunas veces cuando estoy yo aquí, imagínate con el nuevo invitado. Lo siento, pero no puedo.

—Te ayudaré a esconderlo. Haremos que *Nemo* se porte bien.

—¿*Nemo*?

Señala al gato dormido en su regazo y con el dedo acaricia las pequeñas líneas blancas que rodean su lomo. Escondo la sonrisa ante la genialidad de mi amigo y trato de permanecer serio.

—Drew, escucha. No deberías ponerle ningún nombre porque no puedes quedártelo.

—¿Por qué? ¿Acaso tú no te merecías un nombre cuando naciste? Todo el mundo tiene uno. Así que él es *Nemo* y no hay más que hablar.

—Está bien. Pero debes pensar en otra opción que no sea yo. No puedo quedármelo.

—¿Crees que venderán camisetas con frases para gatos? —Ignora mi comentario mientras intenta sacar el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón sin que el animal se despierte.

Es muy bonito y admito que el nombre es ingenioso. Me gustaría quedármelo pero ahora mismo no tengo tiempo para atenderlo con el jaleo en el bar. Es muy pequeño y estoy seguro de que necesitará muchos mimos. Por no hablar de que mi madre me mataría en cuanto pusiera un pie en casa y me diría la típica frase de <<o se va el gato u os vais los dos>>. Aunque esté muy poco tiempo en casa, es su santuario.

Con la tristeza que me da decir que no a un animal que ya ha sido abandonado, trato de pensar qué otra cosa podría hacer. ¿Quién podría cuidar y mimar a este pequeño?

—Podría... —Drew aparta la mirada del móvil y la fija en mí con los ojos brillantes de la emoción. Carraspeo—. Podría hablar con Camila, tal vez ella conozca a alguien que quiera quedárselo.

Mi amigo asiente varias veces, entusiasmado con la idea. Durante unos minutos debo frenar su insistencia de llamarla por teléfono a esta hora de la mañana. Probablemente nos mataría y necesitamos su ayuda para encontrarle un hogar a *Nemo*.

Pasamos toda la mañana jugando con el animal y admito que se me cae la baba cada vez que ronronea o me persigue por todo el pasillo cuando voy a mi habitación. Es muy juguetón y cada vez que puedo, lo acaricio. Es tan suave.

Horas más tarde, llamo a Camila pero su móvil me sale apagado por lo que Drew se queda a comer para acompañarme después al bar. Sé que no es su idea más sensata pero dice que no puede volver a casa con el gatito. Así que cuando llega la hora, los tres nos subimos al coche y ponemos rumbo a mi lugar de trabajo.



—Camila, ¿tienes un momento?

Intento que mi voz no suene nerviosa pero es imposible. Ella es nuestra única esperanza para encontrarle un hogar.

Con su habitual e interminable trenza, se da la vuelta detrás de la barra y me dirige una sonrisa reluciente. Por un instante me pierdo en ella hasta que escucho cómo una exclamación sale de sus labios. Ha visto a Drew y a *Nemo* detrás de mí.

Sale de la barra y se dirige a paso ligero hacia la criatura. Lo acaricia con mimo en cuanto llega hasta él.

—Hola, chica —saluda Drew embelesado. Parece que el gatito suma cada vez más admiradores.

—¿Qué tal? ¿De dónde habéis sacado a este peluche?

—Lo he encontrado en la calle. Se llama *Nemo*, ¿a que es adorable?

—¿Puedo cogerlo?

Mi amigo, un poco receloso ante la repentina atención sobre el gato, finalmente cede a dárselo sin quitarle el ojo de encima. Camila lo arropa entre sus brazos y lo acerca a la cara para hablarle con mimo. Podría cuidar muy bien de él.

—¿Conoces a alguien que pueda cuidarlo? —Suelto la bomba a bocajarro.

—¿No te lo quedas tú? —le pregunta a Drew, frunciendo el ceño.

—No puedo, mi hermana es alérgica. He intentado que Adam se lo quede pero su madre sería capaz de echarlo de casa y hemos pensado que quizá conozcas a alguien que lo quiera.

—Pues yo... —duda—, no lo sé.

—Venga, va. Seguro que alguien habrá. —Él insiste, desesperado—. ¿Por qué no te lo quedas tú? *Nemo* no puede tener un papá *Marlin* pero sí una mamá *Dory* que cuide de él. Si lo haces, haré lo que quieras, seré tu amigo, te regalaré una camiseta con una frase molona..., lo que sea. Por favor.

Camila le regala una dulce sonrisa antes de devolverle el gato. Nos pide que esperemos y se marcha hacia el sótano, dejándonos a solas. Observo mi alrededor. El bar está vacío a esta hora, Sofía y Camila suelen abrir un rato antes para organizarlo todo así que somos los únicos en el bar.

Dos minutos más tarde, la chica aparece acompañada por una Sofía de ojos brillantes. Se acerca a nosotros y tras saludarnos brevemente, se lanza a por el pequeño *Nemo*.

Finalmente, ella será su mamá *Dory*. Nos cuenta que desde que murió John en ocasiones se siente sola pero que no se ha atrevido a adoptar a una mascota por falta de tiempo. Pero ahora que tiene la oportunidad al alcance de su mano, no la va a desperdiciar. El pequeño *Nemo* maúlla y ronronea de puro placer ante tanta atención. No ha podido encontrar mejor hogar.

—Gracias, tío. —Drew aprieta mi hombro con suavidad mientras nos dirigimos al coche—. Te debo una muy grande.

—No te preocupes. Se queda en las mejores manos.

—¿Acaso dudas de las mías? —Bromea—. Tienes razón, ellas cuidarán bien de él. Podremos verlo cuando queramos, ¿no?

—Supongo que sí.

—¿Supones? ¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Somos... —dudo un instante al intentar definir la relación que nos une— amigos. Sabes que eso de las etiquetas se me da muy mal.

—De acuerdo. Eres tú quien debe saber qué tenéis. No me pienso meter. Y ahora venga, tengo hambre. Llévame a cenar.

—A la orden, papá *Marlin*.

25 - Camila

—Si no me cae bien o es un chulo con aspiración a malote del cuento, lo tiro al mar —dice Alma, rotunda.

Contengo la risa ante la disparatada idea de mi amiga mientras aparco el coche en el hueco disponible entre los árboles. Lo peor de todo es que sé que sería capaz de tirarlo al agua.

Hace unos días, mientras Adam y yo charlábamos en una de las habitaciones del bar, salieron mis amigas en la conversación. Estaban a punto de volver del viaje y las echaba muchísimo de menos. Le conté algunas anécdotas como el día que las conocí y pensaba que veía doble, o cómo logramos escapar de una tienda vestidas con la ropa que vendían allí pues nos habían robado la nuestra en los probadores. Estar con mis amigas es igual a cometer locuras en la mayoría de ocasiones.

A Adam le resultó tan divertido que propuso quedar todos juntos para que nuestros amigos se conocieran oficialmente. Nosotros dos, Alma, Sara y Drew. Al principio la idea me resultó muy divertida pero ahora, en frío, puede que no haya sido nuestra mejor idea.

Alma no está en su mejor día, mientras que Sara está absorta en sus pensamientos. Más aún que de costumbre, claro. Para rematar la faena, nuestro plan es montar en canoa sobre un enorme y precioso lago que hay a las afueras de la ciudad. Así que temo por la vida del mejor amigo de Adam. Por lo que me ha contado sobre él, a veces puede resultar un tanto bocazas y difícil. Creo que juntos formaremos una bomba explosiva, solo espero no estar cerca si alguna vez explota.

Cuando salimos del coche, Sara se adelanta a coger sus cosas y se marcha por el camino que indican las señales. No sé qué mosca le habrá picado. Su hermana asegura que anoche apenas pegó ojo por una pesadilla y ahora está cansada. Yo creo que hay algo más, pero no insisto.

Terminamos de coger todo lo necesario para nuestra próxima aventura y nos dirigimos al lugar donde Adam y Drew nos están esperando.

Cuando llegamos, los chicos están observando el paisaje de su alrededor pero no hay rastro de Sara. Espero que no se haya perdido.

—¡Buenos días! —Saludo con emoción. Es la primera vez que montaré en una canoa y me siento eufórica y nerviosa a la vez—. ¿Qué tal?

Adam sonríe de esa forma tan especial dándome los buenos días. Mientras tanto, Drew examina a Alma con recelo, en silencio.

—Yo soy Alma. Vosotros debéis ser...

—Vale —interrumpe Drew mirándonos a Adam y a mí—. ¿De quién ha sido la idea?

Los tres nos miramos aturdidos, sin saber qué responder. Él resopla con intensidad y poniendo los brazos en jarra, clava su intensa mirada en mi amiga.

—¿Crees que por cambiarte de ropa y de peinado puedes engañarme? No soy tonto, tía. Admito que has sido rápida de cojones, vas a tener que contarme tu secreto. Me ha recordado al programa ese donde entras y acto seguido sales con otro estilo de ropa y de...

—¿De qué estás hablando? —Adam lo interrumpe sin dar crédito a lo que está diciendo—. Ella es Alma, la amiga de Camila.

—Sara, Alma... ¿Ahora es cuando viene la tercera y me dices que en realidad son Flora, Fauna y Primavera? Ya puestos dime si también me van a ayudar a ligarme a un príncipe ricachón. Definitivamente a Drew se le ha ido la cabeza.

—Mira, tío —comienza a hablar mi amiga, alucinada por la situación—, no sé qué te has fumado pero deberías mirártelo antes de meterte en el mar y ser pasto para los tiburones.

—No me trates como si estuviera loco.

—Loco no. Más bien drogado. Pero tranquilo, conozco una clínica buenísima para que te desenganches. Está muy cerquita, en la calle “vete a la mierda”, girando por la izquierda de “vacílate a tu madre a la próxima”.

—¿Te crees muy graciosa?

Adam y yo seguimos la conversación con nuestras cabezas como si fuera un partido de tenis. Sabíamos que esto podría pasar. Alma tiene una personalidad fuerte y Drew es muy bromista, pero por lo poco que lo conozco, la cara que está poniendo no me suena nada a broma.

Cuando voy a decir algo para tratar de controlar la situación, Sara aparece tranquila por el sendero hasta detenerse a nuestro lado. Frunce el ceño por nuestro repentino silencio.

—¿Qué pasa? ¿No íbamos a montar en canoa?

Drew observa a las gemelas con atención mientras su cara comienza a ponerse roja. A saber qué estará pasado por esa cabeza loca. Coge a su amigo por el brazo y se alejan unos metros.

—Mal empezamos —susurra Alma, mirándome—. Me habías dicho que era algo especial, no gilipollas.

—Te aseguro que estoy tan sorprendida como tú.

—¿Qué ha pasado? —pregunta su hermana con curiosidad.

—El tonto ese ha empezado a montarse una película que...

—El tonto os debe una disculpa —Drew interrumpe el discurso de Alma y le agradezco mentalmente que no le haya dejado terminar. Dios sabe qué podría haber salido de su boca—. Veréis, a mi querido amigo Adam se le ha olvidado contarme el pequeño detalle de que sois gemelas. Me dijo que Camila vendría con dos amigas, y al saludarme Sara, irse y después venir tú, pensaba que me estabais tomando el pelo. *Mea culpa*, ahora olvidemos este bochornoso encuentro y comencemos de nuevo. Soy Drew.

—Yo soy Alma. Y no, no voy a ayudarte a ligarte a un príncipe ricachón.

—Tampoco es que sea mi tipo. —Se encoge de hombros.

Entre risas caminamos por el sendero hacia el lugar donde alquilaremos unas canoas.



—¿Crees que ha sido buena idea eso de quedar todos juntos en medio del mar? —Comento a Adam—. No es que no me fie de Alma pero con ella nunca se sabe.

Dejamos de remar y observamos a nuestros amigos. Drew, Alma y Sara están delante de nosotros remando poco a poco mientras que los dos primeros parecen mantener una conversación.

Cuando llegamos, el monitor nos explicó lo necesario para embarcarnos y tras ayudarnos a montarnos sin caernos, nos dejó solos a la deriva. Me gusta ir sin rumbo fijo, siempre y cuando sepamos cómo volver.

—Estoy seguro de que este ha sido el momento perfecto para conocernos todos —admite en voz alta. Nuestros amigos están lo suficientemente lejos como para no escuchar nuestra conversación, ni nosotros la suya—. Drew es así de espontáneo, nunca sé por dónde va a salir así

que da lo mismo conocernos en mitad del mar o en una cafetería. Se las habría ingeniado para hacer alguna de las suyas de una forma u otra.

—Por un momento creía que Alma se iba a lanzar a su cuello. Tiene mucho carácter y ya me había avisado de que si no le caía bien sería comida para los peces.

Su suave risa me produce un escalofrío. A pesar de haberla oído muchas veces en las últimas semanas, no me acostumbro aún. Creo que me he vuelto una adicta a ella y la espero con ansia a cada momento.

—Tranquila, es de las personas que no se callan ni debajo del agua así que si lo tira es capaz de hablar hasta con los peces.

—Cierto —sonríó y observo el paisaje que nos rodea. Estamos sobre un mar azul y silencioso cuyo único sonido es el del agua en contacto con nuestras canoas—. Es precioso. Siempre he querido hacer cosas así. Relajarme, estar en contacto con la naturaleza, divertirme... Desconectar.

—¿Por qué no lo has hecho hasta ahora?

—No lo sé. Quizá estaba esperando el momento. O quizá estaba esperando a alguien que disfrutara de hacerlo tanto como yo.

—Cami —su voz suena resignada—, no lo hagas. No esperes el momento de hacer lo que quieres por algo, mucho menos por alguien. Si tienes la oportunidad, hazlo sin importar nada más que tú misma. No me malinterpretes, me encanta estar aquí contigo y me alegra saber que has hecho lo que querías junto a todos nosotros, pero ya es hora de que pienses en ti misma. ¿Quieres montar en canoa? Adelante. ¿Quieres escalar una montaña? Hazlo también, yo te aplaudiré cuando llegues a la cima. Y lo volveré a hacer cuando hagas lo siguiente y lo siguiente. Simplemente, hazlo. No importa quién te acompañe en el camino siempre y cuando llegues al final.

Siento cómo mi corazón se va encogiendo con cada palabra que sale de su boca. Cuando habla, todo parece más fácil. Me encantaría tener esa seguridad que desprende, poder ser capaz de demostrar que puedo y podré hacerlo sin que nadie me empuje. Pero mientras tanto, tenerlo a mi lado es un gran regalo por muchos motivos.

—A veces pienso qué he hecho para que el destino haya puesto a alguien como tú en mi vida.

—¿Sabes lo que yo pienso? —Vuelve a sonreír de esa forma tan especial—. A veces no es el destino quien nos une, sino que somos nosotros mismos quienes nos buscamos hasta encontrarnos.

—¿Y a qué parte crees que pertenecemos nosotros?

—Te encontré en el mismo instante que chocamos en la universidad, pero no me había dado cuenta hasta que te vi de nuevo en el bar. Es curioso porque ni siquiera sabía que te estaba buscando, ¿sabes?

—¿Cómo lo supiste entonces?

—Cuando la sonrisa de alguien es tan real que te hace temblar y aun así no quieres dejar de verla jamás, te das cuenta de que una parte de ti se ha encajado con otra. Como si fueras un puzzle que poco a poco, con cada persona especial, te vas completando. Contigo se encajó una de esas piezas. Y no importaba si era como conocida, compañera, amiga o cualquier otra cosa, solo me importaba haberte encontrado y ser capaz de mantenerte en mi vida.

Y aquí, justo en este momento, un *clic* suena dentro de mí y vivo en primera persona lo que acaba de decirme. Siento como sus palabras se adentran en mí con tanta fuerza que temo caer al agua. Me agarro al remo y cierro los ojos para dejar que la sensación se cuele a través de los poros de mi piel, llenándome por completo. Y respiro hondo.

—¿Estás bien? —Adam suena preocupado. Aunque tengo los ojos cerrados, imagino su ceño fruncido.

—Sí. Es solo que... —Abro los ojos y lo enfrento—, acabo de encontrarte.

26 - Adam

—Solo digo que no fue para tanto. —Mi amigo se encoje que hombros mientras mete un bote de pintura en el carrito de la compra.

—Drew, insinuaste que se cambiaban el novio para tener variedad. Yo también te habría tirado al agua por ello —justifico.

Han pasado tres días desde el paseo en canoa con las chicas, el cual terminó como se esperaba. Con Drew en remojo. Camila y yo estábamos conversando cuando escuchamos un chapoteo. Alma tiró a mi amigo y este se puso a gritar como un energúmeno mientras la chica reía a carcajadas. Esperaba que pasara de un momento a otro aunque mi fuero interno rezaba porque no acabaran mal. Nuestros amigos son muy importantes y que se llevaran bien sería increíble. Pero como dicen, no llueve a gusto de todos, ¿no?

Drew no pudo volver a subirse en la canoa así que se remolcó sobre ella y volvimos al punto de encuentro. El monitor, al vernos llegar, frunció el ceño pero no dijo nada. Apuesto a que el mal humor de mi amigo lo hizo enmudecer.

Estuvo callado de camino al coche, algo raro en él, hasta que nos subimos y explotó. Me contó sobre qué estaban charlando antes de que Alma lo lanzara al agua. Y admito que yo también lo habría hecho. Es más, llega a estar a mi lado y hubiera sido capaz de ahogarlo.

—¿Qué tiene de malo? —Continúa con la conversación—. Es la primera vez que conozco a dos gemelas. Solo quería saber si hacían cosas perversas aprovechándose del parecido. Yo lo haría.

—Tú haces de todo aun no teniendo gemelo, no me quiero imaginar qué pasaría de haber dos Drew.

—Joder, no. Las prefiero todas para mí, no me gusta compartir. De todas formas, no debería haberme tirado al agua. Tuve que nadar toda la vuelta subido a la canoa como Rose sobre la madera en Titanic. Hasta estuve tentado de buscar a Jack por si estaba en las profundidades.

Suelto una carcajada que hace que varios clientes de la tienda se giren de golpe. Intento reprimir la risa con las manos sobre la boca pero es inútil, mi amigo está como una cabra.

—Fue divertido verte en esa situación —comento mientras me seco las lágrimas por la risa.

—Vale, puede que no lo pasara tan mal después de todo. Me mola eso de conocer a unas gemelas. ¿Sabes la de camisetas cachondas que tiene que haber para ellas? En cuanto llegue a casa lo miro.

—No, Drew. Te prohíbo comprar camisetas con frase para ellas.

—¿Por qué? ¿Estás celoso? Puedo buscar las más inocentes, lo prometo.

—¿Inocente? Esa palabra no está en tu vocabulario.

—Qué bien me conoces, amigo. Qué bien me conoces...

Terminamos de hacer la compra mientras intento convencerle de que no compre ninguna camiseta. Viniendo de él, puedo jugarle el cuello a que buscará la más morbosa de todas y acabará de nuevo en el agua. O en el suelo, o con un refresco sobre la cara... Cualquier cosa que esté en la situación. Al final logro que se esté quietecito, o al menos por el momento.

Cuando llegamos a casa con los materiales necesarios para la próxima habitación, la presencia de mi madre me paraliza. Creía que estaba de viaje. Nos lanza su fría mirada hasta que se da cuenta de las bolsas y los botes de pintura que tenemos en las manos. Frunce el ceño y yo tomo una gran bocanada de aire a la espera de sus palabras.

—¿Para qué queréis todo eso?

—Estoy haciendo un trabajo y necesito...

—¿Y vas a meterlo todo aquí? —Me interrumpe—. ¿En casa?

—Solo van a ser unos días. No ensuciaré nada, lo prometo.

Mi madre es una maniática de la limpieza y no le gusta ver nada con una mota de polvo. Así que no es de extrañar que fulmine los botes de pintura con la mirada. Si además sabe que todo es por mi amor hacia la pintura, peor aún.

—Dos días —apunta—. Cuando vuelva de viaje no quiero ver nada aquí. Busca un lugar donde llevarlo o deja ese maldito trabajo que no te hace nada bien. Te aparta de tus obligaciones. Deberías buscar algo serio, ganar algo de dinero, independizarte... Yo con tu edad tenía muchas cosas. No andaba en las nubes como haces tú. Tienes suerte de que esta casa sea también de tu padre, sino hace tiempo que no estarías aquí. Así dejarías esa tontería de pintar que no te lleva a nada.

—Esto es más que un hobby, mamá. Aunque no espero que lo entiendas. Ya no espero nada por tu parte —declaro.

—No eres más que un niño que todavía tiene que crecer y dejar de tener pajaritos en la cabeza.

—¿En qué quedamos? ¿Soy un adulto para ganar dinero e independizarme o soy un niño?

—No me hables así, Adam. Soy tu madre y merezco un respeto.

—El mismo respeto que merezco yo como hijo y nunca me lo das. Te pasas el día de viaje y cuando vuelves no haces más que menospreciarme y menospreciar lo que hago. ¿Cuándo estarás contenta, mamá? Dímelo, porque para ti nada es suficiente.

—Será suficiente cuando te vea triunfar como Dios manda, con un puesto importante, y no como un maestro mediocre o un pintor. No te he criado para eso. Estoy decepcionada.

—Entonces lo lamento porque pasarás el resto de tu vida decepcionada conmigo. Va siendo hora de que lo vayas asumiendo.

Con esas palabras me marchó a mi habitación. Siento los pasos de Drew a mi espalda; ni siquiera recordaba que estaba conmigo. Cuando llegamos, suelto la compra en el suelo y me siento en la silla. Trato de calmar mi respiración pero es imposible. Sabía que esto pasaría desde el momento que mi madre se enterase de que estoy pintando de nuevo. Pero lo que no pensaba era que, a estas alturas, menospreciara tantísimo lo que adoro hacer. ¿Un maestro mediocre? ¡Por favor! No puedo creer que haya dicho eso.

—No le hagas caso. Algún día aceptará lo que haces y lo más importante, lo valorará —dice mi amigo tratando de animarme.

—Lo dudo mucho. No es la primera vez que me dice que no le gusta lo que hago, pero nunca me había dolido tanto como hoy. ¿Está decepcionada porque pinto y quiero ser maestro? ¿En qué mundo vivimos?

—Intenta no vivir en el suyo, Adam. No le des el gusto de verte derrotado. Eso es lo que ella quiere, que te replantees todo y que caigas en su red. Moldearte a su antojo. Tío, tú eres fuerte. Tienes una personalidad brutal que ojalá yo tuviera. No la cambies porque los demás quieran. Aunque sea tu madre, porque ella estará aquí y allá, y al final tú no sabrás dónde perteneces.

—Gracias, Drew. Eres un buen amigo.

—¿Solo un buen amigo? Admite que soy el mejor.

—Como si tuviera donde elegir.

Ambos reímos y le agradezco los ánimos y el apoyo que siempre me da.

Organizamos la compra para dejarla a un lado de mi habitación y nos dirigimos de nuevo a la calle. Por suerte mi madre se ha marchado lo que me da la tranquilidad de no cruzármela en varios días. Así me dará tiempo de retirar todas las cosas para la próxima habitación. Quería dejarlas directamente en el bar pero antes debo organizar un poco lo que tengo allí. Hace unos días que no voy y aunque echo de menos pintar, he estado retrasándolo hasta tener todos los materiales listos.

Nos dirigimos a casa de mi padre para ir a tomar un helado con mi hermana pequeña. Hace una semana que no la veo y la echo muchísimo de menos. Hace unos días la llamé por teléfono y me recordó que le debía un helado de oreo, su favorito. La muy pilla no se olvida de nada.

Drew, al escuchar la palabra “helado” no ha dudado en apuntarse. Todo lo que sea comida, allí está él. Menos cuando se trata de comer en un mexicano. El picante le sienta fatal y después no hay quien lo escuche. Cuando quiere puede llegar a ser muy pesado.

—¡Adam!

Mi pequeña se lanza a mis brazos en cuanto me ve entrar por la puerta y la agarro con fuerza, dándole varias vueltas en el aire. Ella ríe con alegría y se me hincha el corazón. Le doy un tierno beso en la cabeza y la dejo en el suelo. Después corre para abrazar a Drew, que no duda en llenarle la cara de besos. La adora. Y ella a él.

—¿Cómo estás, hijo? —Mi padre me saluda con un suave apretón de hombros—. Hace días que no sé nada de ti.

—Lo siento, se me olvidó llamarte.

Suelo llamar a mi padre algunas veces por semana y visitarlo al menos varias veces al mes. Normalmente comemos juntos o bien tomamos algo cuando sale del trabajo. Me encantaría tener la misma relación con mi madre pero a pesar de convivir con ella, es imposible. Recuerdo la conversación que hemos tenido hace unos instantes y me tenso. Mi padre se da cuenta y no tarda en preguntar.

—¿Qué ha pasado?

—Mamá ha descubierto que pinto en el bar. El resto puedes imaginártelo.

Él sabe lo que estoy haciendo en el bar de Sofia. Se lo conté cuando la primera habitación estaba casi terminada. Sé que me apoya incondicionalmente pero tenía miedo de contarle antes y que después se gafase. Por suerte la cosa va viento en popa.

—Esta mujer no va a cambiar nunca —gruñe—. Hijo, te he dicho muchas veces que puedes vivir con nosotros. Toni estaría encantado, por no hablar de tu hermana o de mí. Sabes que tienes la puerta abierta.

—Lo sé, papá. Pero entiende que...

—Ya, ya —me interrumpe—. Sé que vas a decirme que tengo mi vida hecha pero te repetiré cuantas veces hagan falta que tú eres mi vida. Eres mi hijo y estaré aquí siempre. Decidas lo que decidas.

—Gracias, papá. Te quiero.

Nos fundimos en un abrazo e inmediatamente me siento mejor. Sé que mi madre es exigente y un tanto especial para algunos temas, pero no deja de ser mi madre. Tengo la esperanza de que algún día cambie su percepción de ver las cosas. Mientras tanto, me reconforta tener a mi padre cerca.

Es cierto que me ha propuesto muchísimas veces irme a vivir con ellos, pero siempre lo

descarto porque quiero ser capaz de afrontar los problemas que lleguen, en lugar de refugiarme. Al menos debo intentarlo.

—Drew me va a comprar un helado con dos bolas gigantes —la voz emocionada de mi hermana interrumpe nuestro abrazo.

—Solo una, cielo. Que después te pones malita de la garganta. —Mi padre se pone de cuclillas y le da un beso en la frente.

Pero ella frunce el ceño. Aunque sea pequeña, es muy cabezota y cuando algo se le mete en la cabeza, lo quiere. Insiste un poco más pero mi padre continúa en su línea.

Media hora más tarde, Julia se sienta en la heladería con su enorme bola de oreo y a su lado está Drew con un cono y dos bolas. Normalmente él se pide el helado en vaso pero hoy ha cambiado. Y sé a la perfección por qué.

Cuando los tres nos acomodamos para disfrutar del momento juntos, Drew parte por la mitad una de sus bolas y la echa sobre el helado de Julia. Así cada uno tiene una bola y media.

No deja de sorprenderme la complicidad entre estos dos. No tienen remedio.

27 - Camila

Hago clic sobre la pantalla para comprobar el correo electrónico. Hace unos días recibí un mail para avisarme de que se ha abierto el plazo para la solicitud de las universidades. En unos días tendré que hacer una lista de las seleccionadas aunque ya sé cuál será mi primera opción.

A pesar de estar a unas horas de casa, tiene un amplio catálogo de especialidades en cuanto a la psicología. Aún no me creo que en un mes comience la universidad. Estoy muy emocionada pero también nerviosa. ¿Y si no me aceptan? No es que el resto de universidades sean malas ni mucho menos, pero desde que decidí estudiar psicología clínica, me he imaginado allí. La biblioteca tan amplia, el precioso *Hall*, las clases tan bien repartidas... Cuando lo visité hace unos meses me encantó.

Además, Adam y yo hemos estado hablando sobre ella. Él estudia allí y me ha contado que no solo tienen buena organización sino que también hacen convenciones, charlas y más cosas para amenizar las largas horas de estudio. Cuando me lo contó aluciné y me dieron más ganas de que comenzase el curso de inmediato.

Cierro el correo electrónico y accedo a la sección de noticias. Una vez al día la visito para enterarme de las últimas noticias. Política, sociedad, discriminación, maltrato... Nuestro país no pasa por su mejor momento, a decir verdad.

Continúo hacia abajo con el cursor hasta que una noticia en la sección del *famoseo* llama mi atención. “*Liam Hales aterriza en Nueva York y protagoniza un tórrido reencuentro*”, dice el titular. No puedo evitar hacer clic en la noticia y leerla al completo. Al parecer, Liam ha regresado al país donde vive acompañado de su hermana Lily. Allí, su novia le esperaba y nada más verlo se ha lanzado a sus brazos para después comerse a besos. En la noticia hay algunas fotografías de ambos durante el momento. También se comenta que la llegada de su hermana no hace más que confirmar la esperada boda entre ambos actores de teatro. Lily ha acompañado a su hermano para ayudarle con los trámites, parecer ser que se casarán estas Navidades.

¿Estas Navidades? ¡Si solo faltan unos meses! Todo esto me parece una locura.

—¿Se casa? —La voz de mi tía me sobresalta.

—Eso parece. Lily también se ha ido.

—Vaya... Las vueltas que da la vida. Pensé que quería volver contigo hace unas semanas.

—Resultó que tenía novia esperándole en Nueva York. ¿Qué dice eso de él como pareja?

—Que es un canalla. Por suerte ya no está en tu vida. Y si Lily está con él, tampoco molestará a Adam. Eso es algo positivo.

Doy media vuelta en mi silla hasta quedar frente a mi tía. Está sentada en mi cama con una taza de café humeante en sus manos. Inspiro hasta que el delicioso olor llega hasta mis fosas nasales.

—¿Cómo te va con el chico? —continúa.

—Hace unos días que no nos vemos, pero nos mensajamos todos los días. Desde que ha descubierto la aplicación en el móvil, hablamos mucho. —Recuerdo la cara de sorpresa de Adam al descubrir el chat, todavía escribe muy lento porque se está acostumbrando al teclado táctil pero el hecho de usar más su nuevo móvil es un gran avance—. Hemos quedado mañana para dar un

paseo.

—Me alegro, cariño. Pareces feliz cuando hablas sobre él. ¿Cómo te sientes?

Pienso su pregunta. Es evidente que me siento muy bien cuando estoy con él. Cada vez que lo veo, mi corazón martillea con fuerza en mi pecho y cada mensaje de móvil que escribe es como si recibiera una descarga eléctrica que me estremece todo el cuerpo. Me gusta muchísimo. Desde que lo conozco me siento más tranquila, un poco más llena. Es como si fuera ese empujoncito que necesitaba para seguir caminando.

—Me siento genial. Cuando estaba con Liam sentía como si me llenara por completo. Mientras él estuviera, no necesitaba nada más —reflexiono—. Pero con Adam es diferente. Él me hace ver que hay mucho más allá de él y de cualquier otra persona. Es como si ocupara un pequeño espacio y dejara hueco al resto de cosas que están por llegar. Y me encanta esa sensación.

—Entonces mantenlo en ese pequeño espacio y no lo dejes escapar.

—Creo que, aunque quisiera dejarlo ir, no podría.



Adam conduce su coche hacia el mercadillo. Está un poco alejado de la ciudad, a una hora aproximadamente, pero está convencido de que merecerá la pena. Ha oído cosas maravillosas sobre él y no ha dudado en que vayamos juntos. Me pregunto qué tendrá de misterioso. Bajo un poco el volumen de la radio para que solo se escuche de fondo y me animo a preguntar.

—¿Qué tiene de misterioso el mercadillo?

Él desvía levemente la mirada de la carretera para regalarme su sonrisa.

—No es el mercadillo quien guarda el misterio, sino donde está situado. Lo sabrás en cuanto lleguemos.

Y así, manteniendo la curiosidad y charlando un poco, llegamos a nuestro destino. Una vez aparcamos el coche, toma mi mano para guiarme hasta allí. No es la primera vez que lo hace aunque para mi cuerpo es como si lo fuera. Agarro su mano con fuerza y dejo que me lleve al misterioso lugar.

—En esta plaza hay algunos puestos del mercadillo y el resto están repartidos en los callejones, ¿lo ves?

Damos una vuelta sobre nosotros mismos para ver como la gran plaza donde se sitúa el mercado tiene varios callejones repletos de pequeños toldos, aunque cada calle es de un estilo diferente. Hay uno lleno de luces que llama la atención a pesar de estar a pleno día, otro lleno de plantas, otro muy colorido, otro más oscuro...

—¿Te gusta?

—Me encanta. ¿Cómo lo conociste?

—En realidad esta es la primera vez que lo veo en persona —se excusa—. El otro día mientras compraba algunas cosas escuché a una chica que comentaba con la dependienta algo sobre un mercadillo especial. Ya sabes lo mucho que me gustan estas cosas. “El mercadillo de los pasillos” lo llamaba. Sé que el nombre es ridículo así que decidí usar ese móvil tan moderno que tengo para investigar. ¿Quieres saber qué dice la leyenda?

Asiento con la cabeza, curiosa por conocer la historia.

—Cuenta la leyenda hace trescientos años que el rey y la reina tuvieron dos hijos, un niño y una niña, pero que por motivos religiosos decidieron criarlos por separado. Mientras que él se iba de caza con su padre, ella se quedaba con las sirvientas para aprender a servir a su futuro marido.

Los hermanos solo se vieron la cara el día que nacieron así que no era de extrañar que un día se reencontraran y no se reconocieran. —Adam lleva nuestras manos entrelazadas a su boca y deposita un beso sobre la mía—. Ninguno sabía que eran familia. Se veían a escondidas, fruto de la curiosidad y lo desconocido hasta que ocurrió lo inevitable.

—Se enamoraron.

—Chica lista. Se enamoraron y vivieron su amor en secreto porque ambos sabían cuál era su destino en su familia. Hasta que un día los descubrieron. Los padres querían separarlos pero no lo consiguieron. El amor que sentía el uno por el otro era tan fuerte que nada más les importaba. Pero sus padres no lo iban a permitir, así que trataron de separarlos a la fuerza. A ella la encerraron en un sótano donde le daban de comer las sobras, mientras que a él le obligaron a ir en busca de una esposa cuanto antes.

Nos sentamos sobre un banco cerca del callejón colorido. Él continúa con la historia que se pone cada vez más interesante.

—Tras unos meses separados, él visitó a una hechicera de un pueblo cercano para que le diese una solución. La hechicera le dijo que no tenía nada para ellos y que la única opción para estar juntos era huir tan lejos como sus piernas les dejaran porque de intentarlo de otra forma, acabarían muertos. Varios días más tarde, el rey organizó una fiesta por el futuro casamiento de su hijo. Él había escogido a una mujer con el pretexto de poder huir mientras todos estaban reunidos. Y así lo hizo. Rescató a su hermana y juntos emprendieron el viaje pero no llegaron a salir del pueblo.

—¿Qué les pasó?

—El chico no sabía que un soldado seguía sus movimientos por lo que les descubrieron cuando huían. En cuestión de minutos tenían a medio ejército tras ellos. Por más que corrieron, no llegaron muy lejos. Justo en esta plaza. ¿Ves la marca que hay en el centro?

Señala con el dedo un símbolo marcado sobre el suelo, justo en el centro de la plaza. Es una mezcla del sol y la luna, fusionados para que parezcan uno solo. Es precioso.

—Dicen que es el símbolo de la unión eterna. La fusión entre el sol y la luna. Él representaba el sol, tan lleno de vida, tan libre; mientras que ella era la luna, encerrada cada noche, obligada a salir siempre después de que el sol hubiera disfrutado del día. Aquella noche, los hermanos se situaron sobre el símbolo mientras los soldados les rodeaban a través de los callejones. No tenían escapatoria por más que miraran a todos lados. —Adam hace un gesto con la mano libre para abarcar todo el mercado—. Se abrazaron con fuerza, aceptando que iban a morir antes que a separarse. Pero entonces el símbolo que tenían bajo sus pies se iluminó con tanta intensidad que creó una explosión y dejó a oscuras toda la plaza. Eso les dio el tiempo suficiente para moverse y huir.

—¿Entonces vivieron felices? —comento extrañada por el final. Normalmente este tipo de leyendas suelen ser trágicas.

—Sí. Se fueron muy lejos y jamás regresaron. Tampoco es que hicieran mucho por encontrarlos. Después de la explosión, intentaron alumbrar de nuevo la plaza pero algunos callejones se quedaron a oscuras. Pusieron antorchas pero no duraban ni un minuto encendidas cuando algo las apagaba. Creyeron que era magia, incluso que la hechicera les había ayudado a escapar usando sus poderes. Con el tiempo dejaron de intentarlo y algunos callejones se volvieron oscuros.

—¿Por eso hay algunos con tanta luz y otros con tan poca?

—Exacto. Con el paso de los años decidieron aprovecharse de la leyenda y montar un

mercadillo poco común. Los callejones más coloridos son aquellos que se pudieron iluminar después de lo ocurrido, y los oscuros aquellos que la magia no les dejaba.

—El sol y la luna. Él y ella. Supongo que tiene sentido.

—Para los habitantes de este pueblo lo tiene. Es la forma que tienen de recordar a los dos hermanos que jamás se rindieron y no olvidar que el mundo está lleno de oscuridad, pero también de luz. Que el sol no existiría sin la luna, y viceversa.

—Veo que te has informado a fondo. No serás algún antepasado de los hermanos, ¿no? — Bromeo.

—Soy un chico aplicado. —Se encoge de hombros, sonriendo—. Lo mejor de todo este tostón que te he contado es que cada callejón está especializado en algo. En ese encontrarás una gran variedad de plantas y semillas de todo el mundo —comienza a señalar con el dedo—, en ese otro algunos estilos de la ropa que vestían los habitantes hace unos siglos, en ese otro algunos objetos artesanales... No sé qué hay en los demás pero aquí estamos para descubrirlo.

—Vaya, eso sí que mola un montón.

—¿He logrado impresionarte?

—Nunca dejas de hacerlo, Adam.

28 - Adam

Camila me arrastra al siguiente callejón. Se emociona cada vez que entramos a uno. Después de visitar el de las plantas y salir oliendo a mil hierbas distintas, el de la vestimenta y probarme un ridículo sombrero que haría a Drew partirse de risa, y comer algo en el de comidas típicas del pueblo, nos adentramos en el resto.

La plaza no es muy grande y apenas hay unos cinco o seis callejones que hacen pensar que en tan solo un par de horas puedes verlo al completo. Pero las apariencias engañan. Cuando te adentras en uno, nunca sabes cuándo saldrás. Algunos son tan largos que parecen interminables. Llevamos tres horas aquí y todavía nos quedan por visitar dos o tres.

Es cierto lo que decían sobre que este mercado es especial. Camila y yo nos hemos quedado embobados mirando la gran cantidad de cosas que tienen, tan originales y tan únicas. Si por mí fuera, compraría medio mercadillo y lo metería en casa, aunque no creo que a mi madre le agradase. Ella es más de cosas caras y exclusivas. Como si esto no lo fuese. ¡Son de hace siglos, caray!

Camila exhala un suspiro. Esta vez hemos escogido el callejón que está lleno de objetos decorativos; algunos de la época de los hermanos y otros más nuevos. Hay cosas maravillosas...

Se detiene frente a un pequeño bote de cristal lleno de diminutas luces que lo iluminan. Lo coge entre sus manos con delicadeza y lo observa con una sonrisa. Las luces iluminan su rostro cuando lo acerca para mirarlo mejor y contengo la respiración. Sus mejillas se sonrojan, su sonrisa se amplía y sus dedos acarician el bote como si fuera lo más preciado que existe en el mundo. Sus ojos viajan de luz a luz, mirando cada una de ellas alrededor del pequeño cableado que las une.

No dudo un instante en sacar la cartera del bolsillo y comprar el bote mágico. La dependienta nos mira complacida mientras me da el cambio. Camila sigue absorta en las luces y prefiero no llamar su atención, lo que sea que esté pensando parece hacerle feliz. Saco el teléfono móvil del bolsillo y decido darle aquel uso que ella misma me enseñó. Saco una fotografía y al observarla a través de la pantalla, la acaricio con el dedo. Es perfecta.

Tras unos minutos vuelve de su trance y deja el bote en su sitio, junto al resto de objetos del mercadillo. Pero entonces yo lo vuelvo a coger ante su atenta mirada.

—Es tuyo. —Se lo tiendo y ella frunce el ceño, sin entender nada—. Lo he comprado. Parecía gustarte mucho.

—Gracias —susurra, cogiendo el bote con ambas manos y volviéndolo a mirar—. Cuando las he visto me han recordado a las estrellas que veía con mi padre cuando era pequeña mientras nos tumbábamos en el jardín de casa. Me decía que ojalá pudiera coger unas cuantas y meterlas en un bote para no sentirme sola por las noches, cuando llegaba la oscuridad y él no estaba.

—Es curioso.

—¿El qué?

Me mira con ojos interrogantes, pero también con una pizca de tristeza. Cuando habla de su padre se vuelve más melancólica. No puedo ni siquiera imaginar cómo debe sentirse por la

pérdida que sufrió siendo tan solo una niña. Estoy seguro de que se asemeja al amor que tengo hacia mi padre. Si llegase a perderlo... La idea de pensarlo me aterroriza.

—Es curioso que la luz le tenga miedo a la oscuridad cuando es más fuerte y poderosa. Cuando te he visto coger el bote me ha recordado a ti. Está lleno de luz por dentro, como tú. Los dos guardáis ese brillo para vosotros mismos pero cuando dejáis escapar pequeños rayos, es como si iluminarais hasta el más oscuro rincón. Lo iluminas todo, Camila.

—Tienes una percepción demasiado bonita de mí misma. —Sonríe tímida por mi confesión.

Me acerco a ella despacio, observando su rostro y cada una de sus reacciones para grabarlas a fuego en mi mente. Apenas estamos a unos milímetros de distancia cuando cojo su cara entre mis manos y beso su frente con suavidad.

Una descarga de electricidad me recorre el cuerpo en cuanto mis labios entran en contacto con su piel. Cierro los ojos con fuerza, saboreando una vez más la sensación. La repetirían millones de veces, todos los días. A cada hora, a cada instante. Es inigualable a cualquier otra cosa.

Finalizo el beso y nuestros ojos se encuentran. Mis manos continúan en sus mejillas y mis dedos la acarician.

—Y tú una percepción bastante lejos de la realidad. Pero no pierdo la esperanza de que un día te veas como yo lo hago.

—¿Cómo?

—Como la chica valiente que es capaz de enfrentarse a sus miedos y sacarse el carné de conducir, aquella que es capaz de darle una patada a una puerta —ríe al recordar la situación—, o la que le busca hogar a un gatito con nombre de personaje de Pixar.

Ambos soltamos una carcajada al recordar a Drew llamar *Nemo* al pobre gato. Estuve todo el camino de vuelta, desde el bar hasta casa, escuchando a mi amigo hablar sobre el pequeño. Si lo cuidarían bien, si le darían la comida que necesita, si le cortarían las uñas con cuidado... Los veinte minutos más eternos de toda mi existencia.

—Una chica maravillosa. —Apoyo mi frente sobre la suya y bajo el tono de voz hasta que mis palabras salen en un leve susurro—. Ojalá nunca te canses de iluminarme porque eres la luz más bonita que he visto jamás.

—¿Acaso no te has dado cuenta aún?

—¿De qué?

—Adam —Ella se separa de mí unos centímetros. Con la mano libre coge las mías hasta envolverlas alrededor del bote, uniéndolas a las suyas—, si brillo con más intensidad es por ti. Tu luz ayuda a la mía.

—Entonces no dejemos de brillar. Juntos, Camila.

Me observa con los ojos emocionados, sabiendo perfectamente lo que quiero decir.

—Espera, ven. Corre.

Agarra mi mano con fuerza y me arrastra fuera del callejón hasta llegar a la plaza. La afluencia de personas es tan grande que debemos sortear a varias antes de llegar a nuestro destino. O al menos el destino que Camila quiere porque no tengo idea de dónde quiere ir a parar.

Cuando llegamos al centro de la plaza, se detiene dejándonos con el símbolo de la luna y el sol fusionados bajo nuestros pies. El lugar donde los hermanos tuvieron la oportunidad de huir y amarse libremente. Desconcertado, clavo mis ojos en los suyos.

—Aquí —comienza a hablar—, donde los hermanos convirtieron parte de este lugar en oscuridad, hoy nosotros vamos a volver a iluminarlo. No tenemos a ninguna hechicera que nos ayude con magia, ni tampoco soldados que nos quieran matar. Solo tenemos un bote lleno de luces

y un montón de gente que se estará preguntando qué narices estamos haciendo.

Suelto una carcajada nerviosa, sin saber qué otra cosa puedo hacer además de escucharla.

—Me has pedido que no dejemos de brillar juntos y es que no podría hacerlo aunque quisiera. Me he acostumbrado tanto a tu luz que ya forma parte de mí. Y no quiero dejarla escapar.

—No lo hagas, entonces —susurro.

—Seamos luz, Adam. Intentémoslo.

Mi corazón martillea con fuerza mi pecho y mis manos comienzan a temblar. En los últimos días este momento ha aparecido en mi cabeza más veces de las que estaría dispuesto a admitir. Pero como bien dicen, algunas veces la realidad supera la imaginación. ¡Y tanto! Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado que hoy comenzaríamos a ser algo más que amigos.

Desde el primer instante que la conocí, supe que algo nos unía. Nunca le quise dar nombre a nada de lo que sentía porque el simple hecho de tenerla en mi vida era un regalo.

Sus ojos me miran con atención, a la espera de que diga algo. Trago el nudo de felicidad que tengo en la garganta y pronuncio las palabras que tantas ganas he tenido de decir.

—Seamos luz, Camila.

Acerco su boca a la mía para sellar lo nuestro sobre el símbolo que un día ayudó a dos enamorados. Y que hoy lo vuelve a hacer.

29 - Adam

Arranco el coche y mientras me pongo el cinturón, miro por millonésima vez el llavero que cuelga de mis llaves. Lo acaricio con delicadeza, con miedo a que se rompa, pero disfrutando de la sensación que me transmite su tacto.

Son dos piezas metálicas, un pincel con la punta manchada de rojo y una paleta de pintura. Cuando Camila me lo regaló en nuestro paseo por el mercadillo me emocioné tanto que estuve dándole las gracias durante todo el camino a casa.

Es la primera vez que me regalan algo relacionado con la pintura que sea exclusivamente para mí, en lugar de algo para continuar pintando como hace mi padre cuando compra pintura, lienzos, etc. Porque está claro que la camiseta que Drew me regaló hace unos años con la frase “*No solo soy buen pintor sino que además tengo una buena brocha*”, no cuenta. No, para nada.

Así que sigo emocionado desde hace unos días, cuando apareció con las mejillas sonrosadas y esa preciosa sonrisa suya. La besé hasta quedarnos sin aliento. El llavero no solo es bonito, sino que además tiene grabada una frase detrás de la paleta de pintura: “*Never give up*”. Nunca te rindas. Camila me ha repetido muchas veces que le encanta el trabajo que estoy haciendo en el bar, que he nacido para esto y que nunca debo rendirme, por más que algunas personas intenten machacar mis sueños.

Ahora, mientras acaricio la frase grabada sobre el metal con la punta de mis dedos, sé que no me rendiré. Lucharé hasta conseguirlo.

Miro al frente y conduzco hasta casa de mi padre. Hace unos días, cuando Drew y yo llevamos a mi hermana a tomar un helado, se le ocurrió la brillante idea de comentar en voz alta el trabajo que estoy haciendo en el bar. Era de esperar que mi hermana se pusiera como loca de contenta.

Cuando Julia llegó a casa por primera vez siendo una niña muy pequeña, se mostraba muy tímida. Siempre le sonreía a todo el mundo, pero apenas hablaba. Mi padre y su novio estaban preocupados por ese pequeño mutismo y temían que en lugar de avanzar, retrocediese hasta no hablar por completo. Poco a poco y tras mi etapa un tanto rebelde por la nueva orientación sexual de mi padre y todo lo que conllevó, me fui acercando a ella. Le encantaba pintar y cuando le dije que a mí también, nos convertimos en una misma persona. Era como si hubiésemos encajado como dos piezas solitarias. Adoraba pasar largas horas entre folios de colores. Incluso llegamos a pintar una de las paredes de su habitación con un mural muy original. Por suerte mi padre estuvo de acuerdo, que sino...

Así que a pesar de conocer ese amor que tiene por la pintura, tuve que esconderle que estaba pintando en el bar. No es que tenga nada en contra de contarle, sino que sabía que querría visitarlo. ¿Qué tiene de malo? Que a pesar de que Sofía es un encanto y que Camila adoraría a mi pequeña hermana, no deja de ser un trabajo que requiere cierta seriedad. Drew ya se ha dejado caer por allí varias veces, sin contar con la visita escandalosa de Lily hace unas semanas, por lo que a veces aquello parece más una boca de metro que otra cosa. Todo el día entrando y saliendo gente.

Aunque ya no hay marcha atrás. Drew lo mencionó y no pude convencer a mi hermana de que

algún día la llevaría. Tuve que hablar con Sofia para comentarle la situación. Ella por supuesto se mostró encantada y me hizo saber que el sótano es mío y puedo llevar a quien quiera. Menos mal que Drew no la escuchó que si no estaría allí siempre.

—¡Hola, hijo! —Mi padre me abraza en cuanto cruzo la puerta—. ¿Cómo estás?

—Hola, papá. Bien, he venido a por la pequeña.

—Me ha dicho que la vas a llevar a ver tus pinturas. Creo que hoy ha sido el único día que no he tenido que decirle que se preparase antes de que llegaras. Está contentísima.

—¿Dónde está ahora?

—Toni le está haciendo la trenza del pelo que tanto le gusta. Por cierto, enhorabuena por tu nueva relación.

Cuando llegué a casa después del paseo por el mercadillo, llamé por teléfono a mi padre para contarle como lo habíamos pasado. Él sabía que la llevaría a aquel lugar, se lo había mencionado el día antes cuando comimos juntos y esperaba que lo hubiéramos pasado bien. Le conté lo mucho que se sorprendió con el final de la historia de los hermanos, los preciosos callejones que había y cómo todo el conjunto hicieron una tarde perfecta.

Más aún cuando decidimos arriesgarnos. <<Seamos luz>>, dijo. Y entonces mi corazón se paró. Sé que tan solo hace dos días que somos oficialmente una pareja pero juro que es la sensación más magnífica del mundo.

—Muchas gracias, papá. Estoy tan emocionado, Camila es increíble.

—Si hace que sonrías de esa forma, seguro que lo es. Me alegro mucho, hijo. Parece que está siendo un buen verano. La pintura, Camila..., y lo que está por llegar.

—Sí. ¡Quién me iba a decir que el pinchazo de una rueda me traería tantas cosas buenas!

—¿El pinchazo de una rueda? —Frunce el ceño—. Tu madre tuvo que ponerse como una energúmena.

—Nada fuera de lo normal. En su línea.

Mi padre y yo continuamos mirándonos unos segundos hasta que nuestra risa rompe el silencio. Recuerdo aquel día como si fuese ayer. Mi madre se preocupó más por el coche que por su propio hijo. Por suerte mi padre y yo la conocemos lo suficiente como para anticipar algunas de sus respuestas, como por ejemplo las que tienen que ver con la casa, el coche, los viajes o la dieta, por ejemplo. Cuando se trata de alguno de esos temas, sabemos a qué atenernos.

—¡Adam!

Mi hermana hace su entrada triunfal lanzándose a mis brazos. Le agarro con fuerza y unos minutos después subimos al coche. Es hora de que vayamos a pintar.



—¡Hola, cielo! —Saluda Sofia saliendo tras la barra en cuanto nos ve llegar—. ¿Pero quién es esta niña tan guapa?

Se pone de cuclillas para estar a la altura de mi hermana y la mira con adoración. Julia, agarrada a mi mano con fuerza, muestra su increíble sonrisa. Tímida, mira a los ojos de la mujer que le está hablando y susurra su nombre.

Sofia le asegura que es el nombre más bonito que ha escuchado jamás y se marcha después de preguntarnos qué queremos tomar.

—¿Por qué hay tantas puertas? Parece un laberinto —comenta mi hermana al llegar al sótano.

—Yo pensé lo mismo cuando lo vi. ¿Te acuerdas que Drew te dijo que pintaba en un bar? Pues

soy el encargado de pintar estas tres habitaciones.

Señalo con el dedo las habitaciones temáticas cuando Camila sale del cuarto de baño. En cuanto me ve, sus ojos se iluminan.

—¡Vamos, Adam! Enséñamelas.

Julia tira de mi mano hacia la primera puerta. Camila observa a mi hermana con sorpresa y después sonrío. Sabe quién es.

En cuanto entramos en la primera habitación, mi hermana comienza a saltar de alegría. No es que esté pintada. Al menos no aún, pero con cualquier cosa relacionada con la pintura, se emociona. Me recuerda mucho a mí cuando tenía su edad.

—Ven, pequeña. —Ella deja de saltar y se acerca—. Toma, ponte esto para que no te manches. Necesito que hoy seas mi ayudante. Tenemos que pintar esa pared de azul sin que quede ningún hueco blanco. ¿Estás preparada?

Asiente varias veces y en menos de un minuto tiene puesto una de mis viejas camisetas para que no se manche y un rodillo en la mano.

El suelo ya está lleno de plásticos para no mancharlo. Para meterme de lleno en la imagen que quiero para esta habitación necesito antes pintar la pared principal de azul. Requiere varias capas así que no importa si la primera no la damos tan bien. Sé que a mi hermana le encantará ayudarme y a mí se me hincha el pecho cada vez que pinta un trozo.

Empezamos a pintar cuando Camila entra en la habitación con varias bebidas sobre la bandeja. La deja en la mesa y se acerca a nuestro trabajo, observándonos con una sonrisa.

—¿Qué tal vais, artistas?

—Estamos haciendo un buen trabajo, ¿verdad Julia?

Mi hermana asiente con la cabeza sin apartar la vista del trozo de pared que está pintando. Lleva varios minutos en la misma zona; brocha arriba, brocha abajo.

Lanzo a mi novia una sonrisa avergonzada. No es que Julia no quiera prestarle atención, sino que cuando se concentra en algo, lo hace sin perder detalle.

Camila se acerca a nosotros, sigilosa.

—Vaya, Julia, pintas de maravilla. Tu hermano debería de haberte traído aquí antes, formáis un buen equipo.

La pequeña, al escuchar sus palabras, se gira con tanta rapidez que acaba manchando el brazo de Camila de pintura. Arrepentida, suelta la brocha y comienza a pedirle disculpas. Camila, por su parte, le explica que no pasa nada, aunque mi hermana apenas le escucha. Sigue pronunciando una y otra vez una disculpa.

Ante el apuro de ambas, meto el dedo en el bote de pintura azul y mancho la punta de la nariz de mi hermana.

—Ya está. Ahora las dos estáis pintadas —resuelvo—. El azul os sienta bien, deberíais de darme las gracias.

Ambas chicas, mis chicas, me miran sorprendidas hasta que Julia esboza una sonrisa pícaro. Agarra a Camila del brazo para que se agache y le cuente qué pasa por su pequeña cabeza. Verlas tan juntas, sonriendo, me deja sin respiración. Me encantaría tener el móvil para captar en una foto este instante pero lo he dejado en el coche. Maldita sea.

Salgo del trance en cuanto veo que ambas se dirigen hacia mí. Una con la brocha en la mano y la otra con el dedo lleno de pintura. Algo me dice que no tengo escapatoria.

Aunque para ser sincero, me quedaría toda la vida con ellas dentro de esta habitación.

30 - Camila

—¡Oh, Dios mío! ¿Pero qué habéis hecho?

Los tres enmudecemos al escuchar la voz alarmada de Sofía. Después de terminar el bote de pintura y de acabar manchados hasta las cejas, decidimos sentarnos en el suelo hasta secarnos. O más bien acartonarnos porque tanto la ropa como nuestras caras están inertes, sin apenas movilidad.

Cuando salí del cuarto de baño y encontré a Adam con aquella niña tan pequeña y sonriente, supe que era su hermana. Tiene el mismo aspecto que en la fotografía que vi en su casa, a pesar de los años. Es preciosa y divertida. En cuanto se dio cuenta de que la pintada en mi brazo no era nada para alarmarse, no paró de reír a carcajadas mientras íbamos en busca de su hermano.

A Adam se le cae la baba con ella. Se miran con adoración, se sonríen como si fuesen lo único en la habitación y se quieren incondicionalmente. Es el tipo de amor que jamás deberíamos dejar escapar. Aquel que dura para siempre.

Sofía deja de aparentar seriedad y comienza a carcajearse. La risa de Julia la acompaña mientras Adam y yo nos miramos de soslayo, sorprendidos. Tras el desastre que hemos creado en la habitación, no esperaba que Sofía reaccionase así.

—Dan ganas de meteros en la lavadora. Será mejor que vayáis a casa a ducharos. El bar está casi vacío, puedo cerrar sola.

Asiento, avergonzada. Adam coge en brazos a su hermana que se despide con alegría de Sofía y juntos salimos en busca de nuestros coches.

—¿Quieres venir a mi casa?

La invitación de Julia me pilla un poco desprevenida. Miro de soslayo a su hermano que me hace un gesto con los hombros, restándole importancia.

—Me encantaría, cielo, pero deberíamos ducharnos y recargar las pilas. ¿Qué tal otro día?

Ella niega rápidamente con la cabeza mientras bosteza, está rendida y aún así, quiere más.

—¿Qué te parece si vamos los tres a los recreativos dentro de unos días, pequeña? —comenta Adam.

—¡No soy pequeña! —protesta ella.

—De acuerdo, fiero. ¿Entonces eres tan mayor que no quieres ir a los recreativos?

—Tú también vas y eres viejo.

Ambos soltamos una carcajada. Al final nos despedimos acordando que iremos a los recreativos en unos días. Julia está tan emocionada que forma un alboroto hasta que llegamos a nuestros coches. Ya está planeando a qué vamos a jugar y cuántas veces. Es adorable.

Me recuerda muchísimo a mí cuando era pequeña. Tan llena de vida, sonriendo a todas horas, sin importar nada más. Porque a esa edad solo debería importarnos disfrutar, reír, soñar... Es el único instante de nuestra vida donde podemos ser nosotros mismos, sin necesidad de gustarle a nadie más. Somos naturales, sinceros, espontáneos.

Cuando tenía su edad era igual, hasta que todo sucedió. Hasta que mi padre se fue inesperadamente y mi madre se marchó por propia voluntad. Desde entonces nunca volví a ser la

misma. Ahora, mi versión adulta entiende las fases por las que pasé y agradezco haber salido de esa tristeza que me rodeaba. No todos lo hacen después de algo así.



Al llegar a casa, mi tía está durmiendo en el sofá con la televisión a un volumen bastante alto. Me acerco para bajar la voz y le doy un beso en la frente para después marcharme al baño. Necesito ya una ducha. Dios, no hay ni un hueco de mi piel que no esté cubierto de pintura. No me extraña que Sofia se haya vuelto loca al vernos. Qué desastre.

Cuando salgo de la ducha, la luz de mi móvil parpadea. Tengo un nuevo mensaje. Es Adam.

Julia se quedó dormida en el coche. Tuve que subirla en brazos hasta casa de mi padre. Por suerte eso evitó que me matara cuando nos vio llegar llenos de pintura. Cuando me fui parecía estar más calmado. ¡Uf, menos mal! Me ha encantado compartir con vosotras esta tarde. Gracias.

Sonríó en cuanto terminé de leer el mensaje. Comienzo a teclear con rapidez.

¡Ya mí! Julia es adorable, me ha encantado conocerla.

Juntos formáis un buen equipo.

¿Estás seguro de que estoy a salvo en los recreativos? [

Su contestación no tarda en llegar.

Me temo que el que no está a salvo soy yo. ¿Estar a solas con dos chicas? No parece pan comido.

Como si tuvieras otra opción.

Cierto. Me voy a la ducha que apenas puedo mover la piel. Supongo que así se sentirán algunos famosos cuando se inyectan botox. Qué desagradable. Descansa, Camila.

Hasta pronto, Adam.

Antes de dejar el teléfono móvil sobre el escritorio, recuerdo que hace unos días que no hablo con Sara y Alma y decido llamarlas. Me tumbo sobre la cama mientras espero a que contesten.

—¿Sí?

—¡Hola, Sara! ¿Cómo estáis?

—Bien, un poco aburrida. Alma ha salido con su nuevo ligue.

—¿Quién es?

—Un chico que conoció por Internet hace unas semanas. Se llama Marcos y es camarero. No sé mucho más, se ha guardado los detalles.

—No me suena que lo haya nombrado últimamente.

—Porque no lo ha hecho. Se lo ha guardado para ella solita porque sabe lo que opinamos de los ligues por Internet.

—Debería tener más cuidado —comento, preocupada.

En los últimos años las noticias sobre personas que han salido con alguien por Internet y después les ha ocurrido algo se han disparado. Crees conocer a la persona que está tras la pantalla pero en realidad no es más que eso, un monitor que sigue el curso de los dedos al teclear. Fotografías falsas, palabras encantadoras, los “te quiero”... Todo es mentira. No en todos los

casos, es cierto. Pero el refrán de “piensa mal y acertarás” va que ni pintado para esto.

Me aterra pensar que Alma ha caído en las redes del amor cibernético. Y lo que es peor, que sufra las consecuencias.

—*Ya sabemos cómo es. Cuando algo se le mete en la cabeza, no hay quien la pare.*

—Lo sé. ¿Podrás decirle cuando llegue que me llame? Me gustaría saber cómo le fue.

—*Claro. Si la cita ha sido todo un éxito, descuida, te llamará ella misma sin decirle nada.*

—¿Y tú cómo estás? Pensaba que hoy habías quedado con tu amiga, es vuestro día.

Sara y Clara son amigas desde hace unos años. Se conocieron en una cafetería cuando Clara trabajaba como camarera. Al servirle un té frío, se tropezó y lo echó encima de mi amiga. Desde entonces Sara iba allí todas las semanas para que supiera que no había perdido una clienta por el tropiezo. ¿Cómo iba a dejar de ir si servían el mejor té de toda la ciudad?

Se hicieron amigas en muy poco tiempo y dedicaban un día a la semana para contarse sus cosas. No fallaban ni una semana, ni siquiera en Navidades. Hasta ahora.

Mi amiga me cuenta que se pelearon hace unos días porque Clara tiene nuevo novio. Pero no un novio cualquiera, sino el chico por el que Sara está colada desde los diez años. Me cuenta cómo se sintió cuando los vio juntos porque su amiga sabía que le gustaba el chico desde hacía mucho.

Se enfadaron y desde entonces no han vuelto a hablar. Sara, una vez recapacitó y vio las cosas desde otra perspectiva, intentó contactar con ella pero está desaparecida del mapa.

Trato de animarla un poco invitándola a Alma y a ella a los recreativos dentro de unos días. Pero rechaza la idea en cuanto sale de mi boca. Sabe que hace poquito que ha comenzado mi relación con Adam y no quiere estar allí de *sujetavelas*, por mucho que insisto en que también estará allí su hermana pequeña. Al final, dejo de insistir.



—¿Qué hay, mamá Dory?

Me doy la vuelta en cuanto escucho su inconfundible voz.

Ante mí están Julia y Drew. La pequeña agarra con fuerza la mano de este mientras pega varios saltitos por la emoción.

—¿Mamá Dory? ¿Como la de Nemo? —Pregunta con los ojos muy abiertos.

—Exacto, pequeña Elsa —contesta él.

—Si yo soy Elsa, ella es Dory y tú eres Príncipe Encantador —dice señalándonos a cada uno—, ¿entonces quién es Adam?

—Pues a ver... A veces es un poco gruñón y su color favorito es el verde. ¿Qué tal Shrek?

Aguanto la risa ante la poca similitud entre uno y otro. Adam será muchas cosas, pero de ogro no tiene absolutamente nada.

—Puj, qué asco. Shrek no me gusta, es un guarro.

—¿Y Pascal? —Comento atrayendo la atención de ambos—. ¿No habéis visto Enredados?

—Pero es una lagartija. —Drew frunce el ceño—. Adam no puede ser una lagartija. Se restriega por el suelo, es asqueroso.

—¿Y no lo es un ogro que hace velas con la cerilla del oído? Además, no es una lagartija, es un camaleón. Mola más, ¿a qué sí, Julia?

—¡Sí! —Grita emocionada—. ¡Adam es Pascal!

—Pas... ¿quién? —El aludido aparece junto a nosotros—. Perdonad, estaba aparcando el

coche.

—¡Pascal! Es el mejor amigo de Rapunzel. —Su hermana sonríe ampliamente, emocionada por los nuevos nombres—. Y además es verde, tu color favorito.

—¿El lagarto?

—Es un camaleón.

—Ah... vale —se encoge de hombros.

—Bueno, señores Pascal y Dory —comienza a decir Drew—, nosotros nos vamos a las mesas para que podáis hacer arrumacos. Luego nos vemos.

Drew y Julia se marchan de la mano dándonos un poco de intimidación. Adam se gira hasta quedar frente a mí y agarra mi cara con las manos acercando sus labios a los míos. Cierro los ojos al sentir su aliento, ansiosa porque me bese.

—¡Pascal y Dory!

La voz de su amigo nos sobresalta. Adam pega su frente a la mía sin apartar las manos de mi rostro. Evita mirarlo por si así se larga pronto.

—¿Os habéis dado cuenta de que juntos sonáis como una marca de comida? Podríamos patentarla antes de que nos la quiten. O si preferís Dory y Pascal podríamos...

—¡Lárgate! —Gritamos Adam y yo a la vez.

—Vale, vale —ríe el muy canalla—. Luego no digáis que no apoyo lo vuestro. Hasta tengo visión empresarial, fíjate.

Se marcha por donde ha venido y nos quedamos solos. Adam se separa de mí unos milímetros y me observa.

—Ven conmigo.

Tira de mi mano y me dejo llevar mientras me arrastra por los recreativos. Entramos en una pequeña sala rodeada por cuatro paredes blancas. Está vacía. No hay decoración alguna, ni siquiera en el suelo que es de color blanco también.

Me suelta la mano y se aparta un poco.

—¿Qué es esto? —Pregunto, curiosa.

—Espera y verás.

Saca de su cartera una moneda y sale un momento de la sala, regresando pocos segundos después.

De repente la sala se sumerge en la oscuridad. Ni siquiera puedo ver dónde está Adam en este momento.

Sus dedos rozan mi mano y me agarro a ella con temor a perderlo. Él la aprieta y me empuja hacia su cuerpo. El movimiento de mis pies hace que el suelo se ilumine. Agarrados nos movemos un poco más como si estuviéramos bailando. El suelo emite ahora varios colores, siguiendo nuestros pasos. Sonríe al descubrir el tipo de sala. Había escuchado hablar de ella pero no tenía ni idea de que estaba en este recreativo.

Es una pequeña sala opaca cuyo suelo se reactiva con las pisadas. Aparecen unas indicaciones que debes ir siguiendo para iluminar el suelo cada vez más. Pero nosotros no prestamos atención a nada de eso. Nos movemos sin ritmo con nuestros cuerpos pegados.

Adam agarra suavemente mis caderas, pegándonos aún más.

—Te he echado de menos —susurra hasta que por fin, me besa.

31 - Camila

Me estremezco al acariciar la fría piedra con mis dedos. Mi tía, a mi lado, deja un ramo de lirios blancos, los favoritos de papá.

Hoy es el aniversario de su muerte. Han pasado diez años de la noche del accidente donde no solo perdí a mi padre, sino también a mi madre porque jamás volvió a ser la misma. Lo echo tantísimo de menos que duele como si fuera el primer día.

Como cada año, mi tía y yo vamos al cementerio a visitarlo. Juntas, para soportar el dolor de la otra sobre nuestros hombros. Nos sentamos en la fría hierba y recordamos algunos momentos que vivimos con él. A veces ella me cuenta cómo fue su infancia y otras cómo fue la mía hasta que él se marchó.

Las primeras veces fueron muy tristes. Apenas podíamos apartar la vista de su nombre grabado en la lápida pero con el tiempo comprendimos que si papá estuviera allí ese día, con nosotras, no querría vernos de ese modo. Así que cambiamos las lágrimas por las risas. Guardamos ese día para los recuerdos. Para él.

—¿Te acuerdas cuando tu padre te llevó al lago por primera vez? —Comienza a contar mi tía—. No querías meterte en el agua porque estaba muy fría pero querías tocar la que caía de la cascada.

—Lo recuerdo. —Sonríe—. Me cogió en brazos para que no me mojase y me llevó hasta la cascada para tocarla. Menudo susto me llevé cuando la atravesamos y acabé empapada.

—Te recuerdo como si fuera ayer. Eras igualita a él cuando era un niño; siempre tan sonriente pero cuando te enfadabas, hacías un gesto muy gracioso con la nariz. Igual que él.

—¡Dios, sí! Mis compañeros de clase se reían de mí cuando lo hacía. Decían que parecía estar oliendo una mierda.

—A mí siempre me ha parecido adorable.

Me acaricia la mejilla con los dedos y cierro los ojos, disfrutando del contacto.

—¿Crees que están juntos?

Retira la mano lentamente y suspira, pensando una respuesta que en realidad no tiene. Nadie la tiene porque nadie sabe qué hay después de todo. O al menos no que yo conozca.

—Me gustaría pensar que sí, cielo. Pero sé que si así fuese, tu padre jamás le perdonaría que te dejara.

Yo también pienso lo mismo. Conociéndolo, le habría cantado las cuarenta a mi madre nada más llegar “al cielo”. Siempre fui su debilidad y él la mía. Aun habiendo pasado diez años de su muerte, sigo teniendo esa conexión con él. Es como si estuviera conmigo siempre, arropándome. Y espero no desprenderme jamás de esa sensación.

—¿Nos vamos? —Pregunto levantándome de la hierba.

—Claro, voy a ir arrancando el coche. Ahora nos vemos.

Como cada año que visitamos el cementerio, mi tía se marcha dejándome a solas con la fría piedra. Desde arriba, parece aún más pequeña. ¿Cómo es posible que un trozo así nos represente cuando morimos? ¿Cómo algo tan insignificante puede volverse importante por el simple hecho de

tener un nombre grabado? Quizá por eso algunos prefieren que echen sus cenizas al mar o en algún lugar donde pertenecieron, para sentirse libres. Papá nunca dijo qué quería porque nunca se planteó dejar este mundo tan pronto. ¿Quién se lo planeta? Es de locos.

Tomo una bocanada de aire mientras observo la piedra una vez más.

—Ni siquiera sé si querías estar aquí —susurro—, aunque eso ya no importa. Este año te he echado más de menos que nunca, papá. He cumplido los dieciocho años, estoy a punto de entrar en la universidad, me he sacado el permiso de conducir... Quién lo diría, ¿verdad? Por fuera he dejado de ser una niña aunque por dentro me niego a crecer. Sigo estancada en aquel año que te fuiste, con miedo a que el tiempo pase y te pierdas todo en lo que me he convertido; cada paso que he dado para llegar hasta aquí. Porque el tiempo avanza pero sigue doliendo igual, ¿sabes?

>>No sé si mamá estará contigo, ni tampoco si le habrás echado la bronca por lo que hizo. — Sonríe con amargura—. Pero si está allí, quiero que le des un abrazo de mi parte. De esos que ella me daba poniendo su mejilla contra mi pelo. Dile que estoy bien. Cuéntale lo que he logrado y todo lo que me queda aún por hacer. La echo de menos y sé que estaría orgullosa de mí, como tú. ¿Os he contado que tengo novio?

En algún momento de la conversación he comenzado a hablar en plural. Es la primera vez que lo hago y me siento... en paz. Ni siquiera sé dónde está mi madre enterrada, o si por el contrario la incineraron. Pero hoy la siento aquí, conmigo y con papá, escuchándome.

—Se llama Adam —continúo—. Estoy segura de que te encantaría, mamá, y que papá se pondría como un cavernícola repitiendo una y otra vez que soy muy pequeña. ¿Recuerdas cuando le dije que estaba saliendo con Eric, un compañero del colegio? Solo tenía siete años pero me prohibió salir con chicos hasta los treinta, como mínimo. Pero os prometo que Adam es diferente, es... él. Me hace sonreír cada día. Eso es un punto positivo, ¿no, papá? Algún día lo traeré para que lo conozcáis, lo prometo. Os quiero.

Me doy la vuelta y camino hacia el coche de mi tía. Al llegar, me siento en el asiento del copiloto y la miro a los ojos. Ella también me observa, expectante. Está esperando mi reacción. Durante los últimos años, cuando terminaba de hablar con mi padre, subía al coche y rompía a llorar.

Pero hoy es diferente. No tengo ganas de llorar, sino de sonreír. Ha sido duro hablar con mamá, si es que estaba escuchando. Pero siento que he conseguido quitarme el peso que tenía encima desde que recibí su carta y la perdí. Por suerte hoy, hemos vuelto a reencontrarnos.



Tres horas más tarde y con la barriga llena, mi tía y yo cruzamos la puerta del bar. Hoy no tengo que ir a trabajar pero Adam está allí y me apetece mucho verlo. Desde que hace unos días nos despidiéramos de forma atropellada porque Drew no nos dejaba tranquilos, apenas hemos hablado. Lo último que supe fue que al llegar a casa de su padre con Julia, esta comenzó a llamarlo Pascal y ahora él también lo llama así. Parece que el apelativo se ha vuelto viral.

Mi tía aprovecha que tiene la tarde libre para visitar a Sofía y tomarse algo juntas. Aunque más bien es una excusa para conocer oficialmente a mi novio. No es nada discreta.

Tras saludar a Sofía, voy hacia el sótano. Adam está en la habitación que los tres destrozamos con la pintura. Está tapando el estropicio con una nueva capa. Entro con cuidado, sin hacer ruido para darle la sorpresa. Está tan ensimismado con el trabajo que no se da cuenta de nada. Cuando llego a su altura, abrazo su cintura con mis brazos y pego la mejilla a su espalda.

—Y yo que creía que los peces y las lagartijas no podían estar juntos —comenta dándose la vuelta entre mis brazos.

—Es un camaleón.

—¿Qué más da? —Él también abraza mi cintura, apretándose contra su pecho—. Dame un beso, mi pequeña Dory.

—A la orden, Pascal.

32 - Adam

Estoy tentado de coger una canoa para llegar hasta casa. Seguro que llegaríamos mucho antes.

Camila y yo pensamos que sería buena idea ir al cine a pesar del riesgo de lluvia que anunciaba la chica del tiempo en la televisión. ¿Por qué será que cada vez que queremos ver una película, sea en el lugar que sea, llueve a mares? O tenemos la peor suerte del mundo o somos los más tontos por no hacer caso al parte meteorológico.

—¿Prefieres esperar a que llueva menos? —comenta ella a mi lado.

La película ha terminado. Pensábamos cenar algo al salir pero es misión imposible ahora mismo. Uno al lado del otro con las manos entrelazadas, observamos a través de la puerta de cristal del centro comercial cómo la ciudad se inunda. Vale, estoy siendo demasiado exagerado pero cuando mañana estén los pantanos y ríos desbordados, habré tenido razón. La lluvia me gusta pero en su justa medida, joder. No cuando estoy con Camila disfrutando de nuestro día libre.

—Tranquila, tengo el coche en el aparcamiento subterráneo. Pensaba cenar fuera pero será mejor que lo dejemos para otro día. Mientras tanto, puedo ofrecerte otra alternativa.

—¿Cuál?

—La menos glamurosa para esta noche: cenar en casa. Probablemente algo que se haga en el microondas. No sé qué habrá por allí.

Podríamos pedir algo de comida a domicilio pero pensar en los pobres repartidores con la moto por las calles que bien pueden hacerle la competencia a las de Venecia, no me hace especial ilusión. Con este tiempo, no deberían permitir que saliesen en moto. Son carne de accidente. O de una gripe, ya puestos.

—Me gusta la idea. Vamos. —Tira de mí hacia la salida. Por desgracia, he tenido que escoger el centro comercial cuyo parking está fuera. Sí, aún siguen existiendo.

Apenas está a unos metros pero son suficientes para mojarnos un poco. Camila corre con rapidez hasta que entramos y podemos volver a respirar con normalidad. Nuestras manos están resbaladizas pero no nos soltamos, al contrario. Nos agarramos con más fuerza.

Una vez encontramos el coche, nos metemos con rapidez. Los dos suspiramos al mismo tiempo. Maldita lluvia.

—Creo que atraemos a la lluvia —digo con rotundidad—. Como el metal que atrae a los rayos, pues nosotros igual. Somos unas puñeteras antenas “invoca lluvia”.

—Hace poco parecía gustarte por los buenos recuerdos.

—Parece que el destino se encarga de que creemos nuevos con la lluvia de por medio. Ya sabes, es su *modus operandi*. Para qué variar.

—Entonces habrá que seguir las costumbres. No seamos nosotros quienes las rompan.

Se acerca para darme un casto beso que me sabe a poco. Si vamos a seguir con la tradición, qué mínimo que nos besemos como el primer día. No vayamos a ofender al destino y nos castigue con más lluvia.

Hay quienes dicen que como el primer beso no hay ninguno pero debían de ser todos idiotas porque no sabían que el resto saben mejor. Mucho mejor.

Acuno su rostro con ambas manos y la beso despacio. Sus suaves labios me reciben con ansia pero me lo tomo con calma. Acaricio sus mejillas con los dedos y su piel arde ante el contacto. Acelero mis labios y nuestras lenguas se dan la bienvenida, reconociéndose.

El beso sube de intensidad y Camila se desliza hasta mi asiento, sentándose a horcajadas sobre mí. La posición de nuestros cuerpos nos reduce los movimientos. Ella queda pegada sobre mi pecho mientras que yo tengo que colocar los brazos sobre su espalda para que no se golpee contra el volante.

Nos observamos en silencio, con la respiración acelerada. Sus pupilas están dilatadas y tiene las mejillas encendidas. Jamás me cansaré de mirarla, es preciosa.

De repente, las luces del aparcamiento se apagan y nos sumergimos en las sombras. Con la poca visibilidad, mi sentido del oído se agudiza. No se escucha a nadie, seguimos solos. En mi cabeza se reproducen las películas de *Parking*, concretamente la segunda parte donde muere más gente y maldigo porque me pase esto cuando tengo a Camila encima de mí. ¡Dios, qué paranoico soy!

Trato de concentrarme en el sonido que emite su respiración para serenarme hasta que es ella quien rompe el silencio.

—¿Tú también estás recordando las películas de *Parking*? —susurra.

—Dios, sí.

Comenzamos a carcajearnos con fuerza, como si estuviéramos locos. Y es que puede que en realidad lo estemos porque ¿cómo narices hemos sido capaces de estar besándonos y pensar en esa maldita película?

—Será mejor que nos vayamos.

Antes de soltarla, vuelvo a besarla despacio. Si por mí fuera nos quedaríamos así durante horas. Pero en otro sitio, a ser posible.



Llegamos a mi casa media hora más tarde. El cine estaba a tan solo diez minutos de aquí pero el tráfico era horrible. Parece que a todos nos ha pillado en la calle en pleno diluvio universal y con ganas de llegar a casa.

—A ver qué hay por aquí —murmuro abriendo el congelador—. ¿Qué te parece pizza? Hay una de atún y otra de cuatro quesos.

Camila asiente con la cabeza. Está apoyada sobre la encimera con los brazos cruzados. Se ha recogido el pelo en una coleta alta porque desde el aparcamiento hasta el portal se lo había mojado un poco. El resto de la ropa, tanto el pantalón corto como la camiseta, tienen varios círculos de agua.

—Pondré las pizzas en el horno para que se vayan haciendo. ¿Quieres cambiarte de ropa? Estás mojada, puedo dejarte algo.

Ella continúa en silencio, observándome.

—¿Estás bien? —Me acerco hasta quedar frente a ella.

—Sí. Es solo que... —titubea—. Quiero besarte.

—¿Desde cuándo pides permiso? —Sus palabras aceleran mi corazón, que ahora golpea con fuerza mi pecho.

—No lo estaba haciendo. Solo estaba avisándote de que voy a hacerlo.

—No oirás quejarme.

—Calla y bésame.

Y tira de mí hasta que nuestros pechos se golpean. Sus labios buscan los míos como yo hice hace un rato. Su ansia me desborda y respondo con el mismo ímpetu que ella. Ahora no hay coche de por medio, ni parking, ni nada que nos impida devorarnos.

Mis manos van hacia sus caderas y la alzo con fuerza. Ella enrosca sus piernas en mi cintura y ambos gemimos por el contacto.

—Adam —susurra mi nombre apartándose de mi boca para atacar mi cuello.

Las piernas me flaquean cuando sus labios acarician mi piel y temo no poder aguantar por mucho tiempo el peso de los dos. Camino hasta mi habitación, la abro como puedo y la cierro de una patada una vez entramos.

—¿Qué es eso? —Pregunta Camila apartándose de mi cuello para mirar el escritorio.

Desliza las piernas sobre las mías y se dirige hacia allí. Encima del escritorio hay un dibujo un tanto personal. No recuerdo haberlo dejado ahí, pensaba que lo había guardado. Lo coge con delicadeza y lo observa con atención. Es la primera fotografía que nos hicimos con mi nuevo móvil. Aún recuerdo el día, me moría de ganas de besarla pero entonces llegó Lily y montó un circo.

En la hoja de papel están nuestros rostros sonrientes, pero lo que en realidad ha llamado su atención es que están pintados con mis manos.

—No soy muy fan de las fotografías, aunque esta me encanta.

—Es precioso, Adam.

En el dibujo, su rostro está marcado con más fuerza, mientras que el mío no es más que un leve sombreado. Puede que parezca que está sin acabar pero ese es exactamente el efecto que quiero en el dibujo. Su rostro, su sonrisa, su mirada... Al destacarlos parecen más reales.

—Puedes quedártelo. Ahora que lo recuerdo, creo que nunca llegué a enviarte la foto.

—Yo...yo... —tartamudea sin poder apartar los ojos del dibujo—. Gracias.

Me acerco a ella y con cuidado, le quito el dibujo y lo dejo de nuevo sobre el escritorio. Acaricio la punta de sus dedos y asciendo lentamente por su brazo. Ella tiembla y cierra los ojos.

—Me encantan tus lunares. —Acaricio los que tiene en el brazo—. Podría pasar horas contándolos.

—¿Contándolos?

—Y besándolos, por supuesto. Es un método infalible para aprender a contar. Mira. —Sujeto su brazo en alto, extendido hacia mí—. Uno —comienzo a besar el primero que veo—, dos, tres...

Repito el movimiento con los que voy encontrando durante el ascenso, provocándole carcajadas.

—Eh, eso no vale. Estás desconcentrándome y tendré que empezar de nuevo.

—¿Y qué hay de ti? Tienes algunos por aquí.

Comienza a besar mi mejilla y sus manos se adentran por debajo de mi camiseta. Mientras reparte suaves besos por toda mi cara, sus manos ascienden y me aparto para que me la quite. Segundos más tarde, la suya está en el suelo haciendo compañía a la mía.

Su mano busca la mía y me lleva hasta la cama. Me siento y ella permanece de pie con un sencillo sujetador de color azul y con el pantalón puesto. Lleva los dedos hasta la cinturilla de estos y tira hacia abajo, formando un charco de ropa a sus pies.

Frente a mí en ropa interior, puedo ver el manto de lunares que cubre su piel. Me obligo a respirar, ni siquiera me he dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Es tan bonita que no puedo apartar los ojos de ella.

Se acerca hasta sentarse a horcajadas sobre mí. Nuestras frentes se tocan y nuestros alientos se entremezclan. Acaricio sus labios con mi lengua antes de besarla. Sus brazos me rodean el cuello y su pecho se pega al mío, pero no es suficiente. Le desabrocho el sujetador con rapidez y lo dejo a un lado de la cama. Tiemblo cuando disfruto por primera vez de la sensación que me produce su piel contra la mía.

Camila debe sentir lo mismo porque no tarda en besarme. Su piel está hirviendo, al igual que su lengua que acaricia la mía con pasión. Aumentamos el ritmo mientras su cintura se mueve sobre mí de forma deliciosa.

Me levanto con ella todavía en brazos y la tumbo sobre la cama para quitarme los pantalones. Cuando me tiendo sobre ella, ambos seguimos con la ropa interior puesta pero no nos importa. Nos lo tomamos con calma, acariciando todo cuanto podemos y besando cada milímetro de piel al descubierto. Su cuerpo, sus pechos, su ombligo... La sensación de adorar su cuerpo es adictiva, ojalá este momento durase toda la vida.

Entre gemidos, sus manos alcanzan mi ropa interior a la vez que las mías llegan hasta la suya. Nos despojamos de ambas, cojo un preservativo de la mesita de noche y me lo pongo antes de volver a situarme sobre ella. Pero Camila tiene otros planes. Me empuja suavemente hasta que soy yo el que permanece tumbado sobre el colchón.

Se quita la gomilla del pelo y este cae sobre su piel blanca y perfecta. Con el pelo alborotado, la piel caliente y los labios hinchados, se coloca encima de mí. La sensación de su cuerpo deslizándose sobre el mío por primera vez me desborda y estoy tentado a cerrar los ojos, pero preferiría morirme antes de perderme la imagen que me está regalando.

Camila apoya las manos sobre mi pecho mientras aumenta sus movimientos, volviéndome loco. Alzo mi espalda del colchón para que estemos a la misma altura y la beso con fervor mientras acaricio sus pechos. Ambos gemimos en la boca del otro, sintiéndonos llenos para poco después, desbordarnos.

Con la respiración agitada, Camila apoya la cabeza sobre mi hombro mientras yo acaricio su espalda con los dedos, aún en la misma posición.

—Me equivocaba —sonrío lleno de felicidad—, necesitaré más de unas horas para contar todos tus lunares. Meses tal vez. Yo diría que incluso años.

Su suave risa me hincha el pecho y la abrazo con fuerza, esperando no soltarla jamás.

33 - Camila

—Cálmate, Alma. —Trato de guardar la compostura pero mi amiga me lo está poniendo muy difícil desde el otro lado de la línea—. Deja de gritar para que pueda entender qué estás diciendo.

—¡Joder! —Vuelve a gritar—. *Te juro que si no encuentro al culpable que ha hecho esto voy a matar al primero que pase.*

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

Hace unos minutos que me ha llamado y sigo sin entender qué narices está pasando. Lo único que he podido sacar en claro es el nombre de Sara y me preocupa porque ella es la más tranquila de las tres. Le ha debido pasar algo grave si su gemela está así. Todo sería más fácil si Alma se tranquilizara un poco y me contara qué diablos está pasando.

Mi amiga sigue hablando sin parar así que cuelgo el teléfono. Cuando se calme, que vuelva a llamar. Intento contactar con Sara pero su móvil está apagado. Qué desastre de situación.

—¿Qué pasa, cariño?

—No lo sé, Sofia. Alma me ha llamado gritando diciendo que va a matar a no sé quién y Sara no me coge el teléfono. Es una locura.

—¿Ha pasado algo malo? —Me encojo de hombros. Ojalá lo supiera—. Anda, ve a su casa a ver qué les pasa a las dos locas. Ya me encargo hoy del bar.

Asiento con la cabeza dándole las gracias. Me desabrocho el delantal con rapidez y cojo mi bolso del cuarto de empleados. Pero antes de irme tengo que hacer algo más.

Bajo las escaleras que dan al sótano y reviso las habitaciones en busca de Adam. Apenas lo he visto durante la tarde, solo las veces que he ido a llevarle un refresco. Ha terminado de arreglar el desastre que hicimos con Julia y se sentía tan inspirado que apenas se ha movido de allí en horas.

—¿Se puede? —Golpeo suavemente la puerta.

Con una enorme sonrisa, Adam se da la vuelta con una brocha muy pequeña en la mano. Desde que estuvimos juntos hace unos días en su casa, no puede parar de sonreír. Antes lo hacía todos los días pero ahora lo hace siempre. Y cada vez que lo veo no puedo pensar en otra cosa que no sea en lanzarme a sus brazos.

—¿Te vas?

—Emergencia de amiga. Alma me ha llamado como una loca, algo ha pasado pero con tanto grito no he conseguido averiguar qué. Voy a ir a su casa a ver si puedo solucionar algo antes de que acaben de los pelos.

—Ten cuidado. —Agarra mi mano y me atrae hasta su pecho—. Si necesitas antidisturbios puedo llamar a Drew, será infalible con las gemelas.

—Ya lo creo que sí. —Río al imaginarme la cara que pueden poner mis amigas si me viesen aparecer con Drew. Se podría armar la gorda.

—Dame un beso antes de irte.

Cumplo sus órdenes con gusto durante unos quince minutos hasta que decide soltarme a regañadientes. Nos despedimos hasta mañana. A ambos nos toca trabajar de nuevo.



—¿Me has colgado el teléfono? —Gruñe Alma en cuanto abre la puerta de casa.

—¿Y ahora te das cuenta? —Entro empujando su hombro—. No parabas de gritar como una loca, así no hay quien entienda nada. ¿Qué ha pasado?

Mi amiga tiene las mejillas rojas y la coleta despeinada. Suelta el aire por la boca con brusquedad antes de hablar.

—Mi querida hermana ha salido esta tarde para hablar con Clara y ha vuelto una hora después llorando tanto que no sé cómo no se ha inundado la casa.

—Estaban peleadas. Lo sabías, ¿no? —Asiente—. Quizá se han vuelto a pelear.

—También he pensado en eso pero cuando he amenazado con ir a por Clara para barrer toda la ciudad con su pelo, ha empezado a gritar diciendo que ella no tiene nada que ver en esto. ¡Y yo ya no sé a quién culpar! Dios, necesito pegar a alguien.

—No seas camorrista, Alma. Vamos a ver si averiguamos qué le pasa.

Vamos a la habitación de mi amiga y está tal y como Alma la ha descrito. Sentada en la cama hecha un mar de lágrimas. Dios, ¿qué demonios ha pasado?

—Ven aquí, mi niña. —Me siento en la cama y atraigo su cuerpo hacia el mío para abrazarla.

Sara se aferra a mí como si se le fuera la vida en ello mientras solloza. Acaricio su pelo con delicadeza, dejando que suelte todo lo que lleva dentro. Esto es lo que ella necesitaba, en lugar de una hermana con instintos asesinos.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que sus lágrimas dejan de mojar mi camiseta. Sara se aparta de mi pecho y sonrío con tristeza. Su mirada perdida me asusta. Necesito saber qué ha pasado para poder ayudarla, me parte el alma verla así.

—¿Quieres hablar de ello?

—Clara quiere que no vuelva a molestarla. No quiere que la llame, ni que nos veamos más.

—¿Por qué?

Escucho los pasos de Alma en la habitación y rezo para que no se le ocurra abrir la boca que tiene en este momento y deje a su hermana explicar la situación.

—Unos días más tarde de hablar contigo sobre nuestra pelea nos reconciamos. Dijo que no podíamos estar enfadadas por un chico, así que decidió hacer una fiesta de pijamas las dos juntas para ponernos al día.

Vuelve otra vez a llorar y comienzo a acariciar su espalda de arriba abajo para tratar de calmarla.

—Eso es genial, cielo.

—Sí, lo fue hasta que comenzó a hablar de su novio y de las cosas que hacía con él. Pensé que esa noche era para recuperar el tiempo perdido, no para hablar de cuantas veces se acostaba con él. Traté de cambiar varias veces de tema pero ella siempre volvía a lo mismo hasta que me enfadé. Cogí mis cosas y me marché a casa, dejándola con la palabra en la boca.

>>Sé que lo que hice no estuvo bien pero estaba enfurecida por no dedicar tiempo a nuestra amistad. Cuando llegué a casa no podía dormir. Estuve toda la noche dándole vueltas a la situación, pensando que no era para tanto. Hasta que me di cuenta del verdadero motivo de mi cabreo. —Cierra los ojos con fuerza y las siguientes palabras salen con un hilo de voz—. No me puse así porque estuviera contando cosas íntimas de su novio sino porque yo también me moría de ganas por hacer esas cosas.

—Es normal, a todas nos ha pasado alguna vez. —Trato de restarle importancia.

¿Quién no ha querido vivir en primera persona algunas cosas que les pasa a los demás?

—No, Cami, no es normal porque yo quería hacer esas cosas con ella. Estaba contando lo que le hacía a su novio y yo estaba imaginando que me las hacía a mí. Joder, soy una perversa, ¿verdad?

Su respuesta nos deja a Alma y a mí sorprendidas. Le dirijo una mirada rápida para ver que ella se ha quedado tan inmóvil como yo.

—Pero ¿quién te imaginabas que te las hacía? ¿El novio? —Susurra su hermana, aturdida.

—No, joder, Alma. ¡Ella! ¡Estaba imaginando que era ella quien me hacía todas esas cosas a mí! —Grita desesperada, levantándose de la cama y moviéndose de un lado a otro.

—¿Eso significa que quieres tener pene para tirártela?

—Madre mía, Alma —intervengo antes de que esto vaya a más. Las gemelas a veces son una bomba de relojería—. ¿Podrías callarte un momento, por favor? Escúchame, Sara, si te he entendido bien estás diciendo que te gusta tu amiga, ¿cierto?

—Sí.

—¿Qué tiene de malo?

—¿Que qué tiene de malo, Camila? ¡Soy lesbiana!

—O bisexual —Apunta su hermana.

La fulmino con la mirada. No se puede estar calladita ni en una situación como esta.

—En cualquiera de los casos, no es nada malo y, por supuesto, tampoco el fin del mundo.

—Sí que lo es porque se lo he dicho y ella me ha mandado a la mierda.

Vuelve a llorar con fuerza. No sé qué hacer ante esta situación. Cuando iba de camino a su casa no me imaginaba que algo así pudiera pasar, ni en un millón de años. Sara ha descubierto algo distinto y eso le asusta tanto que no ha tenido el valor de contárnoslo. Ni siquiera a su hermana, que es su confidente.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Alma se acerca a ella y retira las manos de su cara para mirarla a los ojos.

—Tenía miedo de cómo reaccionarías.

—Soy tu otra mitad, tonta, jamás deberías tener miedo de lo que pueda decir o hacer.

—Como si eso fuera tan fácil —bufó—. ¿Sabéis que he estado a punto de traer a Drew como antidisturbios? Por si a Alma se le ocurría coger una escopeta y salir a la calle, ya sabéis.

—Con ese no tengo ni para empezar, guapa —comenta la aludida.

Las tres rompemos a carcajadas y poco a poco el ambiente se va destensando hasta que no quedan más lágrimas por echar.

Sara nos cuenta cómo pasó los primeros días tras descubrir que le gustan las mujeres. Estaba triste y aturdida por las nuevas sensaciones hasta tal punto que fue a un parque a sentarse para observar a las chicas que pasaban por allí y ver qué les atraía de cada una. Admite que es de locos y que se avergüenza de haberlo hecho. No sirvió de mucho porque ninguna le atraía lo suficiente. Solo Clara.

Sin embargo, durante muchos años le ha gustado un chico así que las tres estamos un poco expectantes ante lo que pueda pasar de aquí en adelante. Sara no se atreve a definirse definitivamente como una chica lesbiana porque tan solo le ha gustado una chica por ahora. Ni tampoco heterosexual por lo mismo, solo le ha gustado de verdad un chico. Mientras hablamos del tema, a Alma se le ha ocurrido decir que puede que sea pansexual. En ese instante, mi cara de póquer es digna de ser admirada pero ¿la de Sara? No me lo puedo creer. ¡Se está planteando si su

hermana tiene razón! Y yo que pensaba que lo había visto todo...

Así que por el momento, la sexualidad de Sara está en *stand by*, a la espera de lo que pueda suceder. Ha asegurado que no volverá a acercarse a Clara, por mucho que le duela, y que se tomará las cosas con más calma y con otra filosofía. Así brindamos con unas cervezas mientras pasamos una noche de chicas.

34 - Adam

—¿Aún no has terminado?

La voz de Camila me devuelve a la realidad. Llevo todo el día ocupado con los trazos del dibujo, buscando la forma para que ocupe el mayor espacio en la pared pero sin resultar abrumador. Y ahora, cuando por fin lo he conseguido, ya es hora de cerrar.

—No. ¿Qué hora es?

—Van a dar las diez de la noche.

—Vaya. He perdido la noción del tiempo.

—Llevas todo el día aquí, deberías ir a casa a descansar. Desde ayer no has parado.

Asiento con la cabeza. Sé que tiene razón pero cuando me sumerjo en la pintura, todo lo demás deja de importar. Me convierto en los colores, en brochas, en trazos. Y simplemente me dejo llevar.

—¿Qué tal ayer con tus amigas? —Pregunto mientras recojo los pinceles que tengo a mi alrededor para meterlos en un recipiente con agua.

—Bien, me quedé en su casa a dormir. Peleas de amigas. —Se encoje de hombros.

—Me alegro. ¿Crees que Sofía me matará si tardo un poco más? Necesito tapar esto para que no le pase nada durante estos días. Mañana tengo comida familiar con mi padre y no creo que pueda acercarme para seguir.

—Hoy cierro yo sola, de hecho ya he cerrado así que puedes tomarte el tiempo que necesites. Sofía ha tenido que salir corriendo porque *Nemo* se ha colado en la casa de la vecina y la dueña es alérgica. Le ha llamado pidiendo que fuese a por él para que no le llene la casa de pelos y esté estornudando toda la eternidad.

—Tan pequeño y ya dando guerra.

—Deberías verlo, de pequeño ya no tiene nada. Parece una bola enorme de pelo.

—Como se entere Drew, irá a por él. Está deseando verlo desde que os lo dio.

—Hablaré con Sofía para que lo traiga un día cuando apenas hayan clientes y así Drew pueda disfrutar unas horas de él.

—Genial, pero por el momento prefiero no decirle nada para no tenerlo aquí todos los días. Es un pesado.

Cubro el dibujo con papel y guardo el resto de materiales en una caja. Me encantaría venir mañana para seguir pero las comidas con papá siempre se alargan cuando Julia quiere que juguemos con su nuevo juguete o que le lea ese cuento que tanto le gusta.

—¿Verás a Julia?

—Claro, ¿por qué?

—Dale un beso de mi parte.

—¿Y para mí no hay beso?

—Para ti hay más que uno.

Nos besamos en cuanto nuestros cuerpos se encuentran. Y cuando nos separamos para coger aire, inhalo el olor de su cuello, sintiéndome en casa.

—Te he echado de menos estos días. —Me abrazo a su cintura con fuerza.

—Yo también, por eso quiero proponerte algo. ¿Tienes libre el sábado?

—No sé, déjame que piense. —Le hago cosquillas en el cuello con la nariz—. ¡Pues claro! ¿Qué tienes pensado?

—Mi tía se va de la ciudad con el grupo de trabajo este fin de semana. Se marcha el sábado de madrugada y regresa el domingo por la noche. He pensado que podríamos pasar el día juntos.

—¿Y la noche también? —Alzo la cabeza para mirarla a los ojos con emoción.

—¡Pues claro! —Me imita y aprieto mis manos en su cintura para hacerle cosquillas ahí también. Su risa se cuele en mis oídos.

—Trato hecho. Así podré seguir con mi misión.

—¿Qué misión?

Como respuesta, beso los lunares que tiene en su cara mientras ella se ríe a carcajadas. ¿Quién me iba a decir que resultarían tan adictivos?

—Oye, no te rías. Es una misión muy seria. Pretendo recordar cada uno de ellos.

—Tengo demasiados.

—Mejor para mí, ¿no crees?

Acerco mi boca a la suya con ansia, buscando su sabor, pero el sonido de mi teléfono móvil nos sobresalta.

Camila se aparta para que pueda cogerlo y veo que es mi padre quien llama. Probablemente sea para recordarme la comida de mañana. Como si pudiera olvidarlo.

—Hola, papá —contesto a través del teléfono.

—*Adam, necesito que vengas corriendo.*

—¿Qué ha pasado?

Me tiembla la voz y me sudan las manos. No es la primera vez que hago esa pregunta pero cada vez que sale de mis labios, ocurre lo peor.

—*Estamos en el hospital* —la voz de mi padre se rompe—. *Es Julia.*

Segunda parte

35 - Adam

Atravieso con rapidez la puerta del hospital, no quiero estar ni un minuto más lejos de ella. Ya han pasado veinte desde que he recibido la llamada y se me han hecho interminables.

Escucho los pasos de Camila tras de mí. Desde que colgué el móvil y susurré el nombre de mi hermana, no se ha separado ni un instante de mí, ni tampoco ha hecho preguntas. Ni se imagina cuánto lo agradezco porque ahora mismo mi cabeza está con mi hermana, en la habitación del hospital o donde quiera que la tengan.

Cuando llego al mostrador, tengo que coger aire para poder hablar. Estoy exhausto con tanta carrera. Y nervioso, no es una buena combinación.

—Señorita —me dirijo a la chica del mostrador—. Hace un momento han traído a una niña pequeña. Rubia, delgadita... Venía con dos hombres. Se llama Julia Méndez.

—Ya... —Titubea mientras teclea en el ordenador que hay frente a ella—. Están en la sala de espera de urgencias.

—Vale. —Me alejo del mostrador para dirigirme allí.

—¡Espere! —El grito de la chica me detiene—. No puede pasar, solo se permite un acompañante por paciente.

—¡Es mi hermana pequeña! ¡Tengo que pasar!

—Debería calmarse si no quiere que llame a seguridad. Le he dicho que solo se permite un acompañante, mientras tanto puede esperar fuera.

—Mire, señorita...

Comienzo a temblar de rabia mientras regreso al mostrador para dejarle las cosas claras. Cuando se trata de mi hermana, nada ni nadie es capaz de pararme.

—Adam, cálmate —dice Camila con voz nerviosa, tocando suavemente mi brazo—. Si te echan no podrás entrar al hospital y tu hermana te necesitará cuando salga de urgencias.

Sus palabras me hacen recapacitar. La chica nos mira atentamente, mientras que yo clavo mi mirada de cólera en sus ojos. Sé que es su trabajo pero no debería subestimar el valor de un hermano cabreado y aterrado al mismo tiempo. Sería capaz de hacer cualquier cosa.

Tomo la mano de Camila y nos dirigimos a la salida, a la espera de que tengamos respuestas. Dios, se me va a hacer eterno. Resignado, me recuesto en la pared del edificio. Apoyo la cabeza y cierro los ojos.

—Eh —la suave voz de Camila me hace abrirlos. Coge mi cara entre sus manos y une nuestras frentes—. Tranquilo, estará bien.

—¿Y si no lo está? No sabes todo lo que ya ha pasado. Es muy pequeña.

—Pero también es muy fuerte y está llena de vitalidad. Seguro que en unas horas está saliendo por esa puerta saltando. Además, no sabemos qué ha pasado.

—¿Y si es una recaída?

Algunas lágrimas amenazan con salir y las dejo, no quiero frenarlas. Ella, al verlas, me arropa entre sus brazos. Menos mal que está a mi lado, sino no sé qué sería de mí en este momento.

Cuando cierro los ojos, todos los recuerdos en los que aparece Julia me taladran la cabeza.

Ella sonriendo con su pingüino la primera vez que la vi. Ella y yo bañándonos en la piscina del amigo de papá. Ella en el hospital, hace unos años... Esta última hace que abra los ojos de súbito. No, no puedo pensar en eso ahora mismo. Necesito recordarla sana y salva, tal y como va a salir por esa puerta. No puedo permitirme pensar lo contrario.

Mis nervios hacen que abrace a Camila con más fuerza, como si fuese mi salvavidas.

—Adam—susurra en mi oído—. La enfermera ha dicho que solo permiten un acompañante por paciente pero ¿y Toni? Quizá él sepa algo. ¿Por qué no lo llamas?

¡Toni, es verdad! Me separo de ella con rapidez y me ofrece una sonrisa triste. Le doy un beso en la frente antes de coger mi móvil y llamar a la pareja de mi padre.

Toni está en casa, cogiendo unas cosas antes de venir aquí. No quiere darme muchos detalles por teléfono porque dice que tiene prisa pero sé que la realidad es otra. No quiere decirme lo que temo. Solo espero que no sea cierto.



—Adam, hijo—dice Toni en cuanto aparece, dándome un abrazo.

Está pálido y ojeroso. En su hombro cuelga la mochila de Frozen de Julia. No, no puede ser. Cuando ve que mis ojos están puestos en ella, se apresura a llamar mi atención.

—¿No nos presentas?

—Toni, esta es Camila, mi novia. —Estoy tan mareado que tengo que aferrarme a su mano para no caerme. Ella, por su parte, me infunde ánimos con un ligero apretón—. Camila, él es Toni, la pareja de mi padre.

—Me alegro de conocerte, aunque me habría encantado que fuera en otras circunstancias, cariño—comenta él—. Julia nos ha hablado mucho de ti. Se vuelve loca en cuanto escucha tu nombre.

—Yo también me vuelvo loca con ella. Es adorable.

—¿Qué ha pasado, Toni? —Sé que sueno un poco brusco pero necesito saber qué está pasando.

—Ha empezado a sangrar por la nariz y no sabemos por qué. Se suponía que debía estar dormida, pero cuando hemos pasado por su habitación estaba jugando en la alfombra. Al vernos se ha levantado corriendo y se ha lanzado a la cama. No sabemos si se ha dado un golpe y por eso ha empezado a sangrar. Como la sangre no paraba de salir la hemos traído al hospital. No me han dejado pasar y he aprovechado para ir a casa a por unas cosas, por si acaso.

—¿Por si acaso?

—Adam. —Restriega la mano por su cara, se le nota cansado—. No sabemos qué ha pasado. Julia ha estado unos días un poco regular y ahora con esto... Yo estoy tan preocupado como tú pero debemos pensar en positivo.



Unas horas más tarde, mi padre llama por teléfono a Toni para contarle que le han hecho un análisis de sangre a mi hermana y que pasará la noche en observación, a la espera de los resultados. Nos pide que nos marchemos a casa, ya ha entrado la madrugada y no podemos hacer más aquí.

Con resignación, nos marchamos rezando porque los resultados sean favorables y que Julia pueda regresar a casa mañana mismo.

—Toni, ¿puedo quedarme a dormir en vuestra casa?

—Hijo, también es tu casa. —Aprieta mi hombro con suavidad—. Tú también puedes quedarte si quieres, Camila. Me vendría bien la compañía. La casa se me hace demasiado grande sin ellos.

Ella se lo agradece antes de que Toni se marche, dejándonos intimidad. Me encantaría que se quedase pero entiendo que la situación es delicada y que estará cansada después de todo el día trabajando y de estar aquí. La abrazo con fuerza, sabiendo que esta noche la pasaré a solas con Toni.

—Gracias por estar aquí, Cami. No imaginas cuánto.

—No tienes nada que agradecerme, tonto. —Se queda frente a mí, agarrada aún a mi cintura—. Sabes que cualquier cosa que necesites, no tienes más que decirlo ¿verdad?

—Lo sé.

—¿Quieres que me quede contigo? Solo tengo que avisar a mi tía para que no se preocupe.

—Dios sabe las ganas que tengo de que te quedes conmigo, Camila. Pero llevas todo el día trabajando, estás cansada y son casi las dos de la madrugada. Necesitas descansar.

—No estoy tan cansada. Y si tú me necesitas...

—Te necesito tanto como respirar, pero me temo que no seré un buen acompañante esta noche. Ya has visto cómo me he puesto con la chica de recepción. A veces puedo ser un bruto.

—De acuerdo. Prométeme que mañana vendrás a por mí antes de venir aquí, quiero estar contigo.

—¿No trabajas mañana? ¡Oh, joder! Hemos dejado tu coche allí. Vamos, iremos a por él. —Tiro de su mano pero me detiene.

—Es muy tarde, Adam. Ve a descansar y olvídate del coche.

—Mañana iré temprano a por él y te lo llevaré a casa. No puedo dejarte sin coche, tendrás muchas cosas que hacer y yo...

—¡Adam! —Grita suavemente llamando mi atención—. Cálmate, por favor. Me estás poniendo más nerviosa. Ve a casa, duerme y mañana recógeme antes de ir al hospital si no quieres que me plante aquí andando, ¿vale? A la mierda el coche, puede esperar.

—Está bien.

Media hora más tarde y después de dejar a Camila con un beso que me sabe a poco, llego a casa de mi padre. Toni está en el salón, sentado en el sillón mientras toma una copa de vino. Me ofrece una, pero la rechazo. Si le he pedido dormir aquí es por una razón.

Abro la puerta de la habitación de Julia. Encima de la pequeña mesa hay una bolsa con las sábanas manchadas de sangre. Toni ha debido de cambiarlas antes de que yo llegase. Sabe que al primer sitio que iría sería aquí. La última vez pasó lo mismo. Estuve durmiendo en su cama porque no me dejaban dormir con ella en la habitación del hospital. Solo espero que esta vez mi estancia no sea tan larga.

36 - Camila

Adam me recoge a primera hora de la mañana como prometió. Por su cara, veo que ha dormido tan poco como yo. Ha sido una noche horrible. En cuanto cerraba los ojos, la imagen de él llorando acudía a mi mente y me levantaba sobresaltada.

Jamás lo había visto de ese modo, ni tampoco imaginaba verlo jamás. Cuando lo vi dispuesto a enfrentarse a la recepcionista, no lo reconocí. Él, que siempre ha sido un chico tranquilo y alegre, se convirtió en alguien totalmente distinto. Vi el miedo en sus ojos por primera vez y me quedé sin respiración.

No sé qué pudo pasarle a Julia en el pasado para que el simple hecho de unir su nombre con la palabra hospital, lo haga sentirse de esa manera. Pero me da pánico descubrirlo.

Durante el trayecto hasta el hospital permanece callado. Se ha pasado tantas veces las manos por la cara que la tiene completamente roja. Aparcamos en el primer hueco libre que encontramos y nos dirigimos a la puerta del edificio.

El chico de recepción, no muy amable, nos informa del número de habitación donde está Julia pero nos repite hasta la saciedad que el horario de visitas aún no ha comenzado y que tenemos que esperar. Adam, cansado ya de tanta negativa, llama por teléfono a su padre, el cual no tarda en bajar a la sala donde esperamos.

—¡Papá! —Grita en cuanto lo ve y se lanza a sus brazos.

Me quedo justo detrás de ellos, lo suficientemente lejos como para darles intimidad, pero sin alejarme de mi novio por si me necesita.

—¿Y Toni?

El aludido aparece como si lo hubieran invocado. Su padre y él se dan un casto beso en los labios y entrelazan sus manos con fuerza.

Raúl, así se llama su padre, me dirige una mirada cargada de cariño antes de comenzar a hablar.

—No puedo estar mucho tiempo aquí, están haciéndole pruebas ahora mismo. El análisis de anoche salió con algunos parámetros alterados y quieren comprobar algunas cosas para estar seguros.

—¿Estar seguros de qué, papá?

Coloco una mano sobre el hombro de Adam. Está tan tenso como la cuerda de una guitarra. Pega un brinco ante mi contacto pero no me aparta. Al contrario, agarra mi mano despacio y deposita un beso en ella.

—Esto está siendo muy duro para mí, Adam. Para todos nosotros —aclara con voz rota—. Pero debemos empezar a asumir que existe la posibilidad de que haya vuelto.

—No. No puedes decirme eso.

—No lo estoy afirmando, hijo. Rezo cada minuto para que no sea cierto.

—Maldita sea, quiero verla.

Suelta mi mano y se dirige con pasos seguros hacia el ascensor. Me quedo anclada por lo que veo. El Adam de anoche ha regresado, decidido y cabreado. Toni va a buscarlo antes de que

cometa una locura y nos echen a todos. Lo coge de la cara con fuerza y comienza a hablar. Su padre y yo estamos lejos y no podemos escuchar lo que le está diciendo. Sea lo que sea, no le está gustando porque cada vez está más rojo. Me temo que todo lo que está ocurriendo es peor de lo que jamás podré llegar a imaginar.

—Camila, ¿verdad?

La suave voz de Raúl hace que deje de mirarlos y le preste atención. Agarra mi mano con delicadeza, acariciando mi piel con su pulgar. La calidez de su tacto me transmite algo de paz en un momento como este.

—¿Podrías llevarte a mi hijo de aquí? No le dejarán subir por mucho que insista. Aquí son muy estrictos y no quiero que se ponga peor. Ya está muy alterado.

—Por supuesto.

—Gracias. Ten paciencia, es un momento muy duro para él. ¿Sabes conducir?

Su pregunta me pilló un poco desprevenida. Asiento con la cabeza, confundida.

—Asegúrate de que no conduzca entonces, por favor. Ya tengo suficiente con tener a un hijo en el hospital.

—Tranquilo, no me separaré de él.

Aprieta con suavidad mi mano y me mira con los ojos brillantes. A su espalda veo como Adam y Toni regresan. Este último tiene un brazo sobre el hombro del otro y le está diciendo algo al oído.

—Mi hijo tenía razón sobre ti —susurra Raúl.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo.

Se separa de mí justo cuando los dos hombres aparecen a nuestro lado, no sin antes dirigirme una sonrisa de agradecimiento. Se la devuelvo con gusto. Mientras Adam esté conmigo, me aseguraré de que no haga ninguna locura como asaltar el hospital o algo peor.

—Vayamos a dar una vuelta, Adam.

Agarro su cintura con mi brazo, casi arrastrándolo. Sea lo que sea que le haya dicho Toni, lo ha dejado K.O. Parece un zombi. Llevo las manos hasta sus bolsillos para coger las llaves del coche, y una vez está dentro, arranco.

El camino hacia mi destino se me antoja interminable. Su silencio me está desgarrando por dentro. Solo espero que el lugar al que le llevo, le haga reaccionar. O por lo menos logre transmitirle lo que me hace sentir.

—¿Dónde estamos? —Dice en cuanto aparcamos.

—Una vez me pediste que cuando estuviese preparada, te llevara a mi lugar.

Bajamos del coche despacio, sin prisa. Quiero que Adam se tranquilice y se tome con calma lo que está ocurriendo. Sea lo que sea, Julia no querría verlo así.

Antes de entrar al lugar, tomo una gran bocanada de aire. Hacía mucho tiempo que no venía. Más o menos desde que él entró en mi vida. No he necesitado estar a solas porque él me completa y me hace sentir que puedo contar con él para siempre. Ahora quiero demostrarle lo mismo.

—¿Una pista de hielo? —Me mira asombrado.

—Ven.

Tomo su mano y caminamos hasta uno de los bancos que la rodea. Frente a nosotros, una enorme pista de hielo natural ocupa una gran parte del recinto. Es la más grande de todo el país. Además, está decorada con árboles artificiales a su alrededor dándole un aspecto muy real, como si estuviéramos en el bosque. Hasta el frío me resulta reconfortante.

Nos sentamos en el banco con nuestras manos aún entrelazadas, tomo aire de nuevo y comienzo a hablar.

—Mi madre era patinadora. Mis padres se conocieron en una de sus exhibiciones. Él estaba saliendo del baño cuando se tropezó con ella con la mala suerte de que su reloj se quedó enganchado a una de las mangas de su vestido. Forcejaron hasta que se rompió y mi madre no pudo hacer la actuación. —Fueron tantas las veces que ambos me contaron la historia que al cerrar los ojos me parece estar viéndolos—. Lo esperó a la salida y cuando lo tuvo delante, comenzó a gritarle. Mi padre siempre me ha contado que estaba preciosa y por eso la besó. Para que se callara y para llevarse una parte de ella consigo. Poco después se enamoraron y jamás se separaron.

—Hasta que él murió.

—Sí. —Intento retener las lágrimas. He llegado hasta aquí para enseñarle lo que este sitio significa para mí, no para derrumbarme—. Se adoraban. Dicen que no existe la perfección pero cuando los miraba, la veía. Por eso cuando él murió, mi madre no lo soportó.

—No debería haberte dejado, Cami. —Frunce el ceño—. No lo entiendo. Tú eras parte de él. Lo único que le quedaba.

—Lo sé. Las personas hacemos cosas inexplicables. Ese es uno de los motivos por el que escogí estudiar psicología, para tratar de entender por qué lo hizo.

—Eso es muy serio.

—Lo sé. Pero ¿sabes qué? Con el tiempo me he dado cuenta de que en realidad no puedo saber por qué lo hizo porque esa respuesta solo me la puede dar ella y está muerta. Quiero ayudar a las personas a que se replanteen las cosas. A que traten de solucionar sus problemas porque todo tiene solución, a que aprendan a enfrentarlos en lugar de huir. Ese es ahora el motivo por el que quiero ser psicóloga.

—Me alegra que hayas pensado en eso.

Observo la pista de hielo. Todavía es temprano para que esté llena. Solo hay un pequeño grupo de amigos divirtiéndose y riéndose a carcajadas.

—Siempre me dio miedo patinar. Es curioso porque todos los veranos venía aquí para ver a mi madre entrenar. Me quedaba embobada viendo sus movimientos, su agilidad. Hacía unas cosas en el hielo que no parecían de este mundo. Una vez me animó a patinar con ella pero me caí y nunca más volví a ponerme unos patines.

>>Cuando se marchó, venía aquí para sentirle cerca. Aún escuchaba las cuchillas sobre el hielo y me parecía verla, saltando y dando vueltas como una princesa de hielo.

—¿Alguna vez lo has vuelto a intentar? Me refiero a patinar.

—No. Por eso hemos venido. —Me levanto del banco y le tiendo mi mano—. Quiero vencer otro miedo y que sea contigo, Adam.

Él sonrío por primera vez desde que ha empezado el día y aunque es una sonrisa triste, a mí se me hincha el pecho.

37 - Camila

—¿Cómo está Adam, cielo?

Levanto la vista del plato que tengo delante y miro a mi tía. Mañana saldrá a primera hora para reunirse con su grupo de trabajo y ha querido que pasemos el día juntas. Se supone que este fin de semana iba a pasarlo con Adam pero con Julia aún ingresada será imposible.

Desde que lo dejé en casa de su padre después de patinar, apenas he vuelto a saber de él. He intentado ir al hospital pero anoche Sofia y yo terminamos muy tarde del bar. Fue una noche movida llena de clientes que se me hizo eterna.

—No lo sé. La última vez que lo vi estaba destrozado. —Suelto el tenedor sobre la mesa, no tengo hambre—. Esta mañana lo llamé por si sabían los resultados de Julia pero aún no los tenían. Son demasiadas pruebas.

—¿Qué crees que puede ser?

—No tengo ni idea y eso me pone más nerviosa. Adam me comentó que hace unos años estuvo enferma pero nunca llegó a decirme de qué. Creo que su padre está planteándose que la enfermedad haya regresado. Ojalá se equivoque.

—Ojala. Es muy pequeña para pasar por algo así.

—Lo es. También es muy fuerte. Sea lo que sea, se recuperará.

—¿En qué hospital está?

Le cuento no solo dónde está sino lo que pasó con Adam cuando quiso entrar a ver a su hermana y no le dejaron. Ella me mira con una mezcla de cariño y pena.

—Me alegra que lo apoyes en este momento tan difícil, cielo. Te necesita más que nunca. —Se levanta para retirar los platos de comida de la mesa—. Conozco a uno de los médicos que trabaja en ese hospital. No se encarga de la planta infantil pero puedo llamarlo para esté más atento a Julia.

—¿De verdad harías eso?

—Claro. Además, me debe un favor.

Sonríe emocionada por la noticia. Si con eso conseguimos que le den antes los resultados a Julia, sería inmensamente feliz. Y Adam también. Corro a mi habitación para llamarlo al móvil e informarle de la situación. Seguro que se alegra tanto como yo.

Un pitido, dos, tres, cuatro... Lo llamo varias veces pero no contesta. Probablemente esté con Julia y por eso no atiende el teléfono.

—Tía, ¿te importa si dejamos nuestro día juntas y voy al hospital? He llamado a Adam pero no me lo coge, seguro que está con Julia.

—Claro, no te preocupes. Seguro que se alegran de verte.

Tras darle un beso en la mejilla, cojo mi bolso y las llaves del coche, y salgo con prisa hacia el hospital, emocionada y esperanzada porque Julia se encuentre bien.

Al llegar, subo directamente por el ascensor. Recuerdo el horario de visitas y ahora está permitido. Las cinco plantas se me hacen interminables. En el pasillo, justo al lado de la habitación, está Raúl con el teléfono móvil en la mano. Me acerco hasta él para saludarlo.

—Hola —digo tímida.

—Hola, Camila. Me alegro de verte. ¿Has visto a Adam?

—No, he venido pensando que estaría con Julia.

—Llevo todo el día llamándolo. Estuvo un rato por la mañana pero después se fue. Estoy preocupado.

—¿Ha pasado algo?

Raúl dirige una mirada a las habitaciones y al pasillo, como si no quisiera que los demás se enterasen de lo que tiene que contarme.

—Ven conmigo, por favor.

Nos alejamos un poco hasta llegar a la máquina del café. Me ofrece uno pero lo rechazo, tengo el estómago revuelto y lo vomitaría. Él se sirve uno. Su silencio me pone cada vez más nerviosa.

—¿Adam te contó que Julia estuvo enferma hace unos años? —Asiento con la cabeza—. Fue muy duro para nosotros, creíamos que la perdíamos. Era tan pequeña... Lo sigue siendo. Esta mañana nos han traído los resultados de las pruebas. Mi hija está enferma otra vez y Adam no lo ha soportado. Se ha ido y no sé qué puede estar pasando ahora mismo por su cabeza. No puedo preocuparme por mis dos hijos a la vez, la cabeza me va a estallar. Si no fuera por Toni, me volvería loco.

—¿Puedo ayudar en algo? Cualquier cosa, lo que sea. —Me acuerdo del amigo de mi tía y reacciono rápido—. Mi tía conoce a uno de los médicos de este hospital. Me ha dicho que hablaría con él para que estén pendientes de Julia. Se asegurará de que no le falte de nada.

—Muchas gracias, Camila. Es de mucha ayuda.

Sin esperarlo, Raúl me abraza con fuerza. Le arropo entre mis brazos intentando reparar el daño que la enfermedad de su hija le está causando, aunque sé que es imposible. Me recuerda mucho a mi padre, siempre tan protector con sus hijos, tan atento y tan cariñoso. Ojalá estuviera aquí también para hacerle saber, de padre a padre, que todo es posible y que Julia lo superará. Lo tiene que superar.

—Lo siento. —Se aparta avergonzado—. Son muchas emociones en tan pocos días.

—No te preocupes. Es demasiado incluso para mí, que conozco a Julia desde hace muy poquito.

—Pues no para de hablar sobre ti. ¿Te gustaría pasar a saludarla? Sé que has venido por mi hijo pero si no quiere que lo encuentren, no podemos hacer nada. Es muy escurridizo para estas cosas.

Asiento con ilusión por ver a la pequeña mientras dejamos las confesiones y los abrazos atrás. Ahora no hay cabida para la tristeza. Debemos ser fuertes por ella, aunque creo que la única con valentía aquí, es Julia.

En cuanto me ve cruzar la puerta de su habitación, intenta levantarse de la cama con ímpetu pero Toni la agarra antes de que toque el suelo.

—Te han dicho que tienes que quedarte en la cama, peque. Además, ¿no ves que ella ya viene hacia aquí?

—Hola, pequeña Elsa.

Nada más que me siento en la cama, Julia se lanza a mi cuello como si fuera un pequeño monito y la arropo entre mis brazos. Me encanta su risa al abrazarme, el olor de su pelo pegado a mi nariz y la calidez que desprende su piel. No puede ser que esté enferma cuando parece tan llena de vida.

Siento cómo mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas pero respiro hondo para evitarlas.

Julia no está aquí para ver a nadie llorar, sino para que se sienta arropada por todos nosotros. Sé que tiene que ser duro no estar en casa, rodeada de médicos y haciéndole vete a saber cuántas pruebas médicas.

—¿Cómo estás?

—Cansada. ¿Podemos ir a pintar con Adam? —Se sienta sobre la cama como un indio.

La observo con atención mientras sonrío. Unas pequeñas ojeras marcan sus ojos y sus mejillas ya no están encendidas como las veces que la he visto. Se nota que está cansada. Lo que no sé es si es de estar aquí o de la enfermedad. O de las dos cosas.

Aparto un mechón de pelo de su rostro poniéndoselo detrás de la oreja.

—¿A pintar o a hacer otra guerra de pintura?

Su risita me provoca una carcajada. Toni y Raúl nos dejan a solas mientras juntas planeamos todas las cosas que vamos a hacer en cuanto salga de aquí. Repetiremos la guerra de pintura trazando un plan para poner a Adam todavía más perdido que la última vez. También repetiremos la sesión de los recreativos con Drew y, por supuesto, tampoco puede faltar tomarnos unas enormes bolas de helado de oreo, su favorito. Ah, y ver la película de Frozen.

Y hablando de Frozen... creo que se me acaba de ocurrir algo muy divertido. Solo necesitaré un poquito de ayuda.

38 - Adam

La cabeza me va a estallar y solo espero que sea literalmente porque no sé cuánto tiempo más podré soportarlo.

Miro el reloj de la mesita de noche. Marca la medianoche. ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? Trato de levantarme de la cama lentamente para no marearme. Desde que ingresaron a Julia hace unos días, me pasa a diario.

Dios, Julia. ¿Cómo he podido olvidarme de ella? Aún no puedo creer que esté enferma otra vez. Cuando ocurrió por primera vez quise morirme. Su enfermedad me destrozó y no puedo asimilar que vuelva a pasar por todo ello otra vez. Los médicos nos aseguraron que este tipo de enfermedades tienen un buen porcentaje de cura, pero ahora ha vuelto.

Maldito sea el destino y maldita la vida por ser tan injusta. ¿Acaso no se cebó ya con ella? ¿Por qué quiere que repitamos esta tortura? Como si no hubiésemos tenido suficiente.

Me doy una larga ducha antes de llamar a mi padre por teléfono. Por suerte mi madre no está en casa así que puedo tomarme la libertad de ir y venir por todo el piso como me dé la gana. No tendría fuerzas para lidiar con ella en un momento así.

Cojo mi teléfono móvil encima del escritorio y descubro que está muerto. No recuerdo haberlo tirado al suelo ni darle ningún golpe. Reviso la pantalla y no parece haber nada mal. Lo enchufo a la corriente y segundos más tarde, vuelve a la vida. Puñeteros móviles y puñetera tecnología que falla cuando más la necesitas.

Cuando marco el código secreto, un mensaje me avisa de que tengo siete llamadas perdidas. Cuatro de mi padre y tres de Camila. Dios, Camila. ¿Cómo he podido olvidarme también de ella?

—¡Joder! —Grito lanzando el móvil de nuevo sobre el escritorio.

Lo miro con odio, hasta que caigo en la cuenta de que si se ha roto con el golpe, puedo ir despidiéndome de hablar esta noche con cualquiera de los dos. No es que no tengamos también un teléfono fijo en casa, es que no me acuerdo de sus números de móvil. Lo reviso con detalle. Nada. Este móvil es más duro que un coco. Busco su número y hago la primera llamada.

—Lo siento —susurro en cuanto mi padre descuelga el teléfono.

—*Tranquilo, hijo. Esperaba una reacción así por tu parte. ¿Mañana vendrás? Julia se muere por contarte todos los planes que tiene con Camila.*

—¿Camila?

—*Sí. Ha venido esta tarde a buscarte pero no estabas y se ha quedado un rato con Julia. Ha tenido que venir un enfermero a echarla porque el horario de visitas había terminado.*

—Es perfecta —mi voz se rompe.

—*Me recuerda mucho a ti, aunque sé que estás negando con la cabeza.*

Es cierto pero es que tengo razón. No soy perfecto y estoy lejos de serlo. He dejado a mi familia sola en cuanto he sabido la noticia, en lugar de quedarme allí apoyándola. Lo que he hecho no tiene nombre.

—*Su tía ha conseguido que un médico esté pendiente de Julia. No es su especialidad pero hará todo lo posible por atenderla y que todo sea más rápido.*

—Tengo que llamarla, papá. No le he cogido el teléfono desde esta mañana. Espero que no me odie.

—*No creo que pueda odiarte nunca, Adam. Es una gran chica. Venga, corre a llamarla. Nos vemos mañana. Te quiero.*

—Y yo a ti.

En cuanto cuelgo, tengo que calmarme para que el móvil no se me resbale de las manos por los nervios. Probablemente esté durmiendo pero necesito intentarlo. Tecleo rápido sobre la pantalla.

¿Estás despierta?

Apenas pasan unos segundos cuando aparece en línea.

Sí. ¿Estás bien?

¿Puedo llamarte?

Pero es ella quien me llama. Cojo con fuerza el móvil y respiro antes de responder.

—*Adam* —su voz suena tranquila.

—Lo siento, yo...

—*Tranquilo, nada de eso importa, ¿vale?* —Me interrumpe—. *Solo quiero que estés bien y que cuando estés preparado, regreses.*

—Confío en ti, Camila.

—*No estoy diciendo lo contrario. Te estoy dando tiempo y espacio para que asimiles todo lo que está ocurriendo. Yo seguiré estando aquí, pero vuelve, por favor.*

—¿Lo prometes? —Me tiembla la voz.

—*Lo prometo.*

—Buenas noches, Camila.

Cuelgo y dejo el móvil sobre el escritorio para que siga cargando la batería. Apoyo los codos sobre la madera y dejo caer mi cabeza. Ojalá no hubiera sido tan tonto de dejarla ir. Debería de haberme quedado en el hospital con Julia, hablando y jugando para que al llegar Cami, hubiera disfrutado una vez más de mis chicas preferidas. Pero soy idiota y en su lugar tenía que venir corriendo a casa para echarme sobre la cama y olvidarlo todo. Solo me ha faltado la botella de alcohol para perder totalmente la cabeza.

¿En qué maldito desastre me estoy convirtiendo? Yo no soy así. No soy el chico que se encara con los enfermeros, ni el que huye de sus problemas, ni el que tira el móvil con fuerza sobre la mesa. Soy el que siempre está al lado de su familia, en lo bueno y en lo malo, el que animó a Camila a vencer sus miedos. No me reconozco y eso tiene que cambiar.

Necesito estar con ellos en lugar de alejarme. Julia me necesita más que nunca y no voy a perder ni un minuto más sin estar cada día a su lado. Ella fue quien me enseñó el significado de una sonrisa, no seré yo quien lo rompa.



Toco el timbre con nerviosismo. Son las nueve de la mañana y es probable que esté durmiendo pero no podía pasar una hora más sin verla. Necesito abrazarla.

Camila abre la puerta en pijama y se sorprende al verme. Sin avisar, se lanza a mis brazos y me siento en casa. Aspiro su olor, cómo la echaba de menos.

—Deberíamos entrar antes de regalarle un espectáculo a algún vecino madrugador —susurro en su oído.

Todavía aferrada a mis brazos, Camila se da la vuelta y nos dirige hacia el sofá. Se sienta sobre mi regazo y me besa con cariño.

—Creo que no tenía unos buenos días así desde hace mucho tiempo. —Le acaricio la mejilla.

—¿Cómo estás?

—¿Quieres la versión sincera o la que aparenta estar encantado de la vida? —Pregunto con ironía—. Lo siento. Estoy destrozado, Camila. Su enfermedad ha regresado.

—Lo sé. Ayer hablé con tu padre.

—¿Te dio detalles? —Niega con la cabeza—. Hace unos años le diagnosticaron leucemia. Es una enfermedad que por desgracia se están dando más casos en niños. Estuvo con un tratamiento y funcionó. Fue la peor época de toda mi vida. Después llegaron las revisiones. Estuvimos durante un año visitando al doctor mes tras mes. Y después otro año yendo varias veces más. El mes pasando se cumplieron dos años del tratamiento. Creíamos que jamás volvería a aparecer pero nos equivocamos. Mi padre me ha ocultado que Julia llevaba unos días un poco mal de salud.

—No tenéis la culpa, Adam. Por desgracia son cosas que pasan.

—Lo sé pero ¿por qué a ella? Hay millones de personas en el mundo y tiene que tocarle a ella. Es una niña. Ni siquiera eso..., es mi pequeña.

—Ojalá pudiera decirte algo que te consolara, pero no puedo. Así que llora si es lo que necesitas, Adam. Lloro, grito, enfádate, incluso rompe algo si quieres. Puedo traerte una vajilla feísima que le regalaron a mi tía en el banco y que nunca ha usado.

Suelto una carcajada y la abrazo con más fuerza.

—¿Y si te necesito a ti?

—Aquí me tienes, no iré a ninguna parte.

—No sabes cuánto me alivia escucharte decir eso.

—Además, aunque no quisieras, te advierto que Julia y yo tenemos muchos planes para cuando salga del hospital y no puedes oponerte.

—¿Cómo podría? Me tenéis hechizado, pequeñas brujitas.

Camila ríe y es el sonido más bonito que he escuchado en días. Sin duda ha sido buena idea madrugar para venir hasta aquí.

—Eso me recuerda algo. Uno de los planes que tiene es ver *Frozen*.

—Mientras no me pidáis que la vea con vosotras, me parece bien. Me encanta Olaf pero estoy del “Libre soy” tan cansado como del “Despacito” —apunto—. Bueno no, tampoco voy a pasarme.

—Calla, tonto. Estaba pensando en algo más divertido. Será una sorpresa.

—Soy todo oídos.

39 - Camila

—¡Por favor! Sabéis que no os lo pediría si no fuera importante —suplico frente a mis amigas.

—¿Qué tenemos que hacer exactamente? —Sara frunce los labios al preguntar.

—¡Por Dios, Sara, ni siquiera preguntes! No voy a disfrazarme. Ni de coña.

—Es por una buena causa —rebato.

—¿La buena causa incluye a algún tío bueno al que pueda beneficiarme?

—La hermana de Adam está enferma, Alma. Necesito que hagáis esto por mí y os juro que os deberé un gran favor. A cada una, si lo preferís.

Mis amigas se miran entre ellas. Para llevar a cabo mi plan necesito su ayuda. Sé que no hay nadie que pueda hacerlo mejor que ellas, además ya tienen experiencia. No es como si fueran a hacerlo por primera vez.

Cuando ayer le conté a Adam mi plan, se alegró tanto que el beso que me dio duró horas. Está tan emocionado como yo con la idea. Solo espero que salga todo bien.

Les explico atentamente a mis amigas lo que tienen que hacer y finalmente aceptan. ¡Bien! Ahora necesitamos que el hospital nos dé permiso.



Dos horas más tarde, Adam y yo entramos al hospital para pasar la tarde con Julia. Hace dos días que no la veo y la echo de menos.

Al llegar a su habitación la vemos dormida. Raúl nos pide que salgamos al pasillo, quiere hablar con nosotros.

—Está empeorando —comenta—. No quiere comer ni beber. Ya ha perdido varios kilos desde que está ingresada.

—¿Qué quiere comer? Yo puedo traerle lo que quiera —contesta Adam con ansia mientras se retuerce las manos con nerviosismo.

—Adam, ya sabes que no puede comer muchas cosas que le gusta. Por eso está así. Necesito tu ayuda. Trata de que coma algo, por favor. Sabes que a ti podría hacerte caso.

—De acuerdo, haré lo que sea.

—Gracias. Pediré que la enfermera traiga algo para merendar. A ver si conseguimos que pruebe bocado.

Su padre, abatido por la situación, se marcha hacia el mostrador. Se nota lo agotado que está a pesar de aparentar calma.

—Soy un egoísta —murmura Adam a mi lado mientras lo observa.

—Claro que no.

—Mira a mi padre, Camila. Está destrozado y cansado. Desde que ingresaron a mi hermana no se ha movido de aquí ni un minuto. Toni le ha traído ropa para que se asee en el baño de la habitación. Apenas come ni duerme. Y yo estoy aquí sin ayudarle.

—No puedes hacer mucho más, no te martirices.

—Es cierto que no puedo ayudarle con la enfermedad de mi hermana. Ojalá pudiera, sobre todo por Julia. Pero sí puedo ayudarle para que se tome un respiro. Puedo quedarme con ella. Soy su hermano, es mi deber.

—No creo que tu padre acepte separarse de ella. La adora.

—Lo sé pero si ve que ella come conmigo y se divierte, querrá que esté aquí todo el día.

—Vamos allá entonces. Tenemos que conseguir que meriende —digo con decisión. Todo sea por Julia, por Adam, por su padre... Por todos. Haría lo que fuera por acortar esta situación lo más rápido posible.

—Camila, yo... —Cierra la boca antes de continuar—. Sabes que no tienes por qué estar aquí, ¿verdad?

—Quiero estar aquí.

—Lo sé pero mi hermana me necesita. Pasaré muchas horas en el hospital, a su lado. Y no siempre podrás entrar porque ahora está el horario de visitas pero si comienza con el tratamiento, esas horas se reducirán bastante. Nosotros apenas nos veremos tampoco.

—Lo entiendo, Adam. Lo que no comprendo es qué tratas de decirme en realidad.

Mi corazón se acelera por sus palabras. Entiendo que va a ser muy difícil y que casi no nos veremos, pero quiero demostrarle que estoy aquí y estaré todos los días. Juntos. Porque somos una pareja, ¿no? ¿O acaso es eso lo que pretende decirme?

—¿Necesitas tiempo? ¿Es eso? —Susurro, temiendo que si alzo la voz mi corazón se rompa en pedazos.

—No, joder. —Se acerca hasta acunar mi rostro entre sus manos—. Siento si te he hecho creer eso, Camila. Jamás te pediría tiempo. Eres mi novia, mi confidente y aunque quisiera, no podría dejarte ir. Solo te pido paciencia, por favor.

—Estás de suerte, tengo mucho de eso. —Beso sus labios con ternura—. Ahora ve a por esa merienda, yo voy a pedir permiso a los del hospital para prepararlo todo.

Nos besamos de nuevo, esta vez despacio, como si no supiéramos cuál será la próxima vez que podamos hacerlo. Al separarnos, Adam me regala una de esas sonrisas que tanto me gusta desde el instante que lo conocí. Si miro hacia atrás, son muchas las cosas por las que hemos pasado y me alegro de haberlo encontrado.

Me dirijo al mostrador con decisión. Necesito conseguir el permiso como sea. Sé que a Julia le emocionará muchísimo. Hasta yo estoy entusiasmada con la idea.

Finalmente los del hospital han aceptado aunque con varias condiciones. En la planta hay muchos niños hospitalizados a la espera de volver pronto a sus casas y seguro que les hará ilusión disfrutar del espectáculo. Así que el asunto queda zanjado. La próxima semana, si Julia se ha recuperado, vivirá un día que jamás olvidará.

Con una enorme sonrisa, me dirijo a la habitación cuando mi móvil comienza a sonar. No conozco el número. Me detengo a un lado del pasillo y contesto.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Qué hay, mamá Dory? ¿Sabes dónde está mi querido amigo?

—Hola, Drew. Yo también me alegro de hablar contigo —comento con ironía—. Está con su hermana.

—He ido a su casa y no hay nadie. También he ido a la heladería favorita de Julia y nada. ¿Dónde están?

¿Acaso Drew no sabe lo que le ha ocurrido a Julia? Madre mía. ¿Qué se supone que tengo que

hacer? ¿Contárselo o mentirle? No, no puedo mentirle sobre algo así. Tarde o temprano se enterará y me ganará su enemistad de por vida.

—Drew, ingresaron a Julia hace unos días.

—*¡Me cago en la puta! Casi me echo encima el café hirviendo* —maldice de nuevo—. *¿Qué estás diciendo? Creo que no te he oído bien.*

—Pensé que Adam te lo había contado.

—*No estás de coña, ¿verdad? Maldito hijo de perra, no me ha dicho nada. ¿Dónde están?*

Le doy la dirección y el número de habitación antes de colgar. Me ha dicho que está cerca y que en unos minutos estará aquí. Voy a la habitación donde Julia ya se ha despertado y está merendando con su hermano. Su padre y Toni están en una esquina de la habitación, emocionados por su cambio de actitud. Voy hasta ellos para informarles de que en breve tendrán una nueva visita.

—Raúl, me ha llamado Drew. Pensé que lo sabía —susurro. Dios, estoy tan avergonzada.

—¿No lo sabía? Probablemente mate a Adam en cuanto llegue. ¿Le has dicho dónde estamos?

Asiento con la cabeza. Pasa una mano sobre mi hombro, apretándolo para infundirme ánimos.



—¿Se puede saber por qué nadie me ha avisado de que la princesa Elsa ha sido trasladada a otro castillo? —Dice Drew en cuanto entra dirigiéndose a la cama. Julia, en cuanto lo ve, comienza a reírse—. ¡Soy el Príncipe Encantador! Debo estar informado de dónde está mi chica.

La pequeña se lanza a sus brazos en cuanto lo tiene a su alcance. Adam me mira divertido y yo me encojo de hombros. Abre la boca y sin pronunciar ningún sonido me da las gracias. Yo le guiño un ojo en respuesta.

—Y tú, Pascal, muy mal. —Señala a Adam con la niña aún en sus brazos.

—¿Pascal? ¿Cómo el lagarto? —Pregunta Toni extrañado.

—¡Es un camaleón! —Gritamos todos a la vez antes de que la habitación se llene de carcajadas.

40 - Adam

Mañana comenzarán las clases de la universidad. Mi padre insiste en que debería ir pero no quiero separarme de Julia. En las dos últimas semanas me ha dejado estar con ella varias noches, así él podía descansar un poco. Al principio le costó mucho pero comprendió que mi hermana está en tan buenas manos como cuando él está aquí.

Esta mañana ha venido el médico, el amigo de Mia, la tía de Camila. A pesar de que su planta queda mucho más abajo que esta, no se olvida ni un día de pasar por la habitación. Incluso hay días que pasa varias veces. Me cae bien y a Julia también, es un médico muy competente y trabajador. El único problema que tiene —o virtud, según como se vea—, es que es demasiado directo. Si ve indicios de algo, lo dice. No se anda por las ramas. Quiero pensar que eso es algo positivo pero que sea tan directo me cabrea. Últimamente estoy demasiado irascible, lo sé.

Hace casi una semana que no veo a Camila. Aunque hablamos todos los días, bien sea por llamada o por mensaje, no es lo mismo. La extraño mucho. Tengo muchas ganas de verla, abrazarla y besarla.

Ella también está agotada. El bar está en su apogeo y las clases se acercan. Es su primer año de universidad y tiene que organizar muchísimas cosas. Por suerte, esta tarde vendrá con sus amigas para darle la sorpresa a Julia. Estoy ansioso y nervioso a la vez por verla y porque salga bien lo que tienen planeado.

—¿Cómo te encuentras hoy, pequeña?

—Me duele un poco aquí. —Se señala la garganta.

Hace unos días cogió una infección en la garganta y tuvieron que suministrarle medicamentos. Ahora parece estar un poco mejor aunque sigue molestándole. Me parte el alma verla en estas circunstancias.

Tanto mi padre como Toni y los médicos han aceptado someterla a quimioterapia. Así funcionó la última vez que estuvo ingresada, hace ya dos años. Fue muy duro para todos porque aunque el índice de cura en este tipo de enfermedades suele ser alto, siempre existe la posibilidad de que no ocurra. Jamás olvidaré su carita tan pálida, tan llena de dolor y tan triste, ni su cabecita con un gorrito de color azul, su favorito. Julia quería estar en casa con su pingüino, no en el hospital donde solo le hacían daño. No era lugar para estar una niña de cuatro años.

Por aquel entonces, no nos separamos de ella ni un instante. Le dimos todo el apoyo y el cariño que pudimos. Después de varios meses que se nos antojaron eternos y de pasar por el estado de remisión que era fundamental para saber si la quimioterapia había funcionado o no, pudimos regresar a casa. Entonces volvió a sonreír y a ser ella misma. Hasta ahora.

Ahora, entre todos estamos intentando que su estancia en el hospital no sea tan difícil. Ya es más grande que la última vez y comprende que algo le pasa no solo por el dolor, sino por el tiempo que llevamos aquí y las pruebas que están haciéndole. Solo espero que acabe pronto, que soporte la quimioterapia y vuelva a casa pronto.

Mi teléfono móvil suena en mi bolsillo. Veo el nombre de Camila en la pantalla y mi corazón se hincha.

—*Adam, estamos subiendo. ¿Está Julia preparada?*

Asiento escuetamente antes de colgar. Que empiece la función.

—Ahora vengo, ¿de acuerdo? —Beso la frente de mi hermana—. Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —Trata de gritar emocionada, aunque su voz suena un poco ronca del dolor.

—Sí, pero si no te quedas en la cama pido que se vayan.

Ella, obediente, se sienta derecha con una gran sonrisa. Les hago un gesto con la cabeza a mi padre y a Toni para que sepan que las chicas ya están aquí. Cuando les conté la idea que tuvo Camila se emocionaron muchísimo, aunque también pensaron que está loca. Tanto ella como sus amigas. ¿Qué otra cosa les podía decir? Estoy totalmente de acuerdo con ellos.

Salgo al pasillo justo cuando las veo salir del ascensor. Drew va tras ellas carcajeándose y si bien no recuerdo haberle contado nada sobre ello, él se apunta a todo sin necesidad de ser invitado. Las observo con atención y me dan ganas de acompañar a mi amigo con la risa. No pensaba que fuese a ser tan divertido.

—Si sigues riéndote, mañana lo harás sin dientes. Seguro que estarás precioso—Alma le lanza un gruñido—. Y tú —Me señala—, ni una broma o te hago lo mismo.

Simulo que cierro mi boca como si tuviera una cremallera. Conociéndola, me dejaría sin dientes de verdad. Me acerco a Camila que está hablando con la chica de recepción. Me contó que les dejaban hacer todo esto con la condición de que todos los niños de la planta pudieran disfrutar de una tarde divertida.

—Perfecto —contesta la chica—, los demás están esperando en la sala de juegos. Solo falta vuestra niña.

—Genial, vamos a ir a recogerla y estaremos allí en unos minutos.

Camila se dirige a sus amigas para informarles de que ya está todo listo. Las gemelas se atusan por última vez antes de dirigirse a la habitación con paso decidido. Drew, Camila y yo seguimos sus pasos tras ellas. No queremos perdernos la reacción de mi hermana.

—¿Esta es la habitación de una niña que se llama Julia? —Comenta Alma en cuanto entra en la habitación, ya metida en su papel—. Oh, sí, eres tú.

Mi hermana, sorprendida y emocionada, observa cómo las mismísimas princesas Elsa y Anna se acercan hasta su cama. Alma es Elsa, mientras que Sara es Anna. Se han disfrazado a la perfección, tanto que parecen ellas en carne y hueso.

Camila me contó que las gemelas estuvieron varios años actuando en fiestas de cumpleaños cuando salió la película. Se dieron cuenta de que con prendas muy parecidas y una peluca podían conseguir alegrar a varios niños y, ya de paso, conseguir un poco de dinero. Aunque esto lo están haciendo gratis, claro.

—¡Claro que sí! —Grita Sara emocionada—. ¡Es igualita, Elsa! ¿No lo ves? ¿Podemos ser su amiga?

Me río al ver cómo actúa como si fuera Anna, tan alegre y tan emocionada como en la película. Todos en la habitación estamos expectantes a la reacción de Julia. Es raro que se quede tanto tiempo callada.

—¡Anna, no seas atrevida! —Le regaña su hermana—. Antes tenemos que presentarnos. Somos...

—La princesa Elsa y la princesa Anna —susurra por fin Julia.

—¿Nos conoces? —Sara se hace la sorprendida.

—¿Habéis traído a Olaf?

Mi hermana me mira con emoción, con la esperanza de que las chicas hayan traído a mi

personaje favorito de la película.

—Se ha quedado con Sven custodiando el castillo. Prometemos traerlo la próxima vez —dice Elsa—. ¿Quieres venir con nosotras? Tenemos preparada una fiesta en la sala de juegos.

Ella asiente con la cabeza, deseosa de compartir la tarde con sus princesas favoritas. Mi padre observa cómo se va de la mano con las chicas dando saltitos.

—Gracias, Camila —dice con emoción—. Te aseguro que acabas de hacerla muy feliz.

—No es nada. Son Alma y Sara quienes están haciendo el trabajo sucio.

—Una pregunta... —Por primera vez, Drew parece avergonzado—. ¿Es una fiesta solo para niños o los adultos también podemos entrar?

Nos carcajamos aunque al final todos acabamos yendo a la sala de juegos. Las hermanas se desenvuelven a la perfección en unos papeles que parecen estar hechos a medida para ellas, incluso comienzan a cantar las canciones. Julia está sentada justo delante de todo el mundo. Esta tarde no solo será inolvidable para ella sino para todos nosotros.



Unas horas más tarde, las gemelas se marchan muy contentas. Julia está agotada, se le nota en la cara, aunque no para de hablar y de cantar las canciones de las princesas. Solo cuando llega la cena, conseguimos que deje de hablar.

—¿Camila también se va? —pregunta Toni.

Ella está hablando con mi padre. Ambos no paran de sonreír y apuesto que le está agradeciendo de nuevo todo lo que tanto ella como sus amigas han hecho hoy por Julia. Ha sido increíble.

Me apena que Toni y él hayan tenido que conocerla en estas circunstancias, aunque ha servido para crear un vínculo muy bueno entre ellos. Los dos la miran con adoración, sabiendo que es la mejor chica que jamás encontraré y no les quito razón. Camila es increíble y la quiero. Ni siquiera sé si estoy preparado para decírselo pero mis sentimientos han ido creciendo tan rápido que sería difícil no hacerlo. Y lejos de asustarme la situación, me gusta muchísimo, igual o más que ella.

—Es tarde y pronto acabará el horario de visitas.

—¿Qué te parece si te tomas la noche libre? Tu padre se quedará con Julia. Últimamente no paras, ve y descansa. Ve con ella.

Le doy un abrazo antes de ir a por Camila. Cuando llego a su altura, enredo mi brazo en su cintura mientras continúa charlando con mi padre.

—Son muy buenas, sí —suelta una tímida risa.

—Hijo, Camila ya se va. ¿Qué te parece si la acompañas? Hoy ya habéis hecho mucho por aquí.

—Venía a proponerle eso mismo. ¿Te apetece cenar conmigo?

Ella me mira con ilusión y el mundo se paraliza. Asiente con la cabeza y tras despedirnos de todos, nos marchamos cogidos de la mano.

Unas horas más tarde, después de una deliciosa cena y millones de besos, la dejo en su casa donde le hago el amor demostrándole lo mucho que me importa. Grabo en su cuerpo cuánto la quiero y al terminar, se lo grabo en la memoria con palabras.

—Te quiero, Camila.

41 - Camila

El bar está repleto y Sofía y yo no damos abasto. El verano ya ha terminado al igual que las vacaciones así que ahora toca volver a la rutina diaria donde muchas personas hacen una parada en el bar al terminar el trabajo. Por suerte durante las mañanas está tranquilo mientras estoy en clase.

Hace una semana que comencé la universidad y aunque estaba dispuesta a disfrutar de la experiencia desde un comienzo, se me está haciendo cuesta arriba. Sofía necesita mi ayuda, mi tía apenas está en casa por la gran cantidad de trabajo que tiene, Sara vuelve a estar de bajón emocional por su nueva orientación sexual, Julia sigue enferma y apenas puedo hablar con Adam. Mucho menos verlo. Y por si fuera poco, las primeras clases de la universidad podrían resumirse en trabajos semanales, tareas diarias en grupo y muchos documentos por leer.

En resumen, estoy agobiada y eso que apenas he empezado. Solo espero que pase pronto y que vuelva a establecerse en mi vida la rutina diaria. Hay quienes la odian pero cuando ocurren cosas que hacen volverte loca y te lo desbaratan todo, es inevitable echarla de menos.

—Lleva esta bandeja a la mesa del fondo. —Sofía la deja con rapidez sobre la barra y corro a cogerla para llevarla lo antes posible.

Sofía tiene una infinita paciencia y por eso la admiro. Es capaz de estar cansada y dolerle hasta las pestañas después de más de ocho horas de trabajo y aun así hacerlo todo con una sonrisa. Al principio yo también era así pero ahora me cuesta un poco más. Cuánto me queda por aprender.



A las diez de la noche cerramos el bar. Las dos suspiramos en cuanto el último cliente se va.

—¿Cómo estás? —Pregunta mientras se limpia las manos con un trapo.

—Cansada. Supongo que tengo que acostumbrarme a todo esto.

—Podría buscar a otra persona para este mes que es el más fuerte de todos.

—No hace falta, Sofía. Solo necesito descansar y organizarme mejor.

—Lo sé, cielo. Como también sé que necesitas a Adam. ¿Cómo está?

—Hace varios días que no sé nada de él. He estado enviándole mensajes pero no contesta. He pensado en acercarme al hospital pero el horario de visitas ya ha terminado.

—Mañana puedes tomarte la tarde libre.

—No, quiero ayudarte. Juntas podemos con todos los clientes.

—Está bien. Nos vemos mañana entonces, ¿vale?

Nos despedimos y me dirijo al coche para regresar a casa. Al llegar allí me encuentro todas las luces apagadas. De nuevo le ha vuelto a tocar a mi tía el turno de noche. Pegada en la puerta de mi habitación hay una nota donde se excusa y me dice que hay comida preparada en la nevera. La despego y la tiro a la basura. Es extraño el cambio de estar acompañada de muchas personas a, de repente, estar sola. No tener a nadie con quien comentar el día tan ajetreado que he tenido, ni a quien darle las buenas noches.

Trato de llamar a Adam de nuevo con la esperanza de que conteste, pero de nuevo una voz me comunica que su teléfono está apagado o fuera de cobertura. Resignada, me marcho a la ducha para tratar de relajarme un poco. Bajo el agua dejo ir todo el día de hoy. Las clases, el bar, las

llamadas sin contestar... Todo. Mañana será otro día. Y espero que mejor.

Al salir del baño escucho el sonido de mi móvil. Corro tan rápido como mis pies mojados me dejan. Solo falta caerme y acabar con un esguince o algo peor. Ese tipo de caídas tan aparentemente estúpidas son las que más daño llegan a hacer.

Se me paraliza el corazón cuando veo que es Adam quien está llamando. Descuelgo con rapidez y su voz es lo primero que escucho antes de ni siquiera hablar.

—Camila.

—Hola —contesto tímida. Probablemente haya visto todas las llamadas perdidas de estos días. Ahora me siento avergonzada—. ¿Cómo estás?

—*Agotado. Siento no haberte llamado antes. Me quedé sin batería y el cargador del móvil estaba en casa. No he podido ir a cogerlo porque Toni y mi padre llevan varios días fuera de la ciudad y no me he despegado de Julia. Hoy he tenido que mandar a Drew para que fuese a por él.*

—No te preocupes, Adam.

—*Tampoco recordaba cuál era tu número de teléfono. Si no, te habría llamado desde el hospital.*

—Drew tiene mi número.

—*Yo...* —Se queda callado unos segundos—, *no me acordaba.*

Cierro los ojos y suspiro. Entiendo que Julia es su prioridad en este momento pero una parte de mí teme que haya estado evitándome y que el móvil no haya sido más que una oportunidad para hacerlo.

Mi mente aún recrea el momento en el que me dijo que me quería hace apenas una semana. Y cómo no fui capaz de responderle. Él me abrazó y yo simplemente me dejé caer en sus brazos como si fueran mi refugio, con mi rostro escondido en su cuello. No es que no lo quiera ni que tenga miedo a esas dos palabras. Cuando se trata de él, todo es mejor. Los besos saben mejor, las caricias, las palabras, los te quiero..., todo. Pero sentía que si le decía que lo quería, sería para responderle un “yo también” en lugar de para revelarle mis sentimientos. Puede que sea una tontería pero para mí es importante.

Hay algunos “te quiero” que no deben decirse, sino sentirse. Y eso me pasa con él. Yo no siento que solo le quiero, en realidad lo siento a él. Y esa es la mejor sensación que he sentido y sentiré jamás.

Durante los siguientes días estuvimos enviándonos mensajes, supongo que temerosos de volver a escuchar nuestras voces y sentir la necesidad de decirlo. Hasta que dejé de recibirlos y tomé el valor de llamarlo. Entonces fue cuando no me cogió el teléfono aun sabiendo que Drew tiene mi número. ¿Sentiré miedo al haber revelado sus sentimientos y yo no decirle nada? ¿Creerá que no siento lo mismo por él? Porque debe de estar loco. O quizá soy yo la loca por no habérselo dicho antes.

Con un nudo en la garganta, me permito dejar a un lado todos esos pensamientos y centrarme en lo importante.

—¿Cómo está Julia?

—*Está respondiendo bien a la quimioterapia, por el momento. Tan solo lleva unos días pero esperamos que siga igual.*

—Me alegro mucho. Estos días estamos a tope en el bar pero en cuanto pueda, me escapo un rato a verla.

—*Te echa mucho de menos. Y yo también.*

Hace una semana que Adam debería de haber empezado también las clases en la universidad pero ha decidido dejarlas a un lado durante los primeros meses. Es probable que pierda todo el primer cuatrimestre pero no le importa. Julia es su prioridad. También ha dejado las pinturas del bar por lo que ahora sus horas las dedica única y exclusivamente a su hermana.

Entiendo que su enfermedad es algo de vital importancia y que es tan solo una niña, pero debería hacer algo más para mantener la mente despejada aunque sea por unas horas. No podría soportar que la situación terminase desbordándolo.

—Yo también te echo de menos, Adam.

—*Gracias, Camila.*

—¿Por qué?

—*Por la paciencia, por preocuparte tanto por Julia, por mensajearme cada día para preguntarme cómo estoy, por todo. Sé que estos días estoy más ausente pero eso no significa que no me acuerde de ti ni que te eche tanto de menos que a veces me cuesta respirar. Por favor, no pienses que me arrepiento de haberte dicho que te quiero porque es lo más sabio que he hecho en meses. Y quiero que sepas que esas palabras son tan verdaderas como lo nuestro.*

—Sé que lo son, no quiero que pienses lo contrario.

—*Pero yo quiero decírtelas miles de veces.*

—¿Y por qué no podrías hacerlo?

—*No quiero asustarte.*

—¿Crees que voy a salir corriendo cada vez que lo digas? ¿Por qué, Adam? ¿Crees que no siento lo mismo que tú? —Me callo antes de enfadarme.

—*Una vez te dije que lo que más me gusta de ti es que seas capaz de responder lo que sientes en lugar de lo que los demás quieren oír. Y sigo pensando igual, Camila. Si te dije que te quiero fue porque necesitaba decírtelo, no porque necesitara oírte a ti también. Pero tampoco quiero asustarte y que te obligue a hacerlo. ¿Entiendes lo que quiero decirte? Joder, me explico fatal.*

Lo entiendo. Claro que lo entiendo. No conozco a ninguna otra persona capaz de ser tan sincero y abierto como él. Y por eso yo también lo quiero, aunque no sea capaz de decírselo.

—Sabes lo que significas para mí, ¿verdad?

—*Lo sé, cariño. —Es la primera vez que me llama así y siento un cosquilleo en la piel—. Además, te encargas de demostrármelo cada día. Cuando se trata de ti, me basta mirarte a los ojos para saber que sobran las palabras.*

En realidad, creo que no puede llegar a imaginarse cuánto lo quiero.

42 - Adam

—¡Me cago en la puta!

—Adam, contrólate, por favor.

Mi padre me mira con temor y no es de extrañar. Llevo unos días que ni yo mismo me aguanto, pero es que esta situación está pudiendo conmigo. Y no lo soporto más.

Con la mano sobre mi hombro, me arrastra lejos de la puerta de la habitación de Julia para que no pueda escucharnos. Toni está con ella. Bajamos por el ascensor hasta llegar a la cafetería. Mi padre me ofrece un café pero rechazo la oferta, lo que menos me interesa ahora mismo es beber.

Unos minutos más tarde, regresa a la mesa donde estamos sentados y lo enfrento.

—Dilo ya, papá. Di todo lo que sepas y acaba ya con esto.

Él suspira, derrotado. Hace unos minutos me ha dicho que la enfermedad de Julia está más avanzada y que existe la posibilidad de que el tratamiento no funcione. No como la otra vez.

—Toni y yo hemos estado buscando otra alternativa por si la quimioterapia no funciona.

—Pero por ahora le va bien, ¿no?

—No podemos confiarnos. La otra vez funcionó pero Julia está ahora mucho peor. Me ha contado el médico que ha tenido fiebre estos días.

—Sí pero eso es normal cuando está con la quimioterapia.

—A veces sí, otras no. Hablé con ese médico, el amigo de la tía de Camila. Ya sabes que él dice las cosas muy claras y ante estos casos donde ha habido una recaída dos años más tarde y ante la gravedad, me ha propuesto otra alternativa.

—¿Cuál?

—Un trasplante de médula.

Un sudor frío comienza a recorrerme. No me gusta el rumbo que está tomando esta conversación. Un trasplante de médula supondría un paso duro para Julia y una posterior recuperación más larga y dolorosa. Nunca nos lo hemos planteado. Claro que tampoco habíamos llegado a esa circunstancia. Dios mío...

Me tomo unos minutos para procesar la información. Para hacer algo así se necesita un donante y yo estoy dispuesto a hacer por ella todo lo que sea necesario. Hasta darle mi corazón, si eso sirviese.

—Vale, yo seré el donante. ¿Cuándo empezamos?

—No es tan fácil, Adam. Julia necesita un donante que sea compatible.

—Seguro que yo lo soy —comento enfadado.

—Y no dudo de ello pero hay más posibilidades de que uno de sus familiares lo sea.

—O tal vez no. ¿Adónde quieres ir a parar, papá? La familia de Julia somos nosotros, no tiene a nadie más.

—Hay alguien. —Evita mirarme a los ojos antes de continuar—. Su madre.

—¿La misma que la abandonó siendo un bebé? ¿La que ni siquiera sabéis quién es o si está viva?

—Lo está.

—Por mí como si está en el infierno.

—Adam, es posible que esa mujer sea la que salve a Julia. No podemos dejarnos llevar por el odio. La necesitamos.

—¿Y cómo vais a encontrarla?

—Ya la hemos encontrado. Toni y yo tuvimos que ir a la capital para tratar de conseguir algún dato que fuese útil para localizarla. Nos ha costado muchísimo dar con ella, esa mujer se esconde muy bien.

—¿Y lo hará? ¿Hará eso por una hija a la que ni siquiera quiere?

—Sí y por eso quería hablar contigo, para pedirte un gran favor.

Mi padre se vuelve misterioso y me pone más nervioso. Me sudan las manos e intento secármelas en el pantalón, aunque a este paso el sudor me bañará por completo.

—Escúchame —continúa—. Es una mujer un tanto desagradable e interesada. Ha aceptado hacer esto solo porque Toni y yo le hemos ofrecido una buena cantidad de dinero, sino probablemente nos hubiera cerrado la puerta en las narices. Ha aceptado someterse a las pruebas para saber si es compatible y, si es así, todo se hará lo más rápido posible. Si te digo esto es porque mañana vendrá al hospital para comenzar con las pruebas y no quiero que te enfrentes a ella. Por favor, es la última alternativa que nos queda, Adam. Aunque me fastidie reconocerlo, la necesitamos.

Sopeso todo lo que acaba de decirme y no puedo hacer otra cosa que sorprenderme. ¿Ha aceptado por dinero? ¿Qué clase de madre es que acepta ayudar a su hija a cambio de un puñado de billetes? Aunque pensándolo mejor, es la misma clase de madre que dejó a su bebé en la calle, a merced de cualquiera. Maldita sea. No puedo creer que sea nuestra alternativa.

—Yo podría someterme a las pruebas, papá.

—No tenemos tiempo —susurra, al borde de las lágrimas.

—¿Y si no es compatible?

—Lo será, hijo. Tiene que serlo, es todo cuanto pido.

Me levanto de la silla y mi padre imita mi movimiento. En cuanto me acerco me arrojo a sus brazos, devastado por la situación. Las lágrimas comienzan a caer sin control sobre mis mejillas. Nos permitimos por un instante ser débiles y llorar no solo por todo lo que Julia está pasando sino por todo lo que le queda por pasar. Espero que merezca la pena haber bajado hasta el infierno en busca de esa mujer y que Julia se recupere.

—Papá, no permitas que se acerque a ella, por favor. —Sollozo contra su camiseta.

—Tranquilo, nosotros somos su única familia y eso no va a cambiar.



Dos horas más tarde, me siento exhausto. Mi padre se quedará esta noche con Julia así que eso me deja el resto de tarde y la noche para mí solo.

En cuanto salgo del hospital lleno mis pulmones de aire y lo suelto despacio. Aún trato de recomponerme del abrazo con mi padre. Jamás le he visto tan destrozado, estaba hecho pedazos. Eso me demuestra que la situación es más complicada de lo que imaginaba desde un principio.

Pienso en mi posición y me siento egoísta. Ver como mi hermana se apaga sin poder hacer nada es duro, pero saber que le está ocurriendo a tu hija debe ser infinitamente peor. Ya no veo a mi padre sonreír de verdad, ni a Toni bromear como tanto le gusta. Incluso Drew ha bajado de nivel, ya no es el mismo. Y Camila... Ni siquiera puedo pensar en cómo debe sentirse ante la situación.

En tan poco tiempo se ha metido en el corazón de todos y sé que esto también le duele mucho.

Desde que vio a Julia en aquella foto cuando vino a casa por primera vez, sé que se enamoró de ella tanto como yo al conocerla hace unos años.

Subo al coche en dirección a su casa. Necesito verla. Necesito contarle lo que va a pasar en los próximos días y que me diga que todo va a salir bien aunque no sea cierto. Necesito que me bese, que me abrace y que me arrope entre sus brazos. Porque solo con ella me siento en calma.

Unos minutos más tarde toco el timbre de su casa, deseando que esté tras la puerta y no en el bar. Escucho unos pasos antes de que se abra y me encuentro con su tía.

—Hola, Adam. ¿Cómo estás?

—He estado mejor, Mía. ¿Está Camila?

Asiente y se echa a un lado para dejarme pasar. Entro un tanto incómodo por la situación. Debería haber avisado que vendría.

Cuando llego al salón, Camila aparece delante de mí vestida con unos leggings negros y una camiseta de manga corta del mismo color. Su pelo largo está recogido en una coleta alta y su rostro está limpio de maquillaje. Desde aquí puedo ver las ojeras que tiene bajo sus ojos, parece cansada.

En cuanto me ve, corre hasta mí y se lanza a mis brazos. La arropo con fuerza y suelto el aire contenido en los pulmones. Sus brazos me aprietan un poco más dejándome casi sin respiración pero no me importa, la necesito así.

Cuando nos separamos, acuno su rostro entre mis manos, emocionado de volverla a ver.

—Perdonad que os interrumpa, chicos. —Su tía nos sobresalta. No me acordaba de que sigue aquí, con nosotros—. Voy a ir al bar de Sofia a echarle una mano, ¿de acuerdo?

—Pero es tu día libre —replica Camila, separándose un poco de mí.

—Ahora es el tuyo. —Nos guiña un ojo antes de coger su bolso e irse.

—Yo... Perdona, no debí venir sin avisar. Os acabo de desbaratar el día.

—No te preocupes. Ven.

Agarra mi nuca con suavidad hasta que nuestros labios se unen. Suspiro en cuanto se rozan, anhelando su sabor. El beso comienza dulce pero pronto se vuelve intenso al abrir mi boca para darle acceso a nuestras lenguas. Cuando se unen, me estremezco. Bajo las manos hasta su cintura para apretarla contra mi cuerpo. Necesito su calor, su sabor, su olor... Lo necesito todo y ella me lo da.

Alzo su cuerpo y enreda sus piernas alrededor de mis caderas. El contacto nos hace gemir pero nos silenciamos en un beso aún más hambriento. Con los ojos entornados voy hasta el sofá donde me dejo caer con ella todavía en brazos, a horcajadas sobre mí. Nos separamos un poco para coger aire.

—Te he echado tanto de menos —susurra mientras une nuestras frentes—. ¿Ha pasado algo? ¿Julia está bien?

—Tengo que contarte algo.

Frunce el ceño e intenta levantarse pero pongo las manos en su cintura para retenerla. No hay ningún otro sitio donde me gustaría que estuviese que encima de mí.

—Tranquila. Supongo que es... —dudo—, bueno.

—Habla ya, Adam. Estás poniéndome nerviosa.

Le cuento todo lo que mi padre me ha dicho. El estado de la enfermedad de Julia, el trasplante de médula, la búsqueda de su madre y la posibilidad de que sea compatible. Ella me observa atentamente, sopesando todas mis palabras.

—Bueno, no es tan malo, ¿no? Quiero decir, que su madre quiera dinero para ayudar a su hija me parece horrible pero si eso puede hacer que Julia se recupere, todos saldremos ganando.

—Lo sé pero me fastidia que esa mujer sea parte de todo esto. Puede que sea su madre biológica pero nosotros somos su verdadera familia. No permitiré que se le acerque.

—No lo haré, ¿y sabes por qué? Porque tiene a los mejores padres y al mejor hermano del mundo capaces de hacer cualquier cosa por ella. —Me besa con ternura y me derrito entre sus brazos—. Sois muy valientes por enfrentaros a algo así.

—Mañana será un día muy largo. No quiero ver a esa mujer pero tengo que estar allí. Por mi padre, por Toni y por Julia.

—Yo estaré allí contigo. Juntos.

Entrelaza nuestras manos y las deja sobre mi regazo. Sonríe ante su decisión y sé que aunque quisiera, ella no se apartaría de mí en un momento como este.

—Gracias.

—Deja de agradecerme las cosas, tonto. Lo hago porque te quiero y porque eres mi novio.

Mi corazón se paraliza un instante.

—¿Qué has dicho? —susurro.

—Te quiero, Adam. —Como un loco enamorado, la beso desesperadamente—. Te quiero. —Otro beso—. Te quiero, te quiero...

Y cada vez que lo dice, le doy otro beso más. Y otro, y otro...

43 - Camila

Adam camina nervioso por el pasillo, de un lado a otro. Su padre, por el contrario, está apoyado en la pared mientras mira el reloj una y otra vez. Toni está con Julia en su habitación, ajena a todo lo que está a punto de ocurrir.

—Han pasado diez minutos de la hora. Se supone que debería estar ya aquí. —Mi novio comienza a enfadarse—. ¿Cómo va a ayudarnos si no es capaz de ser puntual?

Me acerco hasta él y agarro su mano con fuerza. Entrelazamos nuestros dedos y le doy un beso sobre el dorso para tranquilizarlo.

—Estará a punto de llegar, no te preocupes. Con el mal tiempo habrá atasco en la carretera.

Agarrados de la mano, observamos cómo la fuerte lluvia golpea la ventana. Sonríe al recordar cada vez que hemos estado juntos y ha llovido a mares. Al mirar a Adam, me regala una sonrisa triste. Probablemente también esté pensando en nuestro primer beso o en nuestra primera vez juntos. La lluvia nos acompaña en los buenos momentos. Ojalá este también sea uno de ellos.

—Raúl —dice una voz de mujer a nuestras espaldas.

Antes de que Adam y yo nos giremos para conocer a la madre de Julia, cierro los ojos con fuerza. Esa voz me resulta tan familiar que duele.

Adam sujeta mi mano con más fuerza antes de enfrentarla y yo la aprieto ligeramente para infundirle fuerzas. Pero al ver a la mujer que tenemos delante, mi mundo se paraliza.

—Mamá —susurro.

Mi novio me mira extrañado. Ni siquiera sé si me ha escuchado porque solo tengo ojos para ella. Observo a la mujer que me dio la vida, pero que también me la robó cuando se marchó hace ocho años y no volvió. La que dejó todo atrás y envió una carta de despedida. ¿Cómo es posible? Ella está muerta. Mi madre está muerta, no puede ser que la tenga ahora mismo en frente.

Con el pelo rubio ondeando sobre sus hombros y su rostro pálido, dirige una fría mirada a Adam hasta que sus ojos se cruzan con los míos. Ella se sorprende al verme y por un instante, desearía que no me reconociese.

—¿Camila?

—Estás muerta —mi voz sale en un hilo—. Deberías estar muerta.

Intenta acercarse pero Adam, consciente de la tensa situación, me agarra con suavidad y me sitúa a su espalda, lejos del escrutinio de esta mujer.

—Aléjate de ella —dice con una voz que jamás había escuchado—. Has venido aquí por Julia.

La situación me desborda y suelto la mano de Adam con rapidez. Me alejo de allí a paso ligero, dejando todo atrás. Al llegar al exterior, las lágrimas mezcladas con la lluvia no me dejan ver. Miro hacia un lado y al otro, tratando de descubrir qué dirección debería tomar. Escucho la voz de Adam llamándome y me arrojo al frente, dispuesta a correr. Necesito estar sola.

Mientras huyo, unas luces deslumbrantes me paralizan. ¿Dónde diablos estoy?

—¡Camila! —El grito de Adam me taladra los oídos y de repente me encuentro arropada por sus brazos.

Abro los ojos con rapidez. Hasta ahora no era consciente de que los había cerrado.

—Camila, ¿me oyes? —Su voz suena desesperada—. ¿Estás bien? No puedes salir de esa forma, casi te atropellan.

Asiento con la cabeza con rapidez, aturdida, mientras mis lágrimas continúan saliendo sin control.

—Ven conmigo.

—No quiero... No quiero entrar, no quiero verla.

—Iremos a otro sitio, te lo prometo.

Dejo que sus brazos me rodeen y me lleven adonde quiera que sea, lejos de aquí. Lejos de ella. Ojalá fuera un fantasma pero por desgracia su rostro se veía tan real que me cuesta cerrar los ojos y no verla. Duele muchísimo.

Media hora más tarde estamos en el lago donde Adam me llevó por primera vez. Está lloviendo tanto que nos quedamos dentro del coche.

—Voy a poner la calefacción para entrar en calor. ¿Tienes algo debajo de la sudadera? —Asiento con la cabeza—. Bien, quítatela o cogerás una pulmonía.

Obedezco de inmediato, deseando quitarme la pesada prenda. Me quedo con una camiseta de tirantes de color negro. El aire caliente comienza a calentar el interior del coche.

—Debería estar muerta. Ella misma fue quien escribió la carta de suicidio.

—No se suicidó.

—Yo la leí, Adam. Estaba escrita de su puño y letra.

—Los muertos no regresan, cariño. Nada me gustaría más que esa mujer tan despreciable no fuese tu madre pero no puedo hacer nada para cambiarlo.

—Me ha reconocido. —Todavía puedo escuchar mi nombre salir de sus labios.

—No dejaré que se acerque a ti si eso es lo que quieres, Camila. Te lo prometo.

—¿Sabes lo que he sentido al verla? Es como si tuviera otra vez ocho años, cuando mi padre murió. Como si estuviera en casa, esperando a que me diese un abrazo y cuidase de mí. No ha cambiado nada, sigue estando tan pálida y tan distante...

>>Cuando fui al cementerio por el aniversario de mi padre —continuo diciendo—, me despedí también de ella. Le pedí a mi padre que no se enfadase por haberme dejado. Decidí no odiarla, Adam. Y ahora ha vuelto. ¿Cómo puedo mirarla a la cara después de todo lo que hizo? Lleva viva todos estos años y jamás se ha dignado a saber de mí.

Nuevas lágrimas comienzan a caer por mis mejillas y las aparto con los dedos. No debería llorar por ella. No se merece ni una sola lágrima porque ya derramé muchas cuando se fue.

—Ven aquí.

Adam me lleva hasta su regazo y me abraza con fuerza. Escondo mi rostro en su cuello hasta que nuestras respiraciones se acompañan poco a poco.

—Te quiero, Camila. Y estaré aquí pase lo que pase. Afrontaremos esto como estamos afrontando todo lo demás. Pero te pido que no vuelvas a alejarte de mí, por favor. Cuando te he visto correr y un coche abalanzarse sobre ti, casi me muero. —Acaricia mi pelo mientras habla—. ¿Quieres tiempo? Tómate todo el que necesites, yo te estaré esperando con los brazos abiertos. Pase lo que pase.

—No voy a ir a ninguna parte, te lo prometo. Ahora te necesito más que nunca.

—Y yo a ti. Hagamos esto juntos, ¿vale?

—Juntos.

44 - Adam

Dejo a Camila sobre su cama con cuidado para que no se despierte. Tiene los párpados hinchados del llanto. Después de estar varias horas abrazados en mi coche, se quedó tan profundamente dormida que me dio pena despertarla. Pero con ella encima de mi regazo no podía conducir.

Al llegar a su casa nos acurrucamos en el sofá. Hasta en sueños, se aferraba a mi camiseta como si temiese que me marchara. Jamás podría hacerlo, lo es todo para mí. Se ha convertido en una parte de mí y no podría separarme de ella a menos que alguien me la arrebatará. Algo que no va a pasar nunca.

Cierro la puerta de su habitación con cuidado y cojo mis cosas sobre la mesa. No quiero dejarla sola pero necesito ir al hospital para averiguar qué ha pasado después de marcharnos.

Me dirijo hacia la puerta y antes de abrirla me encuentro con Mia vestida de policía. Me mira sorprendida, no esperaba verme allí.

—Hola, Mia. ¿Podemos hablar un momento?

Entra para dejar sus cosas encima de la mesilla y se sienta en el sofá.

—¿Ha pasado algo? ¿Y Camila?

—Está dormida. Esta mañana ha pasado algo y quiero que lo sepas. Probablemente ella también te lo contará pero quiero ponerse sobre aviso. Es su madre. Está viva, hoy ha aparecido en el hospital.

—¿Qué? —Palidece.

—Mi hermana necesita un trasplante y mi padre ha tenido que contactar con su madre biológica. Ella es adoptada, la abandonaron al nacer. Esa mujer es nuestra única alternativa por el momento pero esta mañana, al llegar al hospital, Camila estaba conmigo y la ha reconocido. Es su madre, no está muerta.

—No puede ser. —Se levanta del sofá con rapidez—. Recibimos su carta, se suicidó.

—Probablemente fuese un farol para que Camila no la buscase en el futuro. Es una mujer cruel, ha aceptado ayudar a mi hermana a cambio de dinero.

—¿Cómo puede hacer algo así?

—Yo tampoco lo entiendo. Ninguno lo hacemos pero mi padre aceptó dárselo y ahora tiene que someterse a unas pruebas para saber si es una donante compatible. Estará unos días con nosotros, como mínimo, y no sé si Camila lo soportará. Está destrozada. Me aseguraré de que esa mujer no vuelva a hacerle daño.

—Gracias, Adam. Eres un buen chico.

—La quiero, Mia. Haría lo que fuera por ella.

Tras unas breves palabras más, me marcho al hospital. Mia me ha prometido que si sucede algo con Camila, me llamará. Estoy agotado y lo peor es que el día solo acaba de comenzar.



Al llegar a la habitación del hospital, encuentro a Toni y a mi padre sentados sobre la cama.

Julia no está y me pongo en alerta rápidamente.

—Están haciéndole unas pruebas —me tranquilizan al ver mi cara de alarma.

—¿Ya se ha ido esa mujer?

—Sí. Mañana comenzarán con el procedimiento para saber si es compatible con Julia. Ni siquiera ha querido verla. ¿Qué clase de madre es?

—La misma que no solo abandonó a un bebé en la calle sino también a su hija de ocho años dejándola huérfana.

Toni, asombrado por los nuevos detalles sobre esa mujer, mira a mi padre. Este pasa el brazo sobre su hombro y lo acerca más a él.

—Es la madre de Camila —murmura.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

—El padre de Camila murió en un accidente cuando tenía ocho años. Su madre se quedó destrozada y la abandonó. Poco tiempo después, su tía y ella recibieron una carta de suicidio. Creyeron que estaba muerta. Hasta ahora.

—Vaya.

—Ya tenemos un motivo más para evitar que esa mujer se acerque a Julia. —La voz de mi padre es tajante—. No permitiremos que entre en su vida para después marcharse como pasó con Camila. ¿Cómo está?

—Sorprendida pero también destrozada. Saber que un fantasma ha dejado de serlo debe ser doloroso. Esperemos que sea apta para la donación y se marche tan pronto como ha venido. No la quiero cerca de ninguna de las dos.

—Apóyala, hijo, te necesita. Dile que cuenta con nuestro apoyo también. Si quiere algo no tiene más que decirlo.

Asiento con la cabeza. Sé que mi padre lo dice de corazón y que si Camila así lo quisiera, incluso sería capaz de ayudarla a ponerse en contacto con esa mujer. Solo espero que tome la decisión que tome, me permita estar a su lado. Todos necesitamos una mano que agarrar en algún momento de nuestra vida.

El móvil vibra desde el bolsillo de mi pantalón. Lo cojo y veo que es mi madre. Tomo aire y dirigiéndole una mirada de resignación a mi padre, me marcho hasta el pasillo.

—Mamá.

—¿Dónde estás? —Pregunta con brusquedad.

—Verás, ha pasado algo. Mi hermana está...

—*Las ventanas de la casa están cerradas —me interrumpe—, la comida de la nevera está mala y tu cuarto está hecho un asco lleno de botes de pintura. Te dije que los tirarás todos antes de que llegase pero como siempre haces lo que te da la gana, ¿verdad?*

—No he tenido tiempo para nada de eso. Apenas estoy en casa.

—¿Y dónde te estás quedando? ¿En casa de la chica? ¿En la de tu amigo?

—En el hospital y en casa de papá.

—*Lo sabía. ¿Qué te ha dicho esta vez para convencerte de que te quedas allí? Seguro que ha vuelto a llenarte la cabeza de pajaritos diciendo que puedes vivir con él y con su estúpido novio.*

—¡Mamá! —Grito cabreado para que deje un discurso que ya conozco demasiado bien. Le encanta atacar a mi padre y a Toni todavía más—. Mi hermana está muy enferma y me necesita. Me importa bien poco que la casa esté cerrada o sucia. Nada me moverá de aquí.

—*¿Ni siquiera las cosas que utilizas para jugar a ser pintor? Si no están fuera de aquí en*

unas horas te juro que acabará todo en la basura. Quedas advertido.

Y con esa amenaza, cuelga. Aprieto el móvil con fuerza queriendo destrozarlo. Maldita sea. Solo faltaba que mi madre regresara para darme más trabajo.

Voy de nuevo a la habitación de Julia para decirle a mi padre que debo regresar a casa por unas horas para poner un poco de control en la habitación.

Al día siguiente de la llamada de mi padre, cuando supe que Julia estaba finalmente ingresada en el hospital, solo fui a casa a coger algo de ropa para poder instalarme en la casa de mi padre. Quería estar en la habitación de mi hermana y nada ni nadie me lo iba a impedir. Recuerdo haber dejado algunas cosas del bar por medio y eso ha debido matar a mi madre. Todo lo que tenga que ver con la pintura, lo detesta.

Toni y mi padre sonrían tristes al despedirme. De camino al coche llamo a Drew, necesito su ayuda para despejar mi habitación lo más rápido posible y llevarlo todo al bar. Espero que a Sofía no le moleste que lo deje todo en el sótano. Bastante trabajo le he dado ya al retrasar las habitaciones. Quería inaugurarlas después del verano, justo durante estas semanas que es cuando más clientes tiene pero ha sido imposible con todo lo que está ocurriendo. Hasta que mi hermana no se recupere no puedo volver, ella me necesita. Y Camila ahora también. Son demasiadas cosas en la cabeza como para pensar ahora mismo en la pintura.

Echo muchísimo de menos tener una brocha entre mis dedos, vivir los colores y la sensación de que no importa nada más que el trazo que estoy dibujando. Pero ahora no puedo y tampoco me siento con ganas de continuar.

Drew me asegura que estará en mi casa en diez minutos. Tengo la esperanza de que mi madre haya llegado para coger algo de ropa y volver a irse, aunque ese deseo se esfuma en cuanto entro por la puerta. Las ventanas están totalmente abiertas y se escucha ruido en la cocina.

Mi amigo, que estaba esperándome en la puerta, entra conmigo cauteloso. Al llegar a la cocina veo a mi madre frente al frigorífico lanzando todo lo de dentro en una enorme bolsa de basura.

—Hola, he venido a sacar las cosas de mi habitación. No tardaré mucho, tranquila.

—Justo a tiempo. La siguiente bolsa que iba a coger sería para toda tu mierda. ¿Has visto todo esto? —Señala la comida—. Si no eres capaz de cuidar de la casa...

—Estoy cuidando de mi hermana —interrumpo—. Se está muriendo, ¿ni siquiera puedes entender eso?

—¿Qué quieres que entienda? ¿Acaso tu presencia hace que no se muera? Es una pena pero te recuerdo que tienes unas responsabilidades, Adam. Y no puedes dejarlas de buenas a primeras.

—Mis responsabilidades son cuidar de ella y estar a su lado, mamá. Me da igual lo que digas.

—Soy tu madre, la que te da un techo y comida.

—¿Techo y comida? No seas hipócrita. Sabes que todo eso lo pagas gracias al dinero de mi padre. Y con el que te costean todos los viajes que te das. ¿Acaso lo has olvidado?

Mi madre se acerca muy rápido y me golpea con fuerza. Cierro los ojos sintiendo el calor en mi mejilla. Por un momento me siento culpable de haberle dicho eso pero, por otra parte, es la verdad. Desde el primer instante que se separó de mi padre se ha creído con todo el derecho sobre mí y no es cierto. ¿Me da comida y un techo? ¡Claro que sí! Pero gracias a todo el dinero que mi padre le dio cuando se divorciaron. Eso no significa que tenga que hacer todo lo que ella quiera. Menos aún si es incapaz de tener consideración por mi hermana. Se está muriendo y ella se preocupa por la comida mala del frigorífico. Hay que fastidiarse.

—No vuelvas a hablarme así jamás. Soy tu madre y debes respetarme.

—¿Alguna vez me has respetado tú a mí? ¿Qué hay de respetar a tu hijo? Llevas toda la vida

tratándome como si fuera un extraño. Has descargado tu frustración contra mí un montón de veces y me has despreciado. Y si he seguido aquí es porque eres mi madre y te respeto. Pero eso se acabó. Cogeré mis cosas y me iré, te lo prometo. Así no tendrás que preocuparte más por el estado de la casa ni por la comida que me das. Son todo tuyo.

Ella sonríe maliciosa y vuelve a acercarse lentamente. Al quedar frente a mí, se acerca a mi oído y susurra con desdén.

—Corre, vete. Te aseguro que estarás de vuelta en unos días y te hará falta más de una súplica para vivir aquí de nuevo.

Con decisión se marcha de la cocina. Desde la puerta, Drew me observa callado y pálido. No es la primera vez que presencia una pelea con mi madre pero sí la primera que se nos va de las manos. Sobre todo a ella, literalmente. Mi madre nunca me ha puesto una mano encima hasta este momento, y no sabría decir si me ha dolido más el golpe o sus palabras.

Escuchamos la puerta de casa cerrarse con fuerza y entonces mi amigo se mueve. Cuando me alcanza, me abraza y yo me vuelvo a derrumbar como hace unos días. Siempre he creído que cuando alguien se derrumba, lo hace para después levantarse con fuerza. Pero últimamente siento que lo único que hago es caer para después volver a hacerlo de nuevo aún más profundo. Me pregunto cuándo encontraré la última capa de suelo.

45 - Camila

Ha pasado una semana desde que mi madre apareció y todos los días rezo para que sea una pesadilla y que todo vuelva al principio, como cuando ella no estaba.

Todas las noches tengo pesadillas donde regresa como lo hizo aquel día en el hospital, pero en escenarios distintos. A veces está en el cementerio junto a la tumba de mi padre, otras vuelvo a ser la niña pequeña que abandonó y la veo entrar por la puerta de casa... Entonces me despierto sudorosa y con lágrimas en los ojos.

Intento mantenerme ocupada todas las horas del día para olvidar un poco la situación. Por la mañana voy a clase, después de comer voy al hospital a ver a Julia y por último paso el resto de la tarde y la noche ayudando a Sofía en el bar. Todos los días lo mismo aunque debo admitir que ni siquiera eso hace que no piense en ella.

Tiene el mismo aspecto que años atrás. Su pelo de color rubio y largo, como siempre le ha gustado tenerlo, su pálida piel salpicada por pequeños lunares, sin una pizca de maquillaje. Pero sus ojos verdes estaban tan fríos que me dio miedo cuando los miré. Cuando éramos una familia siempre tenía una sonrisa, en eso Julia se parece mucho. Valoraba las pequeñas cosas, no como ahora, supongo.

Cuando pienso lo que le hizo, abandonarla siendo solo un bebé, me hierva la sangre. No puedo creer que haya sido capaz y, lo que es peor, que quiera dinero para poder ayudarla. ¡Es su hija! ¿Acaso no tiene corazón?

En todos estos días que he visitado a la pequeña no me he cruzado con ella. Después de pasar por las pruebas médicas, se marchaba a vete a saber dónde. Sabíamos que estaba yendo al hospital porque el amigo de mi tía nos ponía al tanto. No ha visitado a Julia en ningún momento y en el fondo me alegro. Probablemente esa mujer se marche en cuanto esté todo listo y no querrá saber nada más de ella. Ni tampoco de mí. Así que no es necesario que entre en su vida porque jamás la considerará una madre, a pesar de serlo biológicamente. Dicen que no se puede echar de menos a aquello que no se ha tenido, ¿no? Con ella, esa frase viene como anillo al dedo.

Sin embargo para mí no ocurre lo mismo. Yo sí supe lo que era tener una madre desde el primer instante. Jugar con ella en el parque, comer sus tortitas todas las mañanas para desayunar en familia, celebrar los cumpleaños donde me regalaba algo especial cada año. Todo eso me lo arrebató el día que se fue y ya no va a volver jamás.

Dejo esos pensamientos a un lado mientras cojo el bolso para marcharme. Ya he terminado de comer y antes de ir al bar quiero pasarme por el hospital. Julia ha pasado unos días regular porque la quimioterapia le está sentando peor de lo que esperábamos. Además, el médico nos informó de que mañana tendrían listos los resultados de las pruebas para saber si mi madre es una donante compatible. ¿Aunqu debería decir nuestra madre?

Pensar en Julia como mi hermana era algo impensable hasta hace una semana. Me enamoré de ella en cuanto la conocí en el bar y me manchó el brazo de pintura. El hecho de saber que es mi hermana pequeña hace que el corazón me dé un vuelco y que el estómago se llene de mariposas. Es lo mejor de toda esta horrible situación.

Al abrir la puerta de casa para marcharme se me paraliza la respiración. Mi madre está al otro lado y me observa con esa frialdad tan poco común en ella. Aunque ¿verdaderamente la conozco? No, en absoluto.

—Camila.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Tengo contactos. ¿Podemos hablar?

—¿Lo dejarás estar si me niego? —Aprieto la mano sobre la puerta tan fuerte que mis nudillos se vuelven blancos. Mi madre niega con la cabeza y yo me enciendo. No debería estar aquí.

Sopeso durante unos segundos qué debería hacer mientras ella se mantiene firme en el umbral. Su mirada me recorre de pies a cabeza y cierra los ojos con fuerza durante un instante.

—Te pareces tanto a tu padre.

Escuchar cómo salen esas palabras de su boca me cabrea mucho más.

—No sé a qué has venido exactamente pero solo te daré unos minutos. Es más de lo que tú me diste cuando te marchaste.

Me aparto a un lado para que entre en casa. Prefiero no tener esta conversación en el rellano. Dios sabe qué pasará cuando abra la boca.

Ella entra hasta llegar al salón y se acomoda en el sofá como si estuviera en su propia casa. La miro con los brazos cruzados a tan solo unos metros de ella, no me apetece sentarme y mucho menos a su lado. Su presencia hace que la habitación me resulte no solo pequeña sino también claustrofóbica.

—Cuando tu padre nos dejó me quedé destrozada. Ni siquiera tenía ganas de vivir. No sé si a tu edad sabrás lo que es el amor pero cuando amas con tanta fuerza y la vida te lo arrebatata, todo lo demás deja de importar. No quieres comer, beber, respirar..., nada. Tu tía me decía que debía ser fuerte por ti, pero cada vez que te miraba a la cara veía tanto de él en ti que no pude. No podía estar contigo y por eso me marché.

Respiro poco a poco, tomando pequeñas bocanadas de aire para intentar calmar mis nervios. Todos estos años he estado deseando saber el motivo de su marcha. Por qué lo hizo, adónde fue, por qué pensó que su vida valía tan poco como para suicidarse. Pero nunca obtuve respuesta porque ella se la había llevado a la tumba. Y ahora, tenerla frente a mí y escuchar sus palabras, es más de lo que puedo soportar.

—¿Crees que a mí no me dolió perderle? Era mi padre, mi amigo, mi héroe. Y también me lo arrebataron, como a ti. Así que, ¿te das cuenta de lo ridícula que suenas al dar una excusa tan pobre como que no podías estar conmigo porque me parecía a él?

—Es la verdad. Marcharme fue lo mejor que hice y deberías agradecerme en lugar de echármelo en cara. Probablemente ahora no tendrías todo lo que tienes ni tampoco serías quien eres.

—No me conoces —espeto con rabia—, ni me conocerás jamás. Puede que seas mi madre porque tengo tu sangre pero nunca me conocerás en realidad. Todo lo que tengo es gracias a mi tía, no es a ti a quien tengo que agradecerle nada.

—¿Y quién hizo que estuvieras con tu tía? ¿Crees que te habría dejado de saber que estarías sola? Mia siempre ha querido ser madre y yo le di la oportunidad de tener una hija. Tú.

Me carcajeo con frialdad. No puedo creer que esté diciendo eso. Si Mia estuviese ahora mismo delante le cerraría la boca de inmediato.

—Fuiste egoísta y lo sigues siendo. Te fuiste sin importar nada más que tu propia vida. ¿No querías comer ni vivir? ¿Qué haces aquí entonces? ¿Por qué me hiciste creer que estabas muerta?

—Cuando te escribí esa carta iba en serio. Quería suicidarme y lo intenté. Pero mi vecina llegó a tiempo y lo paró todo. Ella me ayudó a seguir adelante. Y eso hice. No volví a contactar contigo porque quería que supieras que estaba muerta para que no me buscaras.

—¿Qué clase de madre le envía a su hija una carta de suicidio? Dios mío. —Llevo las manos a mi cabeza con frustración—. ¿Acaso te estás escuchando? ¿Todo esto es verdad o es una clase de broma?

—No he dicho nada que no sea cierto, hija.

—No vuelvas a llamarme así. Perdiste el derecho de hacerlo el día que te fuiste. Papá no tuvo opción pero tú sí y decidiste tomar el camino fácil. Déjame decirte algo. —Me acerco hasta quedar frente a ella y me agacho hasta quedar a su altura—. Nunca he amado con tanta fuerza como tú lo hacías con papá pero espero que cuando lo haga, no se convierta en un motivo para hacer algo tan horrible como abandonar a una hija. ¿Y qué si me parecía a él? ¿Acaso las personas no guardan y cuidan los recuerdos de un ser querido?

—Yo no podía hacer nada por ti, nada más que dejarte.

—¿Y Julia? ¿Qué pasó con ella?

Se sorprende por mi pregunta, su mirada la delata. No pensaba que sacaría ese tema pero ya que los motivos de su marcha no me convencen en absoluto, necesito saber qué pasó con ella.

—Con ella fue diferente. Me quedé embarazada de un hombre que conocí una noche. Estaba sola, no podía hacerme cargo de un bebé. La tienda donde trabajaba me dio la oportunidad de regresar después de dar a luz. No tenía a nadie con quien dejarla.

—Y la dejaste en la calle. Podrías habérsela dado a la policía, a los asuntos sociales, a quien sea. Pero decidiste dejarla en la calle.

—No deberías juzgarme cuando no sabes cómo reaccionarías tú misma ante una situación así.

—¿Y ahora? Has aceptado ayudarla por dinero.

—Me hace falta y no voy a desaprovechar la oportunidad de ganar una buena cantidad de dinero.

—¡Es tu hija quien se está muriendo! —Grito con todas mis fuerzas y me arde la garganta. Me levanto y comienzo a pasear de un lado a otro en el salón. No aguanto más esta situación—. Eres la mujer más despreciable que he conocido jamás.

Mi madre se levanta y se acerca hasta mí. Mi cuerpo se paraliza ante su próximo movimiento. No voy a permitir que se atreva a tocarme.

—Escúchame, sé que ahora estás dolida pero con el tiempo...

—No quiero volver a verte —interrumpo y ella se paraliza. Sus ojos siguen fríos, al igual que su rostro—. Jamás. Te recuerdo que estás aquí por Julia o, como tú dices, para ganar una buena cantidad de dinero así que haz todo lo que puedas por ella. Porque si no lo haces, te perseguiré el resto de tu vida. Ahora lárgate de mi casa.

Sin pensarlo ni un segundo, se marcha con la cabeza bien alta y da un sonoro portazo. Cierro los ojos con fuerza, evitando derramar lágrimas que no se merece. Esta conversación no ha servido de nada. Solo ha conseguido que la odie todavía más.

Antes de derrumbarme, me marché al hospital. Puede que para ella, Julia no sea su prioridad pero para mí sí. Es mi hermana y lucharé lo que sea necesario para que nadie me la arrebatase.

46 - Adam

—¿Estás nervioso?

Drew me observa con atención después de hacer la pregunta. Hace unos días nos informaron de que la madre de Julia tiene todas posibilidades de poder ser una donante compatible, así que el trasplante podría ser mañana. Todos nos alegramos con ese nuevo rayito de esperanza, aunque también estamos muy nerviosos. Mi hermana está cada vez peor. La quimioterapia está pudiendo con ella pero no ha quedado más remedio que terminar el tratamiento para poder llevar a cabo el trasplante.

Verla cada día tan pálida y triste hace que mi corazón se resquebraje cada vez más. Temo que tarde más tiempo en recuperarse, no sé si podré aguantar un minuto más en el hospital. He llegado a cogerle verdadero repelús a su habitación.

—Demasiado —contesto mientras entramos en la cafetería donde hemos quedado con las chicas—. Todos lo estamos. Es nuestra última esperanza.

—Verás como sale bien. Al final no ha sido tan malo que esa mujer apareciera.

—Esa mujer ha podido con todos nosotros. Ha enfurecido a mi padre, cosa que creía que en este mundo nadie podría hacerlo, me ha sacado de mis casillas y ha destrozado a Camila en el proceso. Todo en tan solo unos días. Estoy deseando que se marche de una vez por todas.

—¿Cómo lleva Camila el tener una nueva hermana?

Su pregunta me hace sonreír después de estar varios días sin hacerlo. Tras el shock que supuso la aparición de su madre, nadie cayó en la cuenta de que Julia y ella son hermanas. Drew lo comentó al día siguiente, cuando ella apareció en el hospital y mi padre se lanzó a sus brazos para apoyarla. Mi amigo, como buen cotilla que es, no solo pegó la oreja sino que empezó a preguntar hasta que obtuvo una respuesta.

—Está feliz por eso. Adora a Julia.

—Como todos. ¿Ahora tendré que considerarla una hermana como a ti? ¿Tendré que llamarla “hermana”?

—¿Desde cuándo me llamas hermano? No recuerdo haberte escuchado nunca.

—Podría empezar ahora. ¿Os tendría que considerar hermanastros?

—Dios, no. —Río con ganas—. No lo somos y será mejor que no lées más las cosas. Bastante sorprendida se quedará Julia cuando se entere.

—¿Cuándo pensáis decírselo?

—Cuando se recupere. Camila se muere por contárselo. Julia siempre ha querido una hermana y se ha tenido que conformar con nosotros.

—Yo molo más que Camila, admítelo.

—Jamás haré eso. —Me carcajeo.

—Se me olvidaba que es tu novia, cuenta con una ventaja sexual.

—Como se te ocurra decir eso, tanto ella como sus amigas te cortarán la lengua y no esperes mi ayuda. Aquí me quedaré sentado para verlo.

—No me importaría que las gemelas hicieran uso de mi...

—¿De qué? —Dice Alma al llegar a la mesa donde estamos sentados—. Termina la frase, guapito.

—¿Qué tal, amigas mías? ¿Dónde habéis dejado a Olaf y Sven? ¿También tenéis disfraces de policía sexy? Siempre me han flipado.

Las gemelas se sientan alrededor de la mesa mientras que Camila se pone a mi lado. La beso en los labios y ella me regala una de sus dulces sonrisas. Últimamente sonrío como antes y eso me encanta. Me emociona verla contenta.

Alma continúa su conversación con Drew mientras el resto los miramos sonriendo. Estos dos forman una pareja curiosa, la diversión con ellos está asegurada.

—Si tanta ilusión te hace puedo hablar con la tía de Camila para que me deje la porra, verás como en unos minutos te quito las ganas de ver a una mujer disfrazada y enseñando cachas.

—Oh, puedo convencerla de que te la deje si quieres. Le encantará el uso que le darías — comenta Camila, maliciosa.

La atraigo hacia mí con suavidad para enterrar el rostro en su cuello. Mi risa escondida le hace cosquillas y se le eriza la piel.

—Eres mala con Drew —susurro para que solo ella lo escuche.

Cuando vuelvo la mirada a su rostro, una chispa de emoción salpica sus ojos. Estar aquí con nuestros amigos es un soplo de aire fresco. Nos hacía mucha falta, sobre todo ante lo que está por llegar.

—¿Cómo estás? —Pregunta ajena a nuestros amigos que siguen conversando entre ellos.

—Nervioso. ¿Y tú?

—También. No paro de pensar en lo que puede pasar mañana. Estaré en el hospital a primera hora, quiero estar al tanto de todo.

—Duerme conmigo hoy. Descansaremos mejor si estamos juntos y mañana podremos ir los dos al hospital.

—Me has convencido. Cuando terminemos con ellos —señala a nuestros amigos—, y si han acabado con vida, llevaré a las chicas a casa y pararé en la mía para coger algo de ropa.

—Vale.

Emocionado por la idea de pasar la noche juntos, acerco sus labios a los míos y la beso con cariño sin importar que nuestros amigos nos vitoreen por el espectáculo.

Al separarnos, mi móvil comienza a sonar. Veo el nombre de Toni en la pantalla y frunzo el ceño. Es muy raro que sea él quien me llame en lugar de mi padre.

—¿Sí? —Contesto nervioso ante la atenta mirada de todos mis amigos.

—*Adam, necesito que vengas corriendo, por favor.*

Su voz me pone en alerta. Rezo internamente porque no le haya pasado nada a Julia.

—¿Qué ha pasado? ¿Julia está bien?

—*Sí, es tu padre. Ven todo lo rápido que puedas.*

Cuelga tras esas últimas palabras. Me levanto con rapidez de la silla y salgo corriendo hacia la salida dejando atrás a mis amigos. Escucho los pasos acelerados de alguien que me sigue. Me doy la vuelta para enfrenarlo y me encuentro a Camila. Está pálida.

—Adam, ¿qué ha pasado?

—Es mi padre. Toni quiere que vaya corriendo al hospital.

—Te acompaño.



Diez minutos más tarde, estoy en el hospital. Camila y yo aceleramos el paso hasta llegar a la planta infantil. Al final del pasillo, un hombre está sentado en el suelo mientras se sujeta la cabeza con las manos. El mundo se vuelve a sacudir cuando descubro que es mi padre.

Suelto la mano de mi novia y corro con prisa. Al llegar a su lado, me arrodillo frente a él.

—Papá. —Acaricio su cabeza para llamar su atención. Él la levanta con rapidez y me mira con los ojos hinchados y cubiertos de lágrimas. ¿Qué narices ha pasado?

—Se ha ido, hijo. Se ha ido.

—¿Quién?

—Esa mujer. Ha cogido el dinero y se ha ido.

—Seguro que volverá, papá. Mañana es el día, no puede dejarnos después de todas las pruebas que se ha hecho.

—Ha dejado una carta en la recepción del hospital. Se ha ido y no va a volver. No quiere que la localicemos ni que tratemos de contactar con ella. Nos ha traicionado, Adam. Y Julia de cada vez está peor. Sin ella, no sé si sobreviviré.

Comienza a llorar desconsoladamente mientras mi cuerpo se paraliza. No puedo creer lo que está diciendo. No quiero creerlo.

—No puede ser, papá. Regresará.

—¡No! —Grita con fuerza, llamando la atención de varios familiares que pasan por allí—. ¡No va a volver!

—No. No... —susurro una y otra vez.

La última esperanza que teníamos con Julia acaba de desaparecer con esa maldita mujer. ¿Qué narices debemos hacer ahora? ¿Esperar a que Julia muera? Es mi hermana, joder. No podré soportarlo.

Me derrumbo en el suelo y yo también rompo a llorar. No es posible que esté pasando esto.

—Yo puedo ayudar.

La voz rota de Camila nos hace levantar a los dos la cabeza. Todavía sentado, me doy la vuelta para enfrentarla.

—Soy su hermana biológica. Hay posibilidades de que yo también sea compatible. Ahora mismo hablaré con el médico para que me hagan las pruebas y si sale todo bien, que el trasplante sea en los próximos días. Iré a otro hospital si es necesario, pagaré lo que sea para hacerlo lo más rápido posible. Me niego a aceptar que nos rindamos porque esa mujer se haya ido.

Al nombrar a su madre, su cara refleja odio y asco. Sopeso su idea, puede funcionar. Ella también comparte su sangre. El médico nos dijo que entre hermanos el porcentaje de compatibilidad a veces es más alto. Por intentarlo no perdemos nada.

Mi padre se levanta con rapidez y la abraza. Entre sus brazos, repite una y otra vez palabras de agradecimiento. Ella lo rodea con sus brazos y me sonrío débilmente con los ojos llenos en lágrimas. No sé si es consciente de la gravedad del asunto pero, sin pensarlo, nos ha devuelto ese rayito de esperanza que perdimos hace unos instantes.

Acaricio la cama para intentar retener su esencia entre mis dedos. Una nueva lágrima rueda por mi mejilla hasta caer sobre el colchón, manchándolo. Observo los pequeños círculos que se forman por el llanto. Los cuento. Uno, dos, tres, cuatro... Durante el recuento, mis ojos se topan con un trozo de tela negra y blanca. El pingüino de peluche me recuerda dónde estoy. Lo agarro con delicadeza y lo acaricio. Siempre ha sido su preferido.

Recuerdo el día que la vi por primera vez abrazando al peluche. Después de aquello, en sus cumpleaños le regalaba otros peluches en función de su película favorita del momento. Pero *Pingu* siempre fue su favorito. Toni se lo regaló en una de las visitas al centro donde estaba antes de ser adoptada. Tenía los brazos muy menudos pero, según él, abrazó tanto al peluche que parecían fusionarse.

Me lo llevo al pecho y lo abrazo como ella lo haría. Cierro los ojos con fuerza al sentir el tacto acolchado y suave.

—¿Qué haremos ahora, *Pingu*? —Pregunto aun sabiendo que no tendré respuesta.

Lloro en silencio aferrándome a su regalo más preciado para sentirla más cerca. Por mucho que mi padre se haya empeñado en meterlo en la lavadora más veces de las que Julia quería, siempre ha guardado su olor. Y ahora... Todo lo que me queda es esto.

—Disculpe. —La enfermera entra en la habitación y comienza a recogerla—. Lamento decirle esto pero debe abandonar la habitación. Tengo que limpiarla.

Asiento con la cabeza. Con el pingüino entre mis brazos, salgo de allí despacio. Es como si tuviera varios kilos de cemento sobre los pies y apenas pudiera moverlos. Al llegar al pasillo, observo ambos lados esperando ver una cara conocida pero solo veo enfermeros, médicos y algunos familiares.

No sé dónde está mi padre, ni tampoco Toni. Me siento asustado y perdido sin ellos. Sin mi familia. Tiemblo ligeramente y pienso en Camila. Ojalá estuviera aquí conmigo.

Y como si mi mente la estuviera invocando, escucho su voz llamándome. Alzo la cabeza y la veo correr hasta mí.

—Adam. —Agarra mi cara y me obliga a mirarla. Sus ojos están rojos e hinchados.

Entonces nos abrazamos con tanta fuerza que nuestros cuerpos caen de rodillas al suelo. Uno frente al otro, nos aferramos a lo poco que nos queda mientras lloramos dolorosamente.

—Ya no está —susurro—. Se ha ido, Camila. Se ha ido. ¡Se ha ido!

Grito la última frase con tanta fuerza que siento cómo se me desgarran la garganta. Mi corazón está tan roto que no siento nada en el resto de mi cuerpo. Es como si estuviera muerto en vida. Sé que debo respirar porque mi cuerpo así lo necesita, pero no quiero y eso me duele aún más. Me duele ser yo quien esté en pie y no ella. Me duele no haber llegado a tiempo y haber dejado que el destino ganase. No es justo.

Varios enfermeros se acercan hasta nosotros para que nos marchemos y no demos el espectáculo, pero los ignoramos. Entre el murmullo distingo la voz del amigo de Mia, el médico que no pudo ayudarnos por más que quiso, y de pronto dejamos de escucharlos a todos. Se hace el silencio a nuestro alrededor y eso me permite escuchar los latidos frenéticos del corazón de Camila. Está tan destrozada como yo.

Sin soltar sus brazos, me separo un instante de su pecho y la observo con atención. Ya no es la misma chica que conocí hace unos meses. Está distinta. La enfermedad de Julia nos ha cambiado poco a poco hasta tal punto que me cuesta reconocerla. ¿Ella también verá eso en mí?

Camila baja la mirada hasta aquello que impide que nuestros pechos se toquen. *Pingu* sigue

aquí, con nosotros, como si fuera Julia. Me niego a creer lo contrario. Ella no puede haberse marchado, todavía le faltan muchas cosas por vivir. Tiene que empezar el colegio como la niña mayor que es, ver *Frozen* otras cientos de veces, comer las dos bolas de helado que Drew siempre le promete, ayudarme a pintar la habitación del bar que queda, enamorarse para después advertir a su novio que como se pase de listo se las verá conmigo, volver a hacer churros poniéndolo todo perdido... Y mucho más.

Camila acaricia el peluche con mimo, sabiendo el afecto que mi hermana le tenía. Una de sus lágrimas cae sobre el pico del animal.

—Me enseñasteis el verdadero significado de sonreír pero ¿cómo podremos hacerlo ahora cuando no la tenemos a ella? —Cuestiona con tristeza.

—Esto ya no es vida. Es lo más parecido al infierno que he conocido jamás.



Una semana más tarde

—Y fueron felices y comieron perdices.

Cierro la tapa del cuento y lo dejo sobre mi pecho. Como cada noche, espero escuchar el aplauso de Julia. Cuando me quedaba a dormir con ella, siempre me pedía que lo leyese. Era su favorito y al terminar con la misma frase, aplaudía con alegría. Le encantaba que pusiera voces interpretando a los personajes. Incluso me metía tanto en el papel que fingía estar triste o carcajearme cuando los personajes lo hacían. Mientras ella siguiera mirándome con esos ojos ilusionados, yo me creía capaz de cualquier cosa.

Me levanto para dejar el cuento en su sitio y vuelvo a la cama con *Pingu*. Desde que hace unos días me instalé en casa de mi padre, concretamente en el cuarto de mi hermana, no me he despegado de él. Es como si una pequeña parte de ella siguiera aquí conmigo.

Cuando fui a recoger las últimas cosas en casa de mi madre para mudarme definitivamente, ella me miró con odio. No creía que fuese capaz de hacer algo así. Claro que yo tampoco creía que ni siquiera fuese capaz de darme el pésame por la muerte de mi hermana. Cuando le dije que había muerto, ella mostró indiferencia. Eso es algo que jamás le perdonaré.

Toni y mi padre me acogieron con los brazos abiertos. Ahora sin mi hermana en casa había demasiado silencio. Si bien no es que yo sea muy hablador, apenas salgo de su habitación. ¿Qué otra cosa tendría que hacer fuera? Ambos intentan que salga, que vea a mis amigos pero no puedo. Sé que si salgo de esta habitación, cuando regrese, todo habrá cambiado. Ya no olerá igual, ni tampoco será igual por lo que quiero guardar dentro de mí cada pequeño fragmento de mi hermana para que nunca desaparezca.

He recibido varios mensajes de Drew y de Camila, incluso de Sofia. Ninguno esperábamos que esto sucediera pero ahora hay que tratar de asumirlo. Mi amigo ha intentado dejarse caer por casa pero según mi padre, en cuanto toca el timbre y la puerta se abre, sale corriendo escaleras abajo. En uno de sus mensajes me explicó que no está preparado para enfrentar los recuerdos que suponen las cosas de Julia. La quería como a una hermana pequeña.

En cuanto a Camila, ha estado aquí en dos ocasiones. La primera vez que entró, rompió a llorar tan fuerte que Toni y mi padre vinieron corriendo pensando que me había pasado algo. Al verla en el suelo, rota y sumida en el llanto, se abrazaron a ella durante lo que me parecieron horas. Recuerdo que me quedé sentado en la cama viendo cómo lo que quedaba de mi familia caía como

un castillo de arena al contacto con el mar.

La segunda vez que lo hizo, trató de calmarse y aunque no lloró tanto como la primera, varias lágrimas rodaron por sus mejillas. Logró llegar hasta la cama para abrazarme. Estuvimos unas horas hablando de las cosas que más le gustaban a Julia hasta que, tras un dulce beso, se marchó.

Me acuesto sobre la pequeña cama flexionando las piernas. Mañana me levantaré con dolor de espalda, como cada día, pero no me importa. Cierro los ojos pensando en Camila y en lo injusta que es la vida. Tantos años sin saber que tenía una hermana y ahora, cuando la encuentra, se marcha.

48 - Camila

Estoy agotada. Anoche no pude pegar ojo y solo cuando vi por la ventana que estaba amaneciendo, me levanté.

Desde que Julia se fue, los días se me antojan eternos y monótonos. Me despierto, voy a la universidad, como algo, voy al bar a ayudar a Sofía y regreso a casa a la espera de que la noche pase y comience un nuevo día. Otro que será idéntico al anterior. Me recuerda hace unas semanas cuando debía ocupar mi mente en otras cosas para no pensar en la carita de mi hermana en el hospital. Tan triste y tan pálida. Solo que ahora todo es mucho peor porque ya no está.

Cierro los ojos con fuerza y al hacerlo, la imagen de todo lo vivido esta mañana me atormenta. Las gotas de lluvia mojándolo todo, el silencio, el pequeño ataúd de color blanco, las pequeñas flores del mismo color, su peluche preferido al lado de una fotografía suya y las pocas personas que habían allí, pues no le había dado tiempo de descubrir mundo. Creía que después de enterrar a mi padre no podría pasar por nada más doloroso pero me equivocaba. Ver cómo hunden bajo tierra a alguien tan pequeño es desgarrador. Todavía más si era de mi sangre.

Desde que me enteré de que era mi hermana, no he podido dejar de ver similitudes entre nosotras. Es cierto que ella heredó el pelo rubio de mi madre, mientras que yo el castaño de mi padre, pero tanto los ojos, como la nariz y los labios, eran idénticos a los míos. Nunca me había parado a pensar en cómo sería tener un hermano o una hermana, pero estoy segura de que de haberlo imaginado, Julia sería un reflejo perfecto.

Bajo la cabeza derrotada por lo que el destino tenía preparado para ella y varias lágrimas ruedan por mis mejillas, esto es demasiado duro. Abro los ojos despacio y observo mis manos sobre el pantalón negro que he tenido que ponerme hoy. Las aprieto con fuerza sobre la tela y grito.

—¡Maldita sea! ¡Joder! ¡Joder!

Me levanto con furia y voy a mi habitación. Estoy sola en casa, mi tía está trabajando así que puedo moverme con libertad y expresar todo lo que siento ahora mismo. Agarro la ropa con fuerza y me la quito a tirones hasta quedarme desnuda. Corro hacia la ducha y tras abrir el grifo, me meto bajo la cascada de agua. Está helada pero me da igual.

Mi cabeza rememora la llamada de Raúl hace una semana. Su voz rota y apenas inaudible por el llanto, la tristeza por la noticia... Julia murió unos días más tarde de que me ofreciera a hacerme las pruebas para saber si éramos compatibles.

Tras la marcha de mi madre, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ella. Pero no aguantó todo lo que estaba sosteniendo sobre sus pequeños hombros. La quimioterapia, una infección tras otra, la pérdida de apetito... Su cuerpo se estaba apagando poco a poco y nosotros no podíamos hacer otra cosa que esperar un milagro. Si mi madre hubiese ayudado cuando lo prometió, quizá nada de esto estaría pasando. Recordarla me enfurece tanto que a veces me siento podrida por dentro de tanto odio.

Apoyo la cabeza sobre la pared de la ducha y grito. Grito con fuerza mientras el llanto acude de nuevo a mí. Grito por todo lo ocurrido y por todo lo que podría haber sido si no fuera porque

el destino nos la ha jugado. Grito por perder a una hermana sin haber podido casi conocerla. Grito por todo lo que le quedaba aún por vivir. Y grito porque sin ella, nuestras vidas están vacías.

Ni siquiera sé cuánto tiempo paso llorando bajo el agua. Tengo los dedos arrugados y la garganta en carne viva. Incluso tragar saliva me molesta. En silencio, voy hasta mi habitación envuelta en una toalla. Recojo la ropa que antes había tirado en el suelo y la meto dentro de una bolsa. No quiero volver a verla jamás. Hago un nudo para cerrar la bolsa y la dejo en una esquina de la habitación.

Después de vestirme, saco el móvil del bolso. Tengo una llamada perdida de Adam y varios mensajes de Drew, Alma y Sara. Mis amigas están al tanto de todo lo ocurrido. No las veo desde el día de la cafetería, no me siento con fuerzas de ver a nadie. Ellas han querido venir a casa para vernos pero a veces estoy tan ocupada que hasta olvido comer algo.

Reviso los mensajes. Ellas me animan en este momento tan duro y Drew me ofrece su apoyo incondicional.

Sé que ha sido una mañana muy dura pero quiero que sepas que Príncipe Encantador nunca dejará que Mamá Dory esté sola y triste. La Princesa Elsa no querría vernos así. Estar sola ahora te parecerá el mejor de los caminos pero no olvides que los mejores momentos se viven acompañado. Estaré a un solo paso de ti. Cuidate.

Sus palabras me abruman y a la vez hace que sonrío con melancolía al recordar el día en los recreativos donde encontramos el nombre ideal para Adam. Príncipe Encantador, Princesa Elsa, Mamá Dory y Pascal. Esos nombres serán inolvidables, como todos los recuerdos que vivimos junto a ella. Respondo de forma escueta para agradecerle sus palabras y llamo a Adam.

—Hola —digo nada más descolgar—. Estaba en la ducha.

—*No te preocupes. Solo quería saber si llegaste bien a casa.*

Su voz suena más apagada que en los últimos días. Esta mañana, al verlo en el cementerio, estaba muy distinto. Pálido, ojeroso, mucho más delgado... No parecía él. Durante todo el entierro permaneció quieto al lado de su padre. Parecía una estatua. No soltó ninguna lágrima aunque su mandíbula estaba tensa. Cuando fui a su casa hace unos días, prometió que no volvería a llorar porque Julia odiaba las lágrimas. Y así lo está haciendo. Lástima que yo no pueda hacerlo también.

—Sí, lo siento —susurro—. ¿Necesitas hablar?

—*No lo sé. Te contaría lo que he sentido esta mañana al ver cómo su cuerpo bajaba hasta tocar la tierra pero tú también estabas allí. Todos lo estabais. A veces creo que me ahogo y lo peor es que no quiero hacer nada para remediarlo.*

—Sentí la misma sensación cuando mi padre murió. Y la volví a revivir cuando mi madre se fue. Ahora con la marcha de Julia, he luchado con todas mis fuerzas para que esa sensación no me venza.

—*¿Y lo has conseguido?*

—No soy fuerte, Adam. Ninguno lo somos tras pasar por una situación así. Pero ser débil no es malo. Eso demuestra que tenemos corazón y que aunque pensemos que ha dejado de latir porque Julia ya no esté, seguirá haciéndolo.

Él suspira al otro lado de la línea y permanece unos segundos en silencio.

—*¿Qué se supone que voy a hacer? Porque nunca me he sentido tan perdido como ahora. Estoy perdido, Camila, perdido sin ella.*

—Entonces deberás encontrarte.

—*¿Pero cómo?* —Comenta con desesperación.

—Ojalá supiera la respuesta. A mí también me serviría.

—*Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?*

—Lo sé. Te quiero, mi Pascal.

Tras despedirnos, cuelgo el teléfono y lo dejo en el escritorio. Hoy no tengo clase ni tampoco que ir al bar de Sofía. Tengo el día libre pero no me apetece hacer nada. Quiero ir a ver a Adam pero decido ir más tarde, necesita descansar.

Para mantener la cabeza ocupada, comienzo a ordenar los libros de mi estantería. No tengo muchos pero me tomo mi tiempo mientras los saco todos para después ponerlos de nuevo. Al sacar el cuento que mi padre me leía de niña, una pequeña tarjeta sale despedida hacia el suelo. La cojo y veo un número de teléfono escrito con bolígrafo. Trato de recordar a quién puede pertenecer y qué hacía dentro del cuento de papá.

Camino de un lado a otro de la habitación hasta que recuerdo de quién es y freno en seco. Es de mi madre. Raúl me la dio unos días más tarde de que ella apareciese por si quería llamarla y saber qué pasó durante todo este tiempo. No recuerdo haberla guardado ahí, aunque tampoco recuerdo muchas cosas de estos últimos meses. Es como si algunos detalles estuvieran borrosos.

Miro el móvil desde el escritorio y me siento tentada de llamar. Quiero que sepa cuáles han sido las consecuencias de su marcha. Que Julia ya no está con nosotros y que ella le robó la única oportunidad de salvarse. Fue muy egoísta y ahora nosotros estamos asumiendo las consecuencias. ¿Qué explicación tendrá para eso?

Tecleo con fuerza los números, dejándome llevar por la rabia y el rencor. Un tono, dos tonos... Con cada uno de ellos, el nudo de mi estómago se va haciendo más y más grande. Respiro profundo y trato de tranquilizarme pues quiero decirle tantas cosas que no voy a dejar que los nervios me jueguen una mala pasada y me deje algunas.

—*¿Sí? ¿Quién es?*

Un ligero acento acompaña la voz del hombre. Me quedo muda al pensar que pueda haberme equivocado de número. Y yo que pensaba poner el grito al cielo en cuanto escuchara su voz.

Una nueva voz se escucha de fondo preguntándole al hombre quién llama. Es de una mujer. Mi madre.

—*No lo sé, cariño. Solo se escucha una respiración.*

Y tras decir eso, cuelga. Me quedo de piedra ante los nuevos acontecimientos. ¿Por eso se fue? ¿Porque tiene otra familia? Creo recordar que Raúl me dijo que estaba sola y que por eso necesitaba el dinero que le ofreció. ¿Entonces ese hombre quién es? ¿Cómo puede estar viviendo tan tranquila cuando su hija acaba de morir? ¡Joder, que la han enterrado hoy! Pero claro, eso ella no lo sabe porque huyó. Mi cabeza deja de hacer preguntas en el momento que mi móvil comienza a sonar. Es ella. No tengo grabado el número en la agenda pero lo reconozco.

Junto a su número en la pantalla, aparece el lugar desde donde llama. Está en la ciudad de al lado, a unas horas en coche. Entonces una idea comienza a formarse en mi cabeza. O más bien una locura.

Cojo el móvil, las llaves del coche y me marcho con rapidez. Necesito hacer algo antes de que todo se vuelva a desmoronar.

49 - Adam

Tocan la puerta de la habitación.

—Adelante.

Camila aparece abrazándose a sí misma. Hace apenas una hora que hemos hablado por teléfono y todavía puedo sentir el regusto amargo de la conversación. Solo quería que estuviera aquí para abrazarla después de todo lo que ha sucedido esta mañana, pero ella me ha dado tiempo y espacio.

Los recuerdos de esta mañana se ven solapados por la mirada que echa a la habitación. A pesar de haber estado aquí varias veces, lo mira todo como si fuera la primera vez. Un día me dijo que lo hacía para imaginarse a Julia en cada rincón.

—Eh —digo cuando sus ojos siguen vagando sin rumbo fijo—. Camila.

Cierra los ojos y comienzo a ponerme nervioso. ¿Qué le pasa? Me levanto de la cama y voy hacia ella. Cojo su rostro entre mis manos, obligándola a clavar sus ojos en los míos y lo que reflejan me paraliza. Hay dolor pero también mucha ira. No veía ese sentimiento desde que descubrió que su madre estaba viva. ¿Qué ha podido pasar en tan solo una hora?

—Estoy aquí. Háblame.

Varias lágrimas comienzan a rodar por sus mejillas. Me acerco a sus labios y los beso con cariño. Me separo a duras penas deseando besarla durante horas hasta que todo se quedara reducido a la nada.

—Lo siento. Yo... —se calla de golpe.

—Tranquila.

—Sé que hace una hora te dije que estaba luchando contra esta sensación pero he estado pensando en mi madre y me he venido abajo. He pensado en Julia y dónde estaría ahora si esa mujer no se hubiera marchado. ¿Seguiría viva?

Tomo una gran bocanada de aire. Yo también he pensado en eso miles de veces. He odiado a esa mujer desde el primer instante que abandonó a Julia siendo un bebé y la odié mucho más cuando me enteré de que era la madre de Camila y que había hecho lo mismo con ella. Las abandonó como si fueran perros.

Pero ahora no sé lo que siento porque ni siquiera se merece que piense en ella ni un minuto. Asco, tal vez. Muchísimo asco.

—Yo también me lo he preguntado muchas veces, pero supongo que es algo que jamás sabremos —comento acariciando sus mejillas.

—Esa mujer nos arrebató la única oportunidad que teníamos. Estaba casi todo listo para el trasplante, tan solo faltaba...

—Pero se fue, Camila —la interrumpo con brusquedad, separándome un poco pero sin soltarla—. Se fue y no podemos hacer nada.

—¡Pero Julia está muerta! —Grita con la voz rota.

Me separo totalmente de ella e intento no perder la cordura. Porque si eso sucede, todo lo que tengo guardado explotará y no quiero que ella esté delante.

—¿Crees que no lo sé? —Trato de sonar tranquilo—. Esa mujer no se merece ni que la nombremos, mucho menos que la recordemos. Pasó por nuestras vidas porque así debía de ser pero lo mejor será que la olvidemos. Ya ha hecho suficiente.

—¿Deberíamos dejar entonces que salga impune? Ni siquiera sabrá que su hija está muerta.

—Porque Julia no era su hija y nunca lo será. Julia nunca tuvo una madre, sino dos padres. Y siempre fue feliz con eso.

—Pero yo sí soy su hija y me duele demasiado. No puedo soportar lo que hizo. Primero conmigo y después con Julia.

—Entonces, ¿cuál es la solución? —Comienzo a enfadarme—. ¿Qué propones, Camila? Porque te juro que no te entiendo y quiero hacerlo.

—Voy a ir a buscarla.

—¿De qué estás hablando?

No puedo creer que esté diciendo eso. ¿Se ha vuelto loca? ¿Acaso la situación no es lo suficientemente dolorosa como para que remueva más la mierda? Joder.

—Sé dónde está. No me preguntes cómo, pero voy a ir a por ella aunque me cueste la vida.

—¿Aunque te cueste la vida? Tu vida está aquí, Camila. Conmigo, con tus amigos, con tu tía y con Sofía. Julia no está, lo sé, y eso me duele tanto o más que a ti, pero no puedes perder tu tiempo en algo que no merece la pena. Ella no lo merece. La venganza no es la solución.

—Tú no lo entiendes. —Me mira con los ojos llenos de rabia y los puños apretados—. Necesito hacerlo.

—¡Y yo te necesito a ti! —Grito con fuerza, desgarrándome la garganta.

Después de ese grito, el silencio nos envuelve. Uno frente al otro, jadeamos por las emociones. Ni siquiera sé cómo hacerle entrar en razón. No puede marcharse, la necesito aquí conmigo.

—No puedes marcharte, por favor. Te necesito. Acabo de perder a mi hermana y no puedo permitirme perder a nadie más.

—También era mi hermana, Adam. Tal vez la encuentre pronto y cuando vuelva podemos...

—¿Seguir como si nada? —la interrumpo y termino por ella.

—Tener nuestro para siempre —susurra.

—Olvida el para siempre, Camila. Solo quiero estar contigo, aquí y ahora.

Analizo la situación y me doy cuenta de que, por mucho que insista, no cederá. No puedo creer que quiera hacer esto, que pierda su vida en busca de un fantasma después de todo lo que hemos pasado y tratamos de superar todavía.

¿Qué más dará donde esté su madre? ¿Qué ganará diciéndole que Julia está muerta? Esa mujer ya conocía la situación y sabía que podía morir. Y sin embargo se fue. Huyó como la escoria que es.

Así que me lanzo de lleno a la piscina y le digo algo que sé que algún día me arrepentiré. Es lo último que puedo hacer antes que esperar a que vuelva hecha pedazos por su madre. Ya no me quedan fuerzas para recoger más trozos del suelo.

—Si vas tras ella, perderás todo lo que tienes. ¿Acaso eso no te importa?

—¿Incluido tú? —No le respondo, no me atrevo—. Lo siento.

Tras susurrar esas palabras, se marcha sin mirar atrás dejando la habitación fría y vacía. Se ha ido y mi corazón cae al suelo con tanta fuerza que se convierte en polvo.

50 - Camila

Tres meses más tarde

Nunca pensé que sería tan difícil encontrar a alguien. Cansada de dar tantas vueltas, toco el timbre de la última casa. Me han dicho que vive aquí y espero que sea cierto. Llevo tres meses en esta maldita ciudad donde no he hecho más que encontrarme un problema tras otro.

El primer día que llegué estuve en los lugares más concurridos por si aparecía. Al ser víspera de Navidad, los centros comerciales y los parques estaban llenos así que no sería tan difícil. Me equivocaba. Pasaba los días recorriéndome distrito tras distrito y no conseguía absolutamente nada hasta que una noche mientras intentaba dormir en la habitación de un motel que dejaba mucho que desear, se me ocurrió mirar en Internet a qué nombre estaba asociado la línea de teléfono móvil al que llamé. Su nombre apareció acompañado del lugar de procedencia. Maldije en voz alta nada más leerlo.

Mi madre vivía a las afueras de la ciudad, a más de media hora de donde me encontraba. A la mañana siguiente cogí el coche y con el GPS del móvil, estuve allí a primera hora. Por suerte no era una zona muy poblada, me sería fácil encontrarla. Si bien me encontré con un nuevo problema. Una vecina muy amable me explicó que mi madre ya no vivía allí. Se había mudado hace unos meses, justo por la misma fecha que salió corriendo del hospital para no volver jamás. Ahora estaba en la zona este donde había varios distritos pequeños. Recorrí uno a uno durante días, pero ninguna de las personas de allí resultó ser mi madre.

La búsqueda estaba siendo tan mala que cada día me levantaba con dolor de cabeza. No dormía bien, tenía pesadillas y solo comía cualquier cosa del supermercado que pudiera calentarse en el pequeño microondas del motel. Necesitaba volver. Echaba muchísimo de menos a Adam.

Cuando cerraba los ojos, veía su rostro desesperado y triste por la decisión que había tomado. Sé que no debería de haber actuado así. Fue una de las peores cosas que he hecho jamás pero llegados a este punto, no puedo hacer otra cosa que continuar. Lo arriesgué todo para buscarla, no podía echarme atrás.

Mi tía, Sofía y mis amigas tampoco se lo tomaron bien cuando se enteraron, pero no me frenaron. En mi mente tenía un objetivo y quería cumplirlo costase lo que costase. Sé que ellas estarán a mi lado a la vuelta pero Adam... Dios, qué idiota fui. No sé cómo pude alejar a una de las mejores personas que he conocido, justo después de haber muerto Julia. Los errores que hacen daño a la persona que amas son los más dolorosos.

He estado llamándolo durante estos dos últimos meses, el primero no me atrevía por miedo, pero solo me cogió el teléfono una vez para decirme que dejase de hacerlo, que necesitaba recuperarse de todo lo ocurrido. Escucharlo me partió el corazón y me hizo ver lo tonta que fui. Ojalá me hubiera parado a pensar en las consecuencias. Ahora ya es tarde.

La puerta se abre y regreso al presente. Una doncella aparece frente a mí con un uniforme rosa

y blanco. Sonríe con amabilidad y tengo que obligarme a hablar para que no cierre la puerta en mis narices. Es mi última oportunidad.

—Buenos días. —Mi voz suena demasiado áspera—. ¿Está May, por favor?

—Buenos días. Por supuesto, pase. —Hago lo que me pide y avanzo hasta la entrada de la casa. Ella cierra la puerta tras de mí y pego un brinco—. Espere aquí un momento, por favor.

Se marcha y comienzo a ponerme más nerviosa. Llevo tres largos meses esperando este momento, yendo y viniendo a todos lados y aunque estaba segura de lo que le iba a decir, ahora me siento insegura. Estoy bloqueada, no esperaba encontrarla.

Me aprieto la coleta alta que llevo y después cruzo los brazos sobre mi pecho para evitar moverlos de forma nerviosa. Me recuerdo a mí misma que estoy aquí para hacerle ver lo mezquina que es, para que pague lo que hizo.

Mientras tanto, observo mi alrededor. Por fuera, la casa es la más grande de la urbanización pero por dentro es alucinante. Está llena de lujos y me pregunto si será de mi madre. Tal vez sea del hombre que está con ella. No creo que Raúl y Toni le diesen suficiente dinero para comprar todo esto.

Dirijo la vista al pasillo cuando escucho unos pasos acercarse. Mi madre aparece y al principio me cuesta reconocerla. Tiene los labios hinchados, probablemente de una operación, el pelo perfectamente peinado y un maquillaje impoluto. A pesar de hacer un frío de mil demonios, viste un corto vestido blanco de manga corta y unos tacones de infarto, seguramente de diseño. Sonríe como si hubiese estado esperando mi llegada y siento náuseas.

—Has venido, hija. —Se acerca para coger mis manos pero me aparto con brusquedad. No quiero que me toque.

Ella frunce el ceño pero se recompone rápido con una sonrisa de superioridad.

—¿Te gusta mi nueva casa? Es de Valentino, mi novio. Es tan guapo como asquerosamente rico. —Se carcajea.

—Está muerta.

Mis palabras cortan su risa de inmediato. Con las manos sobre la cintura, me observa con dureza. Eso me impulsa a continuar.

—Ni siquiera sé si ya lo sabías o no. La última vez que nos vimos te aseguré que si no ayudabas a Julia, te perseguiría toda tu vida y decidiste marcharte. La dejaste morir. —Retengo las lágrimas como puedo, no quiero llorar en un momento como este—. Llevo tres meses buscándote para echártelo en cara, para que de alguna forma te hiciera pagar por lo que hiciste pero ¿sabes qué? Ahora que veo en lo que te has convertido no puedo hacer más que sentir asco y pena por ti.

Mi madre disimula una mueca. Sé que quiere hablar pero antes de que lo haga, continúo. Necesito decirlo todo y marcharme de aquí antes de que la situación empeore.

—Me das pena por tener una vida tan insignificante como esta, por alejar de tu vida a personas que han sido parte de ella, sangre de tu sangre. —Con cada frase me voy acercando lentamente, acechándola—. Pero el motivo por el que más pena me das es por no saber amar, por decir que amabas a papá y sin embargo marcharte con el primero que pasaba. ¿Cuántos van ya, mamá? ¿A cuántos has engañado para vivir en casas como esta?

Entonces me da una bofetada con fuerza. Saboreo la sangre en mi boca, me ha partido el labio. Con rabia, escupo la sangre en su bonito vestido blanco manchándolo con pequeñas gotas. Ella da un paso hacia atrás, sorprendida, mientras que yo sonrío.

—Me alegra saber que jamás sabrás lo que es el verdadero amor ni tampoco lo que es sentirse

amada.

Con esas últimas palabras, me marchó. La puerta cierra con un portazo en cuanto pongo un pie en la calle. Tomo una gran bocanada de aire y lo suelto muy despacio. De todas las imágenes que mi cabeza había recreado para esta situación, ninguna se parecía a la real. Ni por asomo.

Mi madre se ha convertido en una víbora sin corazón y sin escrúpulos que solo se preocupa por las riquezas, las operaciones y los novios que va encontrando por el camino. Qué vida más triste.

Camino con seguridad hacia mi coche sabiendo que por suerte no soy como ella. Me marché hace tres meses dejando lo que más quería, lo sé, eso es algo que me arrepentiré toda la vida. Pero a diferencia de ella, yo sí voy a volver para recuperarlo.

Necesito a mi familia. Necesito a Adam, solo espero que esté dispuesto a perdonarme.

51 - Adam

—Enhorabuena, cielo.

Sofía me abraza con fuerza y la calidez de su cuerpo me reconforta. Durante el último mes, ella ha sido un pilar fundamental en mi vida.

Tras la muerte de Julia y la pérdida de Camila, los días se me hacían eternos. Ambas cosas sucedieron tan rápido que no pude soportarlo. Las echaba muchísimo de menos. A Julia la perdí sin opción a elegir pero a Camila... La necesitaba tanto por aquel entonces que no quería que se fuera de mi lado y reaccioné dándole un ultimátum. Pero ella se fue impulsada por el odio. Me encantaría poder echar el tiempo atrás para hablar las cosas con más calma en lugar de aventurarnos.

Los primeros días sin saber de ella fueron los peores. Recé todos los días porque volviese pero nunca lo hizo. Para cuando comencé a recibir sus llamadas un mes después de irse, yo necesitaba asimilar todavía todo lo que había pasado.

La quería, aún la sigo queriendo, pero mi corazón no podía soportar amarla en la distancia, no saber de ella, qué estaría haciendo o si ya había terminado. La quería de vuelta y eso ella no estaba dispuesta a dármelo. Así que le pedí tiempo para recuperarme. Necesitaba respirar, cada día me ahogaba un poco más y sentía que no podía estar persiguiendo algo que tal vez nunca regresara.

Fue entonces cuando me refugié de nuevo en la pintura. Tras su llamada, contacté con Sofía para continuar con las habitaciones. Ella se mostró contenta, pero también preocupada por mi estado de ánimo. Perder a una hermana no es fácil, pero perder a la vez a mi novia, era demoledor. Día tras día fui al bar donde Sofía me recibía con los brazos abiertos. Ambos echábamos muchísimo de menos a Camila. A veces incluso nos parecía verla allí, sirviendo las mesas como cada día.

Pasé horas y horas sumergido entre pinturas hasta que logré terminar las tres habitaciones por completo donde dejé no solo mi tiempo, sino también mis pensamientos y mi corazón. No voy a negar que la pintura me ayudó muchísimo a coger las riendas de mi vida y a continuar pues de no ser por este trabajo, ni siquiera sé dónde estaría ahora.

—Tío, eres una máquina. John besaría el suelo que pisas si estuviera aquí.

Ben, el mecánico que me ayudó aquella vez que se rompió mi coche, me da un suave apretón de manos para felicitarme por el trabajo. Hoy es la inauguración de las habitaciones, aunque esta noche no se usarán. Solo es la exposición, a partir de mañana estarán abiertas al público. Los clientes habituales están encantados con la reapertura y por sus ojos veo cuánto echaban de menos que estuvieran de nuevo abiertas. Incluso veo a nuevos clientes muy contentos. Sofía pasará unos meses de lo más ajetreados.

La observo con una sonrisa. Está en la barra cogiendo varios refrescos para servirlos. Lukas, el novio de Mia, está ayudándole en este día tan movido. Ella también vino a la inauguración pero tuvo que marcharse hace un rato ya que tenía turno de noche. Hasta Drew está aquí. Solo falta Camila. Me pregunto qué estará haciendo en este momento; si ya habrá encontrado a su madre o si

por el contrario ha decidido pasar página y asentarse en algún lado.

Tanto a mí como a su familia, nos aseguró que volvería pero nada es seguro cuando te marchas solo a otro lugar. A veces estoy tentado de coger el teléfono para llamarla pero después recuerdo que desde que le pedí tiempo, no ha vuelto a dar señales. Sé por Sara y Alma que está bien pero nada más. No sé si las gemelas están guardando información o es que Camila ha vuelto a ser la chica reservada que un día fue. En cualquiera de los casos, me encantaría saber qué está ocurriendo a su alrededor.

—Bueno, tío, me voy —comenta Drew pasando un brazo sobre mi hombro—. Creo que podría acostumbrarme a venir a este bar más a menudo. Las habitaciones molan mucho. Estoy deseando darte una paliza en el billar.

—Ni lo sueñes. —Sonrío—. Acabarías metiendo la bola negra en el primer tiro.

—¡Eh, eso solo pasó una vez! No seas rencoroso.

—Al menos no habrá camareras a las que le mires el culo en lugar de la bola.

—En mi defensa diré que tenía un culo muy *kardashiano*.

—¿Karda... qué?

—*Kardashiano*. —Me mira frunciendo el ceño—. De Kardashian. ¡Dios, tengo un amigo ignorante! Esas tías tienen el culo enorme, es imposible no fijarse en él.

—¡Cállate! —Le regaño entre risas.

Mi amigo se une a mi risa. Desde que decidí salir de mi casa para volver a enfrentar al mundo, ha estado a mi lado en todo momento. Me ha acompañado al bar muchísimas veces, me ha ayudado a comprar los materiales, incluso a pintar cuando tanto él como yo sabemos que es nefasto hasta para coger un pincel. Supongo que también necesitaba tener la mente ocupada después de todo.

La marcha de Camila también le afectó. Aunque al principio de nuestra relación él no estaba muy de acuerdo, al final se convirtieron en buenos amigos. Los cinco, junto con Sara y Alma, hacíamos un buen grupo. Lástima que no volviéramos a coincidir más después del encuentro en la cafetería.

—Les habría encantado todo esto. ¿Sabes algo de ella?

Niego con la cabeza. Drew ha tratado de contactar con ella por mensajes al móvil pero Camila siempre le ha contestado de forma escueta. Nada más.

—Volverá, Adam —me asegura.

—¿Cómo estás tan seguro? Ya he perdido la esperanza.

—Porque te quiere, y tú a ella.

—Dicen que a veces el amor no es suficiente.

—Quien dijo eso no tenía ni puta idea del amor.

—¿Y tú sí?

—*Touché*, amigo. Me voy ya, tengo que ir a recoger a mi hermana a casa de unos amigos. Esta chica me va a volver loco cualquier día. Cuídate, Pascal.



Tres horas más tarde, Sofia y yo terminamos de recoger el bar. Me despido dejándola sola y me dirijo al coche. Al salir, el frío me golpea con fuerza así que acelero el paso para llegar al aparcamiento lo antes posible. A pesar de estar oscuro, reconozco el lugar como si fuera mi segunda casa. Recuerdo la primera vez que estuve aquí y me avergüenzo. Qué ridículo hice

cuando salí del coche, asustado y zapato en mano. Han pasado tantas cosas desde entonces...

Cuando llego a mi coche, algo me detiene. Hay una fotografía en el parabrisas. La cojo con cuidado y mi corazón da un vuelco al verla. En ella estamos Alma, Sara, Julia, Camila, Drew y yo en el hospital el día que las gemelas se disfrazaron de Elsa y Anna. Lo recuerdo como si fuese ayer. Todos estábamos radiantes aquel día, incluida Julia a pesar de que la enfermedad se la estaba llevando.

Acaricio con los dedos el rostro de mi hermana, añorándola más que nunca. Todavía estoy tratando de asumir que ya no está, que no me recibirá con una sonrisa en su habitación cada vez que abra la puerta, ni que pedirá que le dé un beso de buenas noches a *Pingu* porque él también me quiere mucho. Su pérdida significó algo más que decirle adiós. Supuso un antes y un después en mi vida pues ahora es muy diferente a como era antes.

Al día siguiente de volver al bar para seguir con mi trabajo, hablé con Toni y con mi padre para saber qué haríamos con las pertenencias de mi hermana. Sé que algunas familias deciden dejarlo todo como está, como si nunca se hubiera ido, pero nosotros no necesitábamos ver sus cosas para recordarla pues en cada rincón aparecía. Poco a poco fuimos guardando sus cosas más preciadas con mucho mimo y ternura y el resto lo donamos a otros niños que no tenían recursos. Ropa, muebles, cama, mantas calientes y juguetes fueron llevados al orfanato más próximo para darles una nueva vida. Jamás olvidaré las sonrisas de los niños recibiendo los juguetes con los brazos abiertos.

Desvío la mirada de la fotografía y me subo en el coche. Suspiro con fuerza. Ojalá todo fuese más sencillo y no doliese tanto.

Doblo la foto por la mitad con cuidado para guardarla dentro de la cartera pero veo que en la parte de atrás hay algo escrito. Reconocería su letra en cualquier parte. Le doy la vuelta y la leo con el corazón martilleando con fuerza.

“Jamás olvides sonreír, no sabes a quien puedes ayudar”.

Alzo la cabeza con rapidez esperando encontrarla pero no hay nadie, estoy solo. Con la respiración agitada, salgo del coche. ¿Acaso me estoy volviendo loco? Es su letra, de eso estoy seguro. Entonces, ¿dónde está? ¿Por qué no sale para que pueda abrazarla?

No sé cuántos minutos permanezco de pie hasta que normalizo mi respiración y decido volver al coche. Agarro la puerta para abrirla y un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Si esto es una señal, si resulta que ella está aquí, no voy a desperdiciar la oportunidad.

Con paso decidido vuelvo al bar donde Sofia está fregando el suelo por última vez antes de marcharse. Mi presencia no le sorprende, lo que me hace creer que esperaba mi regreso. Nos observamos unos segundos hasta que asiente con la cabeza.

Es cierto. Está aquí.

Bajo las escaleras con rapidez hasta llegar al sótano. La puerta de una de las habitaciones está abierta, la que representa la infancia de John con sus hermanos. Intento tranquilizarme aunque en realidad me tiemblan las manos. El hecho de volver a verla me pone frenético pero también estoy asustado porque no sé lo que está por llegar. Solo espero que me haya echado de menos tanto como yo a ella porque ahora que la tengo aquí, no voy a dejarla escapar.

Entro despacio, sin hacer ruido, y la encuentro de espaldas. Observa detenidamente el dibujo del lago, aquel que tanto significó para John. La primera vez que Sofia lo vio, se echó a llorar con tanta fuerza que temía haberme equivocado. Pero no lo hice pues hoy por hoy, cada vez que pasa

por la habitación y lo ve, es como si fuese la primera vez. Dice que no puede ser más perfecto y yo no podría estar más feliz de ello.

Camila mueve la cabeza en dirección a la frase que acompaña la imagen y tiemblo cuando la escucho sollozar. <<*Mereces lo que sueñas*>>, la frase que nos unió y que tanto significado tiene para mí.

Sus sollozos suenan cada vez más fuerte y no pierdo más el tiempo. La necesito cerca. Necesito que me abrace y abrazarla, acallar eso que le está matando por dentro y asegurarme de que jamás vuelva a desaparecer de nuestras vidas.

Con pasos decididos me acerco hasta que mi pecho roza su espalda. Inhalo su perfume y cierro los ojos, feliz por primera vez en meses. Sin esperar un segundo más, la abrazo por la espalda con fuerza y escondo mi rostro en su cuello. Ella se aferra a mis brazos con fuerza como si fuese su salvavidas.

—Lo siento —susurra entre lágrimas—. Lo siento tanto...

Me separo un poco y le doy la vuelta sin soltarla. Observo su rostro cansado, lleno de lágrimas y sonrío por tenerla de nuevo. Está distinta, todos lo estamos, pero son las marcas que nos quedan tras todas las batallas. Son señales que demuestran que estuvimos allí pero que hemos regresado porque somos más fuertes que ellas.

Acuno su rostro entre mis manos. Ella me devuelve una mirada cargada de miedo, dolor y arrepentimiento y eso me parte el alma. No quiero que se sienta así. Le doy un dulce beso en la frente y después trato de limpiar sus lágrimas. Espero que a partir de ahora no haya ni una más.

—Bienvenida a casa, cariño.

Y ahora, con ella entre mis brazos, siento que verdaderamente estoy en casa. Que ambos lo estamos.

Epilogo

Un año más tarde

—No voy a ponerme eso. No y no.

Drew sonríe mostrándome mi nueva camiseta. Con frase, por supuesto. No pienso ponerme algo así, ni loco. Por mucho que sea su fiesta de cumpleaños.

—Venga, tío —replica—, hasta Mamá Dory tiene una. Porfi, porfi.

—No intentes el chantaje emocional conmigo.

—¿Por qué? ¿Está funcionando? Porque tengo algunas frases estrella para darte mucha pena y sé que funcionarían.

—Dios, no. —Paso una mano por mis pelos con frustración—. Está bien, me la pondré solo para no oírte. Al menos podrías haber escogido una frase menos vergonzosa.

—Espera a ver la de tu novia.

La risa perversa de mi amigo me pone en alerta. ¿Qué diablos habrá escogido para Camila? ¿Y para las gemelas? Tengo entendido que también las ha invitado a la fiesta y que los cinco somos los únicos que llevaremos estas ridículas camisetas. Me la pongo y me miro en el espejo. <<9 de cada 10 mujeres me recomiendan>>, dice la mía. Qué vergüenza. Creo que prefiero la del bombero y la manguera.

Termino de prepararme con rapidez, ya llegamos tarde. Drew todavía está en el cuarto de baño peinándose y parece no tener prisa.

—Drew —llamo su atención—, vas a llegar tarde a tu propio cumpleaños.

—Soy como la novia en una boda, tengo que llegar el último.

—Tú sabrás. Cuanto más tardes en llegar, menos alcohol habrá.

—Tranquilo, Camila me ha dicho que está todo controlado.

Pongo los ojos en blanco. Hace un mes, mi amigo nos reunió a todos en su casa para que le organizásemos una gran fiesta de cumpleaños. Desde un principio quería que fuese sorpresa pero dado que él era el ideólogo del plan, lo descartamos. Al principio no estuvo de acuerdo pero después de que Alma se encargase de decirle lo rematadamente estúpido que quedaría ir a su fiesta sorpresa organizada por él mismo, desechó la idea. Sin embargo nos convenció para organizar la no-sorpresa, algo que fue un poco caótico.

Las chicas se encargarían de la decoración y de recibir a los amigos hasta que el cumpleaños llegase. Yo pensaba que me tocaría estar allí ayudando pero Drew tenía mejores planes para mí. Y aquí estoy, esperando a que termine de peinarse su delicado y valioso flequillo para que quede perfecto. Una pesadilla.

—¿Cómo estoy?

Mi mirada va desde su peinado hasta su camiseta y estallo a carcajadas. No puede ser. <<Busco novia coja. Cuanto más coja mejor>>. La frase en color blanco destaca sobre un fondo negro así que no pasa desapercibida precisamente.

—Mola, ¿verdad?

Entre risas salimos de allí para dirigirnos a la fiesta. Drew alquiló una casa para celebrar su día especial. En otras circunstancias habríamos salido a tomar algo como hacemos cada año pero este es especial. No es que cumpla la mayoría de edad ni nada parecido pero después del año tan intenso que hemos pasado, él cree que nos merecemos un poco de relax y disfrute.

Este último año han pasado algunas cosas importantes. He vuelto a la universidad después de estar meses sin pisarla, me costó mucho coger de nuevo el ritmo pero lo logré. Ahora me lo tomo con calma. Además, he estado pintando en algunos locales y me han contratado en varios eventos para crear una imagen acorde con lo que representan. Me ha ayudado mucho a volver un poco a la normalidad y darme cuenta del gran amor que siento por la pintura. Se ha convertido en una parte imprescindible de mí.

En cuanto a mis padres, mi madre continuó con sus viajes hasta que encontró a un nuevo hombre con el que casarse y se mudó definitivamente de país. Puso la casa en venta y se quedó con todo el dinero, desapareciendo del mapa. Toni y mi padre agradecieron que no volviera a aparecer en nuestras vidas.

Ellos, por su parte, se movieron por todo el país en busca de donaciones para niños enfermos. Tuvieron suerte y algunos amigos empresarios les ayudaron a crear una asociación. Ahora pasan las horas compaginando sus trabajos con todo eso. Incluso yo también aporté mi granito de arena visitando hospitales y mimando a esos pequeños para darles fuerza. Sara y Alma siguen con sus actuaciones, lo que también ayuda mucho. A cuantos más niños ayudemos, mejor.

Nada más llegar a la fiesta, todos los asistentes vitorean a Drew y él sonríe gustoso. Está radiante. Ver a mi amigo feliz después de estos meses me alegra un montón ya que nunca lo había visto tan apagado como cuando murió Julia. Ahora casi vuelve a ser el mismo que antes. Casi, porque nuestra pequeña princesa siempre nos faltará.

—¿Habéis invitado a mi hermana y a la repelente de su amiga? —Cuestiona en cuanto termina de saludar a todos.

—Es tu hermana, Drew. No podía faltar a tu cumpleaños.

—¿Y la otra tampoco?

—Le dije que podía traer acompañante. —Me encojo de hombros.

Drew se ha convertido en algo así como el niño de su hermana. Sus padres trabajan continuamente por lo que creen que él debe hacerse responsable de su hermana adolescente. Ya es adulto. Si ellos supieran...

Según él, le está costando horrores porque no solo la tiene que aguantar a ella sino también a su horripilante amiga. Y no es que la chica sea horrible de aspecto, sino que tiene tan pocos pelos en la lengua como él. Chocan más que las placas tectónicas y aunque no lo quiera admitir, sé que en el fondo se divierte con ella. Lástima que solo tenga dieciséis años, sino podrían hacer una buena pareja.

Mi amigo se pierde entre los invitados y aprovecho para buscar a Camila. En el camino saludo a Mireia, una compañera de clase, y a Sergio, su novio. Desde que nos conocimos hemos congeniado muy bien, sobre todo Sergio y Drew.

Finalmente encuentro a mi novia en la cocina sirviéndose una copa. Con sigilo llego hasta ella y la abrazo por la espalda. Ella pega un respingo y yo río bajito. Después de un año, sigue sobresaltándose porque aparezca detrás.

—Me has asustado. —Intenta darse la vuelta entre mis brazos pero no la dejo. Me gusta tenerla así. Escondo mi rostro en su cuello y le doy un beso, erizándole la piel—. Venga, déjame

moverme. Quiero verte la camiseta.

—No quiero que la veas. Es vergonzosa.

—La mía también lo es, te lo aseguro. Mira.

La libero de mis brazos y se da la vuelta. Su camiseta es celeste y las letras de su frase están escritas en color negro. Leo atentamente cada palabra y rompo a carcajadas. <<*No soy virgen pero hago milagros*>>. Este Drew no tiene remedio...

—Así que nueve de cada diez, eh. —Sonríe con picardía y me lanzo a sus labios.

Desde que nos reencontramos aquel día en el bar de Sofía y nos dimos cuenta de nuestros errores, no hemos vuelto a separarnos. Enfrentaremos lo que aún está por llegar agarrados de la mano, juntos. Porque jamás debería haberse ido y yo jamás debería haberla dejado marchar.

Volver a la normalidad en nuestra relación fue fácil. Es cierto que todo lo que pasó nos desbordó pero con ella me sentía más fuerte, más decidido a enfrentarlo todo. Y así ha sido. Hemos pasado meses buenos y otros no tan buenos, pero aquí estamos tras un año. Y si por mí fuese, estaríamos toda la vida.

Coloco las manos en su cintura para acercarla más a mi pecho y profundizo el beso. Nuestras lenguas se enredan y la subo hasta la encimera. Ella enrosca las piernas en mi cintura y yo gruño de placer.

Metó las manos por debajo de su camiseta, acariciando su piel suave llena de lunares. Todavía no he podido contarlos todos. Me muero por llegar a su casa y hacerlo. Su piel es adictiva, no quiero terminar nunca.

—Ejem...

Una voz nos interrumpe. Frustrado, me doy la vuelta y miro a la persona que me ha quitado la oportunidad de seguir besando a mi novia. Alma frunce el ceño, está cabreada y algo me dice que sé quién es el causante.

—El idiota ha intentado besarme y como lo haga otra vez, le dejaré sin dientes. Quedáis avisados.

Camila ríe bajito y me abraza por la espalda, todavía sobre la encimera. Yo me apoyo sobre ella, entre sus piernas, rodeado de su calor.

El aludido entra en la cocina, se pone a su lado y la mira con una gran sonrisa. Oh, oh. Se avecinan problemas.

—Oye, guapita, no te emociones porque pensaba que era tu hermana. Es más simpática que tú. Y más guapa, todo sea dicho.

—¡Que es lesbiana! Cuántas veces te lo tengo que decir. Déjala en paz.

—¿Eso quiere decir que si la dejo en paz tengo el camino libre contigo?

—Eso quiere decir que o me dejas en paz o te la corto y la meto en la piñata. ¿Me he explicado con claridad o quieres más detalles? Como por ejemplo que usaré unas tijeras de podar.

—Joder tía, deberías hacer el casting para la nuevo precuela de *Juego de Tronos*. Fijo que te dan el papel.

Mi amigo se marcha triunfal dejando a la gemela con la boca abierta. Los pocos encuentros que hemos tenido los cinco lo hemos pasado bien, aunque estos dos han estado siempre al borde del cañón. Son divertidos pero producen más dolor de cabeza que cualquier otra cosa que conozca.

—¿Puedo envenenar su trozo de tarta?

—Esto no es *Juego de Tronos* —responde mi novia.

—Más quisiera. Si lo fuese, su cabeza sería la primera que rodaría por todo el salón. Si por lo menos fuese del estilo de Robb Stark, tendría un motivo para no querer asesinarlo.

—¿Alguien ha dicho algo de asesinar? Porque me están dando muchas ganas de matar a Drew.
—Sara aparece en la cocina con cara de pocos amigos.

—Otra con lo mismo... —Replica Camila mientras acaricio sus piernas—. ¿Queréis un truco para que os deje en paz?

Sus amigas asienten con la cabeza rápidamente y yo alzo una ceja, expectante. ¿Qué se le habrá ocurrido esta vez?

—Su nombre real es Andrés y odia que lo llamen así.

—Camila, te quiero. —Afirma Alma con una sonrisa perversa. Me parece que le hemos dado la llave de la destrucción de mi amigo—. Se va a enterar. ¡Andresito, ven aquí! ¿Dónde estás?

Grita con fuerza las dos últimas frases mientras sale de la cocina en busca de mi amigo. Sara hace lo mismo y nos dejan solos. Dios, la que se va a armar en la fiesta.

Me doy la vuelta para estar de frente y Camila me regala una sonrisa contenida. Sus ojos emocionados y divertidos me devuelven la mirada.

—Sabes que acabas de declarar la guerra entre nuestros amigos, ¿verdad?

—Así estarán un rato entretenidos y nos dejarán en paz.

—No creo que la palabra “paz” entre en nuestro vocabulario a partir de ahora. —Beso su frente, su nariz, sus pómulos...—. Por cierto, ¿sus camisetas decían <<¿Me hace esta camiseta las tetas grandes?>> o he leído mal?

—Lo peor no es eso sino los círculos que rodean sus tetas, deberías de haber visto cómo se las miraban todos vuestros amigos.

¿Cómo habrá conseguido Drew que las chicas se la pusieran? Seguro que usó el chantaje emocional.

—Entonces Drew tiene la guerra merecida.

Agradecimientos

Y por segunda vez, aquí estoy. Hace más de un año que puse punto y final a la historia de Adam y Camila, y que hoy esté tanto en vuestras manos como en las mías, es un sueño cumplido. Su portada, su tacto, su olor... Ver cómo ha ido tomando forma, ha sido una experiencia preciosa que no habría sido una realidad de no ser por varias personas.

Mi querida Priscila, te daría las gracias por miles de cosas que haces a diario por mí, pero me quedaría corta. Gracias por estar en mi vida y por animarme a dar el salto, ir de tu mano lo hace todo más fácil. También a Roma García por haberse convertido en una gran amiga, por las charlas, las risas, los audios y por tener unas manos increíbles, capaces de crear la esencia de la novela a la perfección con su portada.

A mi preciosa Nieves por ser una amiga excepcional, por querer a Adam y a Camila desde el primer momento, por esas palabras tan bonitas que siempre tienes para mí y mis historias... Por ser tú, simplemente. También a mi Fransy, ya sabes lo mucho que te adoro. Eres maravilloso, siempre atento a todo y con mucho que decir. Mi vida no sería lo mismo sin mis suprenes, os loveo infinito. GRACIAS.

A mis Pretty, porque aunque no hablemos tanto como antes, siempre seréis una parte importante de mi vida. Mis amigas, mis chicas lectoras, mis “mafiosas”... Gracias a todas.

A mis dos mitades, porque sí, porque mi corazón es suyo. A Susana por ser mi compañera de vida, mi hermana, mi todo, y a Juan por haber aparecido en mi mundo, llenándolo de color. Gracias a los dos por existir.

Y por último pero no menos importante, gracias a todas las personas que le dan una oportunidad a mis historias. No sabéis la ilusión que me hace cada vez que os veo con mi libro en vuestras manos y cómo se me hincha el pecho de felicidad cuando me dedicáis unas palabras. Gracias, gracias y gracias.

Espero de corazón que esta historia os guste, que os transmita la fuerza de Adam, la sonrisa de Julia, la pasión de Camila y la locura de Drew. Disfrutad de ella y no olvidéis que los “para siempre” existen. Este libro es una muestra de ello porque siempre estará en mi corazón. Y espero que también en el vuestro.

Playlist

Puedes disfrutar de las canciones que inspiraron esta novela escaneando el siguiente código QR, el cual te llevará a una lista de reproducción de YouTube.

En ella, encontrarás canciones como “Nos vemos” cantada por Leroy Sánchez, mi favorita y por la cual tenéis esta novela hoy en vuestras manos, y “Nada es para siempre” de Luis Fonsi, entre otras.

Espero que sientas a Adam y Camila en cada letra, como yo hice, y que algunas canciones te resulten tan inspiradoras como a mí.



11

Bebé, estoy bailando en la oscuridad contigo entre mis brazos. Descalzos sobre la hierba, escuchando nuestra canción favorita. Cuando te vi con ese vestido, tan hermosa. No merezco esto, cariño, te ves perfecta esta noche. (Perfect de Ed. Sheeran).